



Barcelona, año 1666. Un misterioso libro pasa de las manos de un monje, a punto de sucumbir devorado por las llamas de un pavoroso incendio, a las de su abad. Es la copia de un códice perdido de Platón, que contiene el relato de su encuentro con una enigmática mujer: una extranjera que le reveló secretos incomprensibles incluso para el gran sabio. Uno de ellos el más crucial de todos, cifrado mediante caracteres desconocidos contiene la promesa de otorgar a quien lo posea un poder ilimitado.

El antiquísimo libro seguirá un periplo que lo llevará al monasterio de Montserrat, al sur de Francia, a París... y a pertenecer a personajes como el famoso conde de Saint-Germain o el mismísimo Napoleón Bonaparte, antes de quedar sepultado y olvidado en los subterráneos de una pequeña ermita de Gerona.

Tiempo después, en plena Guerra Civil española, el gobierno de Franco pide a George Rojo, estadounidense de origen español y profesor en la Universidad de Salamanca, que estudie las fotografías del códice interceptadas a un correo republicano. El profesor Rojo accede, después de muchas dudas, a infiltrarse en zona republicana. Aunque no lo hará al servicio del gobierno franquista, sino para descubrir la verdad oculta en el códice. Una verdad que podría cambiar el destino de la humanidad.

**Lectulandia**

José María Íñigo

# **El código secreto de Platón**

ePub r1.2

Mangeloso 23.08.14

Título original: *El código secreto de Platón*

José María Íñigo, 2014

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

Corrección de erratas: jomarula

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Pilar, mi mujer,  
y a mis cuatro hijos: Daniel,  
Eduardo, Chema y Piluca,  
por ser como son y haberme dado  
siempre su apoyo y comprensión.*

## Introducción

*En el año 47 a.C., durante el asalto a la ciudad de Alejandría de las fuerzas leales a Tolomeo y contrarias a su hermana Cleopatra, y en presencia de Julio César, la gran biblioteca sufrió un terrible incendio en el que se quemaron miles de sus volúmenes; obras únicas e irrepetibles, el mayor compendio del saber antiguo jamás reunido. Libros de Aristóteles, de Demócrito y Protágoras, de Aristarco, de Parménides y Heráclito, de Pitágoras, de Diógenes... Y con ellos se perdió un conocimiento inimaginable, fruto de siglos de estudio; los saberes concebidos por las mentes más brillantes de la Antigüedad.*

*A lo largo de la historia, por orden de emperadores romanos o califas musulmanes, otras destrucciones diezmaron de nuevo los fondos de la biblioteca. Y las obras que pudieron salvarse cayeron pronto en el olvido, sepultadas bajo el humus del fanatismo religioso en la Edad Media. Pero es el más pútrido de los humus el que mejor puede alimentar al fuerte roble y hacerlo crecer vigoroso. La Escolástica conservó, protegidos y ocultos, algunos de aquellos textos mediante copias de superlativa ejecución: los códices iluminados, que devolverían al mundo, llegado el momento, una parte de su sabiduría perdida.*

*Entre los libros que se creyeron desaparecidos se hallaba uno muy extraño y enigmático, que contenía en sus últimas páginas un fragmento de escritura diferente a ninguna de las conocidas. Un libro del filósofo griego Platón, olvidado en el devenir de los siglos...*

Lo que empezó siendo una fina columna de humo negro, que ascendía en el cielo nocturno, acabó convirtiéndose en un incendio pavoroso. Era casi verano, un día especialmente cálido de finales de primavera. Las piedras de los muros exteriores del convento de Santa María aún estaban calientes por el sol cuando se desató el fuego. Ahora, en la límpida noche cuajada de estrellas, con la luna alta y esplendorosa sobre el horizonte, unas terribles llamas ascendían ferozmente y se deshacían en el aire como el abrasador aliento de un dragón, tiñendo el disco lunar de un mortecino color pardo.

Afuera, centenares de hombres y mujeres presenciaban aterrados el espectáculo. La mayoría de los monjes habían logrado escapar de aquel infierno y asistían también, impotentes, a la destrucción de su casa. Cuando por fin llegaron los soldados del rey, poco podía ya hacerse con simples cubos de agua traídos de una cercana fuente. Todos estaban absortos, embobados, contemplando la destrucción. De pronto, sin embargo, unos lamentos llamaron la atención de los presentes. Al principio sonaron lejanos y ensordecidos, pero cada vez pudieron oírse con mayor claridad sobre el fragor del incendio, sobre el crujir de las maderas interiores y la explosión de los cristales de las ventanas.

Súbitamente, la puerta metálica de uno de los miradores enrejados de la fachada principal se abrió. Una bocanada de denso humo fue lanzada al exterior y, apareciendo en ella como una imagen espectral salida del infierno, la figura de un viejo fraile se dibujó como una sombra oscura ante las llamas que pugnaban por devorar el edificio. Todos los presentes se conmovieron, horrorizados, y algunos incluso retrocedieron un paso creyendo estar ante una aparición.

—¡Dios del cielo! —vociferó una mujerzuela desde el balcón de una casa de lenocinio cercana.

El anciano monje, ataviado con el hábito negro, usual en la orden de San Benito, se apretó contra las rejas que lo separaban de la vida.

—¡Confesión, confesión! —gritó.

El primero en reaccionar fue el capitán de los soldados, que ordenó pasar una cadena por detrás de los barrotes y atarla al tiro de uno de sus caballos. Tuvo que repetir la orden, encolerizado ante la estupefacción de los hombres.

El fraile, entretanto, ajeno a los esfuerzos por salvarlo, se había arrodillado y oraba fervientemente, con un rosario entre sus manos. Algunos afuera lo imitaban, persignándose y rezando de hinojos.

—¡Es el hermano Félix! —exclamó el abad al reconocerlo; y fue hacia él con

intención de administrarle el último sacramento.

—Aún no —le detuvo el capitán—. Con la ayuda de Dios podremos arrancar la verja del muro y sacarlo de ahí.

El poderoso percherón tiraba con todas sus fuerzas, pero ni el metal ni la piedra cedían un ápice. Dos soldados golpeaban a la bestia con sus fustas de un modo cada vez más vehemente. Preso de una extraña excitación, el capitán mismo tomó el grueso báculo del abad y se puso a dar bastonazos en el lomo al pobre animal hasta que este cayó muerto.

Dentro del convento las llamas ganaban terreno y estaban ya muy cerca del viejo fraile. El hermano Félix profirió un alarido, incapaz de soportar el pánico, a pesar de que le imploraba al Señor que le diera la entereza necesaria para sobrellevar aquel tormento. Ante él, el abad se dispuso a darle la extremaunción. Estaban tan cerca el uno del otro que el hermano superior pudo agarrar la mano del viejo y apretarla con ternura. Pero mediaba entre ellos un abismo: la distancia que separa la vida de la muerte.

Un poco antes de que el abad se apartase, incapaz de soportar por más tiempo el ardor que irradiaban las llamas, justo en el momento en que daba la absolución al hermano Félix, este extrajo un paquete de entre sus ropas y se lo entregó a su superior. Por un breve instante, desapareció de su rostro toda impresión de miedo.

—Tomad esto, hermano mío. Y guardadlo con sabiduría. No hay tiempo para más. Tened cuidado. Hay fuerzas muy poderosas que persiguen el secreto que contiene.

—¿Qué...? —acertó únicamente a decir el abad, desconcertado.

Poco después, ante la mirada de todos, incluido el abad, el hermano Félix caía envuelto por el fuego sin que su boca emitiera la más leve queja.

En menos de una hora, el tejado del monasterio se derrumbaba arrastrando a los capiteles y parte de los muros exteriores. Nada pudo hacerse para evitar la catástrofe. No sería hasta la mañana siguiente cuando el fuego quedara extinguido en su totalidad, dejando al convento de Santa María y todas las obras de arte contenidas en él, así como los libros de su magnífica biblioteca, completamente destruidos.

Pero antes de todo eso, confundido entre el resto de frailes, el abad lloraba desconsoladamente mientras aferraba el paquete que le diera poco antes su desdichado hermano en Cristo. Ignoraba lo que contenía, aunque no era ajeno a los rumores sobre un cierto código misterioso. Un antiguo libro por cuyo secreto los hombres estarían dispuestos a morir o matar.

# Primera parte

# 1936

*Las embajadas de Alemania e Italia han sido incautadas por la República. José Antonio Primo de Rivera acaba de ser fusilado en la cárcel de Alicante. El Gobierno nacional de Burgos decide aumentar sus esfuerzos en el frente de Madrid.*

*Salamanca, 27 de noviembre, viernes*

La tarde era lluviosa. El cielo, cubierto de nubes tan carentes de color como el gris del cemento de los edificios, e igualmente homogéneo, filtraba solo una escasa porción de los fríos rayos solares. Estaba siendo un otoño desapacible; más de lo habitual para el mes de noviembre. Los árboles se mostraban ya pelados y sarmentosos, como ancianos decrepitos a punto de inclinarse para morir. En las calles desiertas se percibía, acrecentado por la tristeza del clima, un profundo abatimiento causado por la guerra, denso como el olor penetrante del humo de las calderas.

El Citroën 7-A de color negro mate, con cubrefaros para evitar reflejos en la noche que pudieran guiar a los aviones de bombardeo, se detuvo ante la fachada del edificio principal de la universidad. El conductor, un hombre alto y delgado con uniforme militar, descendió bajo la fina pero incesante lluvia y abrió la puerta trasera derecha. Enseguida, desde el interior del coche apareció la figura de otro hombre, vestido de paisano, con abrigo de excelente paño marrón y elegante sombrero de fieltro. El conductor desplegó un paraguas y cubrió con él al segundo hombre. Cuando este hubo abandonado el vehículo, se lo entregó y volvió a cerrar la puerta. En posición de firme, mojándose impasible, esperó hasta que lo vio desaparecer por la entrada del paraninfo y solo entonces regresó a su puesto en el interior del automóvil.

El hombre del abrigo marrón entró en el edificio con paso quedo. Aún no era un viejo, pero las muchas heridas que recibiera en innumerables batallas, en el desierto del Sahara y Marruecos, habían deteriorado su cuerpo. La secuela más visible, y que más le atormentaba, era una patente cojera producida por un fragmento de granada de mortero que explotó junto a él en las afueras de Tetuán, durante unos disturbios que vivió en su juventud como soldado de infantería. A pesar de ello se negaba a ayudarse de un bastón. Los días húmedos, como aquel, hacían que su lesión se resintiera. Era como un barómetro humano, que anuncia el cambio de tiempo con precisión científica. Poco a poco logró coronar la escalera exterior, siempre elevando la pierna izquierda, la sana, y ahora se movía lentamente por el largo y ancho pasillo que conducía al salón de actos. En el umbral de este, un cartel sobre un caballete de metal anunciaba la conferencia programada para esa tarde: «El otro Císter. Por el profesor George Rojo».

El hombre se desabotonó el abrigo, introdujo la mano entre la chaqueta y el chaleco de su traje y tiró de la cadena de su reloj de bolsillo, un magnífico Patek

Philippe de plata dorada. Abrió la tapa con un dedo y miró la hora mientras la musiquilla rompía el sepulcral silencio que lo rodeaba. Eran las cinco en punto. La conferencia seguramente estaba a punto de concluir. El hombre guardó de nuevo su reloj en el chaleco y se quitó el sombrero. Tratando de no hacer ruido, empujó una de las hojas de la puerta y entró en el salón. Se quedó quieto unos instantes, observando al público. Allí había menos de veinte personas, aunque el aforo superaba las cuatrocientas con amplitud. El hombre sabía que el motivo de tan exigua afluencia no era la calidad del ponente ni el tema de la conferencia; ni siquiera la importancia de sus investigaciones. No, el motivo era político. Siempre la odiosa política en la que él mismo estaba ahora metido. Evocó para sí, al tiempo que se acomodaba en una de las butacas de la última fila, sus años al servicio del Ejército y luego la Guardia Civil. La llegada de la República le había impedido alcanzar el grado de general, y hasta lo llevó a retirarse y pasar a la reserva, asqueado por los manejos de todos aquellos antipatriotas y subversivos.

La política, siempre la política...

—... por motivos políticos...

Las palabras del profesor, casualmente coincidentes con sus pensamientos, sacaron al hombre del abrigo marrón de sus cavilaciones. Se dispuso a escucharlo.

—Sí, señores, los motivos políticos borraron del mapa de la historia a los monjes de aquella exigua y efímera orden monástica. Me atrevo a afirmar que, cuando en 1098 se produjo la reforma de la orden de San Benito, no hubo un Císter, sino dos diferentes. Uno, el ortodoxo, el que todos conocemos, y otro misterioso, desaparecido, únicamente recordado por unos pocos que se atrevieron a desafiar a los poderes dominantes. A aquellos monjes de la abadía de Siete Picos no les bastó la reforma de San Bernardo. No asumieron como suficiente el endurecimiento que de ella se derivó. Rehusaron todo lujo, todo adorno, toda posesión terrenal. Su iglesia y el resto de sus dependencias eran parcas, de una austeridad que solo admitía la roca fría y desnuda. Las luces en la noche fueron simples teas ardientes sin palmatorias ni candiles. No usaron imágenes polícromas, sino tallas en madera cruda. Rechazaron el calzado de cualquier tipo. Ni unas míseras sandalias cubrieron sus pies en el invierno. Se raparon el pelo y comían verduras sin hervir, leche y huevos. Sus hábitos, de lana, sin tintes, signos u ornamentos, eran usados únicamente cuando recibían extraños en el convento. El resto del tiempo exhibían su desnudez sin tapujos, como los antiguos gimnosofistas. Ciertamente es que esa vida tan dura les acarreó no pocas vicisitudes, pero su fe a toda prueba suplía las fuerzas de que sus cuerpos, exhaustos por el trabajo, carecían a menudo. Eran hombres santos, de moralidad estricta y vida digna de encomio y admiración. Incluso para quienes no compartieron o comparten sus creencias. Pero he aquí que esa rectitud ascética fue causa indirecta de su perdición. Corrieron rumores de que los monjes llevaban a cabo rituales satánicos, que adoraban

a ídolos paganos, que practicaban relaciones sexuales contra natura. Todo ello no más que mentiras de quienes les odiaban por extremar la virtud. Los hombres con mancha odian la pureza como el hombre feo odia al espejo. Y aquellos monjes fueron un espejo para almas tan malvadas como poderosas, a las que no convenía su ejemplo constante. Estos hombres resentidos destruyeron su comunidad y borraron las huellas de su existencia. Casi todas las huellas. Pero no todas, pues no hay nada que se desvanezca sin dejar rastro, como afirman, si me permiten esta digresión, las modernas teorías de la física. Sí, porque, para muchos, ellos fueron los auténticos inspiradores de la orden del Temple.

Llegado al fin de su alocución, el ponente se concedió unos momentos de reflexivo silencio, observando la sala y a los escasos asistentes —alguno de ellos incluso dormido—, antes de ofrecerse a contestar sus preguntas, si es que alguien deseaba alguna aclaración sobre lo expuesto. El mutismo fue la única contestación que recibió. Agradeció entonces su asistencia al parco público, recogió sus papeles, los metió en su cartera de cuero y abandonó el estrado por la embocadura de su derecha.

El hombre del abrigo marrón ya se había levantado antes de que el profesor saliera. Fue hacia la entrada del salón de actos y, ya en el pasillo, esperó a encontrarse con él. Mientras lo hacía, rebuscó en la chaqueta su pitillera de oro y se encendió un cigarrillo. Era obvio que aquel hombre no tenía problemas económicos, a pesar de la situación general del país.

El profesor Rojo no tardó en aparecer, caminando a grandes zancadas, con el ceño fruncido y la mirada fija en el suelo. Poco le faltó para embestir al hombre del abrigo marrón, que se interpuso en su camino sin percatarse de que no lo había visto.

—Disculpe —se excusó el profesor cortésmente.

—Discúlpeme usted a mí —correspondió el hombre—. He sido yo el que se ha puesto en medio.

El profesor estaba ya a punto de seguir su camino cuando se irguió repentinamente y se giró hacia el otro hombre.

—¿No será usted...?

—El mismo.

Una sonrisa amable emergió al rostro del hombre del abrigo marrón. Tendió su mano al profesor y se presentó:

—Ignacio Varela Nieto, del Ministerio de la Gobernación.

—Me dijeron que vendría alguien del ministerio, pero nada más.

—Está bien, profesor Rojo, ¿podemos hablar en su despacho?

—Por supuesto. Sígame, si es tan amable.

El profesor George Rojo llevaba ya algunos años trabajando en España. Gozaba de la nacionalidad estadounidense, aunque había nacido en Londres y su padre era

español. Fue en las postrimerías del siglo XIX cuando la familia de su padre cambió su residencia de Cataluña a Inglaterra. Su abuelo paterno trabajaba en Barcelona como mecánico de máquinas tejedoras, y ocupaba sus ratos de ocio inventando artilugios para mejorarlas. Una de aquellas invenciones mereció el interés de la compañía británica Spinning Jenny, proveedora de las máquinas de la empresa en que prestaba sus servicios, que decidió comprarle la patente y ofrecerle un puesto en la sede central. Sin saber una palabra de inglés, toda la familia se trasladó a Londres y empezó una nueva vida, mucho más próspera y tranquila que en la convulsa Barcelona de entonces.

Corría el año de 1897 y el padre de George, Cristóbal Rojo, contaba por entonces veintiún años de edad. Una mañana de domingo, en una iglesia católica de Clerkenwell, conoció a una joven norteamericana de su misma confesión religiosa, que servía en la embajada de su país en Londres. Su nombre era Susan Harrison. Se enamoraron y, un año después, contrajeron matrimonio. Tuvieron cuatro hijos. El mayor, John, murió al poco tiempo de nacer víctima de la escarlatina. Después vinieron los gemelos Margaret y Robert, y por último George, el pequeño de la familia y también el más precoz. George nació en 1904 y vivió en Inglaterra con sus padres hasta poco después del estallido de la Gran Guerra. La madre, funcionaria de la Administración, fue reclamada por el Gobierno norteamericano en 1916 para prestar sus servicios en un centro especial de Washington, que se había creado por orden expresa del presidente Wilson con el fin de, eventualmente, descifrar mensajes en clave interceptados al enemigo. Cuando los Estados Unidos entraron en guerra, en abril de 1917, aquella se convirtió en una labor apasionante a la que, además, se debía por patriotismo. De nuevo Cristóbal Rojo cambiaba de país de residencia, aunque esta vez con su propia familia.

Así fue como el pequeño George llegó a los Estados Unidos y recibió la nacionalidad de su madre. Desde niño destacó en los estudios, a pesar de su ánimo aventurero y travieso. Inclinado desde siempre, y por igual, hacia el conocimiento del pasado y la ciencia, con apenas veintiún años se licenció en historia antigua y cuatro años después en matemáticas. A la vez que cursaba la segunda carrera universitaria había conseguido el doctorado en la primera, y no tardó mucho en obtener el de la segunda.

Cuando era niño le apasionaba todo lo que su padre le contaba sobre España y su gloriosa historia. Y también los procedimientos seguidos por su madre en el descifrado de mensajes ocultos. Naturalmente, el trabajo de esta era secreto, pero no las técnicas básicas, que trató de inculcar a su hijo por considerarlas estimulantes de su aguda inteligencia. De este modo, el joven George se aficionó a las dos disciplinas que convertiría, con el tiempo, en sus estudios superiores.

La familia era profundamente católica. Por eso fue para sus padres una

conmoción la noticia de que había aceptado un puesto como profesor de historia en la Universidad de Salamanca. España, por entonces —corría 1933—, estaba gobernada por ateos e izquierdistas, que habían instaurado la República y expulsado al legítimo rey Alfonso XIII. George no compartía todas esas ideas, ni mantenía tampoco la fe de sus padres. Se consideraba agnóstico, aunque a menudo esa postura le resultaba cobarde e indigna, como la neutralidad de las naciones frente a las guerras en contra de la opresión. No podía evitar que sus dudas le impidieran comulgar con alguna confesión religiosa, ni estaba convencido, por otra parte, de que Dios no existiera. Su mente científica sabía que ninguna de las dos opciones era totalmente cabal, pues ambas se basaban en supuestos indemostrables.

En el verano de 1933, George partió por fin en un buque que abandonó Nueva York con destino a Plymouth. Desde allí tomó otro barco que lo condujo a Santander y, finalmente, viajó en tren, cruzando el norte del país, hasta su destino en Salamanca. Su español era excelente, pues el padre nunca permitió que sus hijos perdieran esa lengua. Quizá tenía un leve acento inglés, pero estaba convencido de que lo puliría en cuanto estuviera en España un tiempo.

Por fin llegó a Salamanca y se instaló en un barrio relativamente elegante de la ciudad. Cuando empezó a impartir sus clases de historia medieval y a integrarse en aquella sociedad que le era a la par desconocida y familiar, pintoresca y agradable, no podía ni tan siquiera imaginar lejanamente todo lo que iba a acontecer al correr del tiempo, ni la aventura tan inquietante que habría de protagonizar.

—Usted dirá, señor Varela.

—¿No le han explicado el motivo de mi presencia hoy aquí?

—En absoluto. ¿Qué es lo que debían explicarme?

El profesor miraba a su interlocutor con extrañeza. Amablemente le había ofrecido un jerez que este declinó, y ahora estaban sentados frente a frente en su despacho. Ignoraba lo que tenían que decirle del Ministerio de la Gobernación, aunque pensaba que se trataría de alguna clase de petición de ayuda experta en un asunto histórico, un peritaje o algo similar.

—Mire, profesor, como usted no ignora, estamos en guerra. El Alzamiento Nacional ha dividido España en dos bloques enfrentados, dos ideologías irreconciliables que se batan por el triunfo y, con él, la destrucción del adversario. Le diría que nosotros encarnamos el espíritu y la razón, pero creo que puedo ahorrarme la propaganda con un hombre de su cultura. El caso es que se da la circunstancia de que Salamanca, por caprichos del destino, ha quedado en zona nacional, y mi Gobierno considera los círculos universitarios como cubiles donde nacen las víboras de la subversión. En la época republicana muchos de estos centros se viciaron, colmándolos con personal afín al comunismo, con anarquistas y masones. Ahora debemos reconducir la situación para normalizarla.

—Señor mío, debo decirle que no apruebo en modo alguno sus palabras. Aprecio la libertad por encima de todo y creo que cada hombre o mujer debe seguir, sin coacciones, el camino que le dicten su corazón y su razón.

—Usted es un idealista, como todos los hombres de su clase. Y déjeme añadir que en especial los norteamericanos...

—También soy en parte español.

—Sí, lo reconozco, se nota por su orgullo. Es típicamente nuestro. Pero, si me permite, la labor de la que le hablo corresponde y compete exclusivamente al Gobierno. Este debe velar por el bien común, y la razón de Estado es el principal bien común en nuestro tiempo. Usted, en calidad de extranjero, goza de ciertas cortesías que otros no recibirían. Créame, le hablo como un amigo. La conferencia de hoy, por ejemplo, ha sido un fracaso. Y ello se lo debe a difundir sus ideas demasiado alegremente. No se dé a todos, profesor. Nunca se sabe dónde habrá alguien que le quiera mal.

—Entonces, ¿qué debo entender a la vista de sus palabras? ¿Quieren que abandone mi cátedra?

—No, no, no. En absoluto, profesor Rojo. Lo único que queremos es prevenirle contra el exceso de politización en la universidad. No exprese sus opiniones en público. Guárdelas para usted. Esto no es Rusia. Nadie se enfadará por lo que usted opine en privado.

—¿Quiere decir que me censuran?

—Solo en lo que tiene relación directa con su trabajo docente e investigador. En lo demás, no entramos. Le ruego que no se lo tome a pecho. Comprenda que estamos inmersos en una guerra, lo cual supone una situación de la máxima gravedad para el país y para todos nosotros.

—Supongo que no me queda otra opción. Estoy entre la espada y la pared.

—Espero que acepte estas condiciones, pues de lo contrario...

—¿De lo contrario?

—Tendrá que irse de España y regresar a su patria u otro lugar fuera de aquí.

El profesor Rojo apretó los labios y entornó los párpados. En aquellos tres años había aprendido a amar a los españoles y su vida como profesor en Salamanca. Había viajado a muchos lugares de Andalucía, Castilla, Valencia, Cataluña. Amaba la diversidad de este pequeño país que una vez fuera grande. Amaba cada uno de los caracteres de sus gentes y sus contrastes. Amaba su clima duro y sus paisajes austeros, y también sus regiones de ambiente suave, de mar y sol, o de vegetación exuberante. Se sentía ya más español que americano.

—Si no me deja otra alternativa, en cuanto termine el semestre tendrá mi dimisión en el despacho del decano de la facultad. Entonces haré las maletas y prepararé mi partida lo antes que pueda. No voy a abandonar a mis alumnos a estas

alturas de curso, aunque tampoco estoy dispuesto a esconder el rabo entre las piernas.

—Pero, profesor, atienda a razones. Su trabajo aquí es apreciado e importante. Se ha ganado un amplio prestigio como autor e investigador. Hágame caso. Quédese y continúe con su labor. Solo se le pide que haga un esfuerzo insignificante...

—Ese esfuerzo que usted califica de insignificante es para mí el salto a un abismo. Si lo diera, traicionaría todos mis principios y convicciones. Y eso es algo que no estoy dispuesto a hacer jamás, a ningún coste. Me avendré a su mandato el tiempo justo para no perjudicar a los estudiantes. Solo eso.

El hombre del ministerio sacudió la cabeza tras unos segundos de tenso silencio. Antes de volver a hablar levantó sus manos y extendió las palmas, queriendo significar que no había más que discutir.

—Está bien. Veo que no hay forma de convencerlo. Obre como crea conveniente, por supuesto. Es una lástima. Le aseguro que lo siento. No está en mi mano cambiar las cosas. Son como son, nos gusten o no. Pero, de veras, lamento mucho que tome esa decisión. De todos modos, puede contar conmigo para cualquier asunto en que me necesite. Admiro mucho su trabajo. De hecho, a mí también me apasiona la historia y soy un gran admirador de usted. He traído un ejemplar de su libro sobre las invasiones prerromanas de España. Confiaba en que me lo dedicase.

El profesor suspiró. Estaba triste pero tranquilo. Intentaba asumir la nueva situación con entereza. Se acarició los labios con el pulgar de su diestra, lo cual solía hacer inconscientemente cuando pensaba, y por fin añadió:

—Supongo que la guerra nos hará a todos pagar nuestra factura personal. Sería injusto quejarse por dejar un empleo cuando hay muchachos cayendo en el frente cada día. No le guardo rencor. Comprendo que usted no tiene la culpa de lo que sucede. Deme el libro. Se lo firmaré. Todos somos víctimas, de una manera u otra, de los horrores de la guerra.

*El puerto de Barcelona ha sido víctima de un fuerte bombardeo aéreo. Se anuncia la unión entre las centrales sindicales UGT y CNT. Las tropas nacionales toman el pueblo madrileño de Boadilla del Monte.*

*Gerona, 16 de diciembre, miércoles*

El último bombardeo de los aviones nacionales había causado estragos en la ciudad. Los escombros cubrían las calles y en muchos edificios podían verse las heridas de las bombas. Tan lento y difícil es construir como fácil y rápido destruir, y sin embargo, el mundo del hombre se resiste a ser arruinado, como el propio hombre se aferra a la vida a pesar de las circunstancias, por adversas que estas puedan llegar a ser.

Una cuadrilla de milicianos republicanos y antiguos guardias civiles, ahora con el nombre de policías de la República, caminaba por las calles en busca de supervivientes del ataque. Un perro aulló delante de una casucha completamente derruida y un par de hombres se quedaron allí para comprobar si había alguien

sepultado bajo los escombros. El resto siguió avanzando. Sus rostros, agotados por las privaciones y el permanente estado de ansiedad, traslucían la más cruel de las desesperanzas. A pesar de todas las arengas y consignas de los mandos militares, es imposible levantar el ánimo de quienes han visto el horror con sus propios ojos.

En la misma calle, un poco más adelante, había una pequeña iglesia, no más que una ermita, que mostraba el tejado hundido y dos de sus cuatro muros quebrantados y desmoronados. Uno de los hombres se detuvo ante ella y dijo con soniquete:

—Los fascistas no respetan ni a los suyos. Y se quejan de nosotros...

—Es cierto —respondió otro, y soltó una carcajada.

Uno de los antiguos guardias civiles se giró e hizo una mueca que los demás no vieron. Con cuidado de no parecer demasiado interesado en el percance de la iglesia, intervino para decir:

—Bueno, pero tendremos que mirar si hay alguien debajo. No sea que luego se pudra el cadáver del cura y tengamos una infección.

Sus compañeros lo miraron con cara de pez, hasta que recapacitaron y se dieron cuenta de que tenía razón.

—Anda, Anselmo, entra tú con Robus —ordenó el que estaba al mando, dirigiéndose al guardia que había hablado y a otro de los hombres, un miliciano de aspecto cerril.

El antiguo guardia civil y el miliciano fueron hasta la entrada de la iglesia. Los demás siguieron adelante. Como Robus se había detenido, mirando con desprecio las figuras de los apóstoles en lo que quedaba de la fachada, fue Anselmo el que empujó con tiento una de las hojas de la puerta, intentando evitar que cayeran las piedras disgregadas que aún había por encima. Uno detrás de otro, los dos hombres entraron en el templo. Más de la mitad del suelo de la nave estaba cubierto de cascotes y trozos de madera de los bancos. Una imagen de la Virgen yacía, decapitada, junto a la basa de una columna que también había cedido. Enfrente, por el contrario, el altar se mostraba casi intacto en medio de la destrucción. Anselmo siguió hacia dentro, en dirección a la sacristía, que había quedado en la zona más dañada. En el momento en que se disponía a saltar por encima de unos grandes fragmentos del muro, la voz de su compañero llamó su atención.

—¡Mira, Anselmo, las hostias!

El miliciano había abierto la dorada custodia y tomado del cáliz las sagradas formas. Con gesto grosero y displicente las arrojó al suelo y las pisoteó con su bota.

—Me cago en Dios y en todos los que creen en él.

Anselmo notó un escalofrío en la espada. Los primeros cristianos llegaron a morir en el circo de Roma, devorados por las fieras, con entereza y sin renegar de su fe. Y allí estaba ahora él, en una situación incomparablemente menos terrible, sin el valor necesario para confesar sus auténticas creencias. Un solo tiro en la sien o la boca, y

sería libre de todo aquello. Pero entonces condenaría su alma. Aunque, si no lo hacía y seguía siendo un cobarde, también habría de condenarse para siempre en las llamas del infierno.

—Lo mismo digo, Robus, lo mismo digo...

Un pequeño salto, un paso más, y el piso cedió bajo sus pies. Sin tiempo de reaccionar, de asirse a algún lado para evitar la caída, Anselmo desapareció ante la mirada de asombro de su compañero y entre una densa polvareda. Se escuchó un fuerte golpe y luego el silencio absoluto.

—¡Anselmo, Anselmo, ¿me oyes?! —gritaba el miliciano desde arriba. Estaba junto al negro hoyo por el que el guardia había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra.

No hubo respuesta. El miliciano salió apresuradamente de la iglesia y dio la voz de alarma para que los otros vinieran a socorrerle. Al poco, todos se habían reunido de nuevo ante la fachada. El miliciano explicó lo sucedido y uno de los hombres, por orden de su jefe, corrió en busca de una soga al camión en que habían llegado a la zona. Los demás entraron y se aproximaron cuidadosamente al socavón.

—¡Anselmo! —gritó ahora el hombre al mando.

Un hilo de voz pareció distinguirse desde la negrura, una voz atenuada por la distancia y los sillares de piedra. Por cómo sonaba, cualquiera hubiera afirmado que emergía desde una sima de enorme profundidad.

—Estoy vivo...

El miliciano que había ido por la soga regresó con ella y se unió a los demás. El jefe ató su linterna a uno de sus extremos y la lanzó por el hueco. Desde arriba gritó:

—Coge la cuerda, Anselmo. Tranquilo, que te sacaremos de ahí. ¿Te has roto algo?

Unos segundos después, con el mismo tono de voz débil y lejano, Anselmo respondió:

—Sí, creo que tengo un brazo roto. Y me duelen mucho las rodillas, pero puedo moverlas.

Al ir soltando cuerda, los hombres se dieron cuenta de que el hoyo era realmente profundo. Al menos tenía ocho o diez metros de caída vertical. Desde arriba, a pesar de la ondulante luz de la linterna, no se distinguía gran cosa: solo un piso de bloques de piedra y muchos escombros desparramados. Era imposible alcanzar a ver los confines de la estancia subterránea.

Anselmo, sin embargo, a medida que la linterna descendía, y cuando fue capaz de prestar atención a algo más que sus heridas, tuvo la primera imagen de aquella sala que, en el subsuelo, cubría aparentemente la misma extensión que la planta de la ermita. Estaba circundada de estrechas columnas y repleta de mesas de madera, estanterías, armarios y arcones. Por la suciedad acumulada y las telas de araña, el

guardia pensó que debía de hacer muchos años que nadie se había tomado la molestia de limpiar. O es que nadie había bajado allí desde Dios sabía cuándo.

El dolor de sus rodillas empezaba a remitir. No era más que una contusión. Una de las mesas había frenado su caída y atenuado el golpe. Logró dominar el dolor lacerante de su brazo roto y se levantó con gran esfuerzo. Al caer había rodado hacia un lateral, alejándose de la parte del suelo de la iglesia que había cedido cuando él la pisó. Con la mano de su brazo sano, tomó la linterna y dirigió el haz en torno a sí.

—Anselmo, hombre, ¿qué coño haces? Átate la soga por debajo de los sobacos — le mandó su jefe.

Pero Anselmo no lo escuchaba. Estaba tan excitado que las palpitaciones de su corazón y el bombeo acelerado de la sangre en sus venas casi le impedían oír cualquier sonido ajeno a su propio cuerpo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo.

# 1937

*Se desarrolla el ataque republicano a la plaza nacional de Oviedo. La sangrienta batalla del Jarama está en pleno apogeo. La prensa comunista ataca violentamente a Francisco Largo Caballero, jefe del Gobierno de la República.*

*Salamanca, 26 de febrero, viernes*

El profesor George Rojo había terminado sus clases del semestre con un oculto sentimiento de frustración y rabia que, con fuerza de voluntad, consiguió no transmitir a sus discípulos. La verdad se la guardó para sí. Dijo a todos que debía marcharse a los Estados Unidos porque le habían ofrecido un excelente puesto en la Universidad de Nueva York —lo cual era verdad, en cierto sentido—. La excusa de volver a ver a sus padres y estar más cerca de ellos convenció a sus colegas. Los alumnos, que le tenían en alta consideración y estima, comprendieron también aquella decisión, por mucho que les entristeciera. Perdían a uno de sus profesores más queridos, un hombre admirable que, siendo aún joven, era capaz de transmitir valores a la vez que conocimientos, que lograba estimular las mentes de los estudiantes sin recurrir a la erudición.

«La Historia, la Historia con mayúscula —solía decir, a modo de máxima— no está en los grandes palacios, ni en los parlamentos de las naciones, ni en los campos de batalla. La verdadera Historia se encuentra a menudo en las pequeñas bibliotecas de las iglesias más humildes o en los perdidos conventos de las montañas, o incluso en una colección de cartas de una mujer enamorada». Todos se reían con el tono pícaro de aquella última frase, pero lo que afirmaba era muy cierto: el trabajo del historiador debía ser en muchas ocasiones arduo y desagradecido, sistemático, constante, como el de un detective o un cazador. O como el de un espía que, meticulosamente, trata de arrancar sus más íntimos secretos al pasado.

Aquella mañana soleada, contraste diametral del día en que lo visitara el enviado del ministerio, el aciago día en que le conminó a someterse o abandonar su puesto, George había terminado la última clase y se encontraba en su despacho recogiendo sus últimas pertenencias. Miró por la ventana al exterior. Afuera, el jardín de la parte trasera de la facultad de geografía e historia empezaba ya a verdear. Algunos pájaros osados se atrevían a revolotear por las copas de los árboles, que exhibían sus primeros brotes del año. La primavera se acercaba, aunque para él la estación invernal seguiría instalada en su corazón durante mucho tiempo. Perdonar es posible, pero no olvidar. España lo había acogido como a un hijo y le había dado mucho. Ahora se lo quitaba y no debía ser él quien juzgara a los españoles.

Europa estaba convulsa. Los periódicos ingleses y franceses anunciaban desastres futuros una y otra vez. La Italia de Benito Mussolini, pero sobre todo la Alemania de Adolf Hitler, el canciller desquiciado y vocinglero que amenazaba al mundo con sus

exigencias, parecían conducir a un nuevo y grave conflicto. La Gran Guerra estaba todavía presente, pero quizá para conjurar los horrores que acarreó, un eufórico sentimiento de paz había inundado cada rincón de Occidente. Un sentimiento cuya candidez se demostraba ahora en España, donde la lucha fratricida estaba sirviendo de campo de ensayos para las distintas formas de concebir el mundo.

George metió en una caja de madera los objetos que había querido tener en el despacho hasta el último momento: una foto enmarcada de sus padres ante el Capitolio de Washington, un trofeo de atletismo que ganó en el instituto siendo adolescente, un mástil con las banderas en miniatura de España y de los Estados Unidos, un diente de tiburón que, de niño, le diera un pescador de Boston, su estilográfica Montblanc, regalo de su primera licenciatura en la universidad, su reloj de bolsillo Hamilton, regalo de su segunda licenciatura, un ejemplar de *Así habló Zaratustra*, del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, su navaja del Ejército suizo y algunas otras cosas menos significantes, objetos que, sencillamente, le traían buenos recuerdos de su infancia o juventud.

A sus treinta y dos años, no tenía esposa ni novia. Estaba demasiado ocupado en sus investigaciones y su labor docente como para pensar en mujeres, se decía a menudo. Las mujeres son como un torbellino que deshace una existencia ordenada. Pero la realidad era que amó una vez y perdió. Había conocido a su gran amor en la facultad de matemáticas del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Estaba en su misma clase y se llamaba Deborah. Sus ojos azules, casi negros, oscuros como el mar encrespado durante la galerna; su pelo castaño con reflejos de oro viejo, su boca de frambuesa en sazón, su piel blanca, sus delicadas manos, su esbelta manera de caminar y su dulce conversación... Toda ella lo cautivó en un suspiro. George se enamoró como solo pueden hacerlo los jovencitos sin experiencia aún en la vida.

Todo lo que antes le había parecido importante, de pronto se convirtió en estatua de arena. Entre sus dedos se filtraba, carente de consistencia, el valor que había dado a las cosas. El amor, solo el amor. Y ella. La existencia únicamente cobraba sentido si estaban juntos. De otro modo, prefería morir y abandonar este valle de lágrimas. Pero sus deseos y anhelos se quebraron por culpa de un jugador de fútbol, el capitán del equipo universitario, que se llevó a Deborah chasqueando los dedos. Lo que más dolió a George fue que aquel tipo era una criatura ordinaria y llana que no habría sido capaz de remontar el vuelo más alto que una gallina. Salvo en el deporte, claro está, pues eso era lo único que sabía hacer bien. De todos modos, se trataba de un buen tipo y, en realidad, no había motivos para culparle de nada. De hecho, era George el que se arrepentía de lo que le hizo en la fiesta de fin de curso. El muchacho había bebido un par de copas de más y George lo aprovechó para descargar en él toda su ira y su frustración. No recordaba haber cometido en toda su vida un acto más vil y reprobable. Le esperó en la calle y, cuando el joven salió del local de la fiesta, le

propinó una soberana paliza que a punto estuvo de hacerle acabar en el hospital.

Pero todo eso era agua pasada —lamentable agua pasada—, y le sirvió como una lección valiosa que aprendió para siempre: la cabeza siempre debe estar fría a pesar del calor del corazón; la integridad es la única virtud que verdaderamente importa, pues todas las demás manan de ella con naturalidad.

Mientras colocaba sus pertenencias en la caja, George recordó sus primeros meses en la Universidad de Salamanca. La República enarbolaba por aquel entonces la bandera de la libertad. Él picó el anzuelo durante un tiempo, pero la verdad se destapó ante sus ojos poco después. La República no era una democracia como la que conocía en los Estados Unidos, sino un Gobierno corrompido, desnaturalizado, que favorecía las envidias y revanchas de los otrora oprimidos sobre sus antiguos opresores. El ser humano individual es capaz de pensar, razonar y llegar a conclusiones lógicas, aunque muchas veces equivocadas, pero la masa no, esa masa informe que aumenta su fortaleza a medida que disminuye su capacidad de juicio, a medida que crece en brazos para empuñar espadas o fusiles. La historia es un ciclo que se repite sin cesar: cambian los actores y los usos, pero no cambia la tierra bajo los pies ni el sol que alumbra cada escena del drama humano.

Cuando se produjo el Alzamiento Nacional, George estuvo a punto de verse seducido por una idea ingenua. Quizá los militares se levantaban en armas para devolver a España los perdidos valores de justicia, ética y humanidad. Justo antes, la situación había crecido hasta cotas inimaginables de arbitrariedad y barbarie. Para un historiador, aquello traía a la memoria, por su semejanza, el Reinado del Terror que durante la Revolución francesa encabezaron los inicuos Robespierre, Carnot, Couthon y otros criminales sedientos de venganza y de sangre.

Pero no, el Alzamiento no supuso el retorno de la equidad, sino que, como decían los españoles, no hizo más que dar la vuelta a la tortilla. Todo hombre puede ser oprimido u opresor. La debilidad y el miedo pueden convertirlo en lo primero, pero si la virtud no lo anima en su fuero interno, dar el salto a lo segundo, en circunstancias favorables, es solo un pequeño paso. En la guerra, muchas personas normales, que desempeñan sus trabajos honestamente y tienen una vida y un comportamiento sin tacha, se convierten en bestias peores que un animal salvaje. Se elimina la piel de cordero para dejar al descubierto la más profunda, la que está por debajo, la del despiadado lobo que hay en todo hombre.

Ahora George tenía que regresar a su casa. Su casa... ¿Pero no era ya su hogar España, aquella Salamanca de rancios muros y aroma de siglos? Tendría que abandonar sus estudios en los archivos antiguos para volver a un país sin historia. Sería como encerrarse en un moderno edificio de hormigón y dejar fuera una catedral románica. En España caminaba entre los hilos que habían urdido la historia, y le entristecía sobremanera verse obligado a marcharse.

Unos golpes en la puerta de su despacho le hicieron volver a la realidad, la dura realidad de una época belicista y aciaga.

—Adelante —dijo en voz alta, con aspereza.

—Querido profesor —saludó un rostro sonriente. Era Ignacio Varela, el hombre del Ministerio de la Gobernación, que entró al tiempo que se descubría la cabeza.

—Señor Varela...

—El mismo. Veo que recuerda mi nombre. ¿Cómo está? Temía que ya se hubiera marchado.

—¿Lo temía? ¿No fue usted el que, por orden de quien sea, me ha obligado a tener que hacerlo? ¿A qué ha venido ahora?

—Usted no lo entiende... todavía. Mi misión es muy distinta de la que cumplí la primera vez que nos vimos.

George miraba al hombre con gesto extremadamente serio. Hubo un momento, incluso, en que pensó invitarle a salir de su despacho y dejarle en paz. Pero apretó los puños y trató de no perder los estribos. Aquel enviado no era más que eso, un enviado de poderes superiores. Y si algo odiaba George era la injusticia en cualquiera de sus manifestaciones. Si en algo pequeño se perdía el sentido de la equidad, ¿cómo no iba a desaparecer ante las más graves situaciones?

—Usted dirá, entonces.

—He de transmitirle una petición de mi Gobierno; un ruego, más bien. Soy consciente de que debe de estar muy molesto y disgustado por todo lo que ha ocurrido, pero usted es quizá la única persona que puede ayudarnos.

—¿Ayudarles? ¿En qué?

—Antes de revelárselo, debo pedirle que me dé su palabra de caballero de que mantendrá en estricto secreto todo lo que le diga hoy.

George se mantuvo callado unos instantes. Luego espetó a Varela:

—Prefiero entonces que no me cuente nada. No tengo por qué mezclarme con los asuntos de su Gobierno. Soy americano y me voy a mi país. Olvídense de mí para siempre. Ustedes y los republicanos. Estoy harto de su opresión y de toda esta mierda.

—Pero, profesor, no hace falta que se ponga así, hecho un basilisco. Queríamos consultar con usted un asunto de enorme trascendencia histórica. Pensé que le interesaría. Además, se da la circunstancia de que otros ciertos motivos hacen que usted sea la persona ideal para interpretar este asunto. Quizá estemos ante un gran descubrimiento.

La táctica zalamera de Varela era evidente, pero aun así consiguió su objetivo. George estaba ahora sumamente intrigado. Como historiador, como investigador histórico, no era capaz de sustraerse a la seducción de un posible descubrimiento.

—¿A qué «otros ciertos motivos» se refiere? ¿Por qué yo soy, según dice, la

persona adecuada?

Varela lo miró con una media sonrisa y levantó las cejas.

—No es momento de subterfugios. Con franqueza le diré que sabemos todo sobre usted. Es soltero y no tiene compromiso. Estamos al tanto de que, además de doctor en historia antigua, es también doctor en ciencias exactas. Habla a la perfección inglés, español, latín y griego, aunque las dos últimas lenguas no se «hablen» ya, en realidad. Tiene conocimientos de alemán, italiano, francés y hebreo, así como nociones de otros diversos idiomas. Sabemos que su madre, Susan Harrison, trabajó durante varios años como criptoanalista, en el descifrado de mensajes secretos para el Gobierno de los Estados Unidos. Y su padre, Cristóbal Rojo, regenta un concesionario de automóviles DeSoto en Washington. Un negocio que, por cierto, no va muy bien en la actualidad. Usted es experto en historia griega, romana y medieval. Igualmente lo es en criptología. Un matemático de letras, un poeta de la ciencia, un gran autor y un gran investigador. Si me permite la vulgaridad, sabemos cuándo caga y mea, profesor Rojo. Y no hay en España nadie más adecuado para lo que tengo que proponerle, se lo aseguro.

Los datos que había mencionado el hombre del ministerio eran exactos. George estaba absolutamente convencido de que había hecho un resumen sucinto para no aburrirle. No dudaba de que, en efecto, sabían todo sobre él. Al parecer, se habían tomado muchas molestias para investigarle. Estaba atónito, pero, lejos de encolerizarse, se rio con ganas. No daba crédito a lo que le estaba sucediendo.

—Está bien, usted gana. Le doy mi palabra de que todo lo que hablemos hoy aquí quedará entre usted y yo, señor mío. Pero no le prometo nada más.

—Con eso es más que suficiente. Estoy seguro de que, cuando sepa lo que tengo que decirle, cuando vea lo que voy a mostrarle, usted mismo querrá colaborar.

Ignacio Varela había estado todo el tiempo con su portafolios en el regazo, agarrándolo con ambas manos. Ahora lo abrió y extrajo de su interior una gruesa carpeta llena de documentos, que puso en la mesa del profesor. Le hizo un gesto para que examinara el contenido. Mientras lo hacía, dijo:

—Se trata de las fotografías de un libro antiguo. Se las arrebatamos a un correo militar de la República que las llevaba a Valencia, con orden de entregarlas en persona al presidente Azaña.

—Es un códice iluminado. Está escrito en griego clásico...

—Eso lo sabemos. Nuestros expertos han datado la obra en el primer tercio del siglo XIII, por la técnica de las miniaturas y el tipo de escritura.

—Yo diría más bien que pertenece al último tercio del XII. Parece una obra de la escuela catalana o aragonesa. Y está claro que es una copia de un libro mucho más antiguo.

—En efecto. Según los mismos expertos que he mencionado, podría tratarse de

un texto perdido de Platón, el filósofo griego.

George levantó la mirada. Era obvio que no tenía que explicarle quién era Platón, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, el más pío y aristocrático de entre los filósofos de la Grecia clásica.

—Eso es muy poco probable, por no decir casi imposible... Me extrañaría que fuera una copia de una obra auténtica de Platón —respondió George, y sin dar tiempo a replicar a su interlocutor, añadió—: En todo caso, tendría que leerlo y examinarlo detenidamente para formarme una opinión razonable.

—Para eso he venido, amigo mío, para eso he venido.

Lo de «amigo mío» sonó a George como una vulgar adulación. Ni eran amigos ni él quería que lo fueran. Pero pasó por alto aquel tono embaucador y empezó a leer el libro por la primera página, aunque resultaba complicado por la textura de las fotografías.

—¿Le importa si fumo? —preguntó Varela, con la pitillera y el encendedor en la mano.

George le hizo un gesto de aprobación y le indicó dónde estaba el cenicero. Mientras él se imbuía de las líneas de bella escritura, perfectamente caligrafiadas, Ignacio Varela sacó el diario *Arriba* de un bolsillo de su chaqueta y lo imitó, con aire parsimonioso. Estaba claro que tenía todo el tiempo del mundo.

#### ***El códice de Platón***

*La vida depara a menudo cambios al hombre que este no puede imaginar. Soy un anciano gastado que no comprendió todo lo que querría haber comprendido. El ansia de sabiduría, ese anhelo constante que ha impulsado mi existencia desde la juventud, no remitió con la vejez; ni todos los conocimientos, por muchos que sean, que fui adquiriendo a lo largo del camino, pudieron calmar esa sed que abrasaba mi alma.*

*La extranjera, esa mujer misteriosa, ha satisfecho esta ambición con sus enseñanzas. Ignoro de dónde ha venido y por qué. Desconozco el motivo de que me haya elegido a mí precisamente para descubrir su pensamiento. Si hasta ella hubiera llegado mi fama, entonces todo quedaría explicado. Pero no. No sabía quién era yo antes de conocerme. Y, aun al contrario, ¿qué podría ofrecerle yo, mísero simplón, a cambio de su sabiduría, salvo oídos ávidos de escuchar?*

*Al principio la tomé por loca. Después por la encarnación del demiurgo. Luego por una diosa del Olimpo. Ahora sé que es una mujer de carne y hueso. Aunque no simplemente una mujer. Las maravillas que ha puesto ante mis ojos exceden a lo siquiera imaginado por mi pobre pensamiento. Es tan lejano a mí lo que me ha transmitido, que podría cabalmente considerármese un ciego. Un ciego que ha abierto los ojos y percibido, por fin, los colores del mundo.*

*He salido de la caverna en que la humanidad se halla recluida. Las sombras vacilantes y difusas se han convertido en una explosión de luz esplendente. He abandonado las profundidades de la tierra y he visto el sol. Su cálido haz me ha regalado una nueva concepción de todo lo creado. ¡Aristocles, triste acémila, asno de orejas demasiado cortas!, ¿cómo has podido soportar la vida antes de ahora? ¿Cómo has sido capaz de aguantar el frío gélido de la ignorancia y la oscuridad de la caverna?*

*Encontré a la extranjera en una rada, cerca del Pireo. De esto hace ya más de un año. Estaba tendida en la arena; sus ropas empapadas. Llamé a mi asistente, un muchacho llamado Acteón, y juntos la llevamos hasta mi humilde residencia junto al mar. Anochecía con reflejos dorados y púrpuras en el horizonte. Los gritos de las gaviotas, recortadas en su vuelo contra la luz crepuscular, inundaban el ambiente. La sensación de que un tiempo, una época, estaba a punto de concluir, como el astro rey en su ocaso, se adueñó de mi corazón sin saber por qué.*

*La mujer tardó tres días en recobrase, aunque no había en ella heridas visibles. Era como si necesitara*

*descansar después de un esfuerzo infinito. Sus ojos, profundos y extraños, fueron recuperando el brillo. La primera vez que habló, débilmente, articuló una lengua incomprensible para mí. Luego lo hizo en griego; un griego tan perfecto como el que hablaba Sócrates, o el que yo mismo he inculcado a mis alumnos de la Academia.*

*Nunca me dijo su verdadero nombre. Poco a poco fue sintiéndose mejor. Le ofrecí quedarse en mi casa el tiempo que quisiera. Ella aceptó. Nunca creí que una mujer pudiera mostrar tanto interés por el conocimiento. Me escuchaba hablar con mucha atención, y yo tuve un acceso de orgullo, creyendo que ansiaba aprender de mí. Di por hecho, al principio, que mi fama habría llegado a sus oídos. Craso error. Ni ella me conocía ni quería aprender de mí, porque sabía mucho más que yo. Por eso me quedé atónito cuando, tras un largo paseo por la playa, me habló de conocimientos más allá de lo que siquiera había imaginado. Me mostró cosas que pude comprobar por mí mismo, otras tan lejanas que me maravillaron, y algunas que sugirió, pero dijo no poder revelarme.*

*¿De dónde venía?... Me explicó que el Sol no es más que otra estrella cualquiera del firmamento, y que la Tierra gira en torno a él con la Luna como una enorme esfera de piedra alrededor de ella. Que las mareas suceden por efecto de una extraña fuerza que ejercen los objetos materiales, mayor cuanto más grandes sean. Que la luz con la que vemos es como las ondas sobre el agua, que lo inunda todo y llega a nuestros ojos. Que los animales están emparentados unos con otros y cambian con el devenir del tiempo. Que hay una fuerza casi ilimitada en todo lo que existe... ¡Y tantas y tantas cosas asombrosas y extraordinarias!*

*Cosas que decidí consignar por escrito, para que otros, más sabios que yo en el futuro, pudieran conocer y comprender. Ella me dejó hacerlo, aunque con una salvedad: había un conocimiento demasiado importante, demasiado peligroso, que únicamente debía ser transmitido bajo la protección de una escritura arcana; que solo llegado su momento habría de ser devuelto a la luz.*

# 1937

*En la zona del Alzamiento se establece oficialmente la «Marcha granadera» como himno nacional. Finaliza la batalla del Jarama. Los embajadores de Italia y Alemania presentan cartas credenciales ante el Gobierno nacional.*

*Burgos, 3 de marzo, miércoles*

El tren llegó a su destino con cinco horas de retraso, lo cual no era mucho, dadas las circunstancias. George recogió su maleta del portaequipajes, bajó del coche y recorrió el andén hasta el vestíbulo de la estación. Allí lo estaba esperando, como le habían asegurado, un militar para conducirlo hasta el edificio en que se albergaba, de modo provisional, el Ministerio de la Gobernación del bando nacional.

El militar, un sargento de infantería, se ofreció a llevarle la maleta, pero George se negó. No necesitaba criados ni favores. Lo siguió hasta el exterior, donde tenía estacionado el automóvil con un soldado al volante. En las paredes de los edificios de todas las calles que siguió hasta su destino, pudo ver diversos carteles con consignas anticomunistas y otros con la efigie de un hombre hasta hacía poco casi desconocido para él: el general Francisco Franco Bahamonde. Solo sabía que había sido un héroe de la guerra de Marruecos y había alcanzado el máximo grado militar a edad muy temprana para ello. De hecho, en 1926 se había convertido en el general más joven de Europa desde Napoleón. Y ahora, nombrado por la Junta de Defensa Nacional, ostentaba los cargos de Generalísimo de todos los Ejércitos y jefe de Gobierno en la España sublevada contra la República.

Demasiado poder para un solo hombre, pensó George, aunque también evocó la figura del *dictator* que los romanos elegían en situaciones de extrema gravedad. Que un único hombre tomara, según su libre criterio, todas las decisiones importantes, podía ser beneficioso en casos de necesidad grave y perentoria. Pero el defecto del sistema radicaba en que cuando alguien goza del poder omnímodo suele resultar complicado que después renuncie a sus ventajas, que lo abandone pasada la crisis; e igualmente difícil resulta arrebatárselo por la fuerza. ¿Iba a ser ese el caso de Franco? ¿Dejaría el poder después de saborear las mieles del mando absoluto? Solo el tiempo lo diría.

De camino a la sede del ministerio, George pensó en los últimos días en cómo Ignacio Varela le había mostrado aquel enigmático libro medieval, aquella copia de un texto mucho más antiguo escrito por alguien que se llamaba a sí mismo Aristocles. Para toda persona versada en la cultura griega del periodo clásico, el nombre de Aristocles no era en absoluto desconocido, pues se trataba en realidad del verdadero nombre del filósofo Platón. Este último vocablo, no más que un seudónimo, un mote debido a cierto rasgo de su figura, tenía el significado de «el de anchas espaldas».

En un primer análisis de la obra, George no pudo llegar a una conclusión

definitiva. El estilo del texto difería del habitualmente seguido por Platón. No había muchos diálogos, pero sí infinidad de referencias a su filosofía y ciertos giros que podrían considerarse platónicos de forma inequívoca. Si era obra de un impostor, este había hilado muy fino. Normalmente —y esto solía ocurrir a menudo en la Antigüedad—, cuando un autor trataba de suplantar a otro famoso, lo hacía con demasiado cuidado, y así llegaba a descubrirse el truco. Puede parecer un contrasentido, pero hasta los más grandes escritores cometen errores y se repiten a sí mismos, lucubran con ideas y pensamientos ya enunciados que ellos mismos quizá olvidan. Sin embargo, los impostores congelan al autor original y lo hacen demasiado exacto y preciso, demasiado artificial. Y siempre hay algún detalle que revela la verdad: una cita anacrónica, una extemporaneidad evidente, una mención incorrecta. Por el contrario, en aquel código no había ninguno de esos errores. Al menos, que George hubiera advertido. Y ello a pesar de que había encontrado alguna que otra frase equívoca, palabras inadecuadas e incluso faltas de ortografía, seguramente debidas al texto original. Los copistas escolásticos eran tan perfectos como la maquinaria de un reloj suizo o el mecanismo de un teodolito alemán. Se limitaban a transferir con absoluta fidelidad lo que reproducían, embelleciéndolo con dibujos maravillosos, pan de oro y una insuperable caligrafía.

Pero todo aquello era secundario en comparación con lo que contenían las páginas finales. Aquellas páginas eran las responsables de que George hubiera cambiado de opinión y ahora estuviera, en un coche del Ejército nacional, de camino al Ministerio de la Gobernación en la castellana ciudad de Burgos. Se trataba de una escritura inaudita, incomprensible, compuesta por caracteres que jamás antes había visto. Los expertos que había mencionado Varela tampoco tenían noticia de algo similar. Estaban perdidos y, por ese mismo motivo, extremadamente intrigados.

La historia que narraba Platón en las páginas precedentes hablaba de una extranjera, una mujer desconocida, de mirada profunda y misteriosa, que encontró en la playa por casualidad, medio muerta, y a la que llevó a su casa. La mujer se recobraba por fin e iniciaba una serie de conversaciones con Platón que no se reproducían sino en parte. A menudo se decía que ella «no podía revelarle» ciertas cuestiones. Era como si el filósofo hubiera madurado las enseñanzas de aquella extranjera y hubiera preferido verterlas en modo narrativo. Los pasajes en que sí se hallaban diálogos resultaban los más enigmáticos de todos. Las palabras de la desconocida —de la que nunca se mencionaba el verdadero nombre y a la que el autor se refería como la Rosa del Mar— sonaban extrañamente... modernas, y más aún sus ideas, a enorme distancia de los conocimientos de aquel tiempo. Rompían el estilo de Platón de un modo inusitado. En sus otros libros se percibía de forma notoria que era él mismo su propio interlocutor, y que empleaba aquel vehículo con el único fin de exponer más claramente sus ideas. Pero aquí era esa mujer extranjera

quien enseñaba y Platón el que representaba el papel de discípulo inquisitivo.

La parte justo anterior a las últimas páginas citadas —George estaba seguro— había sido la que despertó el interés de las autoridades republicanas y luego, capturado el correo con las fotografías, de los nacionales: el final contenía la promesa de alcanzar, por medio del significado del texto indescifrable, aquello por lo que los hombres serían capaces de matar; aquello que suponía la mayor de las riquezas y la capacidad de convertirse en libre, de sacudirse el yugo de cualquier opresión. La promesa, en suma, de obtener el poder ansiado por toda la humanidad en sus más íntimos anhelos. Pero solo el *más sabio de los hombres* podría descubrir ese secreto y utilizarlo *para el bien y no para el mal*. George evocó aquellas palabras cargadas de simbolismo.

*Muchos secretos me han sido revelados por boca de esta mujer enigmática y maravillosa. Enigmas cuya cáscara se ha roto ante mis ojos. Frutos en sazón del árbol del conocimiento... Pero, entre todos, hay uno que no tiene parangón. Uno que el hombre ansía desde que existen las sociedades. Desde que unos hombres han oprimido a otros y han hecho de ellos sus esclavos. Un don que otorga poder y libertad, buscado por muchos sabios, pero nunca hallado. El poder inagotable de convertir lo que no vale nada en lo que tiene más valor y mueve el mundo... El hombre que alcance este secreto podrá ser un dios entre los dioses o un demonio entre los demonios, pero ya nunca será un mortal más. Este saber me ha sido revelado, aunque mi comprensión dista mucho de asimilarlo. Aún no ha llegado su hora. Yo lo transmito a las generaciones del futuro. Solo al más sabio de los hombres le será lícito comprender esta gran verdad, y valerse de ella para el bien y no para el mal.*

—Señor, ya hemos llegado —anunció el sargento.

George estaba tan ensimismado en sus pensamientos que ni tan siquiera había advertido que el coche atravesaba el puesto de guardia y la barrera de acceso al patio del ministerio, para detenerse junto a la fachada principal.

—Oh, gracias —dijo, mientras asía su cartera de mano y su paraguas, pues el tiempo amenazaba lluvia de nuevo, y tiraba del picaporte de la puerta para salir.

El conductor se apresuró a bajar del vehículo y, sin perder la marcial compostura, se dirigió hacia la puerta trasera derecha con intención de abrísela a su pasajero. Cuando llegó, George ya había puesto los pies en el adoquinado francés del piso y estaba irguiéndose con su cartera y su paraguas bajo el brazo. El sargento dirigió una mirada áspera al soldado, que adquirió la postura de firme junto a George.

—Por aquí, señor —dijo—. Sírvase seguirme.

Una chata escalera de amplios peldaños conducía al interior del edificio por el acceso de su fachada. A ambos lados había otros dos centinelas custodiándolo. Hicieron el saludo militar de los nacionales, con la mano en el pecho, y pidieron al sargento y a George ver sus respectivas documentaciones. Pero cuando el primero mostró la suya e hizo un gesto de negación con la mano, refiriéndose al profesor, los guardias se cuadraron, apoyaron las culatas de sus fusiles en el suelo y les franquearon el paso. En el vestíbulo interior había varias mesas con soldados

sentados a ellas. Parecían todas iguales: un sencillo tablero de pino o abeto, una lámpara de escritorio, una máquina de escribir de la marca alemana Adler, un teléfono, varios tacos de formularios, hojas en blanco y una bandeja con documentos.

A un lado, en lo que podría definirse como una especie de recepción —pues aquel edificio había sido sin duda un lujoso hotel antes de la guerra—, otro militar aguardaba con mirada escrutadora. El sargento fue hacia él y se identificó una vez más.

—Le están esperando, profesor Rojo —anunció el hombre en tono melifluido y algo amanerado—. El capitán Matamoros bajará a buscarle enseguida.

En efecto, a los pocos minutos apareció un hombre por la escalera que conducía a los pisos superiores. Era de corta estatura, pelirrojo y de tez lechosa, con aspecto de tipo duro. Llamándose Matamoros, pensó George, se habría labrado un gran porvenir en la época de la Reconquista.

—¿Profesor Rojo? —preguntó retóricamente a George.

—Sí.

—Haga el favor de seguirme.

Deshaciendo los pasos del capitán, él y George subieron por la escalera hasta el primer piso. Allí giraron a la derecha y continuaron por un pasillo revestido de madera y ricas lámparas colgantes. Casi al final, el militar se detuvo frente a una de las puertas y llamó con los nudillos. Una voz afirmativa les llegó desde el interior.

—Con su permiso, don Ignacio —dijo el capitán, entreabriendo la puerta y metiendo la cabeza por la rendija.

Era patente, pensó George, que aquel hombre, Varela, «cortaba el bacalao», aunque su despacho no era gran cosa: una estancia mediana, una mesa de trabajo, los utensilios al uso, otra mesilla supletoria con una máquina de escribir y una bandera española al fondo, junto a la fotografía enmarcada del Generalísimo.

—Pase profesor, pase —dijo cortésmente Valera, de pie tras la mesa del despacho—. Acto seguido solicitó a su asistente que los dejara solos y dio las gracias al capitán Matamoros.

—Aquí me tiene —contestó George, dándole la mano.

—Haga el favor de sentarse. Tenemos mucho de qué hablar. Desde ayer he estado muy intrigado por su llamada telefónica. Y contento de que haya decidido colaborar...

—Un momento, señor Varela, un momento. Yo no he dicho nada de colaborar con ustedes, sino de prestar mi ayuda con fines única y exclusivamente históricos y científicos.

—Sí, eso quería decir... Bien, aclarado este punto, le escucho. Usted dirá.

Varela, que se había mostrado muy simpático, cambió su gran sonrisa por un gesto más serio. Seguramente no estaba acostumbrado a tener que callarse, sino a dar

órdenes. Pero la situación le obligaba a ser cauto y comedido. Necesitaba a George.

—Cuando usted se marchó de Salamanca, después de su visita de hace unos días, estuve repasando mentalmente el texto incomprensible de la última página del código. Había tratado de memorizar los signos y, como mi memoria no es muy buena, copié un fragmento con los símbolos iniciales, sin que usted se diera cuenta, en una hoja que pretendía destruir más tarde. Los estuve analizando largo rato sin llegar a ninguna conclusión. Luego me fui al cine. Pero no podía quitármelos de la cabeza. Les daba vueltas intentando cambiar el punto de vista. Y por fin comprendí algo. No es más que una sospecha, aunque no me parece descabellada.

Varela lo escuchaba con suma atención, cada vez más cautivado por el tono de sus palabras y lo que de ellas se podía colegir.

—Continúe, profesor.

—Esos signos deben de ser, en efecto, una especie de clave, de método de cifrado. No se equivocaron ni usted ni sus expertos cuando sospecharon eso. Pero no una clave convencional. Pasé toda la noche tratando de transformar los signos en letras griegas, contando el número de letras de cada palabra y haciendo corresponder símbolos iguales con las mismas letras. Y no dio resultado. Me quedé como estaba, pero con la duda concomiéndome. Al día siguiente traté de olvidar el asunto. De todos modos, no pensaba ayudarles... Pero ayer, antes de telefonarle a usted desde la misma estación de ferrocarril de Salamanca, sentado en un banco y leyendo con tranquilidad un periódico (repleto de noticias tendenciosas, todo hay que decirlo), lo comprendí... Si es que estoy en lo cierto.

—¿Qué fue lo que comprendió? —Varela estaba a punto de estallar por la expectación. Se encendió un cigarrillo para calmarse un poco.

—Descubrí que... —George se detuvo un momento—. Descubrí que lo más probable era que el texto hubiera sido doblemente cifrado. Primero con esos signos desconocidos y, luego, con una transformación matemática. El mensaje «en claro» solo puede extraerse resolviendo esa doble codificación.

—Era listo ese Platón... —masculló Varela, como si el filósofo griego fuera un simple escritor de novelas de misterio—. ¿Y qué hay que hacer para descifrarlo?

—En principio, ir por partes, paso a paso. Hay que «romper» la primera clave. Y eso, seguramente, resultará lo más difícil. Quizá usted no sepa mucho de criptografía, pero en este caso hay dos opciones. Una en la que los símbolos no sean más que una transformación de las propias letras griegas originales. En este caso, bastaría con probar a sustituirlas, pero eso ya lo he hecho yo sin resultados positivos. El autor del libro, fuera Platón o no, desde luego era más inteligente. Poniéndome en su lugar, yo habría cambiado las letras por símbolos aleatorios, incluso por dúos o tríos de signos, y hubiese escondido el método para deshacer esa transformación de algún modo secreto.

—No soy capaz de seguirle.

—Es más sencillo de lo que parece. Imagine usted cualquier vocablo, por ejemplo «justicia». —George eligió esa palabra con cierta inquina—. Ahora piense en una docena de símbolos completamente inventados: un círculo con un punto dentro, una uve tumbada, un cuadrado atravesado por una línea vertical, etcétera. Puede sustituir la jota por dos de ellos al azar; luego la u por uno solo, la ese por un conjunto de tres, y así hasta terminar. No importa que se repitan los signos, pues usted únicamente deberá anotar en otro lugar cómo hizo la conversión.

—Ahora lo voy comprendiendo. Pero, si no estoy equivocado, eso hace imposible descifrarlo.

—No necesariamente. ¿Conoce usted el «método del libro»? Para cifrar un mensaje, dos personas utilizan el mismo libro en la misma edición. El método más simple consiste en escribir el mensaje secreto y luego buscar las palabras que lo componen dentro del texto del libro en cuestión. El nuevo mensaje cifrado resulta una lista de números de página, línea y palabra. Si el mensaje es interceptado, no hay posibilidad de descifrarlo salvo que se conozca el libro utilizado.

—Entonces, ¿es o no es posible descifrarlo?

—Acabo de decírselo: es posible si se conoce el libro que se empleó en la codificación. ¿No lo comprende? El autor del libro (aceptemos provisionalmente que fue Platón) tuvo que asegurarse de que haya alguna manera de descifrar el texto, y eso hubo de obligarle a incluir el método de transformación en algún sitio.

—O no.

—Seguro que sí, señor mío, seguro que sí. De otro modo, para qué iba a escribir el texto mismo. Si no hubiera querido que nadie lo descifrara, simplemente no lo habría escrito. Es elemental. Y, de hecho, en los últimos párrafos legibles, en el final del libro, se menciona todo eso de que solo el más sabio podrá conocer el secreto: el sabio que averigüe el modo de desentrañar su significado. ¿No es evidente? Eso debe implicar, por tanto, que existe algún modo de desentrañarlo.

Hacia veinte años que el convento de Santa María de Barcelona quedó destruido por el fuego. Fray Alejandro de Sants, el antiguo abad, que recibiera en legado el códice que fray Félix de Camargo, su hermano en Cristo, le entregara antes de morir devorado por la llamas, vivía ahora retirado en un monasterio del agreste macizo de Montserrat, dedicado por entero a la oración, al sencillo trabajo de hortelano y a la vida contemplativa.

Fray Alejandro era, sin embargo, un hombre muy culto, versado en ciencias y letras. De joven, antes de ordenarse monje benedictino, había buscado aventuras en América. Sirvió en el virreinato del Perú y encabezó expediciones en busca de riquezas y tesoros en las altas cumbres de los Andes. Allí trabó amistad con algunos sacerdotes indios, que le enseñaron a preparar medicinas naturales con diversos extractos de plantas autóctonas, como la corteza del árbol de la quina. También se interesó por la alquimia, la astronomía y las matemáticas. Después de una aventura en la que estuvo a punto de perder la vida, capturado por una tribu indígena que lo sepultó durante semanas en un húmedo pozo, decidió volver a España. Cuando estaba en el hoyo, desnudo y sin alimentos, salvo las lombrices de tierra que encontraba arañando las paredes, hizo una promesa a Dios que cumpliría si llegaba a salvarse: tomar los hábitos de una orden religiosa.

Como era un hombre sapiente y capaz, pronto aprendió las lenguas latina y griega con soltura. Se deleitaba leyendo las obras de los clásicos y preparando traducciones que llegaron a ser famosas en la cristiandad. Contribuyó también a la elaboración de nuevas tintas y barnices para la escritura, y se convirtió en abad de Santa María como premio a su piedad y sus aptitudes. Pero nunca llegó a tener noticia, aparte de leyendas sin supuesto fundamento, del códice que fray Félix custodiara en el mismo convento que él regía. Hasta el día del incendio y la muerte del desdichado monje.

Tras la destrucción de su casa, la mayor parte de los religiosos fue acogida en otros diversos monasterios de su orden. Fray Alejandro recaló en un convento de la localidad de Vic, en el que solo estuvo durante algunos meses. Después llegó a Montserrat, su último destino. Durante mucho tiempo, años enteros, ni tan siquiera quiso abrir el paquete entregado por su hermano en tan siniestras circunstancias. Cuando por fin se decidió a hacerlo, después de varios días de severo ayuno y oración, descubrió que sus sospechas eran ciertas y las leyendas verdaderas. El libro estaba encuadernado en primoroso cuero de oveja teñido de azul, con el dibujo de una rosa confeccionada a base de incrustaciones de pan de oro y tinta de color sangre, y con los bordes protegidos mediante una moldura de aleación de plata y cobre. Lo

abrió, pasó la página de alfombra, y se dispuso a leerlo. A medida que las hojas, de excelente vitela de ternero, iban pasando ante sus ojos, con su refinada escritura y sus extraordinarias miniaturas, obra sin duda de un ilustrador genial, fray Alejandro se imbuía más y más en el enigmático texto. En total, el libro contaba unas sesenta hojas, en las que se entremezclaban las palabras del autor y algunas citas exactas, transcritas según las escuchó de su interlocutora, una desconocida extranjera que llegó a Grecia desde el oeste y, antes de desaparecer sin dejar rastro, conoció a Aristocles. ¡Aristocles!, pensó el antiguo abad de Santa María. Tenía entre sus manos la copia de una obra perdida de Platón.

El dibujo de la letra era amplio y bellísimo y estaba caligrafiado en dos colores: el pardo oscuro, casi negro, para el texto principal, y un brillante rojo para las citas de la enigmática desconocida. Cuando fray Alejandro llegó al final, cuando leyó las últimas hojas y encontró el fragmento escrito en signos impenetrables para él, comprendió al fin el motivo de que aquella obra hubiera sido ocultada y protegida. La promesa de alcanzar los mayores dones que la humanidad, en su impía ambición, en su codicia demoníaca, ha perseguido desde que el hombre es hombre y el mundo es mundo, lo hacían necesario. Solamente al más sabio era lícito ese conocimiento.

El antiguo abad pasó varios años más tratando de descifrar el enigma. Pero no lo consiguió. No era lo bastante sabio y, ya anciano, decidió abandonar la empresa. Su existencia estaba consagrada a Dios, a la oración por las almas de sus semejantes, a su petición de ayuda divina para esta tierra de lágrimas y tristezas. No tenía derecho a obsesionarse con un enigma puramente terrenal. Cuando muriera, y solo cuando fuera al encuentro del Señor —si es que sus muchas faltas y pecados no lo condenaban al fuego eterno—, únicamente cuando sus ojos se abrieran a la comprensión de todo lo incomprensible, entonces podría alcanzar a descubrir el significado de aquel misterio. Entretanto, la oración y el trabajo serían sus únicas ocupaciones... Y la custodia de aquel códice, por cuya posesión muchos hombres serían capaces de perpetrar las mayores infamias.

## 1937

*Las fuerzas republicanas ocupan Brihuega. Termina la batalla de Guadalajara. El Gobierno de la República emite una ley que obliga a todos los particulares a entregar al Estado las divisas extranjeras que posean. El Gobierno de la Generalitat atraviesa una profunda crisis.*

*Burgos, 25 de marzo, jueves*

—¡Lo he encontrado! —gritó George, en medio de la oscuridad de la noche.

Había tenido un sueño del que despertó empapado en sudor y muy alterado. Preso de una aguda sensación de nerviosismo, se levantó, salió de la alcoba y corrió descalzo por el pasillo en busca del teléfono. No miró la hora antes de marcar el número privado de Ignacio Varela, pero eran casi las cuatro de la madrugada.

—¿Diga...? —se oyó su voz, ronca, al otro lado del auricular.

—Soy Rojo. Creo que he descubierto algo.

—¿Cómo?! ¿Habla en serio? —gritó el hombre, y emitió una tos violenta, como si estuviera ahogándose. Realmente fumaba demasiado.

—Acabo de darme cuenta. No sé cómo he podido ser tan estúpido...

Algunas cosas solo ocurren una vez en toda una vida. George había tomado la decisión de quedarse en España estudiando el código y el enigmático texto de sus últimas páginas. Ignacio Varela le había otorgado poder especial para crear un pequeño equipo investigador y ocupar la planta baja de un edificio cercano al Ministerio de la Gobernación. George dirigiría allí el equipo, asistido por varios ayudantes y los otros dos especialistas que lo componían: un matemático experto en criptografía y un doctor en filología clásica, especializado en el periodo medieval en que surgió, con ímpetu, aquella corriente teológica y filosófica conocida como Escolástica.

Habían transcurrido ya tres semanas desde que George se entrevistara con Varela. En esos más de veinte días, él y su equipo habían analizado las fotografías del código de mil maneras distintas, tratando de desvelar el misterio que debía estar oculto entre sus páginas. Pero no hicieron ningún progreso digno de mención. Si la clave se hallaba en el propio texto, las fotografías deberían bastar para encontrarlo y descifrarlo. George pensó que quizá el libro original contuviera algo que no estaba en la copia, pero enseguida se dio cuenta de que esa idea carecía de sentido. El código no era en sí mismo el libro original, y por consiguiente, si había alguna clave, esta debería estar cifrada en las propias letras o palabras, en las frases o los párrafos, escondida de algún modo como un hilo invisible.

Lo que más llamó la atención de George durante sus análisis del libro fue que en ocasiones parecía faltar algo, sin que hubiera podido imaginar el qué. Aquella sensación se quedó en eso, en una mera y simple impresión, una corazonada sin aparente fundamento. Hasta la noche en que se había despertado de madrugada, con

el ánimo turbado, inquieto, y con una idea en la mente que podía ser absurda, pero que quizá daba en el clavo y resolvía el misterio de que aún no hubieran encontrado nada que les permitiera descifrar los extraños signos: si la película utilizada en la toma de instantáneas era de tipo ortocromático, resultaba completamente insensible al color rojo. Por eso se empleaban bombillas rojas en las salas de revelado de esa clase de película.

¿Y si una parte de la información estaba escrita en ese tono? Habría sido mala suerte, ciertamente. Pero la mala suerte existe. Cuando a uno se le cae una tostada al suelo, casi siempre lo hace por el lado en que se han untado la mantequilla y la mermelada; o si algo se busca después de mucho tiempo, o con prisa, suele aparecer —si aparece— en el último lugar comprobado.

No era extraño que se emplearan tintas de diversos pigmentos en la elaboración de códices medievales. Las miniaturas o las letras capitales solían estar dibujadas con varios tonos, incluidos el oro y la plata; y parte del texto podía ser también de colores diferentes, según criterios tales como la escritura de encabezamientos, las primeras letras de las frases, los párrafos independientes, la inclusión de citas o fragmentos líricos, etcétera. Había, de hecho, algo en esta teoría de George que parecía apoyarla: en el texto captado por las fotografías podían verse ciertos espacios en blanco rompiendo la armonía del conjunto. Espacios de separación entre párrafos que no se correspondían, al menos en apariencia, con los habituales. Pero, si había realmente fragmentos de texto invisibles al ojo de la cámara, estos no fueron numerados. En los libros antiguos era costumbre asignar un número a cada línea, que solía escribirse de cinco en cinco. De esta manera, se ponía el número uno a la izquierda de la primera línea, el cinco en la quinta, el diez en la décima y así sucesivamente. Su objeto consistía en poder citar luego una obra con precisión. De haber habido, pues, líneas «desaparecidas», sus números deberían faltar, haber desaparecido asimismo. Y este no era el caso. Los números se mostraban perfectamente correlativos en el texto que sí quedó registrado.

George le explicó todo a Varela y le solicitó un estudio meticuloso de las reproducciones en el laboratorio de fotointerpretación del Ejército. Se efectuaron ampliaciones y copias sobreexpuestas y subexpuestas. Utilizaron visores especiales de pínulas para examinar cada milímetro de las imágenes. Y por fin dieron con algo. Se trataba de unas casi imperceptibles líneas verticales, algunas más largas y otras más cortas, que cruzaban los espacios huecos. George no tardó mucho en comprender lo que eran: los trazos marcados, debidos a la presión, de la pluma con que se escribió lo que no se veía. Pero esas señales no bastaban para extraer las letras completas. Solamente indicaban que estaban allí, como las huellas de una realidad invisible. Y tal vez encerraban el secreto escondido en el libro. *Tenían* que contenerlo.

La única posibilidad de resolver el enigma parecía ser, entonces, examinar

directamente el código verdadero y no una reproducción parcial del mismo. Pero aquella obra medieval estaba en manos del bando republicano. George se entrevistó con Varela y le expuso con claridad la situación y sus detalles.

—No hay otra opción válida. Las fotos no sirven. Si quiere que continúe tratando de descifrar el código, necesito el libro. Pero vaya usted a saber dónde está y, además, me figuro que su enemigo no estará dispuesto a hacer el amable gesto de prestárselo por las buenas.

—Supongo que tiene razón, profesor... —dijo Varela—. Pero en algo se equivoca: sí estamos al corriente de dónde tienen el código. Entre los documentos interceptados al correo que los llevaba a Valencia había también una carta del jefe militar de Cataluña al presidente Azaña, en que le refería cómo y dónde se encontró el código y lo que se pensaba acerca del posible misterio encerrado en sus páginas finales.

—Veo que saben más de lo que dicen —intervino George, algo molesto por la ocultación de esos datos.

—Antes usted no necesitaba estar al corriente de todo esto. Ahora sí. —Varela lo miró con expresión grave—. Si me permite, continuaré poniéndole al corriente.

George hizo un gesto algo despectivo con la mano, indicándole que siguiera.

—El código fue hallado de un modo fortuito en el sótano de una iglesia bombardeada en Gerona. Al parecer, las explosiones abrieron un hueco en el suelo. Allí abajo había un buen número de obras de arte ocultas, seguramente para protegerlas de las garras aviesas de los republicanos. En todo caso, ahí estaban esperando que alguien las descubriera. Entre diversas cruces de oro, tallas medievales, cofres orlados de gemas y bajorrelieves, había algunos libros antiguos. Todo ello se llevó a Barcelona y fue catalogado por expertos. Al principio, los libros, como es lógico, quedaron en segundo plano. Pero cuando se examinaron con detenimiento, y al igual que nos ha pasado a nosotros, el código de Platón despertó su interés. Por eso lo fotografiaron y enviaron un emisario a Valencia. Un hecho curioso es que ninguna de aquellas obras estuviera catalogada previamente. Era como si nunca hubieran existido.

—Bueno, eso tal vez demuestra que nadie escondió las piezas para evitar que la República las encontrara. Lo más probable y razonable es que estuvieran allí desde hace muchos años. Ocultas, quizá, pero no de los poderes actuales. Todo esto resulta muy intrigante...

—De cualquier forma, nuestros agentes en Barcelona nos han informado de que, en cuanto llegaron las noticias de la captura del correo, el libro se llevó a lugar seguro. Conocemos ese lugar, pero no será fácil entrar y hacernos con él: no es ni más ni menos que el palacio del Lluch, sede del Gobierno Militar.

—¿Entrar? ¿Hacerse con él? ¿De qué habla usted, Varela? ¿Es que piensa mandar

un agente para robarlo?

—Algo así, profesor. Algo así... En resumidas cuentas, es nuestra única posibilidad. Hace ya tiempo que habíamos previsto, a la luz de su falta de progresos, que tendríamos que actuar. Claro, si es que queremos descubrir el misterio.

—¿Y qué es lo que ha tramado? Veo en sus ojos un brillo que empieza a serme familiar.

—He pensado en nuestro mejor agente. Hace unos días, antes de que usted me telefonara desde Salamanca, lo envié a Barcelona. Su misión era penetrar en el edificio del Gobierno Militar y recuperarlo.

—¿Por qué dice «era»? Y, por cierto, quizá como extranjero no capto bien el sentido de ciertas palabras, pero yo diría que «recuperar» indica cobrar algo que ya se ha poseído. Y el código nunca ha sido suyo.

—Bien, tiene usted razón en eso, acepto la rectificación. Lo importante, sin embargo, es que han surgido nuevas dificultades, y por eso he hablado en pasado. Aquella *era* su misión, pero ya no lo es.

—Dígame, ¿cuáles son esas dificultades que parecen tan insalvables?

—Ahora no es momento de decir nada más. Confíe en mí, le aseguro que todavía hay un modo de superarlas. Pero no sé si quien debe hacerlo estará dispuesto.

Varela sonrió con malicia, miró directamente a George y le guiñó un ojo.

—¿Será una broma...?

—No, por desgracia no lo es.

*Barcelona*

La joven esperó a que pasaran los coches, seguramente oficiales, para cruzar la calle. Llevaba bajo el brazo un cesto de mimbre con varios mendrugos de pan, un trozo de salchichón y algo de queso. Era lo único que había podido conseguir aquella mañana. El racionamiento comenzaba a apretar a la población civil.

Enfrente se hallaba un viejo edificio de pisos tan desvencijados como sus propios inquilinos, casi todos ellos personas de edad avanzada. La joven entró en el portal y subió por las escaleras hasta la cuarta planta. Era el último piso, con techo abuhardillado. Allí vivían ella y su marido desde hacía poco tiempo. Se habían trasladado recientemente de la zona nacional escapando de los fascistas, pues ellos eran republicanos de corazón, como el resto de sus vecinos.

Antes de entrar, la muchacha llamó con los nudillos un par de veces a la puerta del apartamento. Enseguida apareció un hombre delgado, también joven, aunque algo mayor, con fino bigote y una incipiente calva en la parte más alta de su cabeza. Ella le saludó con parquedad, pasó adentro y dejó la cesta sobre la mesa que ocupaba el centro del saloncito. Se quitó el abrigo y el pañuelo con que se cubría y siguió al

hombre hasta el dormitorio. Las cortinas estaban corridas. Sobre una cómoda, en una de las paredes, había una radio de onda corta parcialmente tapada con una funda.

—¿Han dicho algo? —le preguntó la joven, señalando la radio con la mirada.

—Sí —respondió él—. Vamos a tener visita.

Fray Alejandro de Sants, el viejo abad de Santa María de Barcelona, había muerto en 1701, justamente el primero de enero del nuevo siglo, dejando la labor de velar por el códice a un joven fraile. Este había sido su aprendiz y su confidente a lo largo de casi diez años, cuando no era más que un novicio, desde que el anciano fray Alejandro sintió que debía transmitir el legado de su hermano en Cristo, el pobre fray Félix, a un nuevo custodio. Y eligió para ello a aquel joven despierto, de aguda inteligencia y sólida lealtad. Ahora este monje era ya un hombre maduro que, como tantos antes que él, trataba de descifrar los misterios prometidos en las páginas del libro. Y, como todos, acababa estrellándose una y otra vez contra un muro infranqueable.

La guerra continuaba en Cataluña; una guerra que se llamaría de Sucesión, y que había afianzado la corona española en la cabeza del duque francés Felipe de Anjou. Este, nieto del gran soberano Luis XIV de Francia, el Rey Sol, había sido designado por Carlos II de Habsburgo como heredero del trono. Pero la aproximación de dos potencias como España y Francia no agradó a ingleses y holandeses, ni al pretendiente austriaco a la corona española, el archiduque Carlos. La conflagración se desató inevitablemente. Pero los más de diez años de guerra no consiguieron sino ratificar el ascenso al trono de Felipe V, aunque con graves pérdidas territoriales de su reino.

Con el primer Tratado de Utrecht firmado en 1713, Cataluña y Mallorca siguieron oponiéndose al rey Felipe V y apoyando la causa austriaca. Esto desató las iras del rey Borbón, amenazando a aquellos territorios con un cruel castigo y la pérdida de sus fueros. Por ello, y ante la posibilidad de una invasión y la amenaza del saqueo y el expolio, el nuevo custodio del códice, llamado fray Gaspar de Acevedo, decidió esconderlo en un lugar seguro. Solamente él sabía de su existencia, así que, previniendo su ocasional muerte y la consiguiente pérdida de tan importante obra, creyó también oportuno dejar un rastro, unas pistas que permitieran encontrar el libro en caso de necesidad, pero asegurándose de que no cayera en manos impropias.

Y la mejor forma de garantizar eso último era utilizar una simbología secreta, solo conocida por los monjes, emulando así el propio código indescifrable del códice. Antes de esconderlo lo guardó en un arca de madera, bien envuelto y protegido en un lienzo de algodón. Luego colocó todo en otro cofre, esta vez de hierro. Con el pesado conjunto, descendió a los subterráneos del monasterio de Montserrat y, sin que nadie lo viera, extrajo un bloque de piedra de uno de los muros, en una galería ciega que en otro tiempo quizá llegara a algún sitio. Fue tarea complicada, porque el sillar pesaba una enormidad, pero con su esfuerzo y la ayuda de Dios, el fraile logró bajarlo al

suelo. Metió el arca en el hueco dejado por él, cubrió después los espacios vacíos con trozos de piedra disgregada y, por último, cerró de nuevo el agujero con un bloque menos profundo. El otro lo arrastró hasta una zona de sombras y lo dejó allí. Nadie podría darse cuenta del truco, puesto que el fondo de aquella galería estaba lleno de escombros, tierra suelta y fragmentos de roca.

El modo que eligió para que el lugar pudiera ser encontrado por algún otro monje en el futuro, si él moría y se llevaba su secreto a la tumba, consistió en marcar, a punta de escoplo, el exterior del bloque que ocultaba el códice con un signo que representaba una letra omega. En otros diversos lugares grabó el resto de las letras desde la alfa, a la entrada de los sótanos, orientadas de tal modo que indicaran el sentido a seguir en el camino para llegar al libro. La alfa significaba el principio y la omega el final. Era un código muy simple, pero estaba seguro de que un soldado que penetrara el monasterio no podría imaginar que aquello era un mapa labrado en la piedra.

No contento con eso, fray Gaspar decidió también dibujar en un pergamino el plano de los subterráneos de Montserrat, y añadir en él las letras griegas en los lugares aproximados donde estas se hallaban en realidad. Dicho plano lo escondió en su propia celda, enrollado en el lomo de una Biblia. Si ocurría lo peor, tampoco era probable que ningún soldado mostrara el más mínimo interés en el Libro de los Libros, así que solo podría encontrar el plano uno de sus hermanos en Cristo que, por casualidad, lo examinara algún día.

# 1937

*La aviación republicana intensifica sus acciones de guerra. Dimiten los ministros de ideología anarquista en la Generalitat. Rusia acusa a Mussolini de haber enviado a España a más de sesenta mil soldados italianos.*

*Burgos, 29 de marzo, lunes*

George no podía dar crédito, una vez más, a lo que le estaba sucediendo. Él no era más que un académico, un profesor que había abandonado hacía ya muchos años sus juveniles afanes aventureros. Cuando tenía unos quince años, leía ávidamente cada mes el *National Geographic Magazine* e inflamaba su imaginación con hazañas y aventuras en países lejanos y exóticos. Se veía a sí mismo cruzando los siete mares, escalando las montañas del Himalaya, perdiéndose entre las tribus desconocidas de la Amazonia o pilotando un avión que atravesara, por vez primera, el Atlántico con un único hombre a bordo.

Pero ahora ya no se sentía abrasado por esas fantasías, sino por el deseo, el anhelo antes bien, de alcanzar el conocimiento, de comprender el íntimo sentido de las cosas, de la historia, de la ciencia: del mundo, en suma. Su labor se desarrollaba en bibliotecas o catedrales, frente a murallas de piedra con siglos de antigüedad o ruinas de esplendorosas civilizaciones desaparecidas. Los museos eran una segunda casa para él, y estaba a menudo más a gusto entre libros que entre personas.

¿Cómo había llegado, entonces, a aquella situación demencial? No lo sabía. Tenía todas las piezas del rompecabezas, pero cuando trataba de unir las no encajaban. No hacía un mes que estaba impartiendo tranquilas clases de historia antigua en la Universidad de Salamanca. Y ahora se encontraba a punto de transformarse en una especie de espía del bando nacional, de los sublevados contra una República elegida libremente por el pueblo español. Se sentía confuso y desorientado. Uno siempre juzga mejor lo que está lejos. Cuando se ve inmerso en el marasmo de una situación compleja, y sobre todo cuando esta se precipita con rapidez, es casi imposible detenerse y razonar. Es como un alud que cae por la ladera de un monte: una piedra arrastra a la otra hasta formarse la avalancha. Sí, él estaba ahora imbuido en una avalancha e ignoraba dónde habría de detenerse.

Tampoco comprendía ya cómo había dado su aprobación al proyecto de Varela. Este le había conseguido documentos norteamericanos falsos. Tendría que ir a Barcelona y hacerse pasar por un experto de su misma nacionalidad, el profesor Nelson Abelyan, de origen judío y declaradamente izquierdista, que había sido convocado para examinar el código. Como los republicanos no lo conocían en realidad, George habría de suplantarle. Con sus conocimientos, nadie podría descubrirle. Para Varela era una tarea sencilla; «pan comido», como él dijo. Pero George no lo tenía tan claro. Ni tampoco sus piernas, que temblaban con facilidad a medida que se acercaba el momento de iniciar su misión.

—Usted se apellida Rojo, ¿no es verdad? —le había preguntado una tarde, sin venir a cuento, Ignacio Varela—. Pues entonces no tiene nada que temer. Los republicanos tienen al general Vicente Rojo, que se llama igual. Le será fácil hacerse pasar por comunista.

Había sido un pésimo chiste, y así se lo hizo notar George. Enfurruñado, pues el nerviosismo siempre le había puesto de mal humor, salió de su despacho para vencer las ganas de estrangularle. Avanzó con pasos largos y raudos por el pasillo, en dirección a la escalera para bajar al piso inferior y acercarse a la cantina. Necesitaba un trago. De lo que fuera, siempre que contuviera alcohol, y mejor cuanto mayor fuera su proporción. En eso, distraído, justo antes de girar hacia la izquierda para tomar la escalera, chocó contra un hombrecillo que, secundado por una corte de militares, recorría su mismo camino en sentido contrario. Aquel hombre, algo achaparrado y vestido de uniforme, hundió el rostro en su pecho. Luego, por el inexcusable principio de acción y reacción, se cayó hacia atrás y a poco estuvo de bajar rodando por las escaleras. George notó entonces cómo otro militar le empujaba a él y le imprecaba violentamente:

—¡Pedazo de botarate! ¿No se ha dado cuenta de que venía el Generalísimo?

—Yo...

Con ayuda de otro de sus escoltas, Franco se levantó, hizo un gesto para que el primero se callase y, lacónicamente, dijo a George:

—Ha sido culpa mía.

Y sin pronunciar una palabra más siguió caminando, extrañamente erguido y con el rostro elevado, hacia el fondo del pasillo.

George también se levantó del suelo, arqueó las cejas con incredulidad —aunque poco ya podía aumentar esa sensación en su fuero interno—, y bajó por las escaleras como si nada hubiera sucedido. A los pocos minutos, Varela apareció en la cantina riéndose. Se acercó a donde estaba George, que ya se había bebido un par de aguardientes, y lo miró con auténtica diversión.

—¿Cómo ha podido usted...?

—¿Cómo he podido qué? —respondió áspero.

—El ayudante personal de Franco acaba de contarme su «encuentro». Pero dígame, ¿qué?, ¿le ha resultado simpático? —Seguía riendo, cada vez con más ganas—. Ustedes los americanos son increíbles: tienen la oportunidad de conocer en persona al Generalísimo y lo primero que hacen es intentar arrojarlo por las escaleras. Cuando termine su misión, ¿no querría unirse a nuestra infantería? Necesitamos hombres de su valor y arrojo.

—Déjeme en paz, canalla —le espetó George, aunque no pudo ya evitar contagiarse de su risa.

La situación era la siguiente: el profesor Abelyan había aceptado la petición del

presidente Azaña de trasladarse a Barcelona y estudiar el código en el lugar donde lo custodiaban tenazmente, el palacio del Lluch, sede del Gobierno Militar en Cataluña. Su itinerario estaba bien determinado. Varela lo conocía por medio de «ciertos» informadores. Primero iría por mar de Boston a Southampton, allí tomaría un tren hasta Dover, y de Dover cruzaría el canal de la Mancha para llegar a Calais. Una vez en Francia, viajaría por carretera hasta Perpiñán y de ahí a Barcelona atravesando los Pirineos. En Calais lo estarían esperando agentes de la República, así que habría que capturar antes al profesor y sustituirlo por George. Los mejores lugares para ello parecían Southampton o Dover. Varela optó finalmente por el primero de los dos, ya que quizá en Dover hubiera algún espía republicano, lo que daría al traste con la operación si se descubría el truco.

George debía partir de inmediato hacia Inglaterra. Con sus documentos falsos y un equipaje ligero, un automóvil oficial lo condujo de Burgos al puerto de Santander. Desde esta bella ciudad cantábrica se trasladó en un transbordador hasta Londres, remontando parte del río Támesis. En todo momento fue acompañado por un hombre de la inteligencia militar nacional. En la estación de Paddington tomaron juntos, aunque simulando no conocerse, un último tren que los llevó a su destino final en Southampton.

Allí los aguardaba desde hacía varios días un equipo de agentes nacionales que sería el encargado de cumplir la misión: capturar a Abelyan y hacerlo desaparecer por una temporada. Por supuesto no pensaban asesinarlo, sino tenerlo secuestrado en una casa rural de la campiña inglesa durante el tiempo que fuera necesario. George ignoraba los detalles de la operación, pero se aseguró, mediante la palabra de honor de Varela, de que el profesor no sufriría ningún daño y se le trataría bien durante los días de su cautiverio. Su interés no se debía al simple motivo de ser compatriotas, sino a un ideal humanitario al que no estaba dispuesto a renunciar por motivo alguno.

Así se haría. George llegó a Southampton un día antes que el profesor Abelyan y fue conducido a un piso franco de los nacionales para pasar la tarde y la noche. Estaba nervioso. Con gusto hubiera ingerido una buena dosis de whisky, que sin duda le habría ayudado a dormir, pero tenía que descansar y estar despejado a la mañana siguiente. No podía cometer errores. Durante el viaje había estado leyendo toda la información que Varela pudo conseguirle acerca de su colega. Muchos datos sobre su vida y algunos detalles, más o menos significantes, pero cuya ignorancia podría dejarle en evidencia llegado el caso.

Dos de esos detalles cobraban, de hecho, la máxima importancia: Abelyan no hablaba español apenas, más que palabras sueltas debidas a sus lecturas en esa lengua; y a partir de ahora George debería atender sin vacilar al nombre de Nelson. Una equivocación en cualquiera de estos aspectos podría levantar las sospechas de los republicanos. La misión no era en sí muy complicada, siempre que tuviera

cuidado y no se permitiera caer en un estado de relajación. La tranquilidad debía mezclarse con la tensión, como una mayonesa perfectamente cuajada. Si el engaño se ponía de manifiesto, si había algún fallo en la suplantación, él sería capturado, juzgado y quizá fusilado como espía nacional.

En esto ocupaba George sus pensamientos, vestido y preparado en el piso franco, cuando el agente que lo acompañara durante el viaje entró en su habitación y le informó de que el profesor ya había sido capturado. Según dijo, la operación había resultado impecable, todo un éxito. Ahora George tenía que darse prisa. El hombre le entregó el equipaje de Abelyan junto con otras diversas pertenencias, como su reloj, su estilográfica, un colgante con la estrella de David que siempre llevaba al cuello, etcétera. Antes de colocárselo, George lo miró por el interior. Tenía grabada una leyenda en hebreo que, con dificultad, tradujo más o menos libremente como: «Dichoso el que escucha la voz de Yahvé». Sí, pensó George, dichoso de veras. Ojalá él pudiera escuchar la voz de Yahvé, o de cualquier dios, en esta época de dolor y destrucción.

El militar deshizo la maleta de Abelyan y la examinó de forma concienzuda. Toda la ropa había que sustituirla por la de George, al igual que los utensilios de higiene personal. Entre otros libros, el profesor llevaba un ejemplar primorosamente encuadernado de *Das kapital*, del filósofo judeoalemán Karl Marx. El agente nacional hizo una mueca de desprecio y lo volvió a colocar en la maleta.

—¿Ha leído usted a Carlos Marx? —le preguntó a George. Al fin y al cabo, él también era americano e ignoraba ciertamente si todos los americanos eran prorrepublicanos. Las Brigadas Internacionales estaban bien nutridas de hombres de esa nacionalidad.

—No —respondió George—. Pero hace unos días fui al cine, en Burgos, y vi una película de los hermanos Marx. Se titulaba *Una noche en la ópera*. Me gustó y me reí mucho. Prefiero el humor a la política.

El militar sopesó unos instantes si George le estaba hablando en serio o le tomaba el pelo. En cualquier caso, no había tiempo de más charla. Finalizado el arreglo del equipaje, entregó a George el billete de tren para Dover y un papel con una dirección escrita.

—¿Qué es esto? —preguntó George.

—Las señas a las que tiene que ir cuando llegue a Calais. Allí lo esperan los agentes republicanos. El profesor las llevaba en la billetera. Aquí la tiene también. Meta en ella su documentación falsa. La otra ya la hemos quitado.

Aquella dirección se sumaba a la que George había memorizado antes de salir de España, y que repasaba mentalmente a todas horas para asegurarse de no olvidarla. Cuando estuviera en Barcelona, si se encontraba en peligro o había terminado su investigación, debería abandonar el palacio de Lluç y acudir a la dirección de un

piso franco, donde los agentes nacionales infiltrados en la zona enemiga lo estarían esperando para esconderlo y sacarlo de allí. Quizá, si los resultados eran muy importantes —como Varela esperaba—, los republicanos trataran de hacerle «desaparecer». Ese era el mayor riesgo.

Llegado el momento de partir, el agente nacional se despidió con un recio apretón de manos. Sin más dilación, George abandonó el piso solo, con su maleta en la mano y tratando de no dar más vueltas a la situación. Ya únicamente restaba actuar. Había decidido libremente tomar partido en todo aquello y ahora debía cumplir y conseguir su objetivo.

En la estación de ferrocarril, preguntó a un mozo por el andén que correspondía al tren de Dover. Al principio, el muchacho pareció no entenderle, a pesar de que ambos hablaban el inglés como lengua nativa. Lo que sucedía, simple y llanamente, es que no tenía la menor idea de la respuesta a esa pregunta. Le indicó que se dirigiera a la oficina de venta de billetes para informarse. Pero tampoco tuvo suerte allí. A George le invadió una aguda sensación de desasosiego. Había olvidado, pues abandonó Inglaterra siendo niño, que los ferrocarriles de ese país funcionaban terriblemente mal. Había incluso un dicho: «Los trenes británicos siempre llegan, pero no se sabe cuándo». George optó por preguntar a los encargados de los andenes y, finalmente, pudo enterarse de algo tan simple en apariencia. Ya en el vagón, se aseguró de nuevo por medio del revisor. No quería aparecer, por equivocación, en Bristol o en Manchester.

Viajaba en primera clase. Ocupó su compartimento, guardó la maleta en el portaequipajes y se acomodó. El viaje duraría entre ocho y diez horas, así que tenía mucho tiempo para mentalizarse de que la misión había realmente comenzado. En cuanto llegara a Dover ya no habría vuelta atrás. Recordó, poco después de que el tren se pusiera en marcha, el libro de Karl Marx que el profesor Abelyan llevaba en su equipaje. Quizá debería leerlo. Si iba a moverse entre marxistas, podía convenirle estar algo familiarizado con su principal filósofo.

*El Tercer Reich inicia conversaciones secretas con el Gobierno de Franco para el suministro de material bélico. Se agrava aún más la crisis en la Generalitat.*

*Barcelona, 30 de marzo, martes*

Un emisario del servicio militar de correos detuvo su motocicleta al llegar al puesto de guardia del palacio del Lluch. Un suboficial abandonó su garita, se aproximó a él, le hizo el saludo militar con desgana y le pidió la documentación. Después de examinarla, ordenó a los soldados que le franquearan el paso. Uno de ellos levantó la barrera y el mensajero penetró en aquella fortaleza inexpugnable. Estacionó la motocicleta en el patio, paró el motor y acarició con una de sus manos la valija que llevaba al cuello. Con paso marcial se dirigió entonces al interior por un acceso que comunicaba directamente con la intendencia. En el vestíbulo había varios soldados.

Uno de ellos se aproximó a él cuando lo vio entrar.

—Traigo un mensaje para el general Boada —anunció el emisario, y sacó de la valija un sobre de grueso papel marrón.

—Enseguida le será entregado.

El soldado tomó el sobre en la mano y salió por una puerta al otro lado de la estancia. Recorrió un corto y estrecho pasillo, y luego ascendió por unas escaleras hasta las dependencias del cuerpo de guardia. Allí se dirigió a un teniente.

—Señor, un mensaje para el general Boada.

—Yo se lo llevaré, soldado.

Hasta los más religiosos entre los hombres sucumben a sus más bajos instintos. Vencidos los últimos núcleos de resistencia en el principado de Cataluña, el rey Felipe V arrebató a este todas sus instituciones, como la Generalitat o el Consell de Cent, y abolió igualmente su soberanía en los ámbitos político, legislativo y fiscal. A esto se le llamó Decretos de Nueva Planta. Pero no contento con todo ello, el rey Borbón creó nuevos organismos para centralizar su poder, con el modelo del reino de Castilla, y a imagen y semejanza de su Francia natal.

Aunque el pillaje y el saqueo se prohibieron a los soldados, hubo casos vergonzosos en varios lugares de Cataluña. Uno de esos casos fue el de un pequeño grupo de militares que, por iniciativa propia, entró en el monasterio de Montserrat y robó de él algunas piezas de oro y plata, así como anillos y gemas de frailes pertenecientes a ricas familias. Menos píos que supersticiosos y mendocinos, los soldados no se atrevieron a llevarse consigo tallas antiguas de incalculable valor, crucifijos con fina pedrería, cálices y custodias de metales preciosos o los iconos sagrados.

Fray Gaspar estaba, al menos, contento de haber puesto el códice a buen recaudo. Aunque, bien pensado, aquellos hombres jamás hubiesen advertido el auténtico valor de la obra, el que se ocultaba en sus líneas de enigmático texto. Si es que la promesa de Platón era cierta...

Pero el buen fraile se equivocó. Erró en todo lo que supuso. Uno de los militares, el que parecía ser el jefe, bajó a los subterráneos, suponiendo que quizá allí se guardaran piezas importantes y de valor, como cuberterías o vasijas de oro, dinero, o lo que quisiera que los monjes pretendieran guardar con mayor interés y que no fuera necesario en las naves del monasterio. Aquel hombre de rostro enjuto y mirada rápida había estudiado de joven con un maestro que le enseñó algo de latín y griego, además de otras diversas cosas. No fue muy profunda su instrucción, pues sus progenitores, humildes molineros de La Mancha, tuvieron que emplearlo en el negocio familiar hasta que el joven, años más tarde, decidió conocer mundo y se marchó de allí sin decir adiós.

Cuando vio grabadas en los sillares de piedra las letras griegas de fray Gaspar, se extrañó mucho. Si solamente hubiera habido una, habría podido suponer que se trataba de marcas de cantero o algo semejante. Pero en un muro distinguió varias, y además estaban ordenadas según el alfabeto. Con una antorcha, solo allí abajo, se dedicó a seguir las marcas hasta alcanzar la que representaba la omega. Todas las letras anteriores estaban giradas, indicando la dirección de la siguiente; salvo aquella

última, la omega, símbolo del final, del término del camino.

El militar dio unos golpes en la piedra con el mango de su sable. Pareció sonar a hueco. Dio la vuelta al arma y, con el extremo de la hoja, fue arañando y escarbando los bordes de la piedra, donde se unía con las que la circundaban. Poco a poco, haciendo palanca, el bloque fue saliendo de su lugar en el muro. Ya sobresalía una cuarta, o poco más, cuando, antes de que el militar se diera cuenta y pudiera apartarse, se desplomó sobre sus pies, rompiéndose en dos mitades. Un dolor agudo le hizo gritar, y él mismo perdió el equilibrio y cayó al suelo entre gemidos lastimeros que retumbaron en la oscuridad. La antorcha se había apagado al llegar rodando a un pequeño charco de agua retenida en una concavidad del suelo.

El militar se quitó el zapato de su pie derecho, alcanzado de lleno por el bloque de piedra, y se lo frotó con ambas manos en posición fetal. Empezaba a hincharse por momentos. Sentía dolor en la zona superior, en el empeine. No podía mover los dedos y, cuando trataba de hacerlo, notaba punzadas aún más lacerantes.

Pero, por suerte para él, el dolor se fue haciendo menos agudo a pesar de la inflamación. Al fin y al cabo, casi milagrosamente, no parecía tener ningún hueso roto. En cuanto se tranquilizó y recobró la noción de la realidad, pensó en el hueco de la pared. Aquel bloque que le había caído encima era muy poco profundo, y eso debía de significar que allí había algo escondido. Como pudo, apoyándose en su pie sano, sin ver absolutamente nada en la total oscuridad, se aproximó al muro y fue tanteando las distintas piedras con la mano hasta que halló la oquedad. Alargó el brazo, y reclinándose contra el muro, por fin tocó algo al fondo; algo metálico y pulido, una especie de cofre. Pesaba bastante, aunque pudo arrastrarlo con una mano y acercarlo hacia sí. No quería que también se precipitara al suelo, de modo que tiró del objeto con suavidad intentando apoyarlo en su pecho a medida que fuera sobresaliendo. Después lo asió con ambas manos y se agachó cuidadosamente hasta quedar sentado en el suelo junto a la pared, con el cofre en el regazo.

Excitado, imaginó el valioso tesoro que podría contener. Si estaba en lo cierto, no deseaba en modo alguno que sus compañeros se enteraran y reclamasen una parte. A pesar de que no tenía ninguna clase de iluminación, abrió la caja descorriendo un pasador que tenía a un lado. Metió la mano dentro con avidez, ansiando tocar joyas y monedas, pero lo único que palpó fue otra caja más. La extrajo de la primera y buscó su apertura. Extrañado, se dio cuenta de que no había cerradura en ella. A punto estuvo de golpearla contra el suelo cuando recapacitó y comprobó de nuevo sus márgenes. No tenía cierre porque no estaba cerrada: una simple tapa encajaba en la parte superior. El militar la retiró también y volvió a meter la mano, esperando esta vez algo más prometedor.

Lo primero que tocó fue un paño de tejido grueso. Tomó lo que había en el interior y lo sacó del cofre. El tesoro era algo envuelto en una tela. La desenrolló y la

apartó a un lado. Lo que tenía ahora sobre sus piernas parecía, nuevamente, otro cofre. «¿Qué clase de broma es esta?», masculló con los dientes apretados. Una vez más trató de averiguar cómo se abría, pero su sorpresa fue enorme al comprobar que se trataba de un libro. Las páginas delataron al pretendido «tesoro». ¡No era más que un maldito libro!

El militar volvió a percibir con claridad el dolor de su pie y, aún más profundamente, el de su espíritu...

## 1937

*El general Emilio Mola inicia la ofensiva nacional en el frente del norte. Se firma el protocolo secreto entre Alemania y la España nacional.*

*Dover, 31 de marzo, miércoles*

George había terminado de leer *Das kapital* antes de que el tren llegara a su destino, y tenía que reconocer que no había comprendido mucho de lo allí expuesto. Él no tenía conocimientos sobre la economía y sus diferentes modelos. Nunca se había interesado por dicha materia, al considerarla aburrida y poco atrayente en comparación con otras disciplinas mucho más cautivadoras. Pero los conceptos de capital y capitalismo que enunciaba Marx le parecían algo descabellados. Así como la relación entre el trabajo, el salario y la plusvalía. Estaba de acuerdo en que había muchas injusticias y demasiada opresión de los patronos sobre los trabajadores. Todo ello debía cambiar en el futuro para hacer a la sociedad más equitativa. Pero eso no significaba —ni siquiera con la experiencia de la terrible crisis de 1929— que el sistema capitalista estuviera destinado irremisiblemente al colapso. George no era economista, pero sí matemático, y se daba cuenta de que muchas de las ideas de Marx estaban claramente equivocadas. Lo más importante que extrajo de la lectura del filósofo fue que la clase obrera tenía el derecho de alcanzar una vida más digna. En eso estaba de acuerdo con él. Aunque no en los métodos que se habían empleado en Rusia, por ejemplo, o que empleaba ahora la República en España. Claro que si la otra opción era el modelo fascista, no sabía adónde iba a llegar el mundo en los próximos años.

Franco y Mussolini no encarnaban el verdadero peligro. La auténtica amenaza para la humanidad era Hitler o, más exactamente, su doctrina. Los dos primeros solo trataban de mantener unos estados anticomunistas y católicos, inspirados en el pasado glorioso de ambas naciones. Resultaba una pretensión un tanto ridícula y que había llevado a la Guerra Civil que se libraba en España. Pero la historia está jalonada de terribles conflictos bélicos e infinidad de caídos. El peligro supremo radicaba en la concepción del mundo que promulgaban los nacionalsocialistas alemanes. Un mundo racista y perverso, brutal, en que unos hombres esclavizarían a otros, sin justicia ni honor ni humanitarismo, sin libertad ni igualdad ni fraternidad: los ideales de la Revolución francesa rotos en mil pedazos; y los que, en los Estados Unidos, en la bahía de Nueva York, iluminaban con su antorcha la Estatua de la Libertad. Una luz que, demasiado a menudo, quedaba oscurecida por la perversidad de algunos hombres.

Adolf Hitler era, bien un demente, bien un hombre profundamente malvado. George, como historiador, había leído hacía tiempo *Mein kampf*, el libro que Hitler escribiera con ayuda de su asistente Rudolf Hess durante su reclusión por el fallido

golpe de Estado en Baviera en 1923, el famoso Putsch de Múnich. En esa obra, Hitler exponía sus pensamientos sin tapujos ni ambages. Los conceptos de raza y de pureza racial animaban principalmente su discurso. La raza aria en general, y sobre todo la pura variedad nórdica, rubia y de ojos azules, estaba llamada a dominar el mundo, cual si estuviera compuesta por modernos dioses del Walhalla, criaturas superhumanas cuyo destino era subyugar a los seres inferiores y sometidos del Nibelheim, de las profundidades de la tierra, como en *El anillo del nibelungo*.

¿Por qué Hitler tenía que admirar tanto a Richard Wagner? Ese era también, sin duda, el músico favorito de George. ¿Que Wagner odiaba a los judíos? Era innegable. Pero no con ese odio destructor e inmisericorde que sentía el canciller de Alemania, el Führer, un hombre de corta estatura, regordete y de pelo moreno que trataba de ensalzar a los «superiores» nórdicos en nada parecidos a él. Desde 1935, momento en que fue aprobada en Núremberg, y ratificada poco después por el Reichstag, una legislación esencialmente antisemita, el hedor del conflicto bélico a escala global empezó a difundirse por Europa y el resto del mundo.

Todo ello se resolvería con el tiempo. George estaba seguro de que graves, funestos acontecimientos aguardaban a la humanidad. Y esperaba que, como la historia demostraba —aunque a menudo por caminos tortuosos—, la justicia triunfaría tarde o temprano sobre la sinrazón y la barbarie. Los pasos del hombre, en su ascenso por la empinada pendiente de la evolución, suelen ser cortos y costosos, resbaladizos por la sangre derramada de tantos, pero siempre firmes. El retroceso de ciertas épocas solo fue un paso atrás para tomar nuevo impulso.

George trató de ocupar su mente con pensamientos distintos y menos turbadores. Su misión era arriesgada, pero también estimulante. Nunca imaginó que acabaría haciendo algo semejante. Estaba asustado, por supuesto, aunque el deseo de desentrañar el misterio del código pesaba más en su ánimo que cualquier clase de temor. Recordó su última conversación con Ignacio Varela antes de partir desde Burgos hacia Santander. Él le explicó por fin aquellas «dificultades» que le impedían ordenar una intervención directa de sus agentes en Barcelona para robar el libro. El palacio del Lluch era una fortaleza inexpugnable desde el punto de vista militar, pero no para un solo hombre que se introdujera en él secretamente y llevara a cabo el golpe.

Al parecer, los nacionales habían analizado los planos de la fortaleza y descubierto un acceso por las alcantarillas, desde un desagüe que vertía su contenido en un cercano riachuelo que quedaba oculto por densa vegetación. Su entrada estaba protegida con una verja de hierro, que podría cortarse fácilmente con una buena cizalla. Aquel desagüe conducía a un colector en el que desembocaban diversas cloacas, una de las cuales tenía su origen en un sumidero del patio interior. Aquella era misión para un tipo frío y valiente. Pero hubo de abandonarse porque los

republicanos descubrieron el punto débil, y ahora había centinelas permanentemente tanto en el patio como en las inmediaciones del arroyo.

Además, la oportunidad de sustituir al profesor Abelyan por George había surgido de pronto como un regalo de la Providencia. La idea fue del propio Varela. Estaba seguro de que George lo conseguiría. Era virtualmente imposible que el enemigo se diera cuenta del ardid, pues ambos eran americanos y tenían la misma formación académica. Era evidente que existían aspectos peligrosos que podrían servir para descubrirlo, pero el que no tiene motivos para dudar no suele hacerlo. Y Varela confiaba en que así fuera, al igual que George, cuyo pescuezo estaba en juego, y no el del hombre del ministerio. Antes de partir, sin embargo, y como cierre a su última conversación, George comentó a Varela algo que lo tenía intrigado desde el principio, pero que nunca quiso preguntarle:

—En la puerta de su despacho no hay ningún distintivo. No he oído a nadie referirse a usted más que como «señor Varela». ¿Cuál es exactamente su cargo en el ministerio, si es que puede decírmelo?

—Oh, mi puesto no tiene un nombre determinado. Simplemente soy uno más de entre los que prestan sus servicios a la patria.

También le transmitió George sus dudas sobre la veracidad completa de todo lo que le había contado sobre la misión. Sospechaba que un hombre como él siempre se guardaría parte de la información para no alarmarle y, así, evitar que se negara a cumplirla. Lo comparaba con un padre que explica a su pequeño, simplificadas y dulcificadas, las realidades de las que desea protegerle. Aunque Varela no tenía intención de protegerle, o no le enviaría directamente a la boca del lobo. George le dijo que estaba convencido de que no mandaría a un hijo suyo en su lugar, de ser posible hacerlo.

—No sé si lo haría, profesor. Pero le aseguro que mis dos hijos están ahora corriendo graves y grandes peligros. Uno en el frente, como soldado en una de las divisiones responsables de la reciente caída de Málaga en nuestras manos; y otro como agente en zona roja, lo cual es, si cabe, aún más expuesto. Lo que puedo asegurarle es que no le pediría a usted nada que no estuviera yo mismo dispuesto a hacer.

Esa última frase determinó finalmente el que George aceptara, supuso el último empujón que necesitaba para dar el sí. La mirada de Varela, esa mirada que había aprendido a leer y comprender, le decía que aquel hombre no mentía. Quizá fuera su parte española la que tiró de él para atreverse a dar un paso al frente en aquella situación difícil y comprometida. Decenas de pensamientos cruzaron su mente en un suspiro. Se dio cuenta de que no podía negarse. Toda una vida puede ser estéril cuando se traiciona el sueño de perseguir lo que se desea. George notaba en sus entrañas el ardor de un anhelo: descubrir el misterio de aquel código que no había

visto sino en rudimentarias fotografías.

El profesor Abelyan usaba lentes, así que, antes de descender del tren en la estación de Dover, George se colocó unas gafas sin graduación. También comprobó que llevaba encima el resto de los objetos personales de su colega: su pluma y su reloj de bolsillo, el colgante con la estrella de David. Todo estaba en orden. Por último, como toque final, se puso un sombrero cubriéndose la cabeza, pues al parecer Abelyan también solía usarlo.

Recogió la maleta y bajó de su vagón tratando de comportarse con naturalidad. Evitó mirar con demasiado interés a las personas que lo rodeaban, tanto en el andén como en el vestíbulo. Se suponía que los agentes del Gobierno republicano lo recibirían en Calais, pero era posible —así se lo había advertido Varela para que fuera precavido— que alguno de sus hombres estuviera en Dover cuando él llegara. En todo caso, pensó George, se trataría de espías, es decir, personas acostumbradas a pasar desapercibidas, de modo que también supuso que no los habría logrado distinguir entre la gente aunque se hubiera fijado con todo descaro.

A la salida de la estación tomó un taxi que lo condujo al puerto. Allí compró un billete para el primer transbordador que saliera al día siguiente. Ya se había ocultado el sol. Buscó hospedaje en un hotel cercano al puerto y se acostó pronto, aunque no pudo dormir prácticamente en toda la noche. Cuando por fin se sumió en un duermevela, tuvo un extraño sueño en que aparecía Varela sentado en una especie de enorme barril de pólvora, fumando uno de sus sempiternos cigarrillos, que liaba con un pequeño artefacto de metal. George intentaba advertirle del peligro, pero el hombre no le hacía ningún caso y se reía a voz en cuello. Cuando se producía la inevitable explosión, todo saltaba por los aires y el escenario daba paso a una gran plaza diáfana y vacía en la que, al fondo, en una peana, Franco lanzaba un discurso monótono e incomprensible. Varela reaparecía entonces por detrás del general, sonriendo burlón como el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*, y mostraba un libro que asía en su mano, levantada como si estuviera haciendo el saludo fascista. Después, sin saber por qué, George caminaba hacia un castillo parecido al de Neuschwanstein, que construyera Luis II de Baviera, el rey loco y protector supremo de Wagner, y muy similar también al alcázar de Segovia. Las puertas eran esbeltas y altísimas, y se abrían por sí solas a su paso. Al fondo de una estancia tenuemente iluminada, sobre un pedestal, se distinguía el código de Platón, radiante, emitiendo una nebulosa y mística luz. Parecía la sala del Grial de las leyendas artúricas. George se aproximaba con paso quedo, asustado y atraído en la misma proporción.

Cuando iba a tocarlo, el despertador lo sacó del mundo onírico. Había dormido escasamente dos horas. Debía levantarse de la cama. Solo tenía otra hora y media para asearse, vestirse, comer algo y tomar, a través del canal de la Mancha, el vapor hacia Francia.

El tiempo había cambiado. Por fortuna, el transbordador arribó a la costa francesa sin demasiados problemas, a pesar de la fuerte tormenta y los vientos huracanados que se desataron en el área del canal. Los peores contratiempos los sufrieron, sin embargo, los pasajeros, cuyo índice de malestar y vértigos durante la travesía se disparó hasta cotas muy elevadas. Aunque lo único importante era que habían llegado sanos y salvos a Francia.

Lo primero que hizo George, ya en tierra —a la que bendijo de corazón, a pesar de su carencia de fe—, consistió en meterse en la primera taberna con que se topó en su camino y pedir una botella de vino de Burdeos. Sentía la necesidad de un trago y tenía sed, así que optó por el famoso elixir francés. El camarero, un hombre de mediana edad, grueso y con un gran mostacho, se quedó estupefacto, pues no estaba acostumbrado a ver a alguien ventilándose una botella de tan excelente caldo como si fuese agua. El vino había que observarlo con veneración, aspirar su aroma, paladearlo y degustarlo pausadamente. No se trataba de cosa de broma: para un francés, un buen Burdeos entraba en el terreno de la religión.

Sin dar importancia a las miradas reprobatorias del camarero ni a sus chasquidos de disgusto con la lengua, George apuró su última copa, pagó la botella y le preguntó por la dirección que buscaba. El hombre fue amable, aunque seco, y le explicó con detalle el modo de ir hasta ella. No estaba lejos. George le dio las gracias muy efusivamente. Si no hubiera estado en aquella situación, incluso habría llegado a divertirse por la actitud caricaturesca del camarero. Pero tenía la cabeza demasiado ocupada por otros pensamientos mucho más graves.

George salió de nuevo a la calle y tomó la dirección que el hombre le había indicado. Caminó durante un par de minutos, giró a la izquierda, luego a la derecha y, en efecto, encontró la rue Camille Saint-Saëns. Los números impares quedaban a su izquierda. Siguió andando hasta que localizó el número cinco y se detuvo un instante frente a la entrada de una casa baja, a la que correspondían las señas interceptadas al profesor Abelyan. Antes de llamar a la puerta respiró hondamente, cerró los ojos y pensó que aún estaba a tiempo de renunciar a la misión. Aunque, en su fuero más íntimo, sabía que no era así. No había llegado tan lejos como para renunciar ahora.

—*Let's go, George* —se dijo en voz baja para darse ánimos, tratando de evitar aquel momento de flaqueza y de duda.

Sus piernas temblaban ligeramente. Nada más golpear la puerta con los nudillos, con cierto ímpetu para aparentar una seguridad que no tenía, un hombre de tez curtida, bastante alto y fornido, con cara de pocos amigos, la abrió con lentitud. Miró a George de arriba abajo, receloso, y le preguntó en un francés de pronunciación

lamentable:

—*Qu'est-ce que vous voulez?*

—*Bonjour, monsieur. Je suis le professeur Nelson Abelyan* —respondió George en la misma lengua, ya que el hombre al que suplantaba sí la conocía perfectamente.

—*Qui est là?* —se escuchó una voz áspera que provenía del interior de la casa.

—*C'est le professeur* —respondió el primer hombre. Y acto seguido añadió, dirigiéndose a George—: *Entrez, s'il vous plaît.*

Entró en la casa detrás del enorme tipo de la piel cetrina, que cogió su maleta sin pedir permiso. Luego cerró la puerta detrás de él y echó un cerrojo de pasador digno de un calabozo medieval. El otro hombre, el dueño de la voz desagradable que había surgido desde dentro, apareció ante George sonriente, aunque su rostro daba miedo por la dureza de los rasgos y la mirada gélida. La mirada de uno solo de sus ojos, pues el otro se ocultaba bajo un parche negro.

—*Welcome, professor Abelyan* —dijo cortésmente en inglés, aunque tan mal pronunciado, o peor, que su francés—. *We were waiting for you.*

—*Thank you, mister...*

—Ramón Ybarra.

Ambos hombres se dieron un apretón de manos. Suponiendo que George no entendía el español, el otro hombre dijo:

—Bueno, ya tenemos aquí al dichoso yanqui. ¿Aviso por radio a Valencia?

—Sí, no te entretengas, Menéndez —contestó Ramón Ybarra, que parecía ser el jefe. Luego hizo un gesto a George para que se sentara y le informó de que saldrían para Perpiñán enseguida, pero antes podían tomar un coñac. George lo aceptó gustoso, a pesar de que ya llevaba en el cuerpo casi un litro de vino. Estaba empezando a relajarse. Aunque la mirada del único ojo visible del tal Ybarra bien podía haberlo petrificado como la de la Medusa mitológica.

La radio se hallaba en una estancia contigua. Nada más terminar la comunicación, el primer agente regresó al salón con un macuto al hombro. También cogió la maleta de George. El jefe indicó que había llegado el momento de partir. Los tres hombres abandonaron la casa y la rodearon por fuera hasta la parte trasera. Allí había un automóvil estacionado, un vetusto STD que los esperaba para cruzar Francia hasta Perpiñán. El hombre de piel tostada colocó en el maletero el equipaje de su jefe y de George y se despidió de ambos con un sencillo «*bon voyage*», antes de levantar el puño y añadir: «¡Salud!».

Ramón Ybarra le respondió con la misma expresión, así que George se vio obligado a imitarles, aunque él la pronunció con intencionado y excesivo acento americano.

Los agentes nacionales encargados de seguir y vigilar a George informaron de que la misión se estaba desarrollando sin novedad. Varela leía sus informes radiados con enorme inquietud, aunque también con satisfacción al comprobar que iban siendo positivos. George no se dio cuenta, pero un agente republicano le había seguido desde que llegara a Dover, como Varela sospechó. Fue también en el mismo barco cruzando el canal y continuó sin perderle la pista hasta Calais. En cuanto George, suplantando al profesor Abelyan, llegó a la dirección de la casa en la que lo esperaban, uno de sus agentes se puso en contacto primero con el que estuvo siguiendo a George y después, al comprobar que su informe era positivo, llamó a Valencia para indicar que todo estaba en orden. Luego se les vio partir en un coche.

Otros agentes nacionales los estarían esperando en Perpiñán. No convenía seguirles por carretera desde Calais, pues levantar la más mínima sospecha podía hacer fracasar toda la operación. Varela conversaba ahora sobre el desarrollo de esta, en su despacho, con dos militares de la inteligencia nacional.

—Señores, ante todo quiero darles las gracias por la eficiencia de sus hombres. El Generalísimo ha sido informado por mí, y les transmite igualmente sus más cálidas felicitaciones. En cuanto al verdadero profesor Abelyan, querría saber cómo se encuentra.

—Agradecemos sus cumplidos —dijo el primer hombre, un teniente coronel de hirsuto pelo canoso y aire sumamente marcial—. Haga el favor, señor Varela, de transmitirle nuestra gratitud también al Generalísimo. Pero hemos de decir que todo el mérito es de los agentes que han llevado a cabo la misión. Su eficiencia y valentía son intachables, al igual que su patriotismo.

Esa apelación continua al patriotismo casi molestaba a Varela, por estar siempre en boca de todos. Claro que eran patriotas, claro que amaban a España y estaban dispuestos a morir por defenderla, pero son los hechos los que demuestran una actitud o una realidad, y no las palabras. Los hechos son de piedra, las palabras de viento. Cualquier persona puede hablar de la virtud con la boca grande y ser luego un auténtico canalla.

El otro militar, un comandante más joven y de aspecto menos castrense, intervino entonces para apostillar las palabras de su colega:

—El profesor Abelyan está cautivo y eso es duro, naturalmente, pero se encuentra bien y se le trata con toda humanidad. Él cree que le han secuestrado para pedir un rescate y, al parecer, repite continuamente que ni él ni sus parientes disponen de fortuna.

—Así debe seguir. Que extremen el cuidado para que no escape ni sufra daño —dijo Varela mientras liaba un cigarrillo, pues se le habían terminado los que llevaba en la pitillera.

El conde Gilbert d'Allaines caminaba con monseñor Anatole Macci, arzobispo de Narbona, por la orilla del lago de Bagès et de Sigean, a escasos cinco kilómetros de la ciudad. Era una bonita tarde de verano, no muy calurosa, que invitaba a pasear después de una reparadora siesta. Algunas barcas cruzaban el lago, recortándose a esas horas de sol, aún elevado sobre el horizonte, como sombras cuyos reflejos se desvanecían en las ondulaciones del agua causadas por una suave brisa.

Desde el día anterior, el arzobispo, hombre de fuerte complexión, había sido invitado por el conde a una cacería en sus tierras. El palacio condal, elevado en un otero próximo al lago, dominaba una vasta llanura ocupada en su mayoría por fértiles tierras de cultivo, y en la que también había un bosque excelente para la caza del venado. Monseñor Macci estaba contento porque había cobrado la mejor pieza de todos los participantes, incluido el conde, que se jactaba de un insuperable instinto de cazador, actividad en la que era, desde luego, un gran experto.

Ahora departían tranquilamente de lo divino y lo humano, aunque el plato de la balanza se inclinaba más bien hacia lo segundo. Ninguno de los dos hombres era demasiado piadoso; ni siquiera el clérigo, por mucho que ostentara el rango de arzobispo.

—¿Y qué opina vuestra reverencia de la nueva guerra en la que nos hemos metido por la sucesión en Austria? —preguntó el conde.

—Las guerras nos hacen un favor, querido Gilbert. —El arzobispo, hombre bastante mayor que el conde, se permitía hablarle sin la habitual fórmula de cortesía—. En estos tiempos de «ideas», es preferible que el pueblo se ocupe de llenar el estómago. El poder de Francia es enorme ahora. Pero si el dinero se mete en el bolsillo de la chusma, una ingente masa de gentuza, de campesinos, de molineros, de criados, creará que puede imponer sus míseros criterios incluso al propio rey.

—Estoy con vuestra reverencia. Cada día es más difícil tratar con las gentes. Mi abuelo, o mi propio padre, no tuvieron estos problemas. Todo el mundo lee ahora panfletos incendiarios de los intelectuales de París. ¡Malditos intelectuales resentidos...! —El arzobispo asintió y dirigió, acto seguido, su mirada a la lejanía. El conde continuó hablando, aunque de otro asunto muy diferente—: Monseñor, tengo entendido que habéis empleado a vuestro servicio a un famoso médico de París, Laurent Varignon. Supongo que cobrará una fortuna.

—No es barato, a fe mía, no lo es. Pero, ¿qué hay más importante que cuidar la salud?

—Por eso mismo os lo comento, monseñor. Llevo unos días levantándome con un

dolor agudo en el costado derecho. Mi médico dice que es simple meteorismo, aunque nunca he sufrido antes de gases. Estoy algo preocupado y, si no es mucho pedir a vuestra reverencia, estaría muy agradecido si viniera a verme *monsieur* Varignon.

—No lo dudes, amigo mío. Mañana mismo haré que venga a Bagès. ¡Qué haríamos si te pasara algo y no pudiéramos seguir cazando en tus tierras...!

El conde correspondió al comentario con una amable sonrisa. Aunque sabía muy bien que el arzobispo hablaba en serio bajo la clave del humor. Y no le importaba lo más mínimo. Aquel hombre inmoral, del que se rumoreaban amistades íntimas con jovencitas humildes, habría de prestarle un gran servicio por medio de Laurent Varignon. Un servicio que nunca llegaría a sospechar.

## 1937

*Los católicos norteamericanos intentan presionar al jefe del Gobierno vasco, Aguirre, para que se rinda a las fuerzas nacionales. Reunión entre los líderes republicanos Líster, Nenni, Valdés y el comandante «Carlos».*

*Barcelona, 2 de abril, viernes*

George y Ramón Ybarra habían llegado a Barcelona a la hora del crepúsculo. El viaje por Francia fue lento y pesado. El automóvil en que lo hicieron era casi una antigualla, que más de una vez los sorprendió con una explosión imprevista o con vapores provenientes del radiador debidos al sobrecalentamiento. La primera noche la pasaron en Aurillac, una hermosa localidad de la Auvernia, en una posada que debía de tener más de cien años, regentada por un amable matrimonio de comunistas católicos.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, Ramón despertó a George y continuaron su camino hacia el sureste. Llegaron a Perpiñán a la hora de comer. Almorzaron una excelente comida típica de la región y partieron de nuevo, sin más descanso, hacia la frontera con España. Atravesaron los Pirineos y llegaron a Figueras, desde donde fueron bordeando la costa hasta su destino final: Barcelona, la Ciudad Condal, un espléndido y elegante núcleo urbano y capital de Cataluña.

Allí había nacido el padre de George, y él la había visitado una vez en 1934. Comparada con Madrid quizá tenía menos solera, pero indudablemente era más europea y moderna, y la zona conocida como el Ensanche, trazada sobre una cuadrícula atravesada por la vía Diagonal, resplandecía como un centro de majestuoso esplendor económico, tanto industrial como comercial o bancario. Lo que más llamó la atención a George en aquel viaje fue el agudo sentido de la nacionalidad de los catalanes, que llegaba en algunos casos al afán separatista. Él, como norteamericano, no podía comprender bien ese deseo. Su padre se consideraba español. También catalán, por supuesto, pero sobre todo español. Su familia provenía del norte de Castilla y se había establecido en Barcelona solo un par de generaciones antes. También tenía, además de castellanos y catalanes, antepasados vascos, por lo que era incapaz de sentir sus raíces en una única región determinada.

Ramón Ybarra le informó, mientras atravesaban la ciudad por la Diagonal, de que el palacio del Lluç quedaba a unos minutos de donde estaban ahora. Pasaron ante la casa Milà, una famosa obra de Antonio Gaudí, el reverenciado arquitecto; y también vieron de cerca la única fachada ya construida de la mal llamada catedral de la Sagrada Familia (que en realidad es un templo expiatorio, siempre a la espera de donaciones anónimas). George simuló no conocer esas obras, pues Abelyan nunca había pisado España. Expresó ante el hombre, que parecía muy orgulloso al mostrárselas, su asombro por la belleza de dichas construcciones, lo que hizo que este

le prometiera acompañarle un día a visitar el parque Güell. A George, en realidad, le disgustaba bastante el estilo modernista, o el *art nouveau*, como lo llamaban los franceses, pero hubo de aceptar la invitación para no resultar descortés.

A prudencial distancia del vehículo en que George estaba siendo conducido al palacio del Lluç, un pequeño coche negro le seguía. En él iban dos personas, un hombre y una mujer, ambos agentes nacionales. Conocían la matrícula por otros agentes que se la habían transmitido por radio en clave desde Calais. En Perpiñán se les siguió también la pista y se envió un nuevo informe, corroborando la información. Desde que llegara a Barcelona, George debía ser vigilado por los dos agentes del coche negro: José María Zárate Martín y Pilar Varela González.

Para enajenarse de la conversación en macarrónico inglés con Ramón Ybarra, George bostezó fingidamente, apoyó la cabeza en el borde del asiento y cerró los ojos. Trató de dejar su mente en blanco. Se sentía extrañamente tranquilo. Quizá se debía a la «indiferencia propia de la desesperación», como recordaba haber leído de joven en un pequeño y magnífico libro humorístico del inglés Jerome K. Jerome. En unos diez minutos, el coche llegaba a la entrada de la fortaleza. El suboficial de la garita se acercó a ellos. Cuando vio la cara de Ramón Ybarra y se dio cuenta de quién era, abrió los ojos como si se hubiera dado un susto y se cuadró ante él. Parecía aturdido y no acertaba a decidir si pedirle o no la documentación. El propio Ybarra se la mostró y el suboficial ordenó a los centinelas que levantaran la barrera y les dejaran acceder al interior. Estaba claro que aquel hombre, Ybarra, no solo producía desasosiego en el ánimo de George.

Aparcaron el automóvil en una zona reservada a los vehículos oficiales. Caminando ya por el patio, George pudo ver a dos militares del Ejército Rojo, dos soviéticos de piel lechosa, rostros anchos y pómulos salientes. Tenían cierto aspecto de orientales. «Quizá tenga suerte y hasta aprenda ruso», se dijo George bromeando consigo mismo, aunque era cierto que siempre había querido conocer esa lengua de la que sabía poco más que el modo de pronunciarla y su transcripción alfabética. «Pobres rusos —pensó también—, no han tenido un motivo de verdadera alegría en toda su historia, y ahora les cae encima ese tirano de Stalin». La simpatía que George sentía por los rusos se debía a su habitual comparación con los castellanos. Julio Verne decía, en su obra *Miguel Strogoff*, que los habitantes de las estepas tenían el mismo aspecto sobrio y digno de aquellos, aunque sin su mirada profundamente orgullosa.

En la zona nacional, los rusos eran sustituidos por alemanes e italianos. Los segundos solían ser personas amables y simpáticas, pero los primeros... Los pilotos y oficiales germanos de la Legión Cóndor le parecían, por lo general, unos estúpidos y unos estirados. Cuando a un alemán se le pone un uniforme y una gorra, suele convertirse en un auténtico cretino. Y más teniendo en cuenta que venían de un país

en el que se consideraban a sí mismos una especie de superhombres. Los fascistas italianos se asemejaban a un grupo de jovencitos jugando a soldaditos, pero los nazis tenían la misma gracia que un funeral.

Cuando el coche se detuvo y los dos hombres hubieron descendido de él, un soldado recogió del maletero el equipaje de ambos. Ramón Ybarra explicó a George que tenía órdenes de presentarse lo antes posible ante el general Boada. Así que pidió a otro soldado, de la intendencia, que fuera avisado de su llegada. Aunque era tarde, el comandante en jefe de las fuerzas republicanas en Cataluña quiso entrevistarse con el profesor inmediatamente, a pesar de que, con amabilidad, hizo que le preguntaran si estaba cansado por el largo viaje y prefería que se conocieran al día siguiente. George aceptó la entrevista, que se realizaría con un intérprete.

El propio Ramón Ybarra acompañó a George a su habitación, una amplia estancia escasamente amueblada en el primer piso del palacio. Su maleta estaba ya allí cuando subieron. El militar le informó de que tenía media hora para asearse y cambiarse de ropa, si lo deseaba. Él le esperaría fuera y, cuando terminara, le conduciría al despacho del general.

—Bienvenido, señor profesor. Estoy muy contento y satisfecho de que haya venido a prestarnos su ayuda experta —dijo el general, un hombre alto y delgado, con aspecto severo y elegante, al tiempo que estrechaba la mano de George.

—*Welcome, mister professor. I am very happy and satisfied because you have come here to give us your expert help* —fueron las palabras repetidas en inglés por el traductor, que se encargó, en toda la conversación, de que los dos hombres pudieran entenderse a lo largo de la charla.

—Gracias por su invitación, a usted, al presidente Azaña y a la República. Me congratulo de estar aquí hoy, en esta bella tierra, para ayudarles en lo que pueda —contestó George, adulator.

—Pero siéntese, profesor, se lo ruego —dijo el general—. Espero que no le haya importunado queriendo entrevistarme con usted tan pronto.

—En absoluto. Soy yo el que ardo en deseos de empezar mi labor.

—¿Le apetece tomar una copa de jerez o un coñac? ¿Quizá prefiera un whisky escocés?

—Tomaré un coñac, por favor.

Ramón Ybarra, presente en la entrevista, fue hasta un carrito con bebidas que ocupaba una de las esquinas del despacho y sirvió dos copas de coñac Napoleón. Aquella gente se cuidaba, pensó George. Desde luego que se cuidaba.

—Aquí tiene, profesor —dijo Ybarra al darle su copa. Luego se dirigió al general y añadió—: La suya, señor.

—Bien, señor profesor, vayamos al grano. Usted está aquí para estudiar el código medieval que nuestros expertos no han podido desentrañar. Vamos a poner a su

disposición los medios y el personal necesarios para resolver el misterio contra el que, como un muro de piedra, han chocado nuestros mejores cerebros. Durante el tiempo que dure su investigación debo insistirle, tal como le rogábamos en la carta que le enviamos a los Estados Unidos, que sea muy discreto. Espero que no le importune que el capitán Ybarra sea su guardaespaldas y lo proteja en todo momento durante su estancia en Barcelona. Es de vital importancia mantener este proyecto en secreto. El presidente Azaña tiene especial interés en él.

Ramón Ybarra observaba a George apoyado en una de las paredes laterales del despacho, escrutador y con gesto avieso, como un cíclope malvado. Aquel hombre era, sin duda, una criatura feroz, a la par que fría y calculadora.

—Lo comprendo perfectamente, general. No tenga cuidado —aseguró George mientras paladeaba el excelente licor.

—Me alegra oír esas palabras, pues significan que acepta nuestros métodos. Pero merece una explicación más amplia de los motivos. Como sin duda sabe, la Unión Soviética apoya la causa de la República española contra los fascistas del bando nacional. Nos asiste con asesores militares y armamento: tanques, aviones, fusiles, cañones, proyectiles y un largo etcétera. Pero este material no es completamente gratuito. Lo pagamos con oro e información. Llegado el momento, por supuesto, pondremos a nuestros aliados soviéticos al tanto del hallazgo que, sin duda gracias a usted, se encierra en el texto incomprensible del código. Pero no por el momento. Conviene a nuestros intereses ser discretos.

—Le repito que no debe preocuparse. Solo me interesa la investigación que me propongo emprender. Mis afanes son única y puramente intelectuales.

—Gracias, entonces, otra vez. —El general se levantó de su sillón—. No le entretengo más, profesor, vaya a descansar. Estoy seguro de que necesita dormir. Mañana por la mañana, el capitán Ybarra le mostrará el libro. ¡Salud y viva la República!

—¡Salud! —dijo también George en su español mal pronunciado adrede.

Los dos agentes nacionales que seguían a George se detuvieron a unos cincuenta metros de la entrada al palacio del Lluç. Observaron a los centinelas franqueando el paso al automóvil en el que viajaba y, cuando hubo desaparecido en el interior, dieron media vuelta y se marcharon.

—A partir de ahora, estará solo. Que Dios le guarde —dijo la mujer, pensando en voz alta.

—Pero nada más que por un tiempo —contestó su compañero.

El hombre tomó una vía cercana y dejó bajarse a la mujer, que fue caminando hasta el edificio en el que ambos vivían. Él llevó el coche hasta una zona algo apartada y lo estacionó allí. Luego volvió a pie a su apartamento, desde cuyas ventanas podía vigilarse la fortaleza sin ser visto. Nada más llegar, encendió la radio

y envió un mensaje al alto mando de la inteligencia militar nacional. Un mensaje que debería ser entregado de inmediato a Ignacio Varela.

Era inusual, y hasta casi indecente, que un ocioso noble francés se levantara antes del mediodía, o poco menos. Salvo, claro está, que tuviera una cacería, o para asistir los domingos a la misa en su capilla privada. Pero aquella mañana, el conde Gilbert d'Allaines estaba en pie no mucho más tarde de que cantara el gallo. Esperaba con emoción contenida la llegada del doctor Laurent Varignon a su residencia de Bagès.

El famoso médico parisiense practicaba una doble ciencia: la medicina académica, aprendida con los mejores maestros de la época y en las mejores escuelas de Europa; y la alquimia, ese saber oculto del que, en tanto que esotérico o paracientífico, tantos se burlaban con risas huecas. Varignon era, además, un excelente matemático. Cuando el conde tuvo noticia de su traslado a Narbona, para entrar al servicio del arzobispo Macci como médico personal, no dudó en urdir un plan para que aquel hombre sabio le ayudara a conseguir un fin que perseguía desde hacía años: la solución de un mensaje cifrado en un libro antiguo, un libro encuadernado en cuero teñido de azul y una bella rosa en su tapa principal.

Laurent Varignon llegó al palacete de Bagès a eso de las nueve de la mañana. El día anterior, en la charla que el conde había mantenido con el arzobispo solicitando sus servicios, le había pedido también que lo enviara lo más pronto posible. Y ahora, avisado por uno de sus criados de que el doctor estaba allí, le asaltaban las dudas. ¿Debía realmente mostrarle tan valiosa obra a un plebeyo? ¿Guardaría este el secreto del libro? ¿Sería capaz, a la postre, de resolver el misterio que se formulaba en sus últimas páginas inteligibles?

El conde pensó que debía fiarse, pues al fin y al cabo Varignon era su único recurso. Llevaba años tratando de descifrar aquellos símbolos desconocidos, para él y para cuantos los habían visto hasta entonces. Su padre había adquirido el libro en España hacía unos veinte años. Lo compró por simple gusto. Le encantaban los libros antiguos, y aquel le llamó la atención por la hermosura de su encuadernación. No le había costado mucho. Seguramente quien lo vendía no se molestó jamás en abrirlo y leerlo. Aunque, estando en griego, quizá no había podido hacerlo.

Por aquel entonces Gilbert no era más que un niño de doce años, que estudiaba la lengua de Platón con un tutor severo y circunspecto, el cual también le enseñaba latín, literatura y matemáticas. La educación física corría a cargo de sus maestros de esgrima y equitación, mucho más ágiles y jóvenes que el oscuro maestro. Así es que, cuando su padre llegó de su viaje con el libro de la rosa en gules y oro sobre fondo azur —según la terminología utilizada en heráldica, a la que su progenitor era muy aficionado—, el muchacho empezó a leerlo como parte de su instrucción.

Evocaba ahora a menudo cómo fue imbuyéndose de la narración de Aristocles y sus diálogos con aquella extranjera, llegada del oeste a las costas griegas, aquella Rosa del Mar. Ya desde entonces, el joven heredero aprendió a desconfiar de los expertos y maestros, pues el viejo que le enseñaba con pulcritud y exigía de él diligencia no se tomó siquiera la molestia de ojear el libro.

Mejor. Así fue de Gilbert por completo, únicamente suyo; un descubrimiento literario como el del navegante que arriba a nuevas tierras desconocidas.

—¿Señor, digo al doctor que lo espere? —le preguntó el criado que anunciara la llegada del médico.

—Sí, haz el favor, Roland. Comunícale que bajaré enseguida y condúcele a la biblioteca.

El conde terminó de vestirse, asistido por su ayuda de cámara. Su esposa, a la que nunca amó y ahora ni aguantaba, ocupaba, según el uso elegante, los aposentos de la otra ala del palacete, separada de él por la distancia física y la del corazón. Aún dormía y era lo preferible. Los asuntos que iba a tratar su marido con el doctor Varignon debían quedar entre ellos dos. Acabada, por tanto, su compostura, Gilbert bajó del piso superior, el de las habitaciones, a la planta baja por una rica escalera de mármol adornada con figuras mitológicas.

—Estimado doctor —saludó el conde al entrar en la biblioteca. Varignon se entretenía de pie, observando un reloj de bronce dorado que descansaba en el centro de un mueble de mármol negro.

—Señor conde —respondió el galeno, haciendo una leve reverencia.

—Supongo que el arzobispo os ha informado de mis molestias.

—En efecto, señor. Si lo deseáis, puedo reconocerlos ahora mismo.

—No, mejor dejémoslo para más tarde. Mi dolencia no es grave. Pero tengo otro asunto que tratar con vos mucho más importante.

—¿Se trata de vuestra esposa, quizá?

El conde esbozó una sonrisa y, acto seguido, incluso emitió una leve risita.

—Ojalá... —dijo por lo bajo. Y luego añadió—: No, mi mujer está bien. Lo que tengo que deciros no guarda relación con la medicina. —El doctor puso cara de extrañeza. Si no tenía que ver con la medicina, qué hacía él allí, se preguntó interiormente. El conde continuó—: Es algo relacionado con vuestra *otra* arte.

—¿Mi «otra arte», señor?

—Sí, amigo mío. No tratéis de ocultarme lo que ya sé. Vuestra fama os precede. Tanto como seguidor de Hipócrates como de Hermes.

—Os doy mi palabra de que yo no...

—¡Basta! —cortó el conde—. Vos sois un gran alquimista y miembro de la masonería. Pero no tengáis miedo. Lo sé porque mi padre tuvo relación con los masones. Quizá él lo fuera, incluso, aunque nunca me lo dijo.

—Yo no... —balbuceó de nuevo Varignon.

—Eso ya lo habéis dicho. Pero vos *sí* practicáis esa antigua arte. Y lo que voy a mostraros, si no continuáis obcecándoos en la negación de la verdad, puede suponer la solución al mayor reto de la alquimia.

El médico miró al conde en silencio, con el rostro impávido y una progresiva palidez.

—Sí, no me miréis así: os hablo de la Gran Obra.

—La Gran Obra... —acertó a decir únicamente *monsieur* Varignon.

# 1937

*La aviación republicana ataca el acorazado España en las costas del mar Cantábrico. Se inician las conversaciones para la creación de un nuevo Consejo de la Generalitat.*

*Barcelona, 3 de abril, sábado*

El tiempo había cambiado totalmente de un día para otro. La mañana era espléndida e invitaba a salir y disfrutar de los cálidos rayos del sol de primavera. Aunque no tan temprano, quizá. Ramón Ybarra despertó a George a las siete en punto y le dijo que en media hora vendría a buscarle para ir al comedor y tomar juntos el desayuno. No es que fuera una orden, ni mucho menos, pero las palabras del militar fueron autoritarias a pesar de su pésimo inglés.

A las siete y media, ni un minuto más ni un minuto menos, George bajaba de su habitación, con los ojos semicerrados y una gran nostalgia de su lecho, en compañía del capitán Ybarra. Pensó en la puntualidad tan estricta que mantenían: ni que fueran alemanes. Los españoles, al menos eso se suponía, eran muy individualistas y desobedientes. A un español hay que obligarle a hacer las cosas o dejarle a su propia iniciativa. Los alemanes, sin embargo, son personas sumisas y dóciles con el mando. Por eso daban tanto miedo. Una nación entera capaz de seguir a un líder hasta la muerte, como un rebaño de ovejas sin cerebro pero con fusiles y armas mucho peores.

George odiaba a los nazis, pero no a los alemanes, en realidad. Al contrario, su admiración por los prohombres de ese pueblo europeo llegaba a elevadas cotas. Sus filósofos, como Hegel, Kant, Nietzsche; sus músicos, como Beethoven, Bach, Wagner, Mozart (pues Austria es un «país alemán»); sus científicos, como Planck, Hertz, o el mismo Einstein... El gran Albert Einstein, judío, sí, pero alemán, y posiblemente el más grande físico moderno. Los postulados de Hitler eran despreciables, al igual que los del principal ideólogo del racismo, Alfred Rosenberg. Mientras ellos lucubraban sus delirios, Einstein daba al mundo una nueva visión del mismo y un nuevo significado. George recordó entonces las palabras leídas en el códice, cuando Platón decía algo parecido de la enigmática mujer extranjera que recogió en la playa.

El desayuno fue sabroso, aunque algo ligero para lo que George estaba acostumbrado. El jamón a la plancha estaba delicioso, tanto como las rebanadas de pan tostado con aceite y tomate, el *pan tumaca*, muy típico en Cataluña. Era curioso que tuviera tanta hambre, dadas las circunstancias, y también que no se notara alterado. Incluso había dormido bien, mucho mejor que su última noche en Burgos o las pasadas en Inglaterra y Francia. Volvió a pensar en el libro de Jerome K. Jerome: aquello era la tranquilidad propia de la falta de opciones entre las que elegir. Ahora

jugaba a todo o nada.

En cuanto terminaron de desayunar, Ybarra acompañó a George a la biblioteca del palacio. En una habitación aneja a la sala de lectura, repleta de estanterías con cientos de libros, reposaba el códice bajo un lienzo de algodón crudo para evitar la acumulación de polvo. Antes de retirar el cobertor y tocar y ver por primera vez las tapas de aquella obra, George pensó que su investigación era doble, pues habría de seguir dos caminos distintos: uno, tratar de autentificar el texto como genuino de Platón; y la otra, la más excitante y retadora, encontrar el código oculto entre sus páginas y descifrar el mensaje final. Para lo primero, quizá carecía de los conocimientos adecuados. Al menos para conseguir una autentificación inapelable. Pero en el segundo caso, estaba seguro de que sí disponía de las herramientas intelectuales necesarias. Cuestión distinta era si llegaría a lograr su objetivo. Eso estaba por ver, naturalmente. Y sobre todo, ardía en deseos de confirmar si su teoría era cierta, si algunos fragmentos del texto estaban caligrafiados en color rojo.

—Aquí lo tiene, profesor —dijo Ramón Ybarra en su inefable inglés, al tiempo que descubría el códice. George se quedó embobado mirando su tapa superior y la bella rosa que lo ilustraba—. El general me ha pedido que le transmita varios mensajes. Puede usted pedirme a mí personalmente todo lo que requiera para su estudio, tanto en lo que se refiere a material como a colaboradores. El general supone que le vendrá bien algún ayudante, y por eso se permite ofrecerle la asistencia del experto que mencionó su nombre para acometer este trabajo.

A George, embobado todavía, le dio un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Si aquel experto había sugerido al profesor Abelyan, era factible que lo conociera en persona. Si así fuera, toda la operación se iría al traste y su vida correría peligro. Al fin y al cabo sería, a los ojos de la República, un espía enemigo infiltrado nada menos que en el Estado Mayor de Barcelona.

Ramón Ybarra continuó:

—También me ha pedido el general que le transmita su intención de que prolongue sus investigaciones el tiempo que haga falta. No debe tener prisa, si la prisa supone errar en la meta final. Aunque espera que, con su talento, todo se resuelva lo antes posible. No se sienta presionado. Si necesita despejar su mente, yo mismo le acompañaré a visitar la ciudad, la playa o museos y lugares de interés. De hecho, tenemos pendiente la visita prometida al parque Güell, que gustosamente le mostraré cuando usted lo desee. Hoy puede dedicar el día a una primera toma de contacto. Esta noche, en la cena con el general, le presentaré a nuestro experto, el doctor Zenón Pons I Vendrell. Como usted, es matemático y también un importante médico famoso en toda Cataluña. Si tiene alguna cuestión que formularme...

George seguía turbado por la idea de que el tal Zenón Pons pudiera desenmascararlo. Tuvo deseos de preguntar a Ybarra si aquel hombre lo conocía en persona, pero resultaba absurdo hacerlo: tendría que descubrirlo él mismo, que supuestamente era el profesor Abelyan. Entonces se le ocurrió un modo de averiguarlo sin descubrirse.

—Capitán, por favor, solo tengo una duda. ¿Por qué el doctor Pons me eligió a mí?

—Ah, creía que se lo había dicho en su carta —dijo Ybarra con cierta expresión de asombro.

«Mal, muy mal», pensó George en su interior, aunque sin inmutarse exteriormente. Sin embargo, y por suerte para él, el militar pareció no darle ninguna importancia y respondió con toda naturalidad:

—Es un admirador de sus trabajos y sabe de su marxismo militante. ¿Qué mejor que uno de los *nuestros* para venir a ayudarnos?

—Por supuesto, capitán, por supuesto. Debo agradecerle al doctor su confianza.

—Como le he dicho, podrá hacerlo en persona esta misma noche durante la cena de bienvenida que el general Boada le tiene a usted preparada.

—Será un placer asistir a esa cena y saludar a mi amable colega.

—Bien, profesor —dijo Ybarra, satisfecho—, yo he de retirarme. Si me necesita, llame al centinela de la puerta. Él se encargará de localizarme. Únicamente debo recordarle, como ya sabe usted, que esta investigación debe mantenerse en estricto secreto. Durante la cena límitese a decir que es un criptólogo encargado de diseñar códigos para comunicaciones de radio. No lo olvide, por favor. En fin, le dejo solo. Que tenga suerte. ¡Salud!

—¡Salud!

George se estaba ya cansando de esa cantinela y de levantar el puño. En la zona nacional no extendía el brazo para saludar, ni se le hubiera ocurrido hacerlo bajo ninguna circunstancia. Pero aquí la situación era otra, y no por la ideología, a cual más perversa: se había infiltrado allí simulando ser otra persona y no era momento de hacer ascos morales a un simple gesto, para él carente de significado o valor. En realidad, lo importante estaba en que ahora tenía ante sí el código original y, por el momento, todo había salido bien. Hasta la cena, al menos, podía estar tranquilo. Se le pasó por la mente la idea de escapar, pero enseguida la olvidó como si nunca hubiera existido. Debía comportarse como un hombre, como un *español*. Esbozó una sonrisa, y se sentó para examinar el libro.

Como siempre que las ansias de hacer algo, lo que fuera, le invadían, se obligó a sí mismo a actuar con sosiego y tomarse su tiempo para cada cosa. Primero observó cuidadosamente las tapas del códice, de piel teñida de un brillante tono azul. La rosa inserta en la portada, hecha a base de pan de oro y tinte bermellón, era una auténtica filigrana. El paso del tiempo casi no la había deteriorado, salvo por algunas rascaduras y pequeños golpes. La tapa posterior, peor conservada, exhibía una especie de mancha que había ajado parte del cuero. Detrás de la cubierta venía la alfombra, de formas sinuosas y colores diluidos, como el reflejo de la luz en una mancha de aceite. Solía emplearse ese tipo de protección entre el interior de la tapas de un libro y las páginas de inicio y final. Después, George llegó a las hojas que ya había visto en las fotografías, pero ahora sin la sencilla gama de grises de aquellas tristes reproducciones.

*La Rosa del Mar*, leyó George, de nuevo, aquel hermoso título escrito en lengua griega clásica. Pero hubo algo ya en esa primera página que no había visto antes, un marco rojo que bordeaba los márgenes de la misma. «Esto es prometedor», se dijo, con ganas de pasar las hojas en busca de los fragmentos perdidos. Aunque se contuvo. Fue examinando página a página sin acelerarse, por mucho que su corazón latiera cada vez más deprisa. Su boca estaba seca y sus oídos percibían claramente cada pulsación de la corriente sanguínea en sus venas.

Si en las reproducciones fotográficas ya se había percatado de la belleza de aquella obra medieval —una obra con más de setecientos años de antigüedad, quizá ochocientos—, ahora estaba maravillado y asombrado en la misma proporción. Pocas veces había tenido el privilegio de admirar un libro de semejante factura, tan perfecto y bien conservado, tan soberbio que haría palidecer de envidia a cualquier ilustrador o impresor moderno. Ya no se hacían maravillas como aquella, de la misma forma que no se construían catedrales, sino edificios de oficinas o viviendas diminutas. A lo más, feas residencias de ricos sin gusto, palacios de exposiciones mediocres, sedes de departamentos gubernamentales, rascacielos en América y, con notables excepciones, otras cosas sin valor para la futura historia. Las ruinas que dejará la práctica totalidad de las obras del siglo, al menos por ahora, no merecerían ese calificativo, sino únicamente el más adecuado de escombros inservibles.

Si algo admiraba George de las sociedades antiguas era su afán de elevar la mirada a las alturas. Aunque uno careciera de fe, ese deseo de elevarse, ese idealismo, debía resultar admirable para cualquier hombre y un ejemplo de grandeza. No es que todo lo demás fuera igual, pues la Antigüedad estaba también repleta de injusticias y barbarie, pero las dos últimas centurias, si no más, habían erigido un nuevo altar coronado por el dinero, el bienestar, la felicidad del burgués sin otras ambiciones que pasar una vida cómoda y sosegada.

Estos pensamientos sorprendieron al mismo George: ¿no se estaría volviendo comunista?, se preguntó con humor. No, la doctrina de Karl Marx y sus discípulos no había traído al mundo la justicia, que en el fondo es lo único que importa, sino una opresión semejante a la de los autócratas con poder sobre la vida y la muerte. Un nuevo zar rojo sustituía en el Kremlin de Moscú a los antiguos zares, egregios pero inicuos con el pueblo. La Revolución bolchevique de octubre de 1917, según la opinión de George, había sido tan justa como inevitable. Una nación no puede ni debe someterse al yugo de un dictador sin sentimientos, un monarca capaz de vender siervos como si fuesen cabezas de ganado. Pero el asesinato ulterior de la familia real, y los aún más sanguinarios acontecimientos que siguieron, deshonraban al nuevo régimen de los sóviets.

La libertad es el único don por el que merece la pena morir y por el que, llegado el caso, es admisible matar. El estudio de aquel código, para George, no podía en ningún sentido justificar una muerte, pero si él era descubierto y lo mataban, al fin y al cabo sería una víctima inmolada en aras de la libertad, del derecho al conocimiento, del derecho a descubrir al mundo su pasado. Es lícito poseer bienes materiales, pero todo lo etéreo, la belleza del mar o un cielo estrellado, el deleite de la lectura o la música, la escalada a la montaña del conocimiento, donde el aire es más frío y más puro, donde, como decía Nietzsche, el torrente vacía la copa en su ímpetu, antes de llenarla... todo ello debe pertenecer al común de los mortales. Cada uno debe tener acceso libre a esa ancha pradera, sin límites ni puertas. Que sea uno mismo el que decida recoger la fruta madura del árbol o tumbarse en la hierba bajo la sombra. La caverna de Platón no está más que en el ánimo de los hombres. Unos prefieren vivir en la tranquila oscuridad de la gruta, mientras otros osan abandonarla y salir al mundo exterior y desconocido, donde brillan el sol y la luna, y las estrellas guían el camino del que ignora la meta, pero aun así la busca con ahínco.

Los malditos nazis, de nuevo, se dijo George, le habían robado a Friedrich Nietzsche, del mismo modo que habían hecho con Richard Wagner. Se adueñaron de aquellas dos gigantescas figuras de la cultura occidental más reciente. Tomaron de ellos lo que les interesaba y lo tergiversaron en su provecho. Sostenían sus razonamientos en la alteración arbitraria de las ideas de aquellos dos grandes hombres. El mismo Heinrich Himmler, el jefe de las funestas SS alemanas, había estado tentado en su juventud de comprar una finca en Turquía porque interpretó de forma literal las palabras de Nietzsche cuando hablaba del «amor a la tierra», que no significaba cabalmente hacerse campesino, sino valorar los dones de nuestra vida sin fiarlo todo a los mundos futuros prometidos por las religiones.

La sucesión de páginas del código se entremezclaba con los pensamientos de George, emocionado en lo más íntimo de su ser. Hasta que llegó a una que disolvió

todas sus dudas y supuso la ratificación de la teoría que lo animara a iniciar aquella arriesgada misión. En una de las hojas había un breve fragmento escrito en el color que la fotografía ortocromática no podía registrar: un rojo tan vivo como la sangre recién derramada, pero aún más brillante. Allí estaba. El paso de los siglos no lo había deteriorado apreciablemente y exhibía un orgulloso esplendor. George lo leyó con extrema atención. Más allá de la comprensión de su significado literal, buscaba penetrar su íntimo secreto. Sabedor ya de que estaba en lo cierto, se dedicó a pasar las páginas y anotar en una libreta todos los fragmentos, tal y como figuraban en el libro. También tuvo razón al pensar que no habían sido numerados, pues se trataba de inserciones poéticas ajenas al texto en sí. Eran las palabras de la extranjera, cargadas de simbolismo. Aquella mujer tenía una concepción de la realidad —Platón lo percibió claramente— que iba muy lejos de la más avanzada en aquella época. En cierto sentido, aunque el libro fuera una falsificación medieval, en el propio Medievo resultaba inconcebible tan aguda percepción. Ese era también un gran misterio, merecedor de estudio aparte; una tercera vía a añadir a las otras dos: autentificar la obra y descifrar el enigma. Aunque George estaba allí, sobre todo, para la última de ellas.

El resto de la mañana y, después de almorzar con Ybarra, también durante toda la tarde, George estuvo analizando aquellos pasajes del código que debían encerrar el método de cifrado que buscaba. Los «pasajes rojos», como los bautizó —sin demasiada imaginación, es cierto—, no parecían contener nada especial. No había símbolos dibujados entre las letras griegas. Pero, claro, tampoco él confiaba en que resultara tan fácil descubrir el código. En caso contrario, no habría hecho falta reclutar al prestigioso profesor Abelyan. O a George mismo, áter ego de este, a todos los efectos, en el bando contrario. Aunque, se repitió una vez más, él no *colaboraba* realmente con nadie.

En eso le asaltó una nueva duda. Si Ignacio Varela sospechaba que él no era un verdadero espía suyo, y suponiendo que hallara en el libro un secreto de gran relevancia, es decir la piedra filosofal o algo por el estilo, y por muy descabellado que esto llegara a sonar, ¿no creería Varela que podría huir con el secreto y no revelárselo a nadie, o entregárselo a sus compatriotas estadounidenses? Ya le había avisado del peligro de desvelarlo a los republicanos y que estos, para preservar el secreto solo en sus manos, pudieran asesinarlo. ¿No estarían dispuestos los nacionales a hacer algo similar? En su afán académico, no se le había pasado por la cabeza tal cosa, pero ahora que lo consideraba fríamente, tenía una responsabilidad con lo que descubriera y también debía preocuparse de su pellejo. Si uno de los dos bandos de la Guerra Civil en España obtenía un poder semejante, aplastaría con toda probabilidad al contrario; y por sus alianzas con el extranjero, bien el régimen nazi alemán o el comunista ruso heredarían con seguridad el secreto. Y eso no debía ser. No *podía* ser.

Ahora comprendió George con toda claridad, con la misma transparencia que el cielo de aquel día luminoso, que Varela habría previsto esas posibilidades desde el inicio de la misión. Tenía que haber alguien más infiltrado entre los republicanos. Ese agente hipotético garantizaría de algún modo que él no escapara con lo que pudiera descubrir. George no sabía cómo o de qué modo, ni tan siquiera podía imaginarlo, pero le resultaba evidente. Se le habían abierto los ojos. Allí debía de haber alguien vigilándole.

Por un momento, un breve instante fugaz como una centella, consideró la posibilidad de destruir el libro. Pero recapacitó enseguida y comprendió que ni él como investigador tenía derecho a hacerlo ni, en suma, podía sustraerse al embrujo que para su intelecto significaba aquel estudio. Sería después, cuando hubiera desentrañado el misterio, si lo lograba, cuando tendría que empezar a preocuparse de qué hacer con el libro y cómo mantener su propia integridad física. Estaba en la boca del lobo, como pensó antes de iniciar la misión, pero ahora lo comprendía de veras. Hiciera lo que hiciese, el peligro era grande.

Turbado por los aciagos pensamientos que le sobrevinieron por la mañana de su primer día de investigación del código, George se dispuso a vestirse para la cena de bienvenida, en honor suyo, de la que le había hablado Ramón Ybarra por la mañana. Ya no temía tanto por él cuanto por las consecuencias de su eventual y ansiado descubrimiento. Era como si, frente a una situación de mayor gravedad e importancia, el espíritu humano se sobrepusiera a sus miedos íntimos y elevara sus miras al bien común. También era probable —y esto sirvió a George de válvula de escape— que todo aquello de la «piedra filosofal» o el «elixir de la vida», y demás paparruchas de la alquimia, no fuera más que eso, una majadería de aprendices de brujo y charlatanes. Aunque también tomaron por loco a Heinrich Schliemann, el arqueólogo alemán que descubrió las ruinas de la antigua ciudad de Troya, cuya guerra fuera narrada por Homero en la *Ilíada*. Entonces muchos tópicos de la arqueología y la historiografía se quebraron, pues quedó demostrado que los mitos de la Antigüedad podían no ser absolutamente falsos y poéticos, sino tener una base real y bien tangible. Quizá ese fuera también el caso de la Atlántida —narrada por Platón en sus diálogos *Crítias* y *Timeo*— y, por qué no, de la búsqueda de los alquimistas.

George prefería no darle más vueltas. El tiempo, inexorable e insobornable, daría la solución tarde o temprano, a través de él o de cualquier otro. Admitió por tanto su condición de pieza en el juego de ajedrez del destino y asumió su tarea. Llegado el momento, decidiría qué camino tomar.

Acababa de terminar de anudarse el lazo de la corbata cuando unos golpes en la puerta de su habitación le sacaron de sus pensamientos y le hicieron volver a la realidad. Era Ramón Ybarra —cómo no—, que iba a recogerle a la hora exacta que le

había anunciado para la cena. Incluso, comprobó George mirando el reloj de bolsillo que pertenecía realmente al profesor Abelyan, el tuerto militar llegaba con medio minuto de adelanto, si es que el cronómetro estaba bien ajustado.

—Enseguida salgo —dijo George, desde dentro en inglés.

—Bien, profesor —respondió el hombre—. Le espero aquí. No se demore, por favor.

Cuando George salió, un par de minutos después, esperando que aquello no se considerara un gran retraso teniendo en cuenta la estricta puntualidad de aquella gente, Ybarra le avisó una vez más de que no hablara sobre la auténtica naturaleza de sus investigaciones. George sabía que el general había decidido que fingiera estar desarrollando una nueva clave de cifrado para los mensajes emitidos por radio. La captura de buques con mercancías para la República por parte de los nacionales, al conseguir descifrar sus códigos secretos, hacían necesario el desarrollo inmediato de sistemas alternativos. Ybarra también le informó de que habría otro invitado especial esa noche, un actor australiano, fiel a la causa de la República, pero que deseaba no llamar la atención para evitar que le perjudicase en su incipiente carrera en Hollywood.

—¿Cómo se llama? —preguntó George.

—Leslie Thomson.

—Creo que no le conozco...

Los dos hombres atravesaron el patio. Varios centinelas hacían la ronda por el perímetro. Otros custodiaban la entrada, un amplio arco con una verja de hierro forjado. Afuera había también varios guardias vigilando el exterior de la fortaleza. Desde la ventana de la sala donde se guardaba el código podía verse a dichos soldados en su ronda. George se había fijado en que eran suficientes como para abandonar toda esperanza o intención de perpetrar un robo. Ignacio Varela tenía razón.

El salón comedor del palacio estaba ocupado por una decena de mesas circulares de unos doce comensales cada una, en un amplio espacio rectangular de aproximadamente quince metros de lado, distribuidas en torno a una central algo mayor. Solo esta última mesa estaba preparada, mientras que el resto quedarían vacías esa noche. Cuando George llegó, acompañado por el capitán Ybarra, un grupo de personas charlaban amigablemente en corrillo. En este, George distinguió al general Boada. A su lado tenía a otros militares de alta graduación, así como las que, con toda probabilidad, eran sus esposas. Todos lucían trajes de gala y tenían copas en las manos. Ybarra indicó a George que se acercaran a ellos.

George caminó con paso seguro hacia el grupo. Aquella era la prueba de fuego: si el profesor Zenón Pons no le reconocía, entonces ya todo debería ir como la seda en adelante y habría superado los principales obstáculos. Siempre que no cometiera un lamentable error hablando en español o delatándose por algún detalle erróneo de su personaje.

—Profesor, me alegro de verle. ¿Desea tomar un vino antes de presentarle a estos amigos? —saludó el general en inglés, e hizo un gesto a un camarero para que se acercara.

—Sí, gracias —respondió George—. Un vino blanco.

El general fue presentándole a los militares y, efectivamente, a sus esposas. No se había equivocado al pensar que lo eran. También le presentó al profesor Pons. La expectación de George fue grande. Sintió su corazón encogerse hasta que el viejo médico le saludó con efusión y sin ningún gesto extraño. Para finalizar, conoció a otros dos hombres, André Marty, el francés que dirigía las Brigadas Internacionales, y el actor australiano que había mencionado Ramón Ybarra, Leslie Thomson. Nada más contemplarle, George pensó que le sonaban su rostro y su fino bigote. Le resultaba familiar, aunque no conseguía acordarse de dónde lo había visto. En cuanto a André Marty, si la mirada de un solo ojo de Ybarra era capaz de helar la sangre, la de aquel, duplicada, podría congelar la de hombres como este. Nada más saludarle, por el modo en que lo hizo, sus gestos y pose, George se dio cuenta de que aquel hombre era un auténtico ser despiadado.

Zenón Pons no hizo más que sonreír y deshacerse en halagos hacia el supuesto profesor Abelyan. Se trataba de un tipo bastante servil y desagradable, pero eso significaba y hacía patente que no conocía al profesor en persona. George podía estar tranquilo. No sabía por qué, ni había auténtico motivo para ello, pero se sintió de repente eufórico y totalmente sereno.

Al poco, el camarero regresó con el vino blanco que se le había pedido. La conversación continuó, con el general Boada, el profesor Pons, André Marty, Leslie Thomson y George formando un nuevo y más pequeño corrillo. Ybarra se quedó aparte, como solía hacer, cual si fuera el perro fiel de su amo.

—El señor Thomson nos honra hoy también con su presencia —dijo el general, ante la expresión algo tímida del aludido—. Aunque es australiano de nacimiento, ha venido de los Estados Unidos, como usted, para servir en las Brigadas. Estoy seguro de que ha visto usted alguna de sus películas.

—No lo sé. El caso es que sí creo haberlo visto antes. Lo estaba pensado, pero...

—Quizá me conozca por otro nombre —intervino Thomson—: En mis películas

aparezco como Errol Flynn.

—¡Claro! Ahora sí que lo recuerdo. Es usted el protagonista de *El capitán Blood*, junto a Olivia de Havilland.

—Ah, veo que le gusta el cine —dijo el general.

—Menos de lo que puede parecer —respondió George—. Lo tomo como una mera distracción. Pero no se ofenda —añadió, dirigiéndose a Thomson (o Flynn)—, creo que es usted un actor muy prometedor. Mis películas preferidas son las humorísticas: las de los hermanos Marx, Buster Keaton, Laurel y Hardy. Ya sabe.

—De todos modos, agradezco sus palabras, y más aún viniendo de un hombre de su cultura. El general me ha informado de que es usted criptólogo. —Flynn pronunció esa última palabra como si se tratara de algo místico y desconocido.

—En efecto. Preparo claves de cifrado para comunicaciones de radio.

—Un trabajo interesante, desde luego. Si tenemos oportunidad, me encantaría que me explicase usted algo sobre la criptología.

—Bien, señores —anunció entonces el general—, podemos sentarnos a la mesa.

La velada transcurrió sin contratiempos y con una animada conversación a varias bandas entre George, Errol Flynn, el profesor Pons y el general Boada. Marty se mantuvo callado durante toda la cena y la sobremesa posterior. Hubo momentos en que George lo miraba de soslayo y pudo comprobar cómo aquel hombre de aspecto aterrador dirigía sus ojos al infinito. A veces incluso sonreía sin aparente motivo. Como decía Julio César a Marco Antonio en la obra de Shakespeare, refiriéndose a Casio, Marty podría ser «uno de esos hombres que rara vez se ríen, y si lo hacen, parecen desdeñar el humor que les hizo sonreír».

Ybarra, sin embargo, departió más de una hora con la bella mujer de un coronel, mucho más joven que este, y que a pesar de su más alta graduación no hizo otra cosa que observar a ambos con gesto torcido. Quedaba en evidencia que el grado militar, de por sí, no era lo más importante en el Ejército republicano.

—¿Usted cree que lo conseguirá, mi general?

Tras la cena, Boada e Ybarra se quedaron unos momentos para hablar a solas sobre el cometido del ilustre sabio americano.

—No sabría decir, Ybarra... No soy un entendido en criptología, criptoanálisis y todas esas cosas científicas. Las matemáticas nunca han sido mi fuerte. Pero parece ser que el profesor Abelyan es uno de los mayores expertos en tales disciplinas.

—Y además marxista hasta la médula.

—Sí, aunque eso no es lo que me preocupa.

—¿Señor...?

Ramón Ybarra no entendía el motivo de que el general Boada estuviera preocupado. Ni lo habría imaginado siquiera.

—El problema son los rusos. Ya sé que son nuestros aliados y nos apoyan en esta guerra. Pero...

—No le entiendo, mi general.

—¿Tú querrías que España se convirtiera en un dominio suyo?

—En absoluto. Claro que no. Pero ellos nunca...

—Ya. Ellos nunca han querido eso, ¿verdad?

—Por supuesto. El comunismo no sabe de colonias ni de imperios.

—Cierto, Ramón, pero la Unión Soviética, sin embargo, es el país más grande del mundo y podría decirse que mantiene el imperio oriental heredado de los zares.

Ybarra guardó silencio. No parecía comprender las palabras del general; o quizá producían en su mente una agitación de ideas que no era capaz de admitir.

—Sí, amigo mío, los rusos son nuestros aliados, pero nuestro verdadero objetivo es hacer una España republicana, sin siervos ni opresores, sin miedo a los poderosos. Una España del pueblo, de todos, sin exclusiones.

El general se detuvo un instante. Apretó los labios y cerró los ojos. Evocaba para sí un mundo más justo, un mundo sin bandos ni intereses personales que propiciaran el sufrimiento de millones. Ybarra lo miraba con expresión neutra.

—Tú encárgate de que el profesor trabaje a gusto —continuó el general—. Y vigílalo sin que se dé cuenta. Si te enteras de que consigue algo, incomúnalo de inmediato y me lo dices sin perder tiempo. Que el presidente Azaña decida entonces.

—Y, llegado el caso, ¿qué haremos con Abelyan? Si lo que pone en ese libro es realmente importante, ¿no sabrá él demasiado? Nos convendría eliminarlo...

—¡Eso no, Ramón! No somos asesinos. Tendremos que confiar en su palabra y su fe en el comunismo.

—Sí, señor —aceptó Ybarra. Pero en su íntimo fuero sabía que eso no era tan fácil. El general Boada se engañaba si creía que la República o la Unión Soviética permitirían seguir viviendo a un hombre que dispusiera de un secreto crucial para ellos. La revolución mundial, a la que se habían consagrado los seguidores de la doctrina de Marx, establecía una prioridad fundamental: el bien del Estado por

encima del bien de un individuo. El *bien* común a cualquier coste.

Era tarde, y los dos hombres se separaron para irse a dormir. Cada uno, antes de cerrar los ojos y esperar a un nuevo día, evocó para sí muy distintos pensamientos.

Los primeros días del nuevo año trajeron frío y un ambiente desapacible. En otoño, el arzobispo de Narbona había muerto a causa de una desafortunada caída mientras galopaba por los campos de las afueras de la ciudad. Se rompió el cuello y nada pudo hacer Laurent Varignon para salvar su vida —sus últimas horas, por lo demás, fueron horribles—. Desde entonces, el médico estaba al servicio personal del conde D'Allaines. Para ambos fue una suerte la desgracia del arzobispo. Antes se veían con regularidad, pero no con la asiduidad deseada. Ahora ese problema, como monseñor Macci, había desaparecido.

Desde aquella mañana de verano en que el conde mostrara a Varignon el código, el médico había estado tratando de desvelar su misterio con ansias rayanas en la obsesión. La promesa de la Gran Obra parecía estar asegurada a quien lograra desentrañar el secreto código. *El dorado elemento...* Pero todos sus intentos fueron en vano. Sus conocimientos de alquimia solo le serían útiles una vez revelado el texto, y sus matemáticas no eran lo bastante profundas como para resolver el críptico código.

Por ello, a finales de año, antes de la Navidad, el médico propuso al conde que reclamara los servicios de un famoso matemático polaco, llamado Juliusz Kosler, discípulo del gran Gottfried Leibniz, y que desempeñaba el puesto de catedrático en la Academia de Ciencias de la Universidad de la Sorbona. Así lo hizo Gilbert. Y Kosler, soltero recalcitrante, aceptó gustoso la invitación de pasar unos días de vacaciones en el sur, en casa de un noble que lo agasajaría cumplidamente, y estudiando un «libro de características únicas».

En su carta, el conde no especificó mucho más, salvo que se trataba de un reto matemático apto únicamente para el «científico más preclaro del continente». Kosler no sabía si él era ese científico, pero, intrigado por las palabras del noble, que iban acompañadas de una referencia a Laurent Varignon, el célebre médico, decidió trasladarse a Narbona durante la Navidad. Si *monsieur* Varignon afirmaba que el reto era real, entonces no había duda de ello.

En efecto, el reto era auténtico y genuino: tanto que Kosler, incapaz de superar el cifrado, decidió alimentarse solo a base de una dieta ligera y café para, al parecer, estimular su mente. También se hizo colocar en la biblioteca una especie de campana que un lacayo del conde debía tocar cada hora. Se trataba, en efecto, de un hombre maniático. No era un experto en griego, pero asumió filosóficamente que la codificación matemática debía estar por encima de todo lo demás. Las matemáticas lo eran todo para él, su verdadero dios creador del mundo.

Pasaron los días de frío y ventisca. El matemático seguía con sus pruebas. Intentos y más intentos que se estrellaban contra dura roca. Hasta que, una noche, ya entrada la madrugada, solo en la biblioteca, con la única compañía de una jarra llena de café, tuvo una idea que quizá... Que podía ser... ¿Estaba en lo cierto? ¿Había descubierto el enigma? ¿Era tan sutilmente simple? Kosler se levantó de la silla y dio varios pasos sin rumbo por la estancia. Esa noche había bebido litros de denso café. Estaba sobreexcitado. De pronto sintió una repentina y honda confusión. Se echó las manos a la cabeza al mismo tiempo que estallaba en un ataque de risa sardónica. En un instante había perdido el equilibrio y caía hacia atrás. Era un hombre muy alto y robusto, y el impacto de su nuca contra el esquinazo de un mueble fue terrible.

Cuando un criado lo encontró a la mañana siguiente, muerto en medio de la biblioteca, con el cuello partido, al igual que el arzobispo unos meses atrás, aún había una extraña y enigmática sonrisa en sus labios morados.

## Segunda parte

# 1937

*El órgano central del POUM ataca duramente a los comunistas. Se abre una brecha entre los republicanos demócratas y los totalitarios marxistas.*

*Barcelona, 4 de abril, domingo*

Al igual que la jornada precedente, el día se despertaba claro y diáfano, con la promesa de sol y moderado calor primaveral. George abandonó su plácido sueño con las primeras luces del alba, tomó una ducha y se vistió. Esta vez no esperó a que llegara Ramón Ybarra para acompañarle y bajó solo a la cantina. Tenía hambre, a pesar de la cumplida y succulenta cena de la noche anterior, así que tomó un desayuno fuerte a base de café, *pan tumaca*, queso y jamón.

A los pocos minutos apareció Ybarra, buscándolo con su tuerta mirada y aparentemente algo nervioso. Cuando lo vio, apretó los labios y, con ritmo pausado, se aproximó a la mesa que George ocupaba.

—Buenos días, profesor.

—Buenos días, capitán.

—Hoy ha madrugado.

—Así es. Ardo en deseos de seguir con la investigación. Ayer no fue más que una toma de contacto. Hoy empieza de veras el trabajo. Aunque sea domingo, no tengo motivos para descansar.

Ramón Ybarra no se atrevió a censurarle por no haberlo esperado en su habitación. Al fin y al cabo, estaba allí como un experto que había decidido libremente ayudarles con el código y con seguridad, por indicaciones del general Boada, era mejor tenerlo vigilado pero no presionarle. Si aquel hombre se ofendía y optaba por abandonar, se verían seriamente perjudicados. Le necesitaban. Y también era patente que preferían no pedir ayuda a los rusos.

Ybarra estaba empezando su desayuno cuando George acababa ya el suyo, así que se levantó y se despidió del capitán.

—¿Comeremos juntos? —le preguntó antes de irse.

—Por supuesto. A las dos en punto iré por usted.

—O. K. Por cierto, ¿el doctor Pons...?

—Olvidé decírselo. El doctor está enfermo. Seguramente le sentó mal la cena de anoche. Pero en cuanto se haya recuperado le asistirá como ayudante.

Mejor solo que con un espía experto que pudiera entender cualquier avance en la investigación, pensó George. Aunque no faltó a la verdad ante Ybarra cuando le dijo que el día anterior había sido únicamente una toma de contacto con el libro y que el auténtico trabajo empezaría hoy. Durante la noche, antes de dormirse, había estado pensando cómo iniciar el «asalto» a los símbolos cifrados. Para él, o para cualquier criptólogo, eran como una fortaleza que debía expugnar. Sabía que los pasajes rojos

eran la llave del código secreto. ¿Pero cómo? Eso lo ignoraba. Y lo peor era que no tenía ninguna idea concreta, ningún método a seguir que le permitiera ir avanzando, ya fuera con aciertos o con la eliminación de vías inadecuadas.

Aunque en realidad sí tenía una idea, por muy vaga que esta fuera: analizar los símbolos del texto cifrado uno por uno, tratando de que los pasajes rojos le inspiraran algo teniéndolos delante. Tomó una hoja de papel en blanco, abrió el códice por las últimas páginas, donde empezaba el texto cifrado, y copió el primer signo, que parecía el dibujo de dos números ocho entrelazados en vertical y horizontal.



George estuvo más de media hora mirando el símbolo y buscando algo, lo que fuera, en los pasajes rojos. Pero no consiguió nada, ni descubrió una mínima pista, aunque fuese minúscula, de lo que podía significar o de lo que aquello representaba. Copió el segundo signo, compuesto por un círculo atravesado por una línea vertical y cruzado por un aspa.



El resultado fue idéntico y negativo. No parecía haber nada en los pasajes rojos que llevara a poder transformar aquellos signos desconocidos en letras. Los pasajes rojos eran solo texto, como los demás fragmentos del libro, texto normal, aunque escrito en tinta roja y con las líneas sin numerar. Nada más. George dibujó otros tres símbolos: una cruz con un semicírculo a la izquierda, un aspa con un círculo en su centro, y algo así como dos líneas paralelas horizontales y otras dos verticales enlazadas, con las verticales terminadas en curva.



«Muy bien, George —se dijo, dándose irónicamente ánimos—, estás como al principio. Pero, claro, no podía ser tan fácil». Ahora sí que se sentía perdido del todo. No porque creyera que los pasajes rojos fueran a mostrarle con facilidad su íntimo secreto, sino porque estaba en blanco, anulado en su capacidad analítica. Aquellos signos no guardaban ninguna relación con el texto, y era claro que en ningún otro

lugar podía estar la explicación más que en el propio texto, como resultaba para él evidente.

En estas disquisiciones se ocupaba George cuando se dio cuenta de que había llegado la hora de comer. Y con ella, apareció también Ramón Ybarra. Propuso a George, al verlo con cara de cansancio, que almorzaran fuera del palacio. Conocía un pequeño restaurante de comida típicamente catalana a poca distancia de allí. Si le daba un minuto, avisaría a un conductor y pediría un coche. George aceptó y agradeció, en su interior, que el capitán no le hubiera preguntado por sus progresos. Cuando los progresos no existen, resulta molesto que a uno le pregunten por ellos. Es como cuando un cazador no ha cobrado apenas presas o un pescador lleva su cesta casi vacía y con peces chicos: parece que los otros le preguntan con el único objeto de fastidiar. No era el caso, por supuesto, pero George se sentía así.

Pilar Varela dio un codazo a José María Zárate, que leía tranquilamente un diario. Se encontraban en el coche, en una zona desde la que podían observar la entrada del palacio del Lluch. Cuando les era posible, y no resultaba sospechoso, cambiaban la ventana desu apartamento por el automóvil y vigilaban la fortaleza, por si George salía. Ella estaba ahora con los prismáticos, que ocultaba dentro de una especie de gorro de lana agujereado. Hacía calor, y no era un escondite muy afortunado, pero eso era mejor que exhibirlos sin tapujos.

Pilar Varela había visto salir un coche negro y dentro, en la parte trasera, estaba segura de que iban George y el criminal de Ramón Ybarra. Reconoció a este último por su inconfundible parche en el ojo. Mientras su supuesto marido, y agente como ella de la inteligencia nacional, arrancaba el motor y les seguía a cierta distancia, ella evocó las atrocidades cometidas por el «capitán» Ybarra desde antes de que comenzara la guerra. Había entrado al servicio del espionaje de la República a mediados de 1934. En realidad, carecía de grado militar. Antes de la guerra, sirviendo ya como sicario del ala más dura del Partido Comunista, había sido operario de una fábrica de bombillas en Tarragona. Su vocación de traidor y delator sirvió bien a sus amos, pues hizo que metieran en la cárcel a los directivos de la compañía por delitos inexistentes relacionados con una conspiración militar. También había sido muy útil en el extranjero como espía del Gobierno. Más tarde, desatada la conflagración, encabezó un grupo de asesinos encargado de «dar el paseo» a terratenientes, sacerdotes y disidentes del régimen. Muchos cayeron también de su propio bando, quitados de en medio por la vía más rápida y quirúrgica: el tiro en la nuca. Algo parecido a lo que Hitler hizo en Alemania en la Noche de los Cuchillos Largos, durante la que mandó asesinar a un buen número de miembros del partido nazi, algunos de los cuales murieron gritando *heil Hitler* con el brazo en alto.

Su padre había contado a Pilar Varela todas esas cosas terribles, que infundían miedo y tristeza en su joven corazón; un corazón que, a su edad, debería estar

pensando en el amor y no en la guerra, la muerte y la destrucción. Pero así eran las cosas en España...

El coche de George e Ybarra se detuvo frente a la puerta de un restaurante llamado Poblet. Pilar Varela lo conocía bien, pues estaba regentado por la esposa de un buen amigo de Ybarra, Josep Mur Serrano, otro canalla al que se conocía por el apodo del Dulce.

—¡Ramón! ¡Ramoncito! —gritó desaforadamente la mujer que había tras el mostrador del restaurante, al ver entrar en el local a Ramón Ybarra.

—¡María! ¿Cómo estás, mujer? —respondió él, también a voz en cuello, pues era pronto y el salón estaba aún vacío, a pesar de que era durante fin de semana cuando iban más clientes.

—Muy bien. Y mejor ahora, contigo por aquí, *caguen to*. Cada vez es más caro verte, hijo.

—Voy a presentarte a un amigo de la República, el profesor Nelson Abelyan.

—¿Nelson qué? Coño, Ramoncito, ¿qué pasa con este, que es también de las Brigadas? ¡Vaya nombre raro! —espetó la lenguaraz mujer, sin saber nada de que George no hablara español. De hecho, el profesor Abelyan no lo hablaba, pero él sí conocía muy bien la lengua de Cervantes; y mucho mejor que ella, probablemente.

—Pero qué bruta eres, María, qué bruta... —dijo Ramón, con gesto reprobatorio más bien burlesco—. Menos mal que no puede entenderte.

—Pues entonces... me cago en su puta madre, señor mío —añadió ella, sonriendo ampliamente y mirando a George a los ojos.

Él ni se inmutó, correspondió de inmediato a su sonrisa con otra y le dedicó, por fin, un cálido y mal pronunciado «hola», sintiendo, no ofensa, sino la profunda satisfacción de quien condesciende con los imbéciles. Eso notó George en su interior, aunque se dijera a sí mismo que no estaba molesto.

—Queremos comer. ¿Qué tienes hoy? —preguntó Ybarra.

—Para vosotros tengo unas buenas habas verdes y guiso de carne. Os sacaré de la bodega una botella de vino, vino, y no esa porquería que les cuelo a los demás. Oye, y por cierto, Ramoncito, ¿sabes algo nuevo de mi hombre?

—Nada. Pero no temas. Ese sabe cuidarse.

—Sí, pero estoy algo inquieta por ese cabrón. Hace dos semanas que no sé nada de él y...

—Tranquila, que me informaré y ya te diré algo.

—Bueno, pues venga esa comida para chuparse los dedos... ¡Adela!

Al punto, una jovencita alta y delgada como un palillo, de piel tan blanca como el algodón y expresión triste en los ojos, apareció por una puerta que daba a la cocina.

—Sube de la bodega una botella de Cavernet y luego trae a estos señores dos platos de habas. ¡Vamos, rápido!

Afuera, Pilar Varela y José María Zárate esperaron algo más de una hora, con el coche estacionado detrás de unos arbustos para evitar que el conductor del vehículo militar pudiera darse cuenta de que estaban allí. Trascurrido ese tiempo, los dos agentes nacionales vieron salir de nuevo del restaurante a George y a Ybarra. Los siguieron de vuelta al palacio del Lluch y, sin llegar a detenerse, dieron la vuelta para regresar a su apartamento. Había sido una simple salida normal para comer fuera. Pero, a medida que transcurrieran los días, debían estar más atentos a lo que pudiera suceder.

Ya en el edificio destartalado en el que vivían, José María Zárate preguntó a Pilar Varela si estaba lista para su nueva labor, que empezaría a partir de la mañana siguiente. Ella contestó afirmativamente. Siempre se podía apostar por su eficiencia. Sin duda, era el mejor agente con que contaba el Gobierno nacional en Barcelona. Había heredado las mejores aptitudes de su padre y tenía al valor de un legionario de África. No se dejaba arredrar por las dificultades o los peligros. Actuaba siempre fría y meticulosamente, con precisión, con cautela y con viril arrojo. Por eso era la única mujer que dirigía todo un equipo de espionaje, compuesto en Barcelona por tres células de agentes en la sombra, además de decenas de colaboradores e informadores que ignoraban su identidad y su paradero.

A menudo se preguntaba si su bando era realmente mejor que el enemigo. Cada uno luchaba por sus convicciones, por un modelo de sociedad diferente en el que muchos habían puesto sus esperanzas. Ella conocía las atrocidades de los republicanos. Y también de los suyos. Quería creer que hacía lo correcto y servía a un alto ideal: el de la justicia. Pero no siempre lo tenía claro. Su padre, ecléctico en lo político y religioso en lo ético, solía decir que lo único importante era conseguir una paz duradera. Los regímenes cambian, los pueblos también, pero siempre debe evitarse el asesinato de inocentes, la opresión de los débiles. Aquella guerra entre hermanos debía tener esa finalidad: dar a España un Gobierno sólido y firme, tan justo como ecuánime y caritativo. Lo cual no estaba ni mucho menos garantizado, y menos habiendo visto con sus propios ojos el fusilamiento de hombres cuyo único crimen había sido luchar en el bando republicano.

Muchos de quienes juraron fidelidad a la República ahora se levantaban en armas contra ella. ¿Puede la palabra dada ser más importante que la justicia? No, seguramente no. Sin embargo, no era ajena al hecho de que había también muchos que habían violado sus votos por conveniencia, por simple ambición. O quienes se cegaron a los hechos moldeándolos a su interés.

En todo caso, pensó Pilar Varela para dar por finalizadas sus reflexiones y hacer algo más útil, cuando hay una guerra, cuando hay dos bandos enfrentados, uno debe elegir en cuál está. Nadie es perfecto, nadie tiene la razón absoluta como posesión y la lucha no ha de servir únicamente para decidir el triunfador: el que vence debe

luego trabajar en la paz para afianzarla y mejorar la vida de todos, vencedores o vencidos.

Una figura siniestra y huidiza, amparada por las sombras de la noche, rasgaba la espesa bruma a orillas del Sena. En el cielo, casi oculto por la bruma, solo el exiguo y tembloroso brillo de algunas estrellas se sumaba al de los faroles de luz amarilla y mortecina. De pronto, un coche de caballos, oculto entre las sombras, se puso en marcha acompañado por el chasquido del látigo y el relinchar de los caballos. El misterioso hombre se detuvo. Tenía el rostro casi oculto entre las solapas de un grueso abrigo y el ala de su sombrero. Sus ojos brillaron a la luz de un farol. Bajo su brazo izquierdo llevaba un paquete envuelto en una tela tosca y oscura. Lo aferró. No sabía cómo, pero lo habían descubierto. Dudó unos instantes, inmóvil, mientras el carruaje se aproximaba a él. Estaba seguro de que sus ocupantes eran miembros de la Sûreté, la policía francesa.

El coche se movía con lentitud, acechador, como una fiera salvaje a punto de abalanzarse sobre su víctima indefensa. El hombre miró a ambos lados: a uno estaba el río; al otro una pequeña plaza. No había escapatoria. Repentinamente, el carruaje aceleró su ritmo. Parecía que todo estaba perdido. Sin embargo, el hombre se mantuvo inmóvil, con la mirada fija en el embozado cochero que lo guiaba. Extrajo una pistola de uno de los bolsillos de su abrigo, apuntó a su figura y realizó un disparo certero que le alcanzó en la cabeza. Muerto en el acto, el conductor soltó las riendas. Los caballos se desbocaron y el carruaje se precipitó al Sena sin que los ocupantes de su cabina tuvieran tiempo de saltar. Se hundió rápidamente en las gélidas aguas.

Por unos momentos el silencio volvió a ser profundo, casi sepulcral. Pero el ruido de la detonación había alertado a los policías de la ronda nocturna. En la lejanía se oyó el sonido de un silbato, gritos y el rumor de pasos acelerados. Algunas lámparas se encendieron en las viviendas cercanas. El hombre que acababa de disparar parecía ajeno a todo ello. Aún miraba perdidamente hacia el punto por el que el coche había desaparecido. Absorto, guardó de nuevo su arma en el mismo bolsillo del que la había sacado y comenzó a correr, alejándose del lugar a toda prisa.

Instantes después, frente a él, consiguió distinguir la silueta de otro hombre junto a un pequeño embarcadero usado por los pescadores. Vestía un abrigo azul y fumaba nerviosamente un cigarro, cuyo humo ondulante se confundía con la bruma que lo inundaba todo. El hombre estaba alterado, seguramente por el ruido del disparo y el ligero retraso de aquel a quien esperaba. Si lo descubrían, se arriesgaba a la guillotina después de un juicio inicuo y sumarísimo. Cuando por fin lo vio, tiró su cigarro y se lanzó a su encuentro agitando los brazos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? ¿No habéis oído un tiro? —preguntó el hombre con vehemencia, aunque sin levantar la voz.

—Tranquilizaos —contestó el hombre misterioso, y acompañó al otro hasta un bote que tenía amarrado en el río.

No cruzaron más palabras. Solo se miraron a los ojos un momento. Ninguno de los dos podía ocultar su aflicción. Poco después, ambos se perdieron en la niebla.

# 1937

*Se refuerzan las posiciones republicanas en los frentes de Madrid, mejorando sus posiciones en el Jarama, la carretera de La Coruña y Carabanchel.*

*Barcelona, 5 de abril, lunes*

Una muchachita de aspecto humilde, ataviada con un feo vestido azul y cubierta con un pañuelo, se aproximó al puesto de guardia del acceso principal al palacio del Lluch. Mostró a los guardias su documentación junto con una carta, firmada y sellada por el secretario del Gobierno Militar, en que se especificaba que había sido admitida su solicitud para trabajar como asistente en el palacio.

El suboficial de la puerta le indicó que se dirigiera a la intendencia y el modo de llegar hasta ella, cruzando el patio, y una vez allí preguntara por el oficial de guardia y le enseñara de nuevo la carta. Él le explicaría los detalles de su ocupación. La necesidad de hombres en el frente hacía conveniente recurrir a las féminas para la ejecución de tareas de cocina, limpieza y otros servicios, incluso en dependencias militares. En esto, la República y el bando nacional coincidían: en general, la mujer no estaba considerada en pie de igualdad respecto del hombre; salvo honrosas excepciones, como la diputada Dolores Ibárruri Gómez, la famosa Pasionaria, la mujer admirable que acuñó una de las mayores expresiones de dignidad concebidas por el ser humano: «Antes morir de pie que vivir de rodillas».

Pero dejando aparte esas excepciones, de las que la propia Pilar Varela era un caso en la sombra, la sociedad española aún no había alcanzado la comprensión de esa igualdad a priori, no condicionada por el sexo, la raza o el credo.

Cuando Pilar llegó a la intendencia, después de fijarse bien en todos los detalles de la vigilancia en el patio, hizo lo que el suboficial de la entrada le había mandado, presentarse ante el oficial de guardia. Este, un joven bastante dicharachero, fue muy simpático con ella —quizá porque Pilar era realmente hermosa— y le explicó con todo detalle sus ocupaciones, lo que nunca debía hacer, dónde no podía entrar, en qué lugar se cambiaría de ropa o dormiría, si es que alguna noche era necesario, y quién, por fin, sería su jefa. La mujer que le presentó, llamada Otilia Gómez Torres —luego se enteró de que la apodaban la Doña—, tenía el aspecto de una jamona caduca y mal encarada, que pretendía ocultar las marcas inexorables del paso del tiempo arreglándose de un modo exagerado y ridículo. A Pilar no le gustó desde el principio. Parecía autoritaria y despótica, y se daba unos aires de superioridad de todo punto inconvenientes. Se veía que trabajar en el palacio, haber conseguido ese puesto de emperatriz de las sirvientas, era para ella el colmo de sus aspiraciones.

Conocedora, a pesar de su juventud, de ese tipo humano, Pilar decidió que la mejor manera de tratarla sería la moderada adulación. Las personas como aquella mujer solo están a gusto si se aporta continuamente a su caldera de la vanidad el

carbón del elogio, la lisonja y el servilismo que les haga sentirse importantes. Ella misma se decía todo, mientras iba enseñando a Pilar las cocinas, el comedor, las cantinas, las habitaciones, la biblioteca y resto de las dependencias donde habría de trabajar, según los requerimientos de la Doña.

George había pedido al general Varela, a través de Ramón Ybarra, que se le permitiera estudiar el código por las noches, pues la tranquilidad de esas horas le ayudaba a relajarse y pensar mejor, y luego empezar su jornada diaria más tarde, a eso de las diez de la mañana. El general no tuvo inconveniente, pues lo principal era que estuviera a gusto y eso favoreciera el éxito final del proyecto. Así que ese día George no estaba aún en la sala aneja a la biblioteca cuando Pilar entró en esta última con doña Otilia.

—En esa habitación no debes entrar nunca —dijo la mujerona a Pilar.

—¿Por qué?

—¡Porque no! Está prohibido. Cuando limpies aquí, te vas luego a hacer las habitaciones. De todos modos, la puerta está cerrada con llave, así que tú te olvidas y ya está. Ahí trabaja un extranjero, no sé cómo se llama, *Abenllán*, o algo así. Si le ves, no le molestes.

—No, señora. Lo que usted diga.

—Así me gusta. Creo que vamos a ser buenas amigas. Se ve que eres una chica buena.

Las bisagras de la puerta de la biblioteca emitieron su agudo y habitual chirrido, lo que hizo girarse a la Doña para mirar quién entraba. Su gesto resultaba incluso desagradable, ofensivamente descarado.

—Ah, mira, justo —dijo en voz baja y tono de confidencia—. El profesor ese del que te estaba hablando, niña.

George entró en la amplia sala con gesto distraído. Miró hacia ambas mujeres y las saludó apáticamente antes de dirigirse a la habitación del código. Ellas correspondieron a su saludo y esperaron a que abriera la cerradura de la puerta y desapareciera dentro de la estancia.

—¿Has visto? Debe ser un tipejo raro. Es americano, creo, ¡pero judío! Aunque no tiene pinta...

Habría que ver lo que aquella mujer tenía por «pinta de judío», pensó Pilar. En todo caso, tenía razón: de hecho, el profesor George Rojo no era judío.

—Bueno, venga, empieza a limpiar por aquí y luego vas a buscarme y te encargo más faena. Las cosas de limpieza están en ese armario de ahí —dijo la Doña, señalando la doble puerta de un armario empotrado—. Ten cuidado al quitar el polvo a los libros, no vayas a tirar alguno. Y no los mojes al limpiar los bordes de las estanterías. Hazlo rapidito y bien, niña, y daré informes positivos para que te quedes fija.

—Así lo haré, señora.

—Ah, pero antes tienes que ponerte la ropa de trabajo. Ya sabes dónde está el vestuario. Que te den las cosas de tu talla y empieza enseguida.

Las dos mujeres salieron juntas de la biblioteca y luego tomaron caminos distintos. Pilar obedeció a la Doña y fue a los vestuarios, donde una chica de ojos saltones le dio la ropa de trabajo que debía usar, y que consistía en una bata de color verde claro, una cofia y unas zapatillas de suela de esparto. Sin demora, Pilar regresó a la biblioteca y abrió el armario que su jefa le había indicado. Extrajo de él un cubo de metal, un cepillo, un plumero y varios trapos, así como una gruesa pastilla de jabón y una botella de vino rellena con lejía. Salió al patio un momento y, de un caño que emergía de la pared, llenó de agua el cubo hasta la mitad de su capacidad. Luego volvió, deshizo parte de la pastilla de jabón en el cubo, añadió también un chorro de lejía y fregó el suelo con un cepillo. El resto de los artilugios los dejó colocados en diversos lugares para simular que estaba trabajando y se dirigió a la puerta de la sala aneja, la sala prohibida. Llamó con los nudillos suavemente. Una voz desde el interior, en inglés, dijo:

—*Come on.*

Pilar abrió la puerta despacio, tratando de escrutar si el profesor estaba solo. Dio un paso hacia dentro y observó la estancia con cuidado disimulo. Aunque sabía hablar inglés, dijo en español:

—Señor, tenga cuidado al salir. El suelo está mojado y podría usted resbalarse.

—*I don't understand you. I'm sorry.*

Ella hizo como que se sorprendía y salió de nuevo, cerrando la puerta. «Bien —se dijo—, he tenido suerte hoy de empezar justamente por la biblioteca. Ahora ya sé dónde trabaja el profesor y podré vigilarlo desde dentro. Él no debe saber quién soy yo realmente». Antes de seguir con la limpieza, también pensó que el profesor George Rojo era más guapo y apuesto de como lo había imaginado. Quizá el hecho de tratarse de un académico, un intelectual, la había llevado a figurárselo de otro modo.

Desde dentro de la Sala del Grial, como George había empezado a denominar la estancia en que estudiaba el códice, él también se quedó cavilando sobre algunas cosas cuando Pilar se hubo marchado. Pensó que era una joven hermosa, a pesar de su indumentaria de faena. Su pelo castaño, oscuro y brillante, que sobresalía en algunos mechones bajo la cofia, las formas de su esbelto cuerpo, adivinadas aunque ocultas tras la bata que vestía, su bello rostro bien perfilado, su nariz levemente respingona, aquellos ojos dulces que le miraron un momento, fugaces...

Napoleón Bonaparte era un hombre guiado por los hilos de la Providencia. O al menos eso creía él. Y durante mucho tiempo, mientras su buena estrella duró, cualquiera hubiese puesto la mano en el fuego para dar fe de ello. Demostrado su incomparable genio militar y derrocado el Gobierno del Directorio en 1799, el corso-italiano Napoleone se había hecho nombrar primer cónsul del Gobierno francés. Tres años después, su cargo se transformó en vitalicio, y acumuló en sus espaldas un poder absoluto y omnímodo. En poco tiempo se convertiría en emperador de Francia y se lanzaría a la conquista de Europa...

Pero ahora acababa de ser designado cónsul vitalicio y residía, desde su ascenso al poder tres años atrás, en el palacio de las Tullerías. Napoleón estaba sentado tranquilamente al fresco, en un banco de piedra, en medio de los inmensos jardines del palacio. Reflexionaba en silencio acerca de un asunto que le robaba últimamente mucho tiempo, y que ejercía sobre él una atracción embrujadora. Hasta sus oídos había llegado una curiosa leyenda de la Bastilla. Cuando los revolucionarios la tomaron, el 14 de julio de 1789, en uno de sus calabozos se hallaba preso un enigmático personaje, el llamado conde de Saint-Germain —aunque en realidad no gozaba de título nobiliario alguno—, alquimista célebre cuya vida estaba rodeada por una aureola de misterio.

Poseedor de grandes riquezas, se decía de él que había alcanzado el secreto de la inmortalidad y que llevaba en el mundo varios cientos de años; que había conocido a grandes hombres y mujeres de antaño, como Leonardo da Vinci, el emperador Carlos V, los astrónomos Tycho Brahe y Johannes Kepler, Isabel I de Inglaterra y su médico, John Dee, gran alquimista; René Descartes, Galileo, el matemático Gottfried Leibniz y el colosal científico Isaac Newton; el zar de Rusia Pedro el Grande, el filósofo Jean-Jacques Rousseau, Johann Wolfgang von Goethe, los poetas Karl Friedrich von Schiller y Friedrich Hölderlin; Catalina la Grande, Wolfgang Amadeus Mozart o Immanuel Kant. Se afirmaba que había visitado los lejanos reinos de Catay y Cipango, las ciudades de Lhasa, Pekín y Edo; la India, Rusia, África y América; ciudades perdidas del Perú, reinos del África central, desiertos tórridos y helados; toda Europa y muchas de las islas de los siete mares, e incluso lugares que ya no existían. Y también había quien aseguraba haberlo visto, con sus propios ojos, transmutar el plomo en oro: la Gran Obra de la alquimia.

Pero, aunque los meticulosos registros de presidiarios de la Bastilla lo tenían inscrito, y se sabía cuándo entró, nadie tenía idea de qué sucedió después con él. Su carcelero recordaba su celda vacía poco antes de la toma de la Bastilla por el pueblo

en armas, aunque él no recibió orden de soltarlo ni tenía noticia de que ningún otro funcionario lo hubiera hecho. Cuando el carcelero llegó aquel día a su trabajo, el conde estaba allí; horas después, ya no, inexplicablemente.

La Revolución acabó con la fama de aquel hombre enigmático. Ya nunca más se supo nada de él, a pesar de que no faltaron quienes dijeron haberse encontrado con él o haberlo visto en cierto lugar. Ni se quedaron cortas las especulaciones sobre su destino. Napoleón no fue ajeno a todas estas cuestiones. En aquellos días cruentos, en aquel tiempo de continuas decapitaciones en la guillotina, él no sabía más que los otros. Ahora sí. Ahora sabía qué había sido del conde de Saint-Germain. Y de cierto códice medieval que llevaba consigo cuando se esfumó entre la bruma nocturna de París.

## 1937

*El buque mercante inglés Thorpehall es detenido por el crucero Almirante Cervera antes de llegar con sus suministros al puerto republicano de Bilbao. Este hecho constituye un éxito de los servicios de inteligencia nacionales.*

*Barcelona, 6 de abril, martes*

La noche anterior, George había estado en la habitación del código hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Lo cierto es que había perdido la noción del tiempo copiando uno a uno los símbolos diferentes que componían el texto cifrado. Una cosa parecía segura: si había símbolos repetidos, como en cualquier escritura que usara un alfabeto determinado, era porque cada uno debía representar lo mismo en distintas partes del texto. George no creía que, más de dos mil años atrás, alguien hubiera podido utilizar una clave de sustitución mezclada con otra de transposición.

Las claves de sustitución consisten en cambiar una letra por otra a lo largo de un texto. Julio César ya empleaba este sencillo método para impedir la comprensión, por parte del enemigo, de sus mensajes eventualmente interceptados. En este sistema, basta conocer la correspondencia entre una letra y la que la sustituye para poner «en claro» todas las que aparecen en un texto. Conocidas todas las letras, el mensaje estará descifrado. Su seguridad es muy baja, pues, aunque no se conozcan las correspondencias, hay una serie de detalles que posibilitan «romper» la clave a base de pruebas simples. En primer lugar, cada palabra está compuesta por el mismo número de letras, tanto en el mensaje en claro como en el texto cifrado. En un cierto idioma, la repetición de artículos o conjunciones facilita detectar esas palabras y conseguir sus transcripciones. Incluso, en el caso más desfavorable, basta con probar con todas las letras del alfabeto hasta conseguir un mensaje con sentido. Si el texto cifrado está escrito con símbolos distintos a letras, el proceso es idéntico, pues los símbolos se repetirán igualmente.

Una clave de transposición es más compleja, pues recurre a pautas matemáticas o geométricas para cifrar un cierto texto, según la colocación de las letras en él. Una de estas claves, muy conocida, es la que consiste en escribir el mensaje en una cinta enrollada en torno a un cilindro, el *escítalo*, de modo que, sin otro cilindro del mismo grosor, no es posible leer el mensaje. Salvo, claro está, que se rompa la codificación. Fue utilizada por los espartanos en la guerra del Peloponeso.

Aunque George suponía que los símbolos del texto de Platón constituían algún tipo de clave de sustitución, la no correspondencia directa con letras, ya comprobada por él, hacía suponer que habría un segundo cifrado en combinación con el primero; y eran más los símbolos diferentes que las letras griegas del alfabeto. El método parecía muy ingenioso, pues utilizaba fórmulas simples para conseguir un resultado complejo. Puesto que, además, no había espacios entre las supuestas «palabras», ello

dificultaba más aún cualquier ataque a la clave.

Sí, pensó George de nuevo, los símbolos iguales tenían que representar lo mismo... Pero qué. No se correspondían uno a uno con las letras del alfabeto. De haber sido así, la cuestión se hubiera facilitado hasta un punto inconcebible. Aunque le resultaban familiares... Si no era capaz de descifrar uno solo de esos signos, poco importaba todo lo demás. No obstante, ese hecho le dio una nueva idea. Desde la primera vez que había visto los símbolos, le sorprendió que el texto fuera relativamente breve —tan solo unas páginas—, teniendo en cuenta lo que se prometía a través de su significado en claro. ¿Y si cada signo era *más* de una letra?

De pronto, George recordó uno de los pasajes rojos. Lo tenía en algún sitio, en su cuaderno de notas. Pasó las páginas en su búsqueda hasta que lo encontró y lo leyó en voz alta, en un tono cada vez más elevado a medida que aumentaba su excitación:

*No hay arriba ni abajo, ni derecha o izquierda. Nuestro mundo es una imagen en el espejo de la perfección. El grande precede al chico, el discípulo sigue al maestro, en una unión plena que da sentido a ambos y cada uno.*

No hay arriba ni abajo...

George tomó el primer signo de la lista, los dos ochos entrelazados, uno vertical y otro horizontal y de distinto tamaño.



¿Qué combinación de dos letras podría dar origen a ese dibujo? No hay arriba ni abajo... Lo primero era analizar qué letras griegas estaban formadas por trazos eminentemente curvos. En mayúsculas, eran las siguientes:

Θ Ω Ψ Ο Φ Β

Y en minúsculas:

θ ω ε ρ ψ υ ο α σ δ η φ ζ ξ β μ

Si eliminaba las que exhibían trazos rectos de cualquier clase, restaban solo:

Ο ω ε υ ο δ ζ ξ

No hay derecha o izquierda...

George se dio cuenta de que dos épsilones (ε) en adición, una en su postura correcta y otra invertida especularmente, daban ese ocho vertical que aparecía en el

signo. Y dos omegas ( $\omega$ ), una también normal y la otra dada la vuelta hacia abajo, producían el ocho horizontal. Ambas en minúsculas.

El grande precede al chico... ¡La épsilon precede a la omega! ¿Estaba en lo cierto? ¿Había descifrado el código de símbolos? ¿Ese primero era una épsilon y una omega consecutivas? George no cabía en su camisa de gozo y exaltación. Probó con el segundo de los signos.



Asumiendo que las letras cifradas eran, al parecer, las minúsculas, intentó aplicar ahora el mismo procedimiento, y vio que las letras válidas a priori, siendo flexible en las grafías, podían ser estas:

$\rho$   $\phi$   $\psi$   $\kappa$   $\lambda$   $\chi$

Buscó la primera de ellas oculta en el símbolo. El aspa podía ser simplemente la ji ( $\chi$ ), pues tanto volteada horizontal como verticalmente no sufría variación. También pensó en la kappa ( $\kappa$ ), pero se dio cuenta de que esta tiene un trazo vertical igual de largo que sus brazos diagonales, lo que la anulaba, pues la raya vertical del signo era algo más corta. La lambda ( $\lambda$ ), en cambio, sí podía dar un aspa, al reflejarla en un espejo y superponerla consigo misma.

Y si ambas letras carecían del trazo vertical, debía ser, por tanto, la segunda la que lo tuviera. Había solamente dos letras que, invertidas y fusionadas, ofrecieran un círculo atravesado por una línea vertical: la ro ( $\rho$ ) y la fi ( $\phi$ ). Bien, pensó George, ¿y cuáles eran las letras acertadas entonces?

$\chi$   $\lambda$  en el primer caso,  $\rho$   $\phi$  en el segundo.

¡Pero qué tonto había sido! En el segundo de los casos, la ro no podía dar el signo pequeño, porque este debería mostrar el trazo vertical a la izquierda del círculo y no atravesando su centro. La letra correcta, por tanto, debía ser la fi. No había duda. Pero la primera... ¿sería la ji o la lambda? En ese caso sí que parecía no haber diferencia. Aunque... Nervioso, George buscó en la lista completa de símbolos si había otro con la parte central idéntica al que estaba analizando y dos aspás unidas verticalmente. ¡Ahí estaba! Consiguió encontrarlo: era la ji adicionada con la fi:



Por lo tanto, el anterior debía estar compuesto por la lambda y la fi en ese orden, pues la primera era más grande que la segunda.

*El grande precede al chico, el discípulo sigue al maestro...*

Inmerso en la extracción de las letras de todos los símbolos distintos, George no se dio cuenta de que las horas habían transcurrido como relámpagos iluminadores de una tormenta benévola. Eran las dos de la tarde y Ramón Ybarra, como siempre, llamó a la puerta de la estancia. Sin apercebirse de ello, George sonreía como un niño contento mientras rellenaba en su libreta una matriz con los diferentes signos y sus letras griegas correspondientes. Al oír los golpes del maldito tuerto en la madera, su gesto se invirtió. Nadie debía saber nada de sus avances hasta que completara la transcripción del texto. Si, como creyó en un principio, existía una clave de cifrado secundaria por debajo de la sustitución del texto por aquellos símbolos, y según la complejidad de ese nuevo cifrado, podría permitir que se supiera lo que había logrado. Pero ¿y si no había ninguna otra clave? ¿Y si, al sustituir los símbolos por las letras que les correspondían, aparecía sencillamente el mensaje en claro? No, tenía que evitar, al menos por el momento, que Ybarra o el general Boada se enteraran de su descubrimiento.

Todo esto pasó por la mente de George con la misma velocidad que una centella. Antes de decir a Ybarra que podía entrar, tapó su cuaderno con unas hojas repletas de dibujos sin sentido, pruebas anteriores y sin valor alguno de sus intentos por romper la clave.

—Saludos, profesor —dijo Ybarra, ya dentro, en inglés.

—Hola, capitán —correspondió George en un español precario.

—Ah, veo que va aprendiendo mi idioma. Ustedes, los intelectuales, siempre están ampliando sus conocimientos... En fin, ¿cómo se encuentra hoy de fuerzas? Ayer se acostó muy tarde.

Aquel hombre conocía cada uno de sus movimientos. Era lógico: su labor consistía en vigilarlo, por mucho que el general lo hubiera llamado «proteger».

—Así es. Creí estar sobre una pista acertada, pero...

—¿Pero?

—Nada. Se desvaneció como una nube en el aire.

—Usted no se desanime, de todos modos. Confiamos en que lo conseguirá, a la postre. Es una pena que el doctor Pons siga enfermo y no pueda ayudarle... Pero ahora hay que comer y tomar un descanso. Anoche no cenó usted apenas. Y un bocadillo antes de acostarse no es precisamente el mejor alimento para su cerebro. ¿Quiere comer fuera y dar un paseo a la orilla del mar? El día es excelente.

George tardó unos segundos en comprender por qué de pronto sintió un intenso

desasosiego. Mientras recapacitaba, dijo a Ybarra lánguidamente que le parecía bien su idea. Pero lo que le turbó fue lo que este había comentado del bocadillo. Durante la cena de la noche anterior, desgano por las preocupaciones, George se guardó un pequeño bocadillo de jamón y queso por si luego tenía hambre, como de hecho ocurrió a eso de las tres de la madrugada. Un poco antes de abandonar el trabajo, con la mente llena de ideas frustrantes, antes de subir a su habitación para acostarse y soñar con símbolos entonces aún incomprensibles, se comió el bocadillo en la sala del código. Allí estaba únicamente él y nadie más. Estaba solo... ¿Realmente solo?, se preguntó.

Pilar Varela se hallaba en la cocina, picando lacrimógenas cebollas, cuando se oyeron los primeros disparos. No es que fuera algo habitual escuchar detonaciones de armas en el interior del recinto del palacio, pero ninguna de las chicas del servicio pareció alterarse inicialmente. Al fin y al cabo, aquella era una fortaleza militar llena de hombres armados. Aunque la percepción cambió cuando la cadencia de los tiros aumentó y los gritos provenientes del patio hicieron ver que se trataba de algo grave.

Las chicas se quedaron inmóviles, como petrificadas con los utensilios que estaban usando y con sus rostros pálidos de miedo. De pronto, la Doña entró en la cocina con tal ímpetu que una de las hojas de la puerta golpeó contra la pared emitiendo un ruido parecido al de una detonación, amplificado al resonar en la amplitud de la estancia. Una de las chicas dio un alarido justo antes de desmayarse. Otras se tiraron al suelo, lanzando por los aires lo que tuvieran en sus manos. Pilar fue la única que conservó la calma. No sabía lo que estaba pasando, pero asustarse no la ayudaría.

Lo primero que pensó, con enorme rapidez, antes de que doña Otilia hablara, fue que quizá ocurría algo relacionado con el código o con George. O con ambos. ¿Se le habría cruzado por la mente hacer alguna locura? ¿Habría resuelto el enigma y le habían capturado tratando de escapar? Sus dudas quedaron disipadas de inmediato.

—¡Han entrado unos pistoleros en el palacio! ¡Que nadie salga de aquí! —ordenó la mujerona con autoridad.

El ruido de los tiros también alertó a George. Él pensó, irreflexivamente, en Varela y sus agentes nacionales. Puede que hubiesen optado, a la postre, por asaltar la fortaleza y robar el libro. Pero eso no tenía sentido. Si no quisieron hacerlo antes, ¿por qué ahora? Además, deberían haberle avisado de algún modo para que pudiera ayudarles... Aunque, ¿acaso lo haría? Esta reflexión le hizo considerar el hecho de que Varela debía imaginar que él no iba a revelarles ningún secreto, si es que lo descubriría y resultaba de auténtico valor. Aquel hombre daba la impresión de saberlo todo.

¿Serían los nacionales?, se preguntó de nuevo. Ramón Ybarra irrumpió en la estancia y, con excitación contenida, pidió a George que lo acompañara.

—¿Qué es lo que sucede? —inquirió George, nervioso.

—No lo sé. El caso es que hay un tiroteo en el patio. Vamos, sígame.

Ybarra se dirigió a la chimenea de la habitación y metió una mano hacia dentro. Accionó alguna clase de mecanismo que George no pudo ver, porque la parte trasera del hogar se abrió como una puerta, dejando acceso a un pasadizo secreto.

—Profesor, coja el libro y todos sus apuntes. ¡Dese prisa, por favor!

Ambos hombres se agacharon y penetraron en el oscuro túnel. A un lado, George observó claramente un espacio detrás del muro y una leve iluminación que provenía de la estancia del códice. «Un mirador para poder espiarme —se dijo—. Así es como Ybarra supo lo del bocado. Me han estado vigilando todo el tiempo». Ybarra encendió una linterna y volvió a accionar, esta vez por el interior, el mecanismo de entrada al pasadizo. Este se cerró con un gemido que retumbó en las paredes del húmedo y frío corredor.

Mientras sucedía lo que estuviera sucediendo, George se mantuvo oculto y sin emitir ningún ruido en el lugar donde Ybarra le había dejado. Desde que entró en el pasadizo no pudo oír ya nada de lo que acontecía en el patio. Al principio se sintió alarmado, pero, al poco, este sentimiento se transformó en el impulso racional de analizar la situación con calma. Si se trataba de un comando nacional, quizá los agentes supieran exactamente quién era él y podían llegar a confesarlo si se les sometía a tortura. Aunque no lo supieran, un acto semejante, a la desesperada y fallido, habría de provocar graves trastornos a su labor; una labor que, por el momento, se iba desarrollando sin contratiempos ni sospechas por parte de los republicanos. Estaba a punto de conseguir algo importante. Había roto la primera clave. Quizá la única clave. La solución al misterio podía estar cerca. Podía ser desvelado en cuestión de horas...

Pero, ¿y si no eran agentes nacionales? ¿Y si se trataba de un simple ataque bélico, un acto de guerra? No, eso no podía ser, se dijo George. Varela sabía que él estaba en el Lluch y habría impedido una ofensiva semejante. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Quién estaría tan loco como para asaltar la sede del Gobierno Militar en Barcelona?

Esos pensamientos que, como una espiral, sumían a George en una cada vez mayor confusión, se detuvieron cuando un militar apareció en los subterráneos. No era Ybarra, y eso le sorprendió. El capitán era su sombra en todo momento.

—*Mister, mister...* —le llamaba el militar, y parecía ciertamente que eso era lo único que sabía decir en inglés.

—*Here, over here. I am here* —respondió George, confiando en que el mero sonido de su voz lo guiara. En todo caso, aunque hubiera podido hablar en español no habría sido capaz de especificar dónde se encontraba.

Por fin el hombre llegó hasta él. La luz de su linterna fue iluminando la especie de

recoveco en que Ybarra le había dejado oculto. Sin cruzar más palabras, George le siguió en dirección a la salida, desde la oscura caverna a la luminosa superficie, con el códice y sus anotaciones bajo los brazos.

No salieron por el acceso secreto de la chimenea de la sala aneja a la biblioteca, sino por una empinada escalera que conducía a un salón repleto de mesas y soldados trabajando. Desde allí, el militar le condujo directamente al despacho del general Boada. Esas eran sus instrucciones. Cuando llegaron, este aún no había regresado. En la salita previa al despacho, el militar señaló una silla e hizo gesto de que esperara sentado en ella.

Transcurrieron unos pocos minutos hasta que, por fin, el general apareció por la puerta de la sala que precedía a su despacho. Al ver a George con la cara pálida, aferrando el códice y un buen taco de papeles, se acercó a él y le agarró amigablemente por uno de sus brazos. Una leve presión, una sonrisa y el gesto de la otra mano abierta con el brazo estirado le hizo entender que Boada le invitaba a levantarse. Así lo hizo, y le siguió hasta su despacho, donde volvió a sentarse en una de sus lujosas sillas de nogal. El general ocupó su sillón detrás de la mesa de trabajo.

El intérprete tardó poco en aparecer, asomando la cabeza con timidez a pesar de que el general había dejado abierto. En cuanto entró, le pidió que cerrara y comenzó a hablar con George.

—Ante todo, esté usted tranquilo. Ha sido un simple altercado entre hombres demasiado tensos. Ya está resuelto.

—Me alegra oír eso.

George sí que estaba tenso, pese a que veía al general muy amigable como para que el asunto tuviera implicaciones negativas para él. Aunque, si habían sido capturados agentes nacionales, hubieran confesado ya o no, quizá Boada lo mantuviera todo en secreto para que George continuara sus investigaciones. Al fin y al cabo, era un experto de la misma talla que Nelson Abelyan, si no superior, y sus servicios les seguirían resultando útiles y necesarios. Lo único que se le ocurrió preguntarle al general, sin mostrar un nerviosismo exagerado, fue:

—¿Y el capitán Ybarra?

—Oh, el capitán enseguida subirá aquí. Vengo de hablar con él. No tenga cuidado. Ha tenido una pequeña... disputa con André Marty. Como le he dicho, ya está todo solucionado.

Así que era Marty el que había provocado aquel escándalo, pensó George con gesto beatífico. Debía disimular. Cuanto menos pareciera entender las cosas que sucedían fuera de su trabajo, mejor para él. Mejor para su seguridad.

En efecto, el tiroteo que había causado sensación entre las criadas del palacio y que provocó la huida de George con Ramón Ybarra, había tenido un origen muy diferente al que la Doña había imaginado. No eran pistoleros los que disparaban en el

patio, sino André Marty, el jefe de las Brigadas Internacionales que George había conocido durante su cena de bienvenida y que tan mala impresión le causara por su aire despótico. Había descubierto a dos brigadistas, un muchacho palestino y una chica húngara, haciendo el amor escondidos en un cuarto de suministros. Allí, entre cajas de fusiles y cartuchos, los dos jóvenes, desnudos, yacían en pasional abrazo. El jefe de las Brigadas los hizo salir al patio, completamente desnudos, y descargó sobre ellos las balas de su pistola. El chico recibió el primer tiro en los testículos y, después, ella también en su sexo. Luego Marty les disparó varias veces más y les remató, antes de gritar a voz en cuello que ese era el fin que esperaba a todos los que no pensarán únicamente en aplastar el fascismo.

Después de dejar a George en los subterráneos, Ybarra salió afuera para ver qué sucedía y se encontró a Marty vociferando en el patio, con los dos cadáveres en el suelo, vestidos nada más que con una roja capa formada por su propia sangre.

—Maldito bastardo... —había mascullado Ybarra con los dientes apretados.

¿Era realmente aquel hombre, el capitán Ybarra, tan malvado como George había deducido de su mirada, o como Pilar Varela pensaba por las informaciones recibidas del servicio de inteligencia nacional? ¿Un hombre tan despiadado podía sentir compasión de aquellos dos pobres muchachos, que habían entregado sus vidas de forma absurda y no por la defensa de sus ideales? El verdadero ser despiadado y sanguinario era André Marty. Ramón Ybarra no tenía ni un ápice de su bajeza.

Ybarra había elegido su bando y cometido crímenes ominosos. Era cierto. Y no se arrepentía, porque estaba convencido de que servía a una idea más alta que sus prejuicios o sus escrúpulos. Se obligó a vencer esos humanos sentimientos y consagró todos sus esfuerzos al servicio de la República. La República ejercería un efecto redentor lícito a quienes la sirvieran sin cuestionarse los métodos para afianzarla, para establecer de forma definitiva un régimen de justicia y libertad en España... ¿Puede ser respetable quien equivoca sus juicios y los dirige hacia lo contrario de lo que cree? Probablemente Ramón Ybarra era un claro exponente de ello. Sus intenciones eran rectas en renglones torcidos. Como las de tantos hombres de esa oscura época.

—¡Marty! ¿Qué coño has hecho, hijo de perra? —le había gritado el capitán al jefe de las Brigadas.

—Que te jodan —respondió este último con gesto de desprecio—. He hecho lo que me ha salido de los cojones. ¿Pasa algo? ¿Quieres tú también que te dé un tiro?

—Inténtalo, canalla. Aquí me tienes, con mi arma en la mano.

Los ojos de ambos hombres se cruzaron, fijos, como en los duelos entre pistoleros del Far West. Ybarra tenía la limitación de su único ojo, que le impedía percibir distancias por la imposibilidad de tener visión estereoscópica. Pero no le hacía falta. Había sido un tirador excepcional, y lo seguía siendo incluso desde la pérdida

accidental de su ojo. Fue durante una batida en los montes de Guadarrama, en busca de los que para él eran bandidos afectos al bando nacional. Una bala perdida impactó contra una roca y una lasca le alcanzó de lleno en el ojo izquierdo.

—¡Vamos, españolito! —gritaba Marty, con su pistola bajada y haciendo un gesto arrogante de incitación a que el otro hombre actuara.

Por suerte para Marty, en aquel momento apareció el coche del general Boada, que regresaba de una reunión con otros jefes militares cerca del frente del Ebro. Cuando vio a los dos hombres en aquella actitud y los cuerpos sin vida de los jóvenes brigadistas en el suelo del patio, montó en cólera y, sin saber lo que había sucedido en realidad, hizo que arrestaran a ambos a punta de fusil. Marty volvió a gritar y se negó a entregar su arma. Solo lo hizo cuando el general le amenazó él mismo con volarle la cabeza. Ybarra, en cambio, no opuso ninguna resistencia. Antes de que se lo llevaran en espera de la solución a la disputa, dijo al general que el profesor estaba oculto en los sótanos y que mandara a alguien a sacarle de allí.

Ahora, en el despacho de Boada, George saboreaba a tragos largos un whisky ofrecido por su anfitrión. Como pudo —si es que lo logró— trató de evitar que los ojos se le salieran de las órbitas cuando vio aparecer a Ramón Ybarra. Este traía cara de pocos amigos y no dijo nada al entrar. El general se dirigió a él en español, sin tapujos, ya que George no debía entenderles.

—Ramón, lo de hoy ha sido intolerable. Ya sé que toda la culpa es de Marty, pero nunca más debes comportarte como lo has hecho ni enfrentarte a él. Aunque esta vez no lo tendré en cuenta. Por otra parte, ya he mandado un cable a Valencia informando del crimen de ese majadero. No confío demasiado, de todos modos, en que nos lo quiten de encima. Es demasiado bueno en su trabajo, aunque con gusto le descerrajaría yo mismo un tiro en la cabeza. La gentuza como él tiene la culpa de todo lo que dicen los fascistas de nosotros.

—Marty es el verdadero y cochino fascista... —dijo Ybarra en un susurro.

El general le miró con tristeza, casi compasivamente, como queriendo expresar que estaba de acuerdo con él. Sin embargo, dijo:

—Basta ya, Ramón. La cosa está zanjada. Olvídalo todo y sigue cumpliendo con tu labor. —Se detuvo un momento—. Bien, ahora debo informar al profesor de algo que tú también has de saber. —El general pidió al intérprete que tradujera al inglés—: Esta mañana, antes de salir hacia el puesto de mando avanzado, he recibido un mensaje procedente del Gobierno en Valencia. Es una orden directa del presidente Azaña en la que me informa de una decisión suya respecto a la investigación del códice. Al parecer, los rusos sospechan algo. No saben exactamente qué hacemos aquí, pero están inquietos desde su llegada, profesor. El presidente cree que podremos mantenerles al margen un par de semanas, pero luego... Si los progresos no son satisfactorios, se creará un grupo de investigación más amplio en Valencia y se

compartirá el trabajo con los rusos. No hay otra posibilidad. Usted, por supuesto, seguirá en el equipo, pero no ya a la cabeza. Llegado el caso, también se convocaría al profesor Pons, si es que se recupera a tiempo de su dolencia.

Lo primero que dijo el general, cuando se creyó protegido por una lengua que George conocía a la perfección, causó un doble efecto en él. Por un lado, se tranquilizó al estar ya completamente seguro de que la historia de Marty era cierta. Nada habían tenido que ver los disparos en el patio con agentes de Varela, ni se trataba de un ataque nacional a la fortaleza. Pero también le hizo recapacitar sobre la posibilidad de que algo mucho más grave aconteciera, y eso no dependía de él en absoluto. Su investigación podría truncarse en cualquier momento, como era de esperar si el código se enviaba a Valencia, según las órdenes del presidente de la República, y los rusos se metían por medio.

George comprendió que debía evitar a toda costa que se llegara a aquello. No iba mal del todo. Acababa de descifrar la primera de las claves. Tendría que comprobar si era la única o, como pensó desde el inicio, había otra secundaria asociada para dificultar aún más el proceso. Ardía en deseos de continuar su trabajo, ahora que el susto había pasado.

—*Professor...* —dijo el intérprete repetidas veces, aunque con suavidad. George estaba en un lugar muy lejano, ensimismado en sus pensamientos.

—*Yes?* —respondió este, y se dio cuenta de que el general estaba intentando hablarle.

—¿Ha conseguido algún avance, profesor?

—Oh, he descartado muchos caminos. Estoy vislumbrado la senda...

—Me alegra oír eso. Y me gustaría saber si esta tarde querría usted merendar con el señor Leslie Thomson y conmigo. Se trata de una pequeña despedida antes de que parta al frente del Ebro, y como él me ha preguntado por usted en un par de ocasiones, quizá podría unirse a nosotros. Al parecer, Thomson tiene mucho interés en su *supuesto* trabajo. ¿Sería usted tan amable de contarle algo sobre criptología? Sin hablar de su auténtica función aquí, por supuesto.

—Cómo no. Siempre a su disposición, mi general.

George habló en inglés, pero dijo «mi general» en español. La alarma en el palacio había terminado, y también lo había hecho en su ánimo. Estaba casi alegre; sobre todo al recordar su descubrimiento. Y ello a pesar de todo lo acontecido, el susto del supuesto asalto y haberse dado cuenta de que Ybarra, o quien fuera, le espiaba desde el otro lado de la pared. A partir de ahora tendría que ser más cauto, más cuidadoso, no mostrar su estado de ánimo ni dejar a la vista sus papeles más importantes. Quién sabe, quizá tuvieran lentes de aumento o cámaras fotográficas... Aunque también era necesario, para no levantar sospechas, que siguiera comportándose con naturalidad cuando estuviera a solas en la habitación del código.

Consciente del peligro que, como la cáscara de una nuez, lo rodeaba, George empezaba a adquirir esa especie de valor del soldado que, incluso el que nunca imaginó alcanzarlo, recibe el hombre que está en el frente y se juega la vida día a día en la ruleta de los invisibles fusiles enemigos o las granadas de obús, que silban mortalmente antes de caer. Y ese valor le daba fuerzas para seguir y le otorgaba la conciencia de que su labor pertenecía igualmente a la guerra que se estaba librando en España. Era un espía, sí. Pero de ningún bando. Se sentía un espía del mundo, de la humanidad toda, de los hombres y mujeres que habrían de heredar el mundo y reconstruir la paz sobre la destrucción y las cenizas.

—*Sire*, ha llegado el mariscal Murat —anunció ante Napoleón un emperifollado criado de librea de las Tullerías.

El cónsul vitalicio alzó la vista de unos documentos que tenía sobre la rica mesa de su despacho, y le hizo seña de que podía decir al mariscal que entrara.

Murat era un íntimo amigo de la familia Bonaparte, y servía fielmente a la causa francesa. Una causa, así llamada, que en la mente del cónsul, en su concepción más honda, habría de pujar por extender el poder de Francia en todo el continente europeo, el viejo sueño romano y también del emperador Carlos V. Pero, a diferencia de este último, no bajo el dominio de la religión católica o cualquier otra, sino de la libertad y la dignidad humanas. Para conseguirlo, primero habría que imponer el orden y conquistar a los pueblos con las armas. Después, un nuevo horizonte se tendería para recibir el sol de una nueva era.

—Mi señor Napoleón —dijo Murat al entrar en la amplia sala ricamente decorada con mármoles y pan de oro.

—A mis brazos, querido amigo —le contestó el cónsul, levantándose de su sillón y yendo a su encuentro. Los dos hombres se fundieron en un caluroso abrazo—. ¿Y bien? ¿Lo has conseguido?

Murat hizo una pausa teatral antes de que una enorme y luminosa sonrisa apareciera en su duro rostro marcial.

—Así es. El conde está aquí.

—¡Aquí! ¿Ya?

Napoleón no daba crédito a las buenas nuevas. Su confianza en las aptitudes de Murat era tan grande como incuestionable, pero aquello sobrepasaba cualquier expectativa. Esos eran los hombres que la patria necesitaba: eficientes y resueltos en conseguir los objetivos que mejor la sirvieran. El cónsul se sintió orgulloso y, saliendo de su asombro, añadió ufano:

—Que pase. Quiero verle ahora mismo.

—A la orden de su excelencia —respondió Murat, humorísticamente ceremonioso. Era un tipo duro en la batalla pero muy cordial y simpático en el trato personal.

El propio mariscal salió del despacho y regresó a los pocos segundos acompañado de otro hombre. Este iba ataviado con ropas oscuras, un abrigo largo y un sombrero que se retiró al entrar como signo de respeto al cónsul. Napoleón lo observaba con gesto serio, ocultando su excitación bajo una máscara de fingida indiferencia.

—*Sire*, os presento al famoso conde de Saint-Germain —anunció Murat.

Y un reflejo del sol de la mañana, esplendoroso, filtrado por los amplios ventanales, pareció emerger de los ojos de aquel misterioso personaje.

—Señor, me complazco enormemente de estar ante vuestra excelencia. Si no lo consideráis demasiado atrevido, espero que me digáis cuanto antes la razón de que haya sido reclamado a venir a las Tullerías, obligándome a abandonar mi retiro casi monacal en Estrasburgo.

—Encantado de conoceros, mi querido conde —contestó cortésmente Napoleón, al tiempo que le tendía la mano para estrechársela—. No tardaréis en saber por qué sois hoy, y los próximos días con ayuda de la Providencia, mi huésped y mi invitado en palacio.

## 1937

*Franco ha ordenado el bloqueo marítimo a los puertos republicanos del Cantábrico. El Ejército de la República intensifica sus actividades en el frente de Madrid, con el fin de debilitar la ofensiva nacional en el norte. La aviación nacional ensaya los ataques en cadena.*

*Barcelona, 13 de abril, martes*

Habían transcurrido siete días desde que George descifrara el primer código del mensaje secreto y, como había supuesto —ahora lo sabía—, era insuficiente para tener acceso a su significado. Había otra clave secundaria que le estaba desconcertando aún más que la primera. Durante esa semana terminó de realizar su tabla de conversión de símbolos en letras griegas y luego transcribió el texto. Pero no había nada en él que le diera una pista de por dónde continuar.

George creyó que la codificación inicial sería la más compleja y dura de romper, y ahora se encontraba con que la que imaginó sencilla estaba poniéndole otra vez al borde de la desesperación. En aquellos tiempos pretéritos, por muy sabios que fueran los más sabios entre los sabios griegos, no conseguía comprender cómo pudieron desarrollar claves tan difíciles de descifrar para un criptólogo moderno. No tenía sentido, máxime teniendo en cuenta que el autor pretendía que *alguien*, aunque no *cualquiera*, llegara a comprender el mensaje oculto.

Y a todo esto, inmerso como estaba en la investigación, George también tuvo que ocuparse de no permitir que Ybarra tuviera conocimiento de ningún dato de sus avances, o quienquiera que lo espicara detrás del muro de la habitación en la que trabajaba con tanto ahínco.

Firmemente resuelto a superar cualquier obstáculo, pero dispuesto asimismo a relajarse y tomárselo con calma —pues la fatiga cerebral es la peor de las fatigas, que anula la capacidad de juicio y desdora la brillantez de la mente más preclara—, George aceptó por fin la visita al parque Güell que Ramón Ybarra le ofreciera nada más llegar a Barcelona. Estuvo también de paseo en el puerto bombardeado hacía algunos meses por la aviación nacional, observando a los pescadores descargar su mercancía, y vendiéndola a voz en cuello en la lonja. Contempló ensimismado la arribada de grandes buques mercantes y fieros navíos de guerra, e incluso estuvo de *picnic* con el capitán y un par de muchachas del servicio del palacio.

Ybarra era un mujeriego impenitente. A pesar de su aspecto rudo, sus muchas cicatrices y la desventaja de ser tuerto, o incluso precisamente por todo ello, parecía poseer un atractivo irresistible para la mayoría de las mujeres. Era un experto en el arte de la caza de la hembra humana y no dejaba pasar una oportunidad si la presa se ponía a tiro. George, en cambio, se comportaba con bastante timidez cuando trataba con féminas, y toda su seguridad intelectual, incluso arrogancia en ocasiones, se convertía en vacilación irresoluta ante ellas. Y más si le gustaba una determinada

mujer.

Una de las dos chicas que habían ido al *picnic* campestre, en una bonita colina de vegetación exuberante, fue la doncella que George había visto una vez en la Sala del Grial. Ella entró un momento y sus ojos se cruzaron sin que pudiera entender sus palabras. Ybarra hizo de intérprete durante la comida y las horas previas al hermoso atardecer. George no siempre estaba de acuerdo con lo que el capitán ponía en su boca, pero tenía que morderse la lengua para evitar descubrirse. Parecía que a él también le gustaba esa joven, y no la otra, muy dicharachera y amable pero menos agraciada físicamente. La criada guapa dijo llamarse Pilar Valbuena; la otra tenía por nombre Angustias Tocino, lo cual ya era una especie de augurio de su dudosa belleza.

Pero, a pesar de los intentos de Ybarra por interesar a Pilar, esta solo parecía tener ojos para George. Unos ojos que le recordaban a alguien... aunque no sabía a quién. Quizá no fuese más que la confirmación de que hay realmente personas que uno parece haber visto toda su vida, aunque las acabe de conocer. George sentía que esos ojos le transmitían algo más que su propia belleza. Algo próximo y lejano a la vez, profundo.

Después del agradable día de campo, George vio a Pilar una vez más. La encontró en el patio del palacio y la invitó a tomar una copa. Eso había sucedido el día anterior, y ahora a George le costaba quitársela de la cabeza. Soñó con ella y se levantó con más energía de la habitual, como cuando era un jovencuelo y el peso de la vida de los adultos aún no había cargado tan onerosamente sus espaldas. ¿Estaba empezando a enamorarse de Pilar? Desde luego sentía las punzadas de esa daga, que le producía un estado extraño, difícil de definir.

Aquella mañana de buen tiempo, instalado ese mes en Barcelona como un bienvenido huésped, George volvió a sumergirse en su trabajo. Más tarde, a mediodía, se había citado con Pilar para comer con ella. Así se libró de la compañía mucho menos grata de Ybarra, que tuvo que aceptar a regañadientes esa decisión, que significaba tanto la dificultad de vigilarlo como la evidencia de que la joven prefería al profesor antes que a un tipo como él. Aunque el problema del idioma sería como un muro infranqueable entre ellos, pues Pilar no hablaba inglés y George no podía hablar español, salvo unas cuantas palabras y frases sueltas simuladamente aprendidas a lo largo de su estancia en Cataluña.

—Hola, Pilar —dijo George con mala pronunciación al verla esperándole en la puerta de la biblioteca. Ramón Ybarra los observaba con su mirada de cíclope inquisitivo.

—Hola —respondió ella y sonrió con fingida timidez.

El general había asignado a George un coche para que pudiera moverse por Barcelona, con la petición firme de que no se alejara mucho de la ciudad. Podía haber un bombardeo que le sorprendiera en una carretera, sin lugar donde ponerse a

cubierto, y las circunstancias, además, no aconsejaban otra cosa.

Mientras iban en el vehículo militar, en dirección a un restaurante del puerto donde mandaba los fogones un cocinero vasco y se comía un excelente guiso de pescado, George recordó la tarde en que el general Boada y él merendaron con Leslie Thomson, el actor australiano. Aquel hombre era todo energía y pura vitalidad, un idealista de alma limpia. No podía decirse que fuera culto, pero su deseo de aprender resultaba encomiable. Su personalidad arrolladora le auguraba un brillante futuro en su carrera. Salvo, claro está, que le mataran en una guerra que solo era la suya por convicciones democráticas. George había sentido casi lástima de él. Pero son precisamente los seres más románticos y espirituales los que a menudo se ciegan ante la verdad, pues ellos persiguen un ideal.

Thomson se quedó boquiabierto cuando George le explicó en qué consistía la criptología y cuáles eran sus métodos básicos. Le habló de Histieo, que en la guerra griega contra los persas mandó afeitar la cabeza a un esclavo, escribió un mensaje secreto en su cuero cabelludo y, cuando le volvió a crecer el pelo, lo envió a su destino tras la líneas enemigas. También le contó el método de cifrado que empleaba Julio César en sus comunicaciones en el frente, y que consistía en sustituir cada letra del mensaje por la tercera siguiente en el abecedario latino. Le dijo que el nombre LESLIE THOMSON transformado según este método, con el alfabeto moderno, quedaría como OHVOLH WKRPRVQR.

También le explicó otros métodos clásicos más complejos, como el de Polibio, o los que empleaba la Cancillería papal en el Renacimiento para cifrar los secretos de Estado y la correspondencia diplomática. Lo que más interesó, sin embargo, a Thomson fue la descripción del sistema empleado por los alemanes durante la Gran Guerra, un método llamado ADFGVX, que los aliados lograron secretamente «romper», obteniendo así una enorme ventaja en el conflicto.

El mismo hecho de que el actor utilizara el nombre de Leslie Thomson, y no el de Errol Flynn, podía considerarse también una especie de codificación. Así nadie sabría quién era en realidad, salvo que le conociera en persona y supiera su nombre completo, pues en verdad se llamaba Errol Leslie Thomson Flynn.

El coche se detuvo junto al inicio del malecón del puerto. El soldado que lo conducía pronunció un lánguido «ya hemos llegado», consciente de que el profesor no entendía español y la muchacha no era más que una sirvienta del palacio. Pilar puso su mano en la de George y le miró con una sonrisa.

—Ya hemos llegado —repitió, al tiempo que levantaba las cejas y adelantaba un poco el rostro como indicándole que abriera la puerta para bajar.

—*Oh, yes!* —exclamó George.

Esa zona del puerto resultaba especialmente pintoresca. Los hombres trajinaban en los pequeños pesqueros o descargaban las bodegas de los buques mercantes.

Muchas mujeres, sentadas en dura piedra, se afanaban en reparar los aparejos de pesca y recoser las redes malolientes. La mezcla abigarrada de seres en faena llenaba todo el espacio con un agudo aire de vida. De vida que supera las dificultades porque no sabe obrar de otro modo. El instinto de los hombres es conservarse a pesar de todas las dificultades o de la imposición de una existencia dura y mísera. La felicidad es un misterio mayor que el cifrado en el código de Platón.

George y Pilar caminaron los escasos metros que separaban el vehículo de la entrada del restaurante. Su nombre era Txiqui, que era en realidad el apelativo con que llamaban a su dueño, un orondo bilbaíno de rostro redondo, calva pronunciada y barriga exuberante. Un tipo que, no obstante su aspecto casi grosero, poseía también la elegancia natural de la mayoría de los vascos sin caer en el vicio de la testarudez infinita, también propia de ese pueblo.

Acompañado de Ybarra, George había estado allí comiendo otro día, y el amable cocinero lo reconoció nada más verlo. Se afanaba en organizar el comedor cuando él y Pilar entraron.

—Señor Güi... Güi... —Parecía un tartamudo tratando de pronunciar el nombre de «Wilson». Por fin dijo—: Bienvenido, señor. Y compañía.

El vasco no era uno de los amigos de Ybarra, pero por su carácter dicharachero estuvo hablando con él y George algunos minutos durante la sobremesa el día en que habían comido allí —con un buen aguardiente de hierbas—, y el capitán le había dicho que el profesor era un brigadista llamado Peter Wilson. Fue el primer nombre que se le vino a la cabeza y no dudó en utilizarlo. Ahora George tenía que asumir ante él una nueva identidad más, y ya iba por la tercera. Esperaba no volverse loco antes de terminar su trabajo en Barcelona.

—Bueno, señor y... señorita... je, je. Pueden ponerse ahí.

El cocinero tenía un pronunciado acento bilbaíno, bastante atonal, y les miró con un simpático y leve gesto pícaro. Enseguida les indicó la mesa que había junto a una de las ventanas, probablemente el mejor lugar del salón, que a decir verdad no estaba demasiado ocupado por comensales.

Pilar cogió a George del brazo y se dirigieron hacia aquella mesa, agradeciendo ambos con un cortés gesto su amabilidad al cocinero. Ya sentados, Pilar se aseguró de que nadie estaba escuchando. Aun así, con mucha precaución, dijo a George:

—*I know your language.*

El aludido se quedó estupefacto. Dio un respingo en su silla que a él mismo le recordó al de las estiradas señoritas inglesas, y pronunció un casi inaudible:

—*Oh!*

Pilar le miró a los ojos fijamente. Los suyos eran tan hermosos que casi podía ver reflejada su alma en ellos. Le cogió la mano por debajo de la mesa y la apretó con una inesperada firmeza.

—*Yes, I speak English.*

El cocinero, cuyo perfil corporal, con el largo mandil a la cintura, recordaba a una campana, los observaba a distancia y no pudo evitar una leve agitación de cabeza antes de decir para sí: «Qué bonito es el amor; incluso en la guerra».

—*But, but...* —George solo acertaba a decir eso. Su mente se llenó de conjeturas centelleantes.

—Yo no soy republicana —confesó ella en un no del todo mal inglés, consciente de que George no pondría el grito en el cielo.

—¿Por qué? —inquirió él, también en su lengua nativa. Y nada más formular la pregunta se dio cuenta de lo tonta que era.

—Mis padres son de Valladolid. Yo estaba en Barcelona cuando estalló la guerra y no pude irme. Vivía con una tía mía que murió hace unos meses, y tuve que buscarme un empleo de sirvienta para ganarme el sustento. —La historia de Pilar estaba bien hilada y resultaba convincente—. Antes de la guerra estudiaba derecho en la universidad. Por eso estaba aquí con mi tía. Espero que no me delates. Si alguien se entera de esto... Sobre todo tu amigo, el del parche.

George no sabía qué decir. Representaba el papel de americano afecto a la República y al comunismo internacional. ¿Qué debía hacer? Lo único que se le ocurrió fue la galantería como salida a aquella situación tan inesperada.

—No te preocupes por nada, Pilar. Yo respeto las ideas de todo el mundo. En una democracia nadie debe imponer sus criterios a los demás. Eres libre de tener la ideología política que más te convenza.

Esto fue lo que salió de su boca, pero en su fuero interno George no daba crédito a la sarta de tópicos que estaba soltando como una metralleta bien ajustada. Hablar le permitía pensar sin ser estorbado por las palabras de Pilar. Aquella joven estaba abriéndole su corazón. Eso significaba que sentía algo por él. Y no podría decir que el sentimiento no empezara a ser recíproco. Guardaría su secreto, por supuesto, y trataría de seguir con ella, aunque eso quizá le pudiera acarrear más riesgos. Si Ybarra les descubría, no dudaba que sospecharía una trama de espionaje.

—Nada has de temer de mí —habló George de nuevo, mientras ella le miraba con ternura—. Cada uno tiene su propio camino, y debe seguirlo con honradez. Tú eres una persona honesta. Lo veo en tu mirada.

Pilar no respondió. Por un instante, a George le pareció que sus ojos temblaban. Soltó su mano, que seguía aferrándole por debajo de la mesa, se acercó a él incorporándose de su silla y le dio, inesperadamente, un leve beso en los labios. Lo que George sintió en ese instante fue muy intenso; como un relámpago que ilumina el cielo nocturno entre la tormenta. Como un faro que señala a los barcos su camino en el mar proceloso.

El camarero, un muchacho de voz chillona, rompió entonces el dulce momento.

Pilar puso una cara muy curiosa, de cierto sobresalto, antes de echarse a reír. George la imitó, a la vez que sentía que algo estaba naciendo dentro de él.

*Burgos*

Ignacio Varela estudiaba unos papeles en su despacho del Ministerio de la Gobernación. Se preparaba una ofensiva nacional en Teruel, y sus agentes debían allanar el camino a los cañones y los tanques. Las fuerzas republicanas habían concentrado allí varias divisiones perfectamente dotadas. O eso era lo que se suponía a la luz de los informes que Varela recibió de una de sus fuentes. Pero eso no bastaba. Era perentorio confirmar la exactitud de tal información.

Muchas decisiones habían de tomarse en breve tiempo, y eran decisiones muy difíciles. La estrategia del espionaje militar superaba aún en complejidad a la estrictamente bélica. En una España dividida por un frente real en la guerra, pero imaginario en el corazón de muchos hombres y mujeres, resultaba de crucial importancia recabar la mayor cantidad de datos posible: quién estaba realmente en un bando y quién en otro, si la población civil defendería, llegado el caso, una cierta localidad, o si la desinformación republicana podía quebrarse mediante la infiltración de elementos nacionales. Todo era importante. Todo lo que se pudiera saber del enemigo.

A pesar de tantas preocupaciones inmediatas y de la acumulación de trabajo, Ignacio Varela dejó por unos instantes la lectura de los informes. Se encendió un cigarrillo con su mechero de oro y pensó en George Rojo. Y en su hija Pilar. El día anterior había recibido un mensaje proveniente de Barcelona en que se decía que la misión se estaba desarrollando sin contratiempos. Aunque el profesor Rojo parecía no avanzar en sus investigaciones.

De momento todo seguía adelante, lo cual era ya mucho, pensó Varela saboreando el humo de su cigarrillo y perdiendo la mirada en los caprichosos dibujos del humo al evolucionar en el aire. Pero si Rojo conseguía su objetivo y descifraba el código secreto, y si había algo importante allí escondido... Entonces tendría que esforzarse mucho para protegerle. El Gobierno nacional no podía permitirse que un solo hombre pusiera en peligro la victoria en aquella guerra.

El teléfono de su mesa zumbó en ese preciso momento. Varela lo descolgó y se puso al auricular.

—¿Sí? Ignacio Varela al aparato... Por supuesto. Cómo no... Enseguida voy para allá... Sí, dígame a su excelencia que tengo lo que necesita.

El Generalísimo en persona lo reclamaba para ponerle al tanto de la labor de su servicio de espionaje. Una maquinaria casi infalible. Incluso amoral, si era necesario; inmisericorde, si se trataba de conseguir sus objetivos. El fin justificaba allí todos los

medios. Pero no para Ignacio Varela, que, tras colgar, continuó unos segundos contemplando las formas que adquiriría el humo al disiparse y diluirse en el mar etéreo de la atmósfera. Un mar parecido al que sumergía a España en la guerra civil; pero este de galerna.

El conde de Saint-Germain se quedó estupefacto al ver el laboratorio que Napoleón había hecho instalar en los sótanos de las Tullerías, en una sala subterránea de gran amplitud y alto techo abovedado, con todos los elementos necesarios para practicar esa vieja arte llamada alquimia. En los estantes, repletos de frascos de vidrio y tarros de porcelana, no faltaba ningún ingrediente: azogue, plomo, azufre, sal, esencias... El centro de la estancia estaba ocupado por una mesa de tabla de mármol blanco. A un lado había un atanor, el horno de los alquimistas, y sobre la mesa descansaban los diversos recipientes y utensilios que le serían precisos para trabajar en la Gran Obra.

Desde su llegada a París, el conde había estado reflexionando sobre su forzada vuelta al ruido del mundo. El cónsul vitalicio de Francia le reclamaba, y no era posible negarse a tal solicitud. Pero él ahora había cambiado mucho. Desde su huida de la prisión de la Bastilla, había decidido caminar por una senda muy diferente a la que había seguido en muchos años. Su enorme fama, extendida por toda Europa y otros lugares de la tierra, le parecía ahora como los pies de barro de un gigante mitológico. La verdadera alquimia es la que guía a los hombres por el camino del mejoramiento, de la búsqueda de la perfección. Tuvo que alcanzar una profunda sabiduría antes de comprender esa gran verdad. Había dado la vuelta al mundo para regresar al punto de partida. Y allí, en el mismo lugar en que empezó el viaje, todo adquiriría un color nuevo, un significado distinto.

Pero Napoleón quería que volviese a practicar su arte con fines exclusivamente materiales. Como la mayoría de los grandes hombres, el cónsul se creía infalible y guiado por los invisibles hilos de un destino magno y glorioso: la gloria del mundo que el conde había ya abandonado, superado en su largo caminar entre los mortales. Sin embargo, se plegó a las exigencias de Napoleón y aceptó servirle en la práctica de la alquimia hermética.

Una tarde, estando el conde en el laboratorio, ataviado con un mandil de cuero y las mangas de su camisa remangadas, el cónsul entró de improviso y observó su trabajo durante un rato. En cierto momento dijo:

—¿Sabéis realmente cómo supimos de vos?

Saint-Germain se quedó estupefacto y solo acertó a responder un extrañamente categórico:

—No, *sire*.

—Permitidme que os haga, antes de revelároslo, otra pregunta. ¿Conocéis un libro antiguo, medieval, llamado *La Rosa del Mar*?

A medida que las palabras salían de la boca del cónsul, al conde iba

encogiéndosele el corazón.

—¿Lo tenéis vos?

Napoleón no respondió, pero una sonrisa traicionera quiso poner la verdad en su rostro. Saint-Germain insistió, con creciente agitación:

—¿Lo habéis encontrado? ¿Está en vuestro poder? ¿Lo tenéis aquí?

Casi se atropellaba al hablar por la emoción que sentía. Hacía años que se había separado de aquella obra del filósofo de los filósofos, del griego Platón, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, cuya filosofía inspiró a San Agustín y a tantos otros hombres y mujeres a través de los siglos. Tenía ansias de saber lo que Napoleón había averiguado sobre el enigmático libro, y llegó al paroxismo cuando este contestó por fin:

—Lo tenemos. Y deseamos que vos lo estudiéis.

## 1937

*Se constituye el nuevo Consejo de la Generalitat, presidido por Josep Tarradellas, y en el que hay miembros de la Esquerra Republicana, la CNT, la UGT y la Unió de Rabassaires. Se producen nuevas escaramuzas en Aragón.*

*Barcelona, 17 de abril, sábado*

Sus incipientes sentimientos hacia Pilar dificultaban a George concentrarse del todo en su trabajo. También le daban ánimos renovados, pero su mente siempre acababa, de un modo u otro, llegando a ella. Solo cuando comprendió que debía separar sus sentimientos de su trabajo, pudo retomar las investigaciones con la debida capacidad de meditación y abstracción interior. Aun así, el segundo cifrado se le resistía desde que lograra descifrar el primero.

La fecha del ultimátum de Azaña se aproximaba sin remisión. Si George hubiera conseguido romper el código, lo habría mantenido en secreto hasta el día en que el código se trasladara a Valencia. Él habría iniciado el viaje a la benigna capital del Turia, pero antes de llegar desaparecería sin dejar rastro. No estaba seguro de cómo hacerlo, pero lo haría. Y no precisamente para ir a Varela con el descubrimiento, pues el corazón le dictaba que podía fiarse de aquel hombre, pero la razón le contradecía. Todo esto, sin embargo, únicamente si llegaba a romper la segunda clave, y de momento no estaba cerca de conseguirlo. En caso contrario tendría que desplazarse a Valencia y plegarse al nuevo escenario, con los rusos como capataces de un equipo de investigación más amplio. Allí intentaría ganar tiempo en un trabajo paralelo y secreto, al servicio de nadie. Pero quizá aún tuviera suerte, o una iluminación repentina que le llevara al conocimiento ansiado del texto de Platón.

Las palabras de esas últimas páginas del código, que ahora ya podía leer en alfabeto griego, carecían de sentido. No guardaban la menor relación con ninguna estructura lingüística ni se correspondían con un modelo matemático sencillo. A la desesperada, George trató de aplicar modelos más complejos, con funciones cíclicas que no le aportaron nada nuevo, de manera que volvió a su idea inicial. Estaba seguro de que la transformación no podía ser tan complicada. Seguramente la dificultad de romperla estribaba en tener una chispa de ingenio, al que los griegos eran tan aficionados. George recordó el famoso enigma de los tres sabios tumbados bajo una higuera, y cómo necesitó varias horas para resolverlo cuando se lo propusieron siendo un adolescente. Para él fue un reto intelectual de gran magnitud, pues casi todos esos enigmas los resolvía prácticamente al instante o en pocos minutos.

*Los tres filósofos más sabios de Atenas, después de un agudo intercambio de ideas, decidieron echarse la siesta a la acogedora sombra de una higuera. Mientras dormitaban, tres palomas se posaron en las ramas del árbol y les cagaron en las frentes sin que ninguno se diera cuenta de lo sucedido. Al despertarse, sentados en el*

*suelo formando un triángulo, los tres empezaron a reírse cuando vieron las cagadas en la frente de los otros. Pero, de pronto, uno de ellos, el más sabio de todos, dejó de reírse y, ante el asombro de sus compañeros, se limpió la cagada de su propia frente. ¿Cómo supo que él también la tenía?*

La respuesta era una mera cuestión de ingenio y cierta dosis de retorcimiento mental. Si solo uno de los sabios tuviera la cagada en la frente, los otros dos se reirían, pero él no, ya que sería el único con la frente manchada; y él era un gran sabio, así que se daría cuenta al instante de que tenía algo que hacía reírse a sus compañeros. Si dos de ellos tuvieran las cagadas, pero no el tercero, los tres reirían, puesto que cada uno de los manchados se reiría del otro, y el tercero, sin cagada en su frente, de los dos a la vez. Pero, en ese caso, y como eran todos tan sabios, cada uno de los que tuvieran la frente manchada se daría cuenta de que, si el tercero la tenía limpia, el otro tenía que estar riéndose de él. Y se limpiaría la frente. De manera que, si ninguno de los sabios se limpiaba era porque los tres tenían la frente manchada. Y eso solo lo advirtió el más sabio de todos.

El problema de dichos juegos era que muchas veces contenían un truco que los invalidaba. Estos entretenimientos suelen agrandar a las personas con mente lógica, pero siempre que no recurran a esos trucos que falsean el resultado y los convierten en mera especulación. Al respecto del código, esa era al menos la esperanza de George: si la resolución del segundo código era intrínseca a alguna especie de juego de ingenio, que este no tuviera estúpidos trucos para engañar a quien intentara descifrarlo.

Unos golpes en la puerta de la Sala del Grial hicieron que George guardara todas sus anotaciones importantes en un portafolios, entre decenas de papeles repletos de notas sin valor.

—Adelante —dijo en español.

Al punto apareció Ramón Ybarra con rostro alegre. Era la primera vez que George veía sonreír a aquel hombre sin estar hablando con una mujer.

—Le traigo buenas noticias, profesor —dijo el capitán en su especial inglés.

George lo miraba con gesto neutro, en espera de esas buenas noticias. Si lo eran para Ybarra, quizá no lo fueran para él. Y no se equivocó.

—He venido con el doctor Pons. Al fin se ha recuperado de sus fiebres. Está aquí, en la biblioteca. El general piensa que le será de gran ayuda. ¿Le digo que puede pasar?

—Naturalmente —respondió George. Y al darse cuenta de la ambigüedad de su contestación, añadió—: Por supuesto que su ayuda me será muy útil y estaré encantado en empezar a trabajar con él ahora mismo.

No era cierto, pero no podía decir otra cosa. George fingió alegría y contestó el típico «salud» al hombre que no veía desde la cena de bienvenida con que le

agasajaron al llegar al Lluç. Le recordaba más orondo. Probablemente la enfermedad le había hecho bajar de peso. Llevaba unas pequeñas gafitas redondas que tampoco recordaba haberle visto antes. Su nariz era muy chata y estaba completamente calvo. Su fino bigote parecía una columna de hormigas enmarcada en un rostro tan circular que recordaba a una esfera. Se acercó a George y le tendió la diestra, mientras le saludaba con marcado acento catalán y expresión lisonjera.

Aunque Ybarra daba miedo por su aspecto, George casi le prefería al doctor Pons, porque aquel al menos parecía más franco en su ferocidad. A Pons le podrían estar clavando un cuchillo en la espalda y no abandonaría esa máscara adulatoria. Había que tener cuidado con él; un cuidado doble, porque de los hombres así es difícil saber lo que están pensando. Son como el Polonio de *Hamlet*: solo dirán lo que convenga decir y siempre harán lo que convenga hacer, astutos, taimados e interesados.

—*I am very glad of work with you* —dijo Pons, que al parecer creía saber inglés.

—*You are welcome, mister Pons.*

Ybarra se había acercado a la mesa mientras George y el doctor se estrechaban la mano. Ahora husmeaba de forma distraída en los papeles que había en ella, e incluso levantó ligeramente la tapa del portafolios en que George guardaba su descubrimiento. Este lo observaba de reojo mientras hablaba con Pons, en una conversación repleta de mutuas alabanzas huecas. Por fin, George se decidió a regresar a su silla. Hizo ademán al doctor para que se sentara a su lado y así ahuyentó al capitán, que se retiró con la misma indiferencia con la que examinaba los papeles.

—Bien, caballeros, yo les dejo —anunció Ybarra en inglés antes de irse—. ¿Comeremos hoy los tres juntos? El general me ha dicho que quizá pueda unirse a nosotros, si las obligaciones se lo permiten.

Había cierto retintín en la pregunta. George miró a los ojos al capitán y le dijo que lo sentía, pero no podía ser. Tenía una cita previa con *otra persona*. Le devolvió la ironía con un exagerado tono de aflicción en sus palabras, en las que remarcó eso de «otra persona». El capitán sabía muy bien a quién se refería. Apretó los labios y se marchó sin despedirse. Quizá George tentaba a la suerte enfrentándose con aquel hombre, pero no pudo evitar darle esa respuesta.

Luego puso a Zenón Pons en antecedentes, hasta el punto que le interesaba. Le explicó supuestamente todo lo que había probado y le preguntó por sus investigaciones antes de que él llegara. George pudo notar cómo el doctor sentía una extraña satisfacción al comprobar que el gran profesor Abelyan le consultaba porque tampoco era capaz de romper la clave. Juntos habrían de conseguirlo: dos mentes brillantes al servicio de un fin común no pueden ser vencidas por ninguna clase de desafío. Eso era lo que Pons decía. Si algo odiaba George era a las personas que se sobreestiman y que hablan de sí mismas con el orgullo lícito únicamente a una madre.

—Pensaba que ya no vendrías —dijo Pilar en inglés cuando George se acercó a

ella tras descender del coche oficial en que había ido hasta el malecón del puerto. Ya que les gustaba el Txiqui y allí podían hablar con tranquilidad, apartados en su mesa de la ventana, no había razón para comer en otro sitio.

—¿Y qué te ha hecho pensar eso? —le preguntó George.

—No sé... Tuve miedo de que quisieras olvidarte de mí.

George se quedó unos segundos callado. Sintió de nuevo la ternura que le inspiraba Pilar. Sin que él lo supiera, José María Zárate, el otro agente nacional, los observaba desde lejos fingiendo ser un marinero del puerto. Solo era una precaución.

—¿Olvidarme de ti? ¿Cómo podría?

—¿Sientes algo por mí?

La pregunta le pilló tan por sorpresa que no consiguió balbucear más que una tímida afirmación. Las palabras de la joven resultaban extrañamente emotivas. Pero enseguida cambió la expresión de su rostro y volvió a su radiante alegría habitual. Una alegría inspiradora.

—Bueno, *señor profesor*, vamos a comer. Tengo hambre.

Durante el suculento almuerzo y la sobremesa, Pilar estuvo contando a George cuánto sentía aquella horrible guerra. Las guerras son siempre una desgracia, pero aún son peores las que se libran entre hermanos. Cuando los hombres recurren a las armas para resolver sus diferencias es porque algo falla. Algo muy grave. Cada uno parece olvidar que los otros son sus hermanos, y no ya por moral cristiana, sino por la realidad de la naturaleza. A menudo un hombre odia a su vecino y aprovecha la menor oportunidad para hacerle daño. Si no es su vecino, puede ser el alcalde de un pueblo o alguien que le sirvió mal un café. Y en cuanto la situación lo permite, se lanza irreflexivamente en una venganza injusta y desproporcionada.

España quería vivir en paz. Los *españoles* querían vivir en paz. Pero había mucho odio. Demasiado.

Luego Pilar y George hablaron de cosas más triviales. Comentaron el buen tiempo y la belleza del Mediterráneo, las picaduras de los abundantísimos mosquitos y lo simpático que era el cocinero vasco dueño del restaurante. Hablaron de las relaciones personales y de si aquello que estaba naciendo entre ambos tendría futuro en un país en guerra.

—La guerra no puede durar para siempre —dijo George.

—Pero las heridas sí. Algunas no cicatrizan jamás —contestó Pilar.

Confundiendo en que no fuera así, y para evitar el giro que la conversación estaba a punto de dar de nuevo hacia terrenos menos gratos, George dijo:

—Cuando vuelva a los Estados Unidos podrías venir conmigo.

Ella le miró entre sorprendida y halagada.

—¿Lo dices en serio? ¿Me llevarías contigo?

—Sí. Lo haría.

—Me conoces muy poco.

—Lo suficiente.

—¿Estás seguro?

—Si tú quieres.

Pilar sintió un escalofrío que le recorrió todo su cuerpo. Y en ese momento comprendió que las guerras tienen, o deben tener, un único sentido: luchar para que las personas como George, honestas y buenas, puedan vivir en paz. Pero, por el momento, eso no era posible.

En el puerto, Ramón Ybarra había visto a un marinero con aspecto sospechoso. Él conocía bien a la gente de mar. Su padre fue pescador hasta que un día de tormenta no volvió a casa. El barco en que salía cada mañana a faenar se hundió sin dejar rastro. No hubo supervivientes. Ybarra tenía entonces trece años y su madre tuvo que sacarle adelante sola. A él y a sus dos hermanos y tres hermanas. Ellos ayudaron todo lo que pudieron. Ybarra era el mayor y ya trabajaba esporádicamente en el puerto. Pero tuvo que partirse la espalda como estibador, cargando y descargando mercancías por cuatro míseras pesetas. Era fuerte, tanto física como psíquicamente. Se juró que él nunca acabaría muriendo por los ricos que podían pagarse las flotas de barcos de pesca o los géneros que transportaban los buques mercantes.

Pasó tres años haciendo ese duro trabajo hasta que consiguió otro mejor en una fábrica de bombillas de Tarragona. No había olvidado su orgulloso juramento, pero se daba cuenta de que la vida lleva a cada uno por caminos que jamás sospechó. Poco a poco se fue politizando. La CNT, la central sindical anarquista, era la única formación, junto con el Partido Comunista, que parecía ocuparse de los derechos de los trabajadores. Allá en los casinos de recreo, los prebostes de cualquier industria, los opulentos banqueros, los hombres de negocios saboreaban sus copas de brandy y sus puros habanos sin que el dolor de los que no tenían nada, salvo sus brazos para trabajar, les afectara lo más mínimo. Así aprendió a odiar a todos aquellos hombres gordos y bien vestidos, con relojes de oro en los bolsillos de sus chalecos y zapatos relucientes. El sufrimiento le cegó. Y los sentimientos altruistas de mejorar la vida de todos los hombres se transformaron en una negra pátina que cubrió su alma y le apartó de la luz. Aunque, muy en el fondo, un rescoldo casi extinto aún humeaba.

No, aquel hombre que deambulaba por el puerto sin quitar ojo del Txiqui no era un pescador. La piel de su rostro no estaba curtida y, a pesar de la distancia prudencial desde la que le observaba, Ybarra también podía apreciar que sus manos eran demasiado finas como para imaginarlo tirando de unas redes, bogando en un bote de remos o manejando una áspera sirga.

Ajenos a todo ello, después de la comida, el café, un cigarro puro que fumó George y sendas copas del delicioso aguardiente con que les obsequió el dueño del restaurante, él y Pilar regresaron al Lluch. Ambos tenían trabajo. Durante el trayecto

de vuelta ninguno de los dos dijo una palabra. Pero sus manos se mantuvieron unidas. El lenguaje que hablaron fue más profundo que el de las palabras. Era el lenguaje del corazón.

¡Napoleón tenía el códice perdido de Platón, *La Rosa del Mar*! Cuánto tiempo había añorado el conde de Saint-Germain poseer de nuevo ese libro... Pues ya lo había tenido en su poder durante años; desde hacía mucho, mucho tiempo. Desde que lo encontrara en la biblioteca de un noble francés del Rosellón. A partir de ese momento, su vida había cambiado. Se enfrentó al secreto del códice y venció, lo descifró y lo leyó con ávido deseo de sabiduría. La misma sabiduría de la que el propio Platón hablaba en el resto de la obra.

Allí descubrió mucho más de lo que hubiera podido imaginar. Más de lo que cualquier mortal, no solo pudiera, sino quisiera saber. El conocimiento más profundo es como un abismo sin fondo, inquietante y formidable: hay que tener valor para saltar al vacío y penetrar sus misterios. La mayoría de los hombres prefieren tener una vida tranquila y cómoda, sin preocupaciones que vayan más allá de procurarse el alimento, un techo bajo el que cobijarse, el amor de otra persona vulgar y pequeños ratos de ocio igualmente vulgares. Los peligros del conocimiento no atraen a los millones de seres acomodaticios del mundo.

Para Saint-Germain, el abismo se abrió permitiéndole comprender una parte de la esencia del mundo, una verdad que le produjo el vértigo de la mirada que se pone en la lejanía más profunda. Le hizo cambiar radicalmente su modo de ver el Todo y cada una de las Partes. Y comprendió, en suma, que su espíritu, un espíritu liberado por la sabiduría, era el mayor tesoro que hay sobre la faz de la tierra.

Pero ahora Napoleón le había devuelto a la vida de los hombres corroídos por ambiciones y vanidades mundanas. Él tenía el *libro*. Poseía la única cosa de la que el conde ansiaba ser de nuevo dueño. Al perderlo, una infausta noche en el río Sena, cuando cayó de sus manos como si él mismo quisiera huir y liberarse de su poseedor, hastiado de estar tan largo tiempo con el mismo hombre, como si quisiera abrir sus páginas ante otros para transmitir su oculto saber entre los más sabios, entonces se dio cuenta de que amaba aquel conjunto de pergaminos escritos con bellísima letra y no inferiores ilustraciones.

Si no hubiera sido por la densa bruma exhalando el frío aliento del río, la escena podría traer a la imaginación el episodio en que la madre de Moisés puso al recién nacido en el Nilo para evitar que el faraón lo asesinara. El códice también flotó, en una recia caja de madera, y fue arrastrado por la corriente al capricho de su voluntad, hacia nadie sabe dónde. Solo quien lo hallara en la orilla podría imaginar cómo había aparecido allí. Aunque no el porqué. Los mayores dones se conceden así a menudo, sin esperarlos, repentinamente, como caídos del cielo.

El conde ignoraba si el cónsul de Francia sabía que él había tenido el libro en su poder. Si así era, quizá supusiera que había logrado desentrañar su secreto. Pero eso sería una mera conjetura. No debía poner aquel conocimiento al alcance de un ser devorado por el afán de poder. Solo a los más sabios entre los hombres estaba reservado ese conocimiento. A hombres que hubieran mirado muy hondo en su propia alma y soportado el reflejo de su rostro. Únicamente a aquellos que hubieran puesto sus ojos en lo más alto, hombres de corazón limpio de veras, aunque alcanzar esa pureza les hubiera costado toda una vida.

No, a Napoleón no debía revelarle el secreto del código —la parte que él había comprendido—. Si lo hacía, su poder llegaría a la cumbre del poder terrenal. Se habría liberado de la última cadena y del último lastre de los humanos. Y eso sería terrible...

## 1937

*El Gobierno británico limita la protección naval a sus buques mercantes hasta las tres millas de la costa española. El frente de Madrid se recrudece.*

*Barcelona, 18 de abril, domingo*

Un gran automóvil negro cruzó con majestuosidad, entre las alargadas sombras del atardecer, la entrada del palacio del Lluch, atravesó el patio y se detuvo frente al acceso principal de las dependencias de guardia. Llevaba las insignias del Ejército Rojo y en su interior viajaba el general Stefan Sergevich Salinyan, apodado Triple S, jefe del servicio de inteligencia soviético en España. Aunque de forma oficial sus labores correspondían y se limitaban a las de un asesor militar de alta especialización, cuya misión era únicamente ayudar a los mandos republicanos a ganar la guerra.

Era el final de una espléndida jornada. Apenas asomaba ya el sol por el horizonte, próximo a su ocaso, y el último fulgor rojizo se desvanecía poco a poco hasta ir convirtiéndose en el negro que da paso a las estrellas. La visita del general ruso no hacía sino complicar aún más las cosas. Desde que los republicanos supieron que el Ejército nacional había interceptado al mensajero que trasladaba las fotografías del código a Valencia, extremaron las precauciones. Por eso se había decidido llevar a cabo el estudio en el palacio del Lluch, auténtica fortaleza inexpugnable, a la que se había dotado con una guardia redoblada. Todo su perímetro se cercó con alambre de espino y los soldados cubrían permanentemente la zona.

Pero el general Boada siempre había temido que los fascistas intentaran algo. Si ellos tenían interés en el código, no había motivo para que ese interés no fuera común. Por eso estaba allí Ramón Ybarra, su mejor hombre, astuto, frío y extremadamente duro. Ahora había capturado a un espía nacional en el puerto. Un agente que, sin duda, estaba vigilando al profesor Abelyan. Era ilógico pensar que trabajara solo, pues parecía evidente que los nacionales tendrían un plan, fuera cual fuese. Quizá trataban de buscar el mejor momento para secuestrarlo o, sin llegar a tanto, ofrecerle alguna clase de trato con ellos. El servicio de inteligencia fascista era muy eficiente y no convenía subestimarlos.

Cuando Ramón Ybarra detuvo al espía, con ayuda del conductor militar que había llevado a George al Txiqui, el general Boada montó en cólera. Pero no por la confirmación de las sospechas que tenían desde el principio sobre que algo de ese jaez acabaría sucediendo, sino por la torpeza de Ybarra al atraparle sin más. Debería haberle seguido antes de hacerlo y averiguar lo más posible acerca de la organización enemiga en Barcelona. Un error así parecía absurdo en un hombre de la inteligencia del capitán, que se excusó reconociendo su falta. La sangre le hirvió y no pudo contener sus ansias de cogerle.

Ahora estaba con el general en los sótanos del palacio, en una pequeña habitación

alicatada con blancos azulejos y suelo de piedra. Una única bombilla desnuda colgaba del techo abovedado, en el que podían verse diversas manchas producidas por la humedad. Más parecía un quirófano que lo que en realidad era: una sala de interrogatorios en la que los gritos de los torturados no llegaban a la superficie. El olor a rancio se unía con el aromático humo de la pipa que fumaba el general, en una mezcla indefinible.

En el centro de la estancia, ocupada por una mesa inclinada de liso mármol casi vertical, también similar a una mesa de operaciones, se hallaba atado el agente nacional por las muñecas y los tobillos con anchas cintas de cuero. Un brigadista hacía las veces de interrogador. Su alargado rostro era inexpresivo y su aspecto, ataviado con una chaqueta de piel marrón, guantes y pantalones militares, resultaba sobrecogedor. Miró un momento al general y este le hizo un gesto con la mano indicándole que se apartara. Boada se adelantó hasta la mesa y, con la mirada fija en los ojos del agente nacional, se dirigió a él con tono de voz seco.

—Espero que nos diga cuál es su misión. Eso le ahorrará mucho dolor. Ya sabe que el trato a los espías es el paredón de fusilamiento, pero créame, hasta llegar ahí puede sufrir lo indecible. Usted elige entre una muerte rápida o lenta. Espero que no tenga que desear el paredón como si fuera un dulce premio.

El hombre se mantuvo en silencio. En su rostro no había el menor atisbo de miedo. El general aguardó unos instantes. Luego habló de nuevo:

—Solo se lo diré una vez más. Confiese todo lo que sabe o lo lamentará.

Las palabras de Boada eran amenazadoras y hubieran helado la sangre de cualquier hombre. Pero José María Zárate se mantuvo firme y dominó el pánico.

—En fin. Si así lo quiere...

Boada hizo un nuevo gesto al brigadista de la chaqueta de piel, que se acercó al agente nacional frotándose el puño derecho con la mano izquierda. Ybarra estaba a un lado de la habitación, apoyado en los fríos azulejos. Boada se apartó y fue hacia él. El brigadista tomó su lugar frente al detenido y descargó el puño contra su rostro con fiereza animal. Una mezcla de sangre y saliva saltó por los aires y regó el suelo. Luego le cogió por el pelo sin contemplaciones, centró su cabeza y descargó en su cara un segundo golpe aún más cruel. Al agente se le hinchó el pómulo izquierdo casi al instante. Pero el hombre que le castigaba no le formuló ninguna pregunta. Para eso estaba allí Ybarra. El general abandonó la estancia y le dejó encargado del interrogatorio.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo al fiel capitán antes de marcharse.

Durante unos segundos, en su caminar por un corredor oscuro que llevaba a las escaleras de salida, Boada aún pudo oír un par de golpes más, sin que el menor lamento escapara de la boca de aquel recio espía fascista. Antes de llegar arriba, un militar de la intendencia apareció por la puerta que comunicaba la superficie con los

sótanos. Estaba visiblemente alterado.

—¡A la orden de vucencia, mi general! ¡Ha llegado el general Salinyan!

—¿Salinyan? ¿Aquí?

—Sí, señor. Acaba de llegar y reclama ver a vucencia.

—Bien, cabo. Dígale que enseguida le recibiré en mi despacho. Que me espere allí. No tardaré más que un minuto.

¿Tendría alguna relación la llegada de Triple S con el espía capturado? ¿Sabrían algo los rusos de todo aquello? Boada no podía creer que fuera una simple casualidad.

El general Salinyan era alto y fornido. Si hubiera medido solo diez centímetros menos de altura, muchos le habrían calificado de obeso —aunque no a la cara, por miedo a un trompazo suyo—. Con sus casi dos metros y sus anchas espaldas era un gigante con tanta fuerza como una mula. En otro aspecto, el personal, el famoso refrán de que las apariencias engañan era, aplicado a aquel hombre, un aserto irrefutable. Su mirada bonachona y su carita de ángel eslavo —un ángel grande, eso sí— ocultaban un espíritu carente de espacio para la misericordia. Era amigo personal de Stalin, al que había ayudado a consolidar su poder. Si estaba ahora en España, y no en Moscú, era por decisión personal. Le entusiasmaba estar al pie del cañón, y no en una oficina agrandando el trasero en un cómodo asiento.

Su primera reacción al ver al general Boada entrar en su despacho, en el que lo aguardaba ojeando tranquilamente el diario *Mundo Obrero*, fue levantarse como por resorte, con una gran sonrisa que dejaba ver su perfecta dentadura y lanzarse hacia él tendiéndole la mano. Hablaba un español excelente en cuanto a gramática, pero su pronunciación era más bien mala, pues tenía un acento ruso muy marcado.

—Me alegro de verle, camarada general Boada. ¡Salud y República!

Los dos hombres se habían conocido unos meses atrás, durante una reunión conjunta de mandos militares en Zaragoza.

—¡Salud y República! Yo también celebro volver a verle, amigo mío.

Hubo un instante en que los dos tuvieron el puño en alto, como si estuvieran a punto de liarse a golpes.

—¿Quiere tomar una copa, general Salinyan? ¿Vodka?

—¿Una vodka ahora? No, no, por favor. Preferiría un jerez, si es posible.

—Naturalmente.

Boada sirvió dos copas de jerez. En esa entrevista inesperada había preferido prescindir de su ayudante personal. Tampoco Ybarra podía estar presente, pues tenía trabajo con el agente detenido. Mientras el general republicano escanciaba el preciado líquido, trató de hacerse una rápida composición de lugar. Salinyan no parecía alterado en absoluto ni daba impresión de nerviosismo. Claro que, con personas como él, era difícil, por no decir imposible, saber lo que estaba pasando por

su mente. Quizá ignorara todo acerca del incidente. En cualquier caso, estaba seguro —aunque fuera a través de subterfugios— de que enseguida se enteraría del motivo de su visita.

—Excelente caldo. No me extraña que los ingleses lo aprecien tanto. Esa gente sabe vivir, ¿no cree, camarada general?

—Sí, cómo no... Pero, en fin, supongo que habrá un buen motivo para su aparición hoy aquí sin que se me haya informado. No lo tome como una descortesía por mi parte, pero comprenda mi extrañeza.

El general Boada habló sin ambages. A sus sesenta años recién cumplidos, muchos de ellos repletos de duras y amargas experiencias, la diplomacia o el buen tono pasaban a segundo término.

—Claro, claro. Tiene derecho a saberlo. El que haya venido sin avisar se debe a que viajo de incógnito. Y el motivo es que se me ha ordenado conducir el código que ustedes tienen aquí a Valencia, y asegurarme de que llega sin contratiempos. ¿No le habían informado tampoco de eso?

—Sí, general, de eso sí estaba al tanto.

—Pero, dígame, ¿debemos seguir contando con el profesor Abelyan?

—Esa decisión no me corresponde a mí. En la comunicación que recibí, y así se lo hice saber al profesor, el Gobierno me aseguraba que continuaría en el equipo de investigación.

El ruso se acarició el mentón y sorbió un largo trago del jerez, apurándolo. Señaló su copa vacía y Boada hizo el amago de levantarse para rellenársela, pero Salinyan le detuvo con un gesto de la mano y se incorporó él mismo, fue hasta el carrito de las bebidas y se sirvió generosamente.

—Sí, supongo que nos vendrá bien su ayuda. Aunque sea americano —dijo.

—Americano, pero fiel a la causa de la libertad en el mundo. Es un comunista convencido y reconocido.

—Lo sé, lo sé. Pero sigue siendo americano. No nos podemos fiar del todo de esa gente. Aunque usted, camarada general, dígame que estará en el nuevo equipo. Que mañana sin falta me entregue los datos de su investigación hasta el momento. Quizá nos sirvan de algo.

La última frase fue dicha por Salinyan con cierto tono de desprecio.

—También está trabajando en ello un experto nuestro, el doctor Zenón Pons. ¿Qué le digo a él?

—¿Es bueno?

—Eso creo. Se le considera un gran matemático, especializado en criptografía.

—La experiencia de sus hombres será siempre bien recibida. Lo que ellos han probado nos evitará repetir tareas. Dígame igualmente que estaré gustoso de que venga él también a Valencia.

Tanta mansedumbre era extraña en un hombre como el gigantesco ruso. Debía de tener, pensó Boada, instrucciones específicas de obrar de ese modo, aunque le tanteara para recabar su opinión. En ese momento, para el jefe del Estado Mayor republicano en Cataluña, Abelyan y, por supuesto, Pons, eran más suyos que los rusos. Estos venían ahora con fanfarronería a resolver lo que ellos no habían conseguido. Y casi sentía deseos de que también fallaran.

—Bueno, camarada general, amigo mío, estoy cansado y agradecería irme a la cama cuanto antes. ¿Puede usted hacer que me lleven algo de cena a la habitación?

—Por supuesto. Ahora mismo ordenaré que le acomoden en la mejor alcoba del palacio y podrá pedir lo que desee. Pero permítame una última pregunta. ¿El traslado se hará mañana mismo?

—No. Cuando mi equipo esté ya instalado. Calculo que eso será dentro de tres o cuatro días.

Satisfecho en su curiosidad, Boada pulsó el botón de un aparato en su escritorio. Al punto apareció un hombre en el despacho, después de llamar a la puerta y esperar el permiso para entrar. Hizo el saludo militar con el rigor de una persona meticulosa. Era el ayudante personal del general. Este le encargó de todo lo que le había dicho al ruso.

En cuanto Salinyan se fue con el ayudante, Boada salió de su despacho y regresó a los sótanos. Allí seguía el interrogatorio del agente enemigo. Ybarra le informó de que no había hablado, ni siquiera bajo la influencia de la escopolamina, y no creía que fuera a hacerlo. Cuando se traspasa la frontera límite del dolor ya no hay nada que pueda conseguirse. El capitán lo sabía muy bien.

—Entonces déjelo —decidió el general. Y añadió en voz baja, para que solo Ybarra lo oyera—: Ha venido un general del Ejército Rojo. Se llevan ya el libro a Valencia. Informe al profesor. En cuanto a este espía, no podemos fusilarlo en el patio. Es preferible que nuestros aliados rusos no sepan nada de ello. Encárguese usted en persona.

Sin más palabras, salvo una última mirada al rostro desfigurado del agente y a su cuerpo contraído por los golpes, Boada abandonó la estancia. Ybarra pidió también al brigadista que se fuera. Este mostraba un aspecto de carnicero, manchado por toda su ropa de salpicaduras de sangre, en especial sus guantes, tan empapados que parecían negros. Cuando hubo salido, el capitán caminó hacia la mesa central. Extrajo su arma del cinto y apuntó a aquel castigado hombre que no podía verle, ni seguramente sabía ya dónde estaba. Emanaba de él un desagradable olor a orines y excrementos, que no había podido evitar cuando su cerebro dejó de controlar sus esfínteres.

Ybarra no sentía compasión por él, ni tampoco iba a disparar para ahorrarle más sufrimientos. Lo haría porque se lo habían ordenado. Y porque le convenía a la República. Aunque, después de descargar con saña cinco de las seis balas de su

revólver en aquel cuerpo más muerto que vivo, Ramón Ybarra notó un casi imperceptible estremecimiento. Antes de irse él también, y dejar el cadáver allí solo en la total oscuridad, rodeó al espía y le disparó la última bala en la nuca.

El fuego permanecía encendido día y noche bajo el atamor. Saint-Germain podía fabricar oro para Napoleón, pero no revelarle el auténtico secreto del código. En ambas cosas estaba el cónsul decepcionado. Para producir una onza de oro se necesitaban días enteros; y el texto secreto parecía imposible de resolver incluso para el famoso conde de Saint-Germain, el más célebre alquimista de los tiempos modernos.

Por suerte para este último, Napoleón ignoraba que hubiera tenido el libro en su poder. O, mejor dicho, sabía que había estado en sus manos, pero creía que lo había perdido antes de tener tiempo ni siquiera del más somero análisis, antes incluso de poder leerlo. Un informador suyo, monje de la abadía de Chateaubriand, le había dicho que el conde llevaba buscando el libro desde tiempos perdidos en la memoria. Era una fijación, su obsesión, su mayor y quizá único anhelo. Justo antes de empezar la Revolución, al fin había conseguido una pista digna de confianza. Pero durante los primeros días del levantamiento popular y la toma de la Bastilla, el conde se había visto obligado a huir por el Sena, en donde perdió el libro, que justo antes acababa de entregarle otro hombre.

Todo esto era una sarta de necedades, pues el monje había confundido al conde con el amigo que le recogió para sacarle de París. Hablaba de oídas, aunque contó su historia a Napoleón como si conociera los detalles en persona. Al menos provocó una confusión que favorecía al conde. Y este no iba a desaprovechar aquella situación, así que corroboró lo que el monje había dicho ante el cónsul, añadiendo un par de detalles igual de absurdos pero convincentes. Cuando alguien desea creer algo, es fácil conducirlo por la senda de lo que quiere oír.

Mientras el atamor producía el escaso oro que los alquimistas llamaban la Gran Obra, que no era otra cosa que la legendaria piedra filosofal junto con la destilación del elixir de la vida, Saint-Germain se dedicaba por encargo del mismo Napoleón a estudiar el código. Quienes conocen la alquimia por las exageraciones de la mayoría de los textos, suponen que la piedra filosofal permite fabricar oro en cantidades inconmensurables; o que el elixir de la vida prolonga la existencia eternamente. Pero la alquimia verdadera no es otra cosa que ciencia, una ciencia que hunde sus raíces en saberes antiguos, olvidados por los hombres en el transcurso de los siglos, y redescubiertos luego poco a poco como si fueran primicias.

La piedra filosofal consistía en transmutar el plomo en oro mediante un proceso lento y complejo, en el que la estructura atómica del primer elemento resultaba alterada para convertirse en el segundo. Solo tres protones en su núcleo diferencian a

ambos elementos; tres únicos protones que hacen a uno vil y vulgar, mientras que el otro es objeto de deseo y se le considera noble y egregio. Así sucede a menudo con los seres humanos, tan parecidos en unos aspectos y tan diferentes en otros. El más ruin tiene ojos, miembros y corazón, al igual que el más insigne. Sangran ambos de la misma manera, o sienten frío y calor, como decía Shakespeare. Poseen ambos un alma inmortal. Pero sus diferencias espirituales son enormes e insalvables.

La existencia de las partículas subatómicas era desconocida en muchos aspectos por los antiguos, y aun así consiguieron un modo de inducir la transmutación. El elixir de la vida tampoco otorgaba la inmortalidad, sino que extendía el vigor de la juventud y alargaba el tiempo en que se llegaba a la senectud. Saint-Germain no contaba su edad en siglos, aunque a sus ciento dos años parecía un hombre de aproximadamente la mitad.

Pero lo que más interesaba a Napoleón era el código. A pesar de su escaso conocimiento de la lengua griega clásica, el cónsul leía y releía el manuscrito con veneración. Y ansiaba descubrir su íntimo secreto. Como tantos hombres antes que él. Y tantos que vendrían posteriormente.

## 1937

*Franco decreta la unificación de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Obreras Nacionales Sindicalistas, con el nombre de FET y de las JONS, y asume la jefatura de la nueva fuerza política. El buque inglés Seven Seas Spray burla el bloqueo marítimo y alcanza el puerto de Bilbao.*

*Burgos, 19 de abril, lunes*

La noticia de la captura de Zárate llegó al Ministerio de la Gobernación por la noche, en un mensaje de radio. Una llamada de teléfono sacó de la cama a Ignacio Varela bien entrada la madrugada. Aunque la información exacta recibida desde Barcelona no aseguraba la captura del agente, sino solo su desaparición, aquello no podía significar más que una cosa: Zárate había caído en poder de los republicanos.

Cuando sonó el teléfono de su alcoba y Varela descolgó el auricular y oyó la voz de un agente que le llamaba del ministerio, se temió lo peor, que su hija hubiera sido descubierta. Sin embargo, las palabras del hombre le tranquilizaron en alguna medida. Su hija era lo que más quería en el mundo. Y ello a pesar de que la desaparición de Zárate, su ayudante en Barcelona, suponía un gran contratiempo para la operación y un riesgo para ella, además de un hecho lamentable. Si los rojos le habían cogido, ya podía despedirse de la vida.

Su entrenamiento era bueno. No en vano se trataba de uno de los mejores agentes de la inteligencia nacional. Pero si le sometían a interrogatorio, si le aplicaban una de esas nuevas drogas que Varela tanto detestaba... Si conseguían arrancarle los detalles de su misión, esta, el profesor Rojo y su propia hija correrían un grave peligro.

Todo esto lo pensó Varela de camino al ministerio en su coche privado. No esperó a que fuesen a recogerle. Conducía como un suicida su Buick automático —necesario por su cojera— en medio de la oscuridad nocturna, con la única iluminación de unos faros semicubiertos para no ser detectados por los aviones enemigos. Había que tomar alguna decisión inmediata para garantizar la seguridad de su hija y de Rojo. Su hija...

*Barcelona*

Pilar se incorporó al día siguiente a su trabajo como si nada hubiera sucedido. Pero en realidad estaba muy asustada. No creía probable que hubieran conseguido arrancarle ninguna información a su compañero, pero eso era algo de lo que no podía estar completamente segura. Dudó entre ir ese día a trabajar o no hacerlo. La segunda opción pondría en peligro a George, así que se comportó en todo momento con naturalidad y evitó cambiar su rutina para no ser descubierta.

La noche anterior, cuando regresó al apartamento que compartía con José María Zárate, este no se encontraba allí. A Pilar le extrañó mucho que así fuera y que, por añadidura, no le hubiera dejado una nota avisando del motivo de su salida. Había

llegado a casa un poco antes de las doce de la noche y esperó sin dormirse hasta pasadas las dos de la madrugada. Toda su alegría de la jornada se fue desvaneciendo a medida que pasaban los minutos, formando las horas sin que su compañero apareciera. Después de la exquisita cena con George, lo había besado por segunda vez. Ella también se estaba enamorando de aquel valiente profesor que se jugaba la vida tras las líneas enemigas.

Nerviosa, decidió al fin enviar un mensaje por radio al cuartel general en Burgos. Sabía que su padre lo leería y se preocuparía por ella, además de por Zárate. Aunque Ignacio Varela fuera el jefe supremo de la inteligencia nacional, no podría olvidar que ella era su hija.

Esa misma mañana Ybarra había aparecido muy temprano en el cuarto de George. En la casi total oscuridad, solo deshecha por la escasa luz del día recién nacido que se filtraba entre las rendijas de las contraventanas, el capitán le distinguió aún dormido plácidamente, acurrucado entre las blancas sábanas y bajo la manta de lana tosca. Le despertó agitándole, pues George no había oído cómo entraba a pesar del chirrido de las bisagras de la puerta. Antes de hacerlo, sin embargo, le estuvo observando unos instantes. El rostro de aquel americano, que había optado por trasladarse a Barcelona y ayudarles con el códice, parecía feliz. Y el capitán no pudo por menos que suponer el motivo: la joven y hermosa doncella con la que salía tan a menudo últimamente.

No siempre se puede ganar, se dijo Ybarra para sus adentros. El profesor podía quedársela. Cuando una mujer no le hacía caso, el capitán empezaba a sentir desprecio hacia ella. No era consciente de que eso era solo una protección, una forma de calmar sus ánimos queriendo creer que no se merecía a un hombre como él.

Después de estar allí, de pie ante el profesor en completo silencio, Ybarra le había zarandeado asiéndole por los hombros. La noche anterior se había acostado tarde porque estuvo fuera del palacio, cenando con Pilar en un local céntrico de Barcelona. Cuando llegó al Lluch no quiso informarle de la visita de Stefan Sergevich Salinyan, como el general Boada le había ordenado que hiciera. Prefirió esperar al día siguiente. Después de todo lo ocurrido con el espía enemigo, de su torpeza al capturarlo prematuramente y de la tortura y ejecución del mismo, no estaba de humor para mantener una charla con el profesor.

Ahora hablaban del asunto en la cantina, en inglés y con voz queda.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir... —dijo George entre dientes, con voz tan átona como solo puede emitirse en lengua inglesa.

—¿Le parece a usted mal que intervengan nuestros amigos rusos? —inquirió Ybarra extrañado y con un punto de irritación.

—No, en absoluto, capitán. Es solo que...

—¿Qué?

—Lo único que me entristece es no haber sido capaz de finalizar mi trabajo.

—Irá a Valencia y podrá participar en el nuevo equipo de investigación.

—Lo sé.

George miró pensativo al fondo de su taza de café. En quien pensaba era en Pilar. Si se iba a Valencia, lo cual parecía inminente —a lo más cuestión de días—, tendría que separarse de ella. Estaba muy contrariado y triste. Tuvo el impulso de dejarlo todo y escapar de allí con Pilar, cruzando la frontera de España con Francia por los Pirineos, y regresar a los Estados Unidos. Estaba seguro de que con su currículum encontraría un buen empleo como profesor en alguna universidad americana. Sintió repentinos deseos de ir en busca de Pilar y contárselo todo: quién era en realidad, por qué estaba allí y qué hacía tantas horas enclaustrado en aquella habitación aneja a la biblioteca del palacio. Ella había confiado en él al revelar su filiación política y su historia. Ahora le tocaba corresponder a su sinceridad. Y proponerle que huyeran juntos a una nación en paz.

Tuvo que esperar a mediodía. Como había sido su costumbre en las últimas jornadas, George recogió a Pilar y fueron juntos al Txiqui. Ybarra también los siguió, al igual que otro hombre del servicio secreto republicano lo hiciera la noche anterior, pero esta vez no parecía haber ningún otro agente de la inteligencia nacional; o, si lo había, no estaba a la vista. Era algo lógico, después de la captura de uno de sus hombres. El capitán no confiaba en que cometieran el mismo error en dos ocasiones. Pero convenía asegurarse.

Después de un breve paseo por el dique del puerto, George y Pilar entraron en el restaurante y ocuparon su mesa de siempre.

—Hoy no estás muy hablador —dijo ella, cuyo rostro no dejaba entrever su preocupación ni los graves pensamientos instalados en su mente.

—No, pero tengo que contarte algo importante —respondió George.

Pilar imaginó que quizá se tratara de algo sobre su compañero. Si los republicanos le habían cogido, cosa que no dudaba, le habrían interrogado con métodos expeditivos. Ella los conocía bien, pues debían de ser los mismos que empleaba su bando. La guerra es la guerra, y en la guerra hay siempre pocos escrúpulos y mucho sufrimiento.

—Mi verdadero nombre no es Nelson Abelyan.

No fue necesario que Pilar fingiera sorpresa: se sorprendió de veras ante aquella revelación, que además fue pronunciada en un perfecto español. No por la información en sí, que evidentemente conocía, sino por el hecho de que George se la estuviera confiando.

—Sí, Pilar —continuó él—, mi nombre auténtico es George Rojo, y soy profesor de historia antigua en la Universidad de Salamanca...

George le contó toda la verdad sobre él, el código de Platón, la misión que estaba llevando a cabo, el hombre del Ministerio de la Gobernación que se la encargó —y

que, sin saberlo, era el padre de ella—. Y también le refirió su plan de huida juntos. Aunque más que un plan era una intención. El plan como tal deberían estudiarlo sin levantar sospechas en el tiempo que tardasen en elaborarlo.

Aquel hombre estaba dispuesto a abandonarlo todo por ella, pues la continuación de su trabajo, por el que sentía una honda devoción, significaría dejar de verla. Pilar veía escrito en sus ojos el entusiasmo cuando hablaba del código y de las claves de cifrado, de cómo había descubierto la primera codificación y cómo ahora trataba de averiguar la segunda. Se notaba que él no ansiaba tanto el secreto que podría revelarse como el hecho de descubrirlo. Aunque aquel secreto podía ser crucial para el hombre que lo poseyera. O el bando al que le fuera revelado.

Pilar estaba profundamente conmovida. George iba a sacrificarlo todo y ella se sentía mal por haberle engañado. No le era posible decirle ahora quién era en realidad, ni tenía derecho a manipularle. Eso no quería hacerlo. Pero sí comprendió que George *necesitaba* continuar la investigación del código como el aire que respiraban sus pulmones. En ese momento no pensó en su Gobierno, ni en su padre, ni en la guerra. Lo que dijo fue fruto de su corazón.

—George, debes ir a Valencia. Termina lo que estás haciendo y luego nos iremos juntos. Te lo prometo.

—Hagámoslo ya. Ahora mismo.

—Eso no puede ser. Ve a Valencia y espérame allí. Yo renunciaré a mi trabajo en el palacio y también iré en cuanto me sea posible. No quiero levantar sospechas dejándolo justo cuando tú te marches.

La idea de Pilar no pareció desagradar a George, aunque hizo amago de protestar un par de veces. Luego, recapacitando, aceptó su plan.

—Bien. Haremos lo que dices —dijo, aunque enseguida se le iluminaron los ojos y exclamó—: Tengo una idea mejor. Tú me acompañarás porque eres mi... mi...

Pilar comprendió muy bien lo que él no se atrevía a decir.

—¿Tu novia?

—Sí, eso... Mi novia. ¿Qué te parece?

—¿Lo de ser tu novia?

George se quedó un tanto apurado. Ella bromeaba con picardía y él era bastante tímido.

—Te pregunto si te parece bien lo de venir conmigo a Valencia —dijo.

—Me parece bien ser tu novia. Y también acompañarte en tu nuevo destino. Lo único que espero es que tu amiguito, el del parche, no ponga objeciones.

—Tranquila, no las pondrá —dijo George, sin olvidar que ella acababa de decir que le parecía bien ser su novia—. Ybarra no toma esa clase de decisiones. Si hace falta, diré al general Boada que estoy a punto de descubrir algo importante.

—¿Y es cierto?

—Sí, aunque ellos no lo saben. De hecho, ya he averiguado algo: la primera clave del código, como te he dicho antes. Quizá estoy a las puertas del descubrimiento definitivo. Eso no puedo asegurarlo, pero ya es mucho más de lo que saben ellos.

Un hombre con el uniforme del Ejército Rojo estaba sentado a la mesa de trabajo de George cuando este regresó de la comida. Nunca antes le había visto, y ahora revolvía sus papeles y los observaba como si quisiera robarles el alma. Ramón Ybarra no había tenido tiempo de avisarle, porque George se bajó del coche y cruzó el patio como una centella. Antes de que el capitán se diera cuenta ya había entrado en la sala contigua a la biblioteca.

—¿Qué sucede aquí? —casi gritó al ver a Ybarra llegando desde el exterior.

El hombre que husmeaba en los documentos se levantó e hizo el saludo militar ante el capitán.

—No se altere, profesor. Quería decírselo, pero no he tenido oportunidad. Los rusos se han hecho cargo de la investigación desde hoy mismo. Le presento a su colega, el coronel Anton Ivanov, doctor en matemáticas por la Universidad de Moscú.

El ruso, de piel sonrosada y cara simpática, se acercó a George para saludarle. Esbozó una amplia sonrisa y le habló en un inglés casi perfecto:

—Espero no haberle importunado. Mis órdenes son elaborar un informe acerca de lo que usted y el doctor Pons han hecho o conseguido. ¿Tendrá usted la amabilidad de ayudarme a completarlo?

George miró al único ojo de Ybarra con dos puñales ardientes, pero tuvo que abandonar su inicial hostilidad y se avino a colaborar con el coronel Ivanov. Al fin y al cabo, previendo que algo así pudiera ocurrir, había escondido sus notas más importantes antes de salir de allí a mediodía.

Ybarra dijo que tenía que marcharse y dejó solos a los dos hombres. Antes de irse, sin embargo, devolvió a George su mirada sanguinaria, con aún mayor ímpetu que de costumbre, y dirigió una media sonrisa al coronel, lo cual era una gran gentileza por su parte.

Las siguientes cinco horas fueron dedicadas, con el ruso, a la revisión meticulosa de las investigaciones que se habían realizado hasta la fecha. Zenón Pons se había unido a ellos al poco de empezar la pesada y aburrida tarea. George contestó a todas las preguntas del coronel Ivanov evitando parecer hosco, pero el doctor Pons no se quedaba ahí, en la mera cortesía, sino que intentaba prolijamente justificar lo que se había hecho como si tuviera miedo del ruso. Parecía un alumno empollón examinándose ante un profesor «hueso».

La principal preocupación de George era que el coronel quedara perfectamente desinformado. Él había asumido la posibilidad, debida a su aparente falta de avances, de que no contarán con su ayuda en el nuevo equipo. Como Pilar había dicho, el código era ya parte de su vida. Creía poder separarse de él y marcharse con ella fuera

de España. Pero, de hacerlo, no estaba seguro de encontrar la paz espiritual que ansía todo hombre. Si no terminaba la investigación, habría fracasado, habría violado el compromiso que tenía consigo mismo. Y deseaba seguir investigando, aunque fuera solo por vencer a Platón o quienquiera que hubiese codificado aquel texto mediante unos métodos tan deslumbrantes.

Frisaban las nueve de la noche. Los tres hombres estaban a punto de dirigirse a la cantina, para cenar algo antes de ponerse de nuevo manos a la obra, cuando los generales Boada y Salinyan aparecieron en la sala acompañados —cómo no— por Ramón Ybarra. El catalán no era bajo, pero al lado del ruso se le veía escuchimizado. En un tanque de agua, habría desplazado solamente algo más de la mitad de volumen que su colega soviético.

—Señores... —saludó Boada en español, y luego añadió—: El general Salinyan desea conocerles a usted, profesor Abelyan, y a usted, doctor Pons. Me ha asegurado que están a su disposición dos puestos en Valencia dentro de su equipo.

Ybarra tradujo al inglés lo que había dicho para que George lo entendiera.

—El presidente Azaña en persona —intervino Salinyan también en español— me ha encargado dirigir la nueva investigación. Yo encabezaré el grupo en el aspecto militar, pero el equipo científico será liderado por uno de nuestros mayores expertos en criptografía, la profesora Vera Feodorova, que se reunirá con el resto de los hombres en Valencia dentro de tres días. La profesora Feodorova pertenece a una importante familia dedicada a la ciencia y la técnica, y estoy seguro de que es la más indicada para asumir esa responsabilidad.

De nuevo Ybarra hizo las veces de intérprete, aunque exageró la parte final de la última frase, seguramente para ofender a George. Aunque el capitán no sabía nada de criptografía, parecía contento de dejar claro al «profesor Abelyan» que no daba la talla. Su adoración casi religiosa por los rusos le llevaba a preferirlos antes que a un americano, por mucho que este fuera, supuestamente, tan comunista como él.

—Pero antes vayamos a cenar —dijo Boada, siempre interesado en el bienestar de los demás.

Ybarra empezó a traducir cuando el general Salinyan intervino y le cortó sin dejarle terminar la frase.

—No, por favor. Ya tendremos tiempo de comer después. Ahora hay cosas más importantes que hacer. O mejor aún, que nos traigan algo de comer aquí. Este es un lugar discreto.

George se hizo el loco. Ya estaba saliendo por la puerta cuando el propio Ybarra le agarró por un brazo y le dijo:

—*Be quiet, professor! We will eat here.*

A George se le antojó un gesto hostil el haberle tirado de esa manera del brazo. Tuvo que contenerse para no marcharse de la sala sin dar explicaciones, o incluso

para no lanzar su puño contra el maldito tuerto. Era cierto, por mucho que se dijera que solo le importaba Pilar, que también quería seguir en el equipo formado por los rusos.

—*All right.*

El día estaba siendo muy largo. Después de todo lo que habían examinado y revisado, ahora tocaba una charla del coronel Ivanov para poner al tanto, con palabras sencillas, al general Salinyan. Y los demás tuvieron que asistir en silencio y en el más absoluto hastío. Cenaron unos pequeños bocadillos y bebieron cerveza. Boada fumaba en su pipa y el general ruso encendía un cigarrillo tras otro. El ambiente estaba cargado de tal modo que resultaba casi irrespirable, y esto se agravó con un olor pestilente que inundó de pronto la sala. Venía seguramente de un sumidero que había en el suelo de la habitación, pero allí nadie se atrevió a decir nada. Todos se mantuvieron con la boca cerrada, salvo el coronel, claro está, que siguió hablando como una metralleta sin cambiar su impertérrito gesto amable.

Después de la soporífera reunión, George había pedido al general Boada que le permitiera hablar con él de un asunto no relacionado con el código. Le contó que quería llevar a su novia consigo a Valencia. Por supuesto, no le había revelado nada de su trabajo ni de la inminente partida hacia aquella ciudad, pero quería saber si el general estaba conforme en que lo acompañara. Le aseguró su discreción y le confió el secreto de que estaban pensando casarse. La actuación de George fue tan buena como la que pudiera haber llevado a cabo Leslie Thomson, que ahora estaba en el frente «actuando» de un modo muy distinto.

Boada se lo pensó un poco, pero al final le dio su conformidad. George le pidió también —y en esto el general compartía plenamente su opinión— que no informara a los rusos de ello, no fuera que decidieran prescindir de él por ese motivo. Una última zalamería dirigida a la República por parte de George, y el general estuvo completamente en el bote. Incluso le pidió que fuera el padrino de su boda, de producirse esta en el futuro próximo y, claro estaba, permitírsele sus obligaciones militares.

Había transcurrido casi un año entero desde que el conde de Saint-Germain llegara a las Tullerías reclamado por el cónsul vitalicio de Francia. Once meses de prácticas alquímicas hacia las que, como tales, Napoleón había mostrado muy poco interés. Solo quería el oro que aumentara su fuerza. El oro, el *maldito* oro, cegó los ojos de su mente, le hizo enfermar de las fiebres de la codicia, de la sed de poder; como a tantos otros hombres, que habían llegado a convertirse en malvados en su afán de conseguir el dorado elemento como fuera posible. Quien padece esas fiebres, no cree en nada más que el áureo brillo del oro.

También en esos once meses, el conde tuvo que fingir que intentaba descubrir el significado del misterioso texto de Platón. Napoleón se estaba poniendo nervioso por la carencia total de progresos. Su falta de paciencia podía ser una virtud en ciertas ocasiones o situaciones, pero en casi todos los órdenes es un vicio de los más detestables. Al menos así lo consideraba Saint-Germain. Las cosas estaban yendo de mal en peor. Estaba llegando al colmo del aguante del cónsul de Francia, pero el conde había ideado un plan: escapar a España con el código, quitárselo de las manos a Napoleón y desaparecer en algún lugar del vecino del sur. Lo único que hacía falta era que se presentase la oportunidad. Y aquella fría mañana, surgió la ocasión.

Hacía ya algunos meses que Saint-Germain llevaba pidiendo a Napoleón licencia para estudiar el libro en su alcoba privada, durante las noches, en un ambiente más acogedor que el de la fría biblioteca del palacio. Pero el *sire* no se lo había concedido hasta entonces, pues prefería tenerlo vigilado permanentemente. Sin embargo, muy poco a poco, el conde fue ganándose la confianza de aquel hombre sediento de poder y corroído por la ambición. Le entusiasmaron sus relatos de tesoros inmensos en lejanas ciudades del Oriente; o la cueva mora en la que los antiguos señores de Granada habían ocultado sus riquezas antes de huir a África; o también la leyenda de una ciudad perdida en la cordillera de los Andes, en el Perú, poblada por monjes paganos y construida con bloques de oro. Igualmente empezó a producir mayor cantidad de este metal en el laboratorio, consumiendo casi toda su piedra filosofal, que tantos años le había costado amalgamar.

Qué podía importar eso ahora. A Saint-Germain solo le interesaba el código, el libro cuyo secreto estaba destinado al más sabio de los hombres. Algo de lo que el conde estaba perfectamente enterado.

Cuando Napoleón accedió a su petición, y sabiendo el conde que por fin podría revisar la obra a solas en sus aposentos, concluyó en unos días la labor que comenzara hacía ya muchas semanas: la copia de las tapas del libro; y del libro

mismo, aunque lo que puso en el interior era solo un ejemplar manuscrito de la *Odisea*, que eligió porque su tamaño se correspondía con el necesario. Un ejemplar, no obstante, de gran valor, aunque nunca comparable al de *La Rosa del Mar*.

# 1937

*El Ejército nacional avanza con firmeza en el frente vasco. Se publican los veintiséis puntos de FET y de las JONS, los cuales constituyen la base del Estado nacional.*

*Valencia, 22 de abril, jueves*

A diferencia del palacio del Lluch, en Valencia George viviría en un apartamento de la ciudad. Cada mañana se trasladaría a las ocho en punto a su lugar de trabajo, un edificio del Gobierno republicano situado en la plaza Porchets, en el esquinazo que forman la calle Ribalta y la avenida de María Cristina. El apartamento asignado a George se hallaba muy cerca de allí, a unos cinco minutos caminando a paso tranquilo, en la calle Barcas, enfrente del ayuntamiento de la ciudad. Se trataba de un pisito de escasos cuarenta metros cuadrados, compuesto por un salón exiguo, una habitación, cocina y cuarto de baño. Tuvo suerte de que el general Boada se ocupase personalmente de su alojamiento, porque no era habitual en esa zona que los apartamentos tuvieran baño propio.

Ramón Ybarra y Zenón Pons también se desplazaron a Valencia. El primero fue adscrito a un cuartel del Ejército contiguo al edificio gubernamental, mientras que el segundo fue alojado en el mismo bloque que George, justo en el piso de abajo y en la misma letra de apartamento. En cuanto a los rusos, estaban todos juntos en un hotel de la calle Linterna, aún más cerca del edificio de la plaza Porchets. Cuando se enteró de su ubicación, George se dijo que esperaba que la «linterna» no iluminara sus mentes. Y que ojalá la suya sí recibiera un fulgurante destello para resolver la segunda codificación.

En cuanto al traslado hasta la capital del río Turia, Pilar y George no viajaron juntos. El profesor lo hizo en un coche militar, acompañado por Pons y el omnipresente capitán Ybarra. El doctor no sabía nada de Pilar, pero sí Ybarra, que fue informado por el general Boada y recibió instrucciones de no hablar de ello con los rusos. Seguramente, Pons se enteraría más pronto que tarde, pero no tendría por qué saber que la mujer que vivía con el profesor Abelyan había venido desde Barcelona. No creía que se hubiera fijado en ella en el Lluch. La puritana moralidad observada en el bando nacional no concordaba con la más moderna ética republicana. Gracias a Dios, los americanos también habían dejado a un lado esos remilgos hacía tiempo.

Los tres hombres provenientes de Barcelona llegaron a Valencia a eso de las doce de la mañana, con tiempo algo inestable. Durante el trayecto por carretera había llovido un poco, aunque no hacía frío, y la tarde, de tramontana, parecía anunciar nuevas lluvias. George recogió luego a Pilar, a las ocho, en un tren que debía haber llegado a las siete. Al menos por el momento, prefirió buscarle un hotel. Según el desarrollo de los acontecimientos futuros, la llevaría a su apartamento u optaría por

dejarla allí instalada todo el tiempo.

Ybarra se mostró contrariado ante el general Boada por la cuestión de Pilar. Pero no sospechó nada. O casi nada. Al general no se le pasó siquiera por la cabeza que ella pudiera tener relación alguna con el espía capturado en el puerto, aunque el capitán sí que lo pensó fugazmente. Abandonó sus pensamientos enseguida, como una luz que se enciende y vuelve a apagarse de inmediato, pero la mente humana es un misterio. Lo que se almacena en el lugar más recóndito y se cree totalmente olvidado, puede resurgir de improviso en cualquier momento sin saber por qué. Sin embargo, y por ahora, Ybarra se creyó la versión de George dada a su jefe, y simplemente se irritó por lo que ya estaba molesto en Barcelona: la relación de Pilar con el profesor.

Ese primer día en Valencia nadie trabajó en la sede del nuevo equipo de investigación. Nadie excepto los rusos no investigadores, es decir, el general Salinyan y su ayudante, que se pasaron la tarde preparando las dependencias e intercambiando mensajes por radio con Moscú. La doctora Feodorova se había visto obligada a retrasar su viaje a España, por un motivo que el alto mando soviético explicó al general sin que este entendiera prácticamente nada. Antes de abandonar la Ciudad Condal, el coronel Ivanov tenía la orden de enviar a un emisario en avión a Rusia con un microfilm del código secreto del libro. No fue posible hacerlo porque esa operación tenía que llevarse a cabo en secreto, sin que las autoridades españolas republicanas se apercibieran de la treta, y los rusos nunca estuvieron a solas con el códice, por lo que la oportunidad no se presentó. No obstante, Ivanov describió en un mensaje ciertas características del código que la doctora le había encargado específicamente, y esas características habían propiciado el retraso.

La doctora Vera Feodorova, tras un somero análisis de lo que Ivanov le transmitió, había sugerido a las autoridades soviéticas —al mismo Stalin en persona, muy aficionado, como su *colega* Hitler, al misticismo y los saberes antiguos— la oportunidad de utilizar una técnica nueva en el descifrado de mensajes crípticos. Sabía que los norteamericanos y los británicos ya estaban trabajando en proyectos similares, basados en la construcción de una máquina, alimentada por energía eléctrica, que mediante un programa de cálculos pudiera realizar automáticamente miles de operaciones para las que, sin su ayuda, se necesitarían decenas o cientos de criptoanalistas.

Con los resultados ofrecidos por la máquina, bastaría que una limitada cantidad de expertos analizara los mismos, lo cual ahorraría tiempo y aumentaría la eficacia de la investigación. Una de aquellas máquinas, en fase experimental, estaba siendo puesta a punto por un profesor finlandés, Wäinö Ryti, que trabajaba en la Universidad de Riga. La doctora Feodorova propuso reclutarle y rogarle —esto era, por supuesto, una simple cortesía— que empleara su máquina en el proyecto. Un artefacto basado

en los trabajos de un matemático inglés del siglo XIX, llamado Charles Babbage, al que él había bautizado como Máquina Diferencial. En ella, la entrada de los datos que configuraban el proceso de cálculo se realizaría mediante unas tarjetas con pequeñas perforaciones, las cuales significaban en su lenguaje cuáles eran las operaciones que debía efectuar.

Los servicios de inteligencia soviéticos habían averiguado que Ryti, a pesar de su matrimonio aparentemente feliz y sus dos hijos, solía buscar la compañía de jovencitos menores de edad, y también que pertenecía a una sociedad secreta llamada Paragnosis, con ramificaciones en Polonia y Alemania. Tanto lo uno como lo otro no estaban permitidos en la Rusia revolucionaria, así que un agente enviado especialmente para entrevistarse con él se encargó de hacerle comprender que lo sabían todo. De esta forma se aseguraban una fidelidad y una colaboración por su parte de la que no se fiaban por simple adhesión a un Estado al que ni siquiera pertenecía en realidad.

Así las gastaban los servidores de Stalin, artífice de uno de los regímenes de terror más brutales, sanguinarios e inicuos de la historia. Un *juego* para el que el Führer alemán se preparaba en aquel tiempo. La historia habría de juzgar quién de los dos fue peor, si es que ello es cabal y posible.

Aquella noche, la primera en Valencia, Ramón Ybarra cenó con el doctor Pons. No creyó necesario seguir a George en persona, porque aún no habían empezado los nuevos trabajos y, al menos supuestamente, él no había conseguido descubrir nada susceptible de interesar al enemigo. Así que no se enteró hasta el día siguiente de que el profesor no había dormido en su apartamento de la calle Barcas, sino que la había pasado en un hotel. Uno de los soldados a las órdenes de Ybarra lo vio entrar allí con una mujer y salir poco antes del amanecer del día siguiente.

Después de comer algo juntos en un restaurante de cocina casera, George había acompañado a Pilar hasta su hotel. Sin entrar en la recepción, le había dado un beso de despedida, temblando por la emoción y colmado del amor que sentía hacia ella.

—¿Quieres subir? —le dijo Pilar.

—Prefiero no hacerlo —respondió él.

—¿Por qué? Nadie va a decirnos nada.

—Ya lo sé, pero sería... peligroso.

Pilar notó que su amado profesor hablaba con el corazón. Si subía, quizá no pudiera contener sus impulsos y su deseo. Por eso prefería declinar la invitación e irse a dormir solo, en su apartamento, pensando en ella.

—Está bien —aceptó Pilar—. ¿Mañana comeremos juntos?

—No lo creo. Ybarra me ha dicho algo sobre presentarme a no sé qué ruso durante la comida.

—Bueno, no importa. Hasta mañana. Ven cuando puedas. Te esperaré en mi

habitación.

—Hasta mañana, Pilar.

George vio cómo ella entraba por la puerta del hotel y le dolió en el alma su expresión de tristeza. Solo el hecho de no poder verle durante tantas horas parecía llenarla de aflicción. Reflexionó un instante. Había dicho que no quería subir porque temía el peligro de sus propias acciones. Y eso no era digno de un caballero. Ni siquiera de un hombre que, como tal, se preciase. Pero ella quería estar con él. No permitiría que el miedo a lo que pudiera suceder se lo impidiera. Corrió a la recepción y gritó su nombre:

—¡Pilar!

No la veía ya. Había desaparecido escaleras arriba. Sin hacer caso del recepcionista, que intentó detenerle, se lanzó hacia la escalinata y galopó por ella como un jovenzuelo entusiasmado ante su primer amor.

—¡George! —exclamó ella al verlo, primero con cara de asombro y luego con un gesto luminoso.

Solo por aquel gesto valía la pena no haberse marchado sin más.

—Soy un idiota. Déjame que suba contigo.

Ella le miró y sacudió la cabeza. Una de las cosas que más le gustaban de George era su forma tan candorosa de comportarse en muchas ocasiones.

—Sí, eres un idiota. Pero te quiero.

Napoleón, a pesar de los seis años transcurridos, no olvidó en ningún momento cómo el conde de Saint-Germain le había engañado. Le había engañado como a un niño, como a un vulgar idiota. A él, que regía los destinos de Francia, que pugnaba por extender sus dominios por toda Europa y había sido ungido con la corona y el cetro imperiales. Y le había robado el códice de Platón.

Ahora el emperador estaba en España, país donde había elevado al trono a su hermano José. Por medio de viles argucias, Napoleón había embaucado al rey Carlos IV y a su familia, y tenía a todos presos en el sur de Francia. Hubo revueltas por parte del pueblo español, pero estas fueron aplastadas por los soldados franceses que entraron en el país con el engaño de atravesarlo para llegar hasta Portugal, aliado de Inglaterra.

Los informadores del emperador aseguraban que el conde de Saint-Germain estaba en Madrid. Desde que huyera de las Tullerías con el códice, y procurando alejarse de la órbita de Napoleón, había decidido esconderse en España, donde podría vivir con tranquilidad. Pero se equivocaba. Los últimos acontecimientos ponían en la palestra que el ahora emperador no estaba dispuesto a poner coto a su ambición expansionista en Europa. Hasta que alguien lograra frenarle, él seguiría ampliando su poder.

—José, ¿se sabe dónde está el maldito?

—Más o menos —respondió el hermano de Napoleón, sentados ambos en un salón del Palacio Real de Madrid.

—¿Cómo que más o menos?

—Si me das unos días...

—Ya te he dado muchos. Te he dado demasiado tiempo. Dime lo que sepas exactamente.

—Sé que el conde está oculto en algún lugar de un pueblecito cercano a la capital, llamado El Pardo. Es un sitio muy pequeño, a orillas del río Manzanares.

—¿Y no basta con eso?

—No. Eso creo yo, porque si advierte nuestra presencia, y que le estamos siguiendo la pista, desaparecerá como una escurridiza anguila.

Napoleón miró a José con severidad. Su hermano había resultado ser un inútil hasta que él le entregó un trono sin mover un dedo, como un regalo fraternal que, en realidad, no merecía.

—Ya basta de esperas y tonterías —le espetó el emperador—. Que se me informe de lo que sepan tus espías y yo mismo, de incógnito, con un par de hombres, iré a El

Pardo y prenderé al maldito conde.

—¿No lo juzgas demasiado arriesgado?

—¿Y qué no lo es, cuando se trata de obtener algo que se desea? Dime, hermano mío, ¿qué hay que no lo sea?

## 1937

*Como resultado del decreto de unificación de FET y las JONS, se crea la Junta Política. Franco nombra a la mitad de sus miembros, aunque con algunas dificultades de corte ideológico provocadas por los falangistas.*  
*Owslebury, sur de Inglaterra, 23 de abril, viernes*

La verde llanura de Hampshire se extendía alrededor de la casa de campo en que el profesor Nelson Abelyan estaba cautivo desde que, varias semanas atrás, fuera secuestrado por agentes del Gobierno español. El pobre hombre no era precisamente un héroe, y se pasaba las noches llorando hasta que el sueño le vencía. Luego, al despertarse por las mañanas, gimoteaba un poco hasta que le llevaban el desayuno, y entonces se sumía en una especie de reflexión interior en la que mostraba un agudo aire estuporoso que desembocaba en una ausencia total.

Owslebury estaba a algo más de quince kilómetros de Southampton. En la casita de campo, que no llamaba la atención en ningún sentido, al menos en ese pintoresco entorno rural, había dos agentes nacionales encargados de la custodia del profesor. Dos hombres que se turnaban en las labores de su cuidado y vigilancia, así como de comprar alimentos en el mercado del pueblo y el resto de las tareas necesarias. Tenían orden de quedarse allí hasta que les fuera notificado lo contrario. Entonces dejarían libre al verdadero Abelyan y desaparecerían sin dejar rastro. Eso, si todo iba bien. En caso contrario, si las cosas se complicaban, habían recibido instrucciones de utilizar la fuerza de un modo tan expeditivo como fuera necesario. No debían incurrir en un fallo que pusiera en peligro la misión que se estaba desarrollando en zona republicana. El éxito de esta y las vidas de George Rojo y Pilar Varela dependían de ello.

Esa mañana, uno de los hombres había salido al pueblo para aprovisionarse de alimentos frescos, carne, leche, verduras y unas manzanas. Nunca dejaban solo al profesor. El otro agente se quedó en la casa, y estaba jugando al solitario con unos naipes cuando escuchó un fuerte golpe en la habitación ocupada por Abelyan. Mantenían al cautivo permanentemente atado de pies y manos. Los primeros días, incluso lo sujetaban al armazón de la cama, pero después, a la vista de su pasividad, decidieron dejar de hacerlo salvo durante las noches.

El agente tiró el mazo de cartas sobre la mesa y corrió hacia el cuarto, al tiempo que sacaba su pistola del cinto. Abrió la puerta con cuidado y lo que vio le dejó atónito: el profesor yacía boca abajo en el suelo, junto a la ventana sellada con gruesas planchas de madera, y parecía sin sentido. De su cabeza manaba un pequeño reguero de sangre que empezaba a formar un charquito en las baldosas que había debajo. El agente comprendió enseguida lo que había sucedido. El profesor Abelyan, abrumado por los acontecimientos, no había podido ya aguantar más, e incapaz de soportar la tensión y la desesperanza, optó por la única vía de escapatoria posible: el

suicidio.

*Valencia*

La noche había sido de George y Pilar, y de nadie más en el mundo. Ningún freno pudo detener su amor y su deseo. Pilar empezó besando a George en el diván de su cuarto. Ella estaba con las piernas recogidas sobre el asiento y llevaba un vestido de una sola pieza, de color claro, con la botonadura delante. Sus rodillas quedaban al aire y el corte de la falda dejaba entrever una amplia zona de la parte alta de sus piernas. El delicioso bocado de su cintura quedaba solo oculto por las sombras, y sus pechos, firmes y abundantes, exhibían unos pezones que se marcaban en la tela.

Las caricias de Pilar fueron descendiendo del pecho de George, donde este lucía la estrella de David del profesor Abelyan, hasta su vientre. Él venció el inicial embarazo y dirigió sus manos a los senos de ella. Notó su turgencia y su calor, antes de desabotonar el vestido y acariciarlos desnudos. Estaba tan excitado como un purasangre antes de la carrera. Pilar suspiró y empezó también a quitarle los botones de la camisa. Sus labios besaron su pecho mientras él le acariciaba los muslos y hundía el rostro en su hermoso pelo castaño.

Así estuvieron unos minutos, hasta que Pilar se levantó del diván y terminó de desnudarse ante George. Durante un instante se quedó inmóvil, como una estatua, mostrando sus encantos de mujer. Luego se inclinó sobre George y se colocó a horcajadas sobre él. Pilar empezó a gemir, pero acallaba unos gritos que, de haber estado solos en algún lugar desierto, hubiera proferido sin reparos. Un espejo situado frente a ella, en el fondo de la estancia, hacía que pudiera ver su propio rostro, sudoroso y con los labios apretados, mientras George le hacía el amor. Primero dulce, sensualmente; luego como una fiera salvaje, colmándola de placer.

Dos horas después podía verse, a través de la ventana de la habitación, la luz de un farol que brillaba casi aislado en la oscuridad. No había ya nadie en la calle. Aquella solitaria luz se mantenía firme entre las tinieblas. Como Pilar y George aquella noche. Aquella noche en que ambos se iluminaron mutuamente en medio de la oscuridad.

Los rusos terminaron por la mañana de conformar el equipo de trabajo, con hombres y mujeres que se dividieron en dos secciones claramente diferenciadas. La primera estaba compuesta por los expertos criptólogos, mientras que la segunda la integraban meros conocedores de la lengua griega. La idea de la profesora Vera Feodorova, llegada con adelanto hacia las once en un avión procedente de Moscú, vía Cracovia, se basaba en realizar un estudio criptoanalítico del código del libro y, si no daba resultado, emplear la máquina de Ryti. Como de todas formas la citada máquina tardaría aproximadamente una semana en ser instalada y ajustada, la labor inicial era

obligatoria para no perder tiempo, a pesar de que la profesora no confiaba demasiado en la efectividad del análisis clásico, dada la carencia de resultados positivos de los estudios anteriores de Pons y el supuesto Abelyan.

La función del segundo grupo del equipo sería la lectura de los mensajes extraídos como resultado de la actividad de la máquina. Si todos los ensayos y pruebas fallaban, Feodorova sabía que aún quedaba ese camino: analizar todas y cada una de las combinaciones posibles hasta dar con un mensaje que tuviera sentido en lengua griega. Alguien que no supiera nada de criptografía podría haber aducido como objeción que, de un texto compuesto por cierto número de signos, el resultado final sería cualquier otro texto del mismo número de letras. Pero no era así, puesto que la máquina, en su programa, habría de tener en cuenta ciertas premisas básicas. A cada signo igual se le haría equivaler la misma letra griega. Aunque, al ser el número de signos superior al de las letras del alfabeto, podrían repetirse las letras que correspondieran a cada símbolo.

Con dichas reglas, los resultados se limitaban, no ya solo en la cantidad, que sería metafóricamente inmensa, sino en el hecho de que uno y nada más que uno de los textos resultantes del proceso podría tener sentido pleno. Naturalmente, la doctora Feodorova había asumido algunas cuestiones no seguras, como que el autor del cifrado no hubiera incluido «paja» al principio o al final del texto, o que el idioma original en que estuviera escrito fuera verdaderamente el griego. Pero todo esto se antojaba más que probable. Las pruebas deberían, en todo caso, ir aumentando en complejidad. Si no lograban romper el código con esas premisas, tendrían que alterar de nuevo el modelo de trabajo.

En el edificio del Gobierno se crearon asimismo dos salas diferenciadas y separadas. En una, los matemáticos y analistas desarrollarían su labor y se instalaría la máquina computadora, y en la otra los «lectores» comprobarían si los textos significaban algo en griego. Este último gabinete sería un moderno *scriptorium*, como el de los monasterios medievales, pero allí los monjes habrían sido sustituidos por soldados y milicianos, profesores, catedráticos y otras personas que conocieran la lengua de Platón.

La profesora Feodorova tenía muy claro lo que quería conseguir. A George le sorprendió su aguda penetración intelectual. Su intención era que los lectores comprobaran solo las primeras palabras de cada texto, luego las que estuvieran aproximadamente en el medio y, para terminar, las del final. Ningún texto sería comprobado por un único lector, sino por dos elegidos de forma aleatoria, de manera que los posibles errores quedaran anulados y el tiempo de análisis de cada prueba fuera reducido al mínimo. A pesar de que George no deseaba en modo alguno que los rusos —o los republicanos o sus enemigos nacionales— obtuvieran finalmente el secreto encerrado en el códice, tuvo que reconocer para sus adentros que la profesora

se disponía a acometer la investigación como él mismo hubiera hecho de haber tenido esos medios.

En el fondo, la cuestión era muy simple. O bien los mejores criptoanalistas reclutados lograban descubrir la clave de cifrado, o la fría máquina de calcular probaría todo lo imaginable a un ritmo desconocido para el cerebro humano hasta la fecha. De un modo u otro, tarde o temprano, el misterio quedaría resuelto. Era un hecho matemático.

Terminada la charla que Vera Feodorova dio a los miembros de su equipo —únicamente a los criptógrafos—, y antes de que se marchara, pidió a George hablar con él un momento en privado. Se trataba de una mujer menuda pero de gran energía. Era delgada, incluso demasiado, y vestía de riguroso color negro. Su pelo gris, recogido en un sencillo moño alto, y su rostro seco hacían que pareciera mayor de lo que en realidad era.

—He estado analizando su trabajo mientras volaba hacia aquí —dijo ella en inglés y en tono muy cortés—. Lo que usted ha hecho es encomiable, a pesar de la falta de resultados. Con su ayuda avanzaremos a una velocidad mucho mayor que si tuviéramos que empezar desde el principio. Ya no daremos palos de ciego.

—Le agradezco sus palabras, camarada Feodorova —respondió George, tratando de corresponder a su delicadeza y empleando el modo de expresión típicamente comunista.

—No son un cumplido, estimado colega. Es usted un excelente investigador y querría pedirle que acepte el puesto de ayudante personal mío.

La perplejidad de George no pasó desapercibida a la profesora, que la achacó a lo inesperado de la proposición.

—Espero no haberle ofendido...

—No, no, en absoluto —dijo George, recuperado de la sorpresa—. Al contrario. Acepto su propuesta con gusto y agradecimiento.

George no podía negarse a ser el ayudante de la profesora Feodorova. Pero, además, se dio cuenta al instante de que esa posición le sería útil en su afán de confundir a los nuevos investigadores. O de ralentizar su trabajo mientras él continuaba el suyo de un modo secreto e independiente.

—No sabe cuánto me alegro de que acepte, camarada Abelyan. ¿Sabe?, hace un par de años leí un artículo suyo. No me lo figuraba tan joven y apuesto. Versaba sobre los métodos de cifrado utilizados hasta el Renacimiento. Me agradó especialmente su exposición del método de Alberti y sus múltiples derivados.

Aquella mujer de mirada penetrante estaba citando un escrito del que George no sabía nada, así que este trató de derivar el tema hacia algo genérico.

—Los métodos antiguos son sumamente interesantes.

—Es curioso que diga usted eso, camarada profesor, porque recuerdo que en el

artículo los criticaba como meros juegos de principiantes.

—Por eso mismo —acertó a aseverar George con una lucidez en la que sus piernas empezaban a no confiar demasiado—. Los antiguos nos han enseñado a no subestimar a los criptoanalistas, que, en el fondo, somos nosotros mismos.

—Tiene razón. El que cifra es capaz de descifrar, y el que consigue descifrar es porque conoce hondamente los recovecos más íntimos de la criptografía.

—Exacto, camarada Feodorova, exacto.

—Por cierto, le espero dentro de media hora en el comedor. Quiero presentarle al profesor Wäinö Ryti, que ha venido conmigo en avión desde Moscú. He preferido que no estuviera presente en mi anterior charla porque no me parece necesario que esté al tanto de la investigación hasta que sea realmente imprescindible.

George suspiró aliviado cuando la enjuta mujer se despidió de él. Aparentemente no sospechaba nada. Aunque eso era lo normal. Ya le había asegurado Varela en Burgos que quienes no tienen motivos para sospechar raramente lo hacen. Desde entonces no habían transcurrido más que unas semanas, pero para George parecían años enteros. Su trabajo como profesor en Salamanca, la visita de Varela después de su conferencia sobre «El otro Císter», el viaje a Burgos y luego a Santander, y de allí a Southampton, el inicio de aquella misión que aceptó emprender sin la necesaria reflexión... Todo ello lo veía ahora con la lejanía con que se rememoran los acontecimientos pasados, muy lejanos en la memoria.

Como aún disponía de media hora antes del almuerzo, George pensó que le daba tiempo a hacer una rápida visita a Pilar. En cuanto salió por la puerta del salón, Ramón Ybarra apareció ante sus ojos. «Este hombre es Escila y Caribdis en un solo ser», se dijo George sin perder el humor, pensando en los monstruos mitológicos. Era feliz, tan feliz como una doble pasión, hacia una mujer y una labor, pueden hacer a un hombre. ¿Qué más se podía pedir? El riesgo pasaba ahora a segundo plano.

—¿Va usted a algún sitio? —inquirió Ybarra al tenerlo a su altura.

—Sí —respondió George secamente.

Ybarra no dijo nada más. Pero se podía leer en su mirada el más intenso furor. Menos mal que solo tenía un ojo... George estaba seguro de que le seguiría y no le importó lo más mínimo. Su relación con Pilar irritaba al capitán y eso le alegraba, pues suponía una especie de resarcimiento.

Algunos coches circulaban por las calles y los transeúntes llenaban las aceras. Era la zona más céntrica de Valencia y la actividad cotidiana no había sido detenida aún por la guerra. Aquella hermosa ciudad de agradable clima acogía ahora al Gobierno de la República desde que el presidente, Manuel Azaña, optara por la evacuación de Madrid, el 6 de noviembre de 1936, debido a la proximidad del frente y la posible caída de la capital de España en manos de las fuerzas nacionales. El jefe del Gobierno de entonces, Largo Caballero, había aceptado la decisión del presidente y Valencia se

había convertido en el nuevo centro de poder político republicano.

George esperó a que pasara un tranvía antes de cruzar la calle. Enfrente tenía el hotel. Entró en la recepción y pidió al recepcionista que avisara a Pilar. Se limitó a decir, con mala pronunciación: «Pilar Varela. Habitación ciento siete». El hombre pulsó un timbre en una consola repleta de ellos, que tenía un altavoz, pero nadie respondió al otro lado del intercomunicador a pesar de su insistencia. George pensó que quizá Pilar estuviera en el cuarto de aseo, al final de la planta, y que por eso no atendía a la llamada. Pero el recepcionista, un muchacho joven y con aspecto de tener pocas luces, se dio un golpecito con la palma de la mano en la frente y emitió una exclamación.

—Se me había olvidado... Señor, ¿es usted Nelson Abelyan?

George hizo como que no le entendía.

—Nel-son A-be-ly-an —repitió el joven muy despacio y en tono exagerado.

—Sí, sí.

—La señorita me ha pedido que le diga que está aquí al lado, en el restaurante en el que cenaron ustedes anoche.

Definitivamente el recepcionista tenía muy pocas luces. El hombre con el que hablaba no entendía español, como había quedado claro, y él volvía a soltar una parrafada sin tenerlo en cuenta. George tenía que mantener aquella pantomima. Levantó un poco ambos brazos y extendió las manos, acompañando este gesto por otro de su cara. Levantó las cejas y sacudió la cabeza.

—Res-tau-ran-te Ba-rret. Baaa-rreet.

Para darle las gracias, George le hizo una leve reverencia y salió de nuevo del hotel. Aquel muchacho se merecía el tratamiento de un rey. Esto lo pensó George con ironía mientras daba la vuelta a la esquina y llegaba al Barret. Entró en él y escrutó las mesas. Tardó unos segundos en distinguir a Pilar, que estaba casi de espaldas, sentada a una de las del fondo. Fue hasta ella y se sentó sin decir nada, con una gran sonrisa.

—Ah —dijo ella al verle, y le devolvió la sonrisa—. ¿Qué haces aquí? Creía que no podías comer hoy conmigo. Todavía no he pedido. Llama al mozo y...

—No, Pilar, no puedo quedarme. Tengo menos de media hora libre y he venido a hacerte una visita rápida. En el hotel me han dicho dónde estabas. Aunque no ha sido tarea fácil...

—¿A qué te refieres?

—A nada, a nada. Es que el recepcionista parecía un poco lelo.

—Ah, bueno. Entonces, ¿has venido hasta aquí solo para verme unos minutos?

—Así es. Te quiero.

Pilar bajó la mirada. Los hombres casi nunca comprenden que las mujeres necesitan más que ellos saberse amadas. Y George no lo hacía como cumplido o por

mera conveniencia, sino porque lo sentía de verdad.

—Quería decirte una cosa, Pilar. Lo de anoche... —Se notaba el embarazo de George al empezar a decir aquello—. Lo de anoche...

—Lo de anoche fue maravilloso, George.

—Es que no quiero que pienses de mí que solo...

—Lo único que pienso es que me quieres. Y yo te quiero a ti. ¿Qué más hay que decir?

George se quedó en silencio y recobró, al poco, su sonrisa. Ella también se mostraba contenta y le miraba con ese gesto pícaro que tanto le gustaba. Realmente amaba a aquella mujer y esperaba que su misión o la guerra no acabasen separándoles. No podía permitir que le desenmascararan. Ahora ya no. Ahora ya no lo hacía solamente por él, o por desvelar a la humanidad un conocimiento oculto y olvidado. Ahora había alguien que movía su ánimo, que le impulsaba a vivir y a desear seguir viviendo.

Pilar leyó todo eso en su rostro. Y se sintió mal una vez más por haberle mentado acerca de ella y quién era en realidad. Pero no podía decírselo todavía. Si lo hacía ahora, él quizá no lo entendiera. Quizá creyera que lo había fingido todo para poder vigilarle y que lo que sentía por él era falso. Ya vendría el momento de aclararlo todo sin perderle.

*Owslebury*

El profesor Abelyan aún estaba vivo. Bajo el estado de completa desesperanza en que se hallaba, se levantó del lecho y, a pesar de tener los pies atados, fue dando saltitos hacia la mesa de recia madera de pino que ocupaba la pared en la que también estaba la ventana. Allí se había dejado caer sobre la tabla, o se había lanzado hacia ella de cabeza. Poco importaba. El golpe fue tremendo, pero no bastó para que consiguiera su objetivo de quitarse la vida.

El otro agente nacional, que no estaba con él en ese momento, regresó del pueblo y, nada más dejar las compras en la cocina, fue a la habitación de Abelyan. Se encontró de sopetón con la escena de su compañero atendiendo al profesor.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó muy alarmado.

—Ha intentado matarse.

—¿Pero cómo...?

—Eso da igual. No lo sé. Tiene la frente abierta. Creo que no vamos a poder hacer nada por él.

—Hay que llamar a un médico.

—¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loco?

El primer agente miró al otro con gesto severo. Avisar a un médico suponía dar al

traste con la operación. Aunque era cierto que, de lo contrario, aquel hombre seguramente fallecería a causa de su lesión en la cabeza.

—Tenemos que llamar a un médico para que le atienda.

—¡No! Ya te lo he dicho. Le vendaremos bien y esperaremos a ver qué pasa. Manda un mensaje a Burgos para informar del suceso. A ver qué dice el mando. Que decida el jefe.

*Burgos*

El militar a cargo de las comunicaciones secretas en el Ministerio de la Gobernación se encargó personalmente de llevar el mensaje de Inglaterra a Ignacio Varela. Las cosas se estaban complicando. Primero con la desaparición de José María Zárate en Barcelona y ahora con el intento de suicidio del auténtico Nelson Abelyan. Lo racional, aunque despiadado, hubiera sido dejar morir al profesor. Máxime habida cuenta de que, desde su traslado a Valencia, Varela no tenía modo alguno de ponerse en contacto con su hija para avisarla del peligro y que esta se lo transmitiera a su vez a George Rojo.

Ante una de las decisiones más difíciles de su vida, el jefe de la inteligencia nacional ordenó que los agentes de Owslebury demandaran la atención de un médico local. Pero, antes de cursar la orden cifrada por radio, elaboró con urgencia un plan que los agentes deberían seguir. Ideó la historia que debían contar al médico. Primero, si Abelyan era capaz de hablar, tendrían que emborracharle hasta que perdiera el conocimiento, y luego explicarle al médico que estaban allí los tres de vacaciones, esperando la llegada de sus esposas. Era algo bastante extraño, incluso insólito, porque nadie veraneaba en esa zona de Inglaterra y menos unos extranjeros. Pero, según su propia máxima, Varela se dijo que no sospecha el que no tiene motivos para hacerlo. Y había que actuar deprisa si quería salvar la vida de aquel hombre que no tenía la menor culpa de nada.

La carretera que unía Madrid con el pueblo de El Pardo partía del noroeste de la capital, más allá del convento de los frailes menores de San Bernardo y el camino de las Cruces. Ataviado como un simple paisano, Napoleón salió del palacio de Oriente con otros dos hombres, ambos jóvenes capitanes de su Ejército, y se dirigió hacia dicha localidad, separada de Madrid unos doce kilómetros. Era media tarde, aproximadamente las cinco, de un día espléndido de primavera. A buen ritmo, los tres jinetes podrían estar en El Pardo a eso de las siete de la tarde.

Los bosques que circundaban aquella villa estaban poblados de encinas, chopos y alcornoques, así como jaras y otros matorrales bajos. El monte había sido uno de los favoritos de los reyes españoles, desde Felipe II, para la caza del oso, el jabalí y el venado. Ahora, la caza que Napoleón se disponía emprender era muy distinta. Una batida sin perros, voces enfervorecidas o el soplido estridente de los cuernos entre el relinchar de las cabalgaduras. Esta caza habría de utilizar la astucia como arma. Quizá hubiera disparos, pero eso no era lo más conveniente. Si Saint-Germain caía abatido, quizá se llevara para siempre el secreto del lugar donde tenía el código. Aunque, si esa era la única posibilidad, mejor sería que no cayera en otras manos que no fuesen las de Napoleón.

Nada más llegar a El Pardo, los jinetes se dirigieron a la única posada que allí había. La regentaba un anciano pardeño, al que asistía su hija, el marido de esta y una nieta que, decían, deslumbraba con su belleza, sus senos abultados y firmes y una cintura capaz de anular el sentido del más pintado. La joven, para aumentar los ingresos de sus progenitores, comerciaba con su cuerpo, y eran muchos los que se llegaban a la villa en busca de su grata compañía. Se llamaba Consuelo. Los informadores de José Bonaparte habían averiguado que Saint-Germain solía visitarla y yacer con ella a menudo.

Por tanto, este era el plan: Napoleón y los dos capitanes solicitarían los servicios de aquella fulana. Ya en la intimidad, le ofrecerían una enorme suma de dinero a cambio de que les entregara al conde o les revelara, si lo conocía, su paradero. El emperador no dudaba de que Saint-Germain aparecería tarde o temprano, así que no tendrían más que hospedarse en la casa de los posaderos y esperar. En cuanto llegara, la joven prostituta, emulando el beso de Judas, se lo haría saber y no resultaría difícil detenerle. Por supuesto, con Saint-Germain en su poder, Napoleón no cumpliría su pacto con la fulana. «Roma no paga a traidores», recordó el emperador la célebre frase dicha por los romanos a los asesinos de Viriato, el líder revolucionario lusitano que osó levantarse en armas contra los conquistadores del Lacio.

# 1937

*Se produce uno de los actos más viles y sanguinarios de la guerra: el ataque de la Legión Cóndor alemana a la localidad vasca de Guernica, arrasándola por completo.*

*Valencia, 26 de abril, lunes*

El fin de semana había sido un tiempo destinado a preparativos más que a trabajo propiamente dicho. La máquina de Ryti empezó a instalarse en el gran salón en el que habrían de prestar sus servicios los criptoanalistas, y en el que también fueron colocadas casi dos decenas de mesas. La profesora Feodorova ocuparía un despacho adyacente y George, como ayudante suyo, tendría a su disposición una parte del mismo.

Sin embargo, durante esos días, George se dedicó también a su propia investigación paralela. Los últimos días en Barcelona, y esos primeros en Valencia, no había tenido la mente para ello. Solo era capaz de pensar en Pilar. Ahora tenía que ponerse de nuevo manos a la obra si quería vencer a los rusos y a su poderosa máquina. Pilar le apoyaba y estaba dispuesta a verle en menos ocasiones a cambio de que siguiera con su labor. La sensación que tenía no era de frustración o desánimo, ni siquiera percibía como una losa la amenaza del nuevo equipo repleto de grandes expertos y dirigido por aquella profesora tan competente. No, sabía que les llevaba la delantera al haber roto el primer cifrado y disfrutaba de una seguridad quizá absurda, pero positiva. No hay mejor impulso que la fe. O el amor.

Ante sus ojos, de madrugada, George tenía los papeles que había rellenado en Barcelona con la tabla de conversión de símbolos en letras griegas. Los extendió en la cama de su habitación y, a la luz de una lámpara que no alumbraba demasiado, volvió a analizar su contenido. Aunque solo habían transcurrido unos pocos días, la tensión intelectual que es capaz de adquirir una mente se pierde enseguida. Y necesitaba de nuevo esa tensión para penetrar el misterio que pretendía y ansiaba desvelar. Cada signo diferente representaba una pareja de letras ordenadas de un modo específico. Pero la transcripción directa no ofrecía nada inteligible, ni había sido capaz hasta el momento de atisbar una solución. Si él tuviera a su disposición una máquina automática que le permitiera calcular miles de posibilidades en breve tiempo, la usaría sin dudarle. Pero no era así y prefería evitar pruebas inopinadas.

El secreto estaba ahí, ante sus ojos. Estaba convencido totalmente de que la respuesta se hallaba a su alcance. El *más sabio de los hombres*, como se mencionaba en el código, al que solo era lícito descifrar el código, no podía ser el que realizara más intentos. George se dio cuenta de que de alguna manera lo entendía; en lo más profundo de su espíritu, creía y confiaba en aquellas palabras. Puede que fueran lo que le confería su seguridad frente a los rusos y sus nuevos métodos.

Unos golpes en la puerta, muy temprano por la mañana, extrañaron a los dos agentes nacionales. El viernes anterior, ya casi de noche, uno de ellos había ido al pueblo en busca del doctor Collins, el único de aquella localidad. Este era un hombre mayor, de mediana estatura pero encorvado y encogido por los años, que lucía una plateada mata de pelo y un enorme mostacho. Su aspecto era el de un venerable anciano, el abuelo que todo niño desearía tener. A pesar de su profesión de médico, su afición por la ginebra y la inhalación de cloroformo le estaban destruyendo el cerebro, y demasiado a menudo su esposa lo encontraba sumido en el embotamiento.

El agente y el doctor fueron a la casita de campo en una *serré* de un solo caballo. Durante el trayecto, el español fue contándole al médico la historia inventada por Varela con cierta aparente indiferencia, como debía hacerse en esos casos. La verosimilitud de una mentira depende muy directamente de la forma de relatarla. Ya delante del accidentado, el doctor le hizo un somero reconocimiento y dijo a los otros dos hombres que su supuesto amigo estaba grave y sería mejor llevarlo a un hospital. Aunque desaconsejaba el traslado. Ambos agentes estaban perplejos. Aquel médico no parecía ser consciente ni de lo que decía. Por fin, después de un par de minutos de aparente ausencia, el doctor Collins cambió el vendaje de la cabeza a Abelyan, que seguía inconsciente desde su conato de suicidio, y le recetó unas medicinas que podrían comprar en la botica del pueblo.

Antes de que el agente que lo había ido a buscar lo llevara de retorno a su casa, el médico les dijo que no se preocuparan. Aunque poco antes había asegurado que las heridas eran muy graves. El otro agente, después de despedirle en la puerta, masculló una súplica al cielo: «Ojalá que Dios asista al profesor».

Desde entonces, los agentes habían hecho todo lo que les había recomendado el doctor: cambiaron a Abelyan el vendaje con regularidad, limpiaron su herida y le administraron las medicinas. A veces el profesor parecía recobrar ligeramente la conciencia y pronunciaba algunas palabras inconexas e ininteligibles. Después volvía a su estado de inconsciencia. A medida que la fiebre fue haciendo presa en él, y los dos hombres a su cuidado tuvieron que refrescarle la cabeza con paños húmedos, esos momentos de delirio se hicieron más habituales y angustiosos. Sin embargo, cuarenta y ocho horas después del suceso, Abelyan parecía estar recuperándose, volviendo a la vida desde la frontera del mundo de los muertos.

La noche anterior, la del domingo, los agentes nacionales se habían acostado más tranquilos. El susto había sido muy grande y el nerviosismo, unido a los cuidados que hubieron de darle al profesor, les había agotado completamente. Por eso aquella mañana de lunes ambos dormían aún cuando los golpes en la puerta, golpes recios y cadenciosos, les despertaron con un sobresalto. Uno de ellos, el que se había negado en un principio a que el profesor fuera atendido por un médico, se levantó, se

adecentó, se puso la ropa con rapidez y se dispuso a averiguar quién estaba llamando con tal brusquedad. Cuando la puerta se abrió lo suficiente como para ver quién era, el agente se quedó de piedra al instante y tuvo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Se trataba de un *bobby*, un policía británico de Scotland Yard, armado únicamente de una negra porra que llevaba a la cintura.

—Buenos días, caballero —saludó el *bobby*, muy ceremonioso, tocando su gorro rígido con dos dedos extendidos de su diestra.

—Sí, ¿qué desea?

—Permítame presentarme. Soy el sargento Ebenezer Rode. Espero no importunarle. Es un asunto embarazoso... Se trata del doctor Collins. ¿Me permite pasar?

El agente le miró con disimulado recelo desde el umbral de entrada, pero se notaba que el gesto grave del policía no era más que una pose. Aquel tipo se tenía subido lo de «servidor de la ley».

—Cómo no. Adelante.

El sargento Rode había aparcado afuera su bicicleta. Le echó un último vistazo antes de entrar en la casa —no por miedo a que se la pudieran robar, sino para comprobar que estaba bien apoyada en la cerca—, y se quitó el gorro que mostraba el emblema policial.

—Usted dirá, sargento.

El otro agente estaba en la habitación del profesor Abelyan. Como el paciente empezaba a volver en sí parcialmente, y estaba entrando en un estado de semiconsciencia, le amordazó con un pañuelo por si intentaba gritar.

—Bien, el caso es que... Ya le he dicho que es algo embarazoso. El caso es que el doctor Collins estuvo hablando conmigo ayer. Los domingos por la tarde solemos jugar una partida de cartas en la taberna de Humprey y nos tomamos unas pintas de cerveza. El doctor había bebido un par de pintas, o quizá tres, cuando me refirió su visita a esta dirección el viernes pasado. Me dijo que... ¡ejem!... que aquí estaba pasando algo muy raro. Son sus palabras, por supuesto. Me insistió en que lo comprobara y, aunque no doy demasiado crédito a lo que va contando por ahí ese borrachín del doctor, el deber me obliga a investigarlo. Espero que usted, caballero, se haga cargo...

—¿Le apetece una taza de té o café? —le preguntó el agente nacional con el objeto de darse tiempo para pensar una respuesta coherente. La disposición del policía, desde luego, no era mala. No parecía creerse una palabra de lo que el doctor le había contado, pero los ingleses a veces son tan impenetrables como los orientales.

—Oh, se lo agradezco. Tomaré, si es tan amable, una taza de té.

—¿Lo prefiere solo o con leche?

—Con una gota de leche, se lo ruego.

El policía sonreía y se comportaba muy educadamente. Demasiado para el gusto de un español, que a ese tipo de conducta afectada suele llamarla remilgo. Su aspecto era el del típico inglés: alto y desgarbado, con la cara larga y el mentón hundido, un fino bigote ralo y los ojos amigables. Mientras el agente iba a la cocina para preparar la infusión, el policía comentó en voz bastante alta para que le oyera:

—¿Entonces, son ustedes españoles y han venido aquí de vacaciones?

—Sí —afirmó el agente desde la cocina.

—¿Y están esperando a sus esposas?

—Así es. Llegarán en un par de días.

—Es curioso. ¿Y qué puede hacer alguien aquí de vacaciones?

Aquella última frase sonó menos enérgica y fue dicha más despacio que las anteriores. El agente nacional tuvo un mal presentimiento. Regresó de la cocina movido por un impulso desconocido, pero ya no le dio tiempo a impedir al policía que entrara en la habitación del profesor Abelyan.

—¡Pero...!

Eso fue lo último que pudo decir el sargento Ebenezer Rode antes de recibir un golpe en la nuca que lo dejó sin sentido.

*Burgos*

—¿Cómo? ¡No puedo creerlo! —exclamó Ignacio Varela cuando leyó el breve informe recibido desde Owslebury en que se refería el último suceso con el policía británico. Los agentes habían tenido que secuestrarlo también a él y quedaron a la espera de instrucciones. No pasaría mucho tiempo hasta que alguien echara en falta al sargento de Scotland Yard y, si alguien sabía que esa mañana pensaba visitar la casita de los «españoles de vacaciones», todas las sospechas se dirigirían de inmediato hacia allí.

Por lo pronto, los agentes nacionales ataron y amordazaron al policía y lo pusieron a hacer compañía al profesor Abelyan. Luego escondieron su bicicleta en el cobertizo y radiaron el mensaje a Burgos, informando de la precipitación de los acontecimientos y la gravísima situación en que se hallaban. Por suerte para ellos, si es que acababan atrapándoles las autoridades inglesas, el policía no había muerto por el golpe en la nuca. Al ir prácticamente desarmados, sin pistola y con una porra nada más, el asesinato de un *bobby* suponía la condena a muerte.

Para Varela, que sobre todo deseaba proteger a su hija, a George Rojo y la misión, estrictamente por este orden, lo que debían hacer estaba muy claro: era, de hecho, la única posibilidad razonable. Abandonar la casa y al *bobby* en ella, y huir de allí en un coche con el profesor Abelyan. Lo más importante era que nadie descubriera la identidad de este último. Todo lo demás pasaba a segundo plano. En cuanto al policía,

lo encontrarían sus compañeros con toda seguridad. No había peligro de que esto no ocurriera y el hombre finalmente muriera de sed e inanición.

Las órdenes de Varela, por tanto, fueron salir de la zona cuanto antes, localizar un automóvil discreto, robarlo sin ser vistos ni levantar sospechas y dirigirse a algún bosque. Los agentes españoles estaban entrenados para sobrevivir en las más duras condiciones. Podían soportar toda clase de privaciones y procurarse el sustento con lo que encontrarán en la tierra o mediante el asalto y el pillaje. Pero no era esto lo que Varela deseaba. Si actuaban como bandoleros, echados al monte, no tardarían demasiado en caer. Esas técnicas de supervivencia estaban pensadas para tiempos de guerra o graves conflictos sociales. En cuanto tuvieran oportunidad de localizar un sitio para esconderse de nuevo, deberían aprovecharlo. Llevaban dinero suficiente para alquilar otra casa en algún otro pueblecito de la campiña inglesa y desaparecer discretamente.

Varela hizo que les comunicaran sus órdenes y luego se quedó solo en su despacho, con aire de aparente tranquilidad. Pero cualquiera que hubiese visto el cenicero de su mesa, habría llegado a la conclusión de que ni mucho menos era así. Sus nervios no afloraban a sus manos o piernas, o a su cuello, haciendo que la cabeza vibrara o las extremidades sufrieran temblores. No, su ansiedad, su turbadora preocupación, su miedo a lo que pudiera acontecer con su hija y con el profesor Rojo, pero sobre todo con su amada hija Pilar, era una procesión que iba por dentro.

No hubo tiempo de hacer casi nada. Consuelo, la joven prostituta de la pensión de El Pardo, hizo lo que Napoleón le había solicitado. Su ánimo no concebía otra pretensión que la de ganar unas monedas de oro. El emperador se compadeció de ella, por su bajeza, sin darse cuenta de que él mismo no pretendía otra cosa, aunque en una cantidad infinitamente superior. Eran dos reflejos de la misma realidad.

Pero, a pesar de que el plan estaba bien urdido, salió mal. Saint-Germain fue a la posada a la caída del sol, para cenar algo y disfrutar de compañía femenina. Consideraba un vicio despreciable el de andar con fulanas, pero su carne era débil y sus energías aún muchas. Hubiera querido ser como los austeros y célibes monjes del cercano convento franciscano que, en lo alto de un otero al que se llegaba atravesando el río, vivían en la contemplación y el rezo, procurando con sus plegarias y su ascetismo que Dios se apiadara de los hombres y les otorgara el don de la fe que les librara de su maldad, dándoles fuerzas para obrar el bien.

Con Napoleón no había ya nada que hacer. Era tarde para él; porque nunca es tarde solo para quien no posee un orgullo tan grande que le ciegue y le impida implorar el perdón. Su espíritu estaba corrupto, aunque la natural nobleza de su carácter aún le hiciera, muy de vez en cuando, emitir un destello de humanidad. Es el destino de quienes tienen un puesto en la historia: a menudo ganan el mundo a costa de perder su alma. Y, sin embargo, quizá nunca hubo otro hombre con más derecho a ser llamado *empereur*.

Mientras el conde permanecía en la alcoba de la furcia, esta había salido, antes de yacer, con el pretexto de lavarse sus partes íntimas. Esto era un detalle por su parte que Saint-Germain nunca le pidió, pero que agradecía. Fue el momento aprovechado por ella para alertar a Napoleón, que ordenó a sus hombres arremeter contra la puerta, de mísero aunque robusto pino castellano. Consiguieron apresarle, pero, antes de que el emperador entrara, de improviso, unos vapores de extraño aroma invadieron la estancia poco a poco, como una bruma suave que, al cabo de unos segundos, se transformó en la más densa de las nieblas. Cuando se disipó, tan rápido como se había concentrado, el conde ya no estaba allí, ante la estupefacción de los militares. Los grilletes de sólido hierro con que habían esposado sus manos, estaban ahora en el suelo. No quedaba ningún rastro de aquel hombre que acababa de obrar un prodigio. O puede que un milagro.

Los dos capitanes se pusieron a temblar como niños asustados. Sus rostros traslucían el más intenso pánico, tanto a lo que acababan de presenciar como a la reconvención que el *sire* habría de dedicarles. No encontraban una explicación a lo

sucedido. Aquello era obra, sin duda, del demonio.

Napoleón, menos supersticioso que sus subordinados, no creía en tales explicaciones, propias de ignorantes y cobardes. No, el conde le había burlado de nuevo con ayuda de sus artes. Nada había de milagroso, pero ya nunca podría hallarlo otra vez. Saint-Germain se había disuelto como la niebla entre la que escapó. Para siempre.

El conde vivió sus últimos años en el norte de España, y murió treinta años después de aquel encuentro. Dejó el código escondido en un antiguo subterráneo, en Gerona, bajo una pequeña iglesia. Antes de morir, no obstante, tuvo tiempo para reflexionar sobre la más importante enseñanza que había aprendido en todos sus años, sus muchos años en el mundo: el hombre sabio es quien padece con más rigor todos los peligros, es el verdadero perseguido, el eterno judío errante, sin rostro, desconocido incluso por sus mejores amigos. Tan aislado y solo está el sabio que lo sea de veras, como el poderoso sentado en su trono. Es el precio de la inmortalidad.

## 1937

*Las tropas del general Mola continúan su imparable avance por Guipúzcoa. Se ocupan los pueblos de Éibar y Ermua.*

*Valencia, 27 de abril, martes*

La máquina del profesor Wäinö Ryti llegó desmontada a Valencia en el mismo avión en el que habían viajado él y la profesora Feodorova. Ocupaba casi todo el fondo de la sala, pues medía aproximadamente siete o siete metros y medio de ancho. Como mínimo llegaba a los dos metros y medio de altura y su profundidad era de unos dos metros. A primera vista, se asemejaba a una pila formada por varias columnas de engranajes delgados y aplastados, y utilizaba un generador eléctrico de motor de combustión. En realidad, se trataba de un propulsor, con una potencia de seiscientos cincuenta caballos de vapor, perteneciente a un avión ruso Polikarpov I-16 —el célebre Mosca—, que no se había traído desde Rusia porque esa clase de aparato ya servía en España en el bando republicano.

Varios técnicos, todos ellos rusos, seguían las instrucciones de Ryti, un hombre de aspecto aristocrático y bien plantado. Demostraba una enorme paciencia, pero se notaba que esta no surgía de su auténtica manera de ser, sino de su exquisita educación. A veces, ante un fallo o un error de alguno de los especialistas, su rostro se encendía por la ira, pero siempre lograba controlarse y que las nubes de tormenta no afloraran al exterior. En el trato personal se mostraba reservado, aunque no llegaba con ello a la incorrección. Todo lo contrario: aquel finlandés de modales refinados, pelo de un rubio pajizo y rostro ligeramente mongoloide, encarnaba la cortesía y la delicadeza.

Cuando no estaba dirigiendo los trabajos de montaje o ajuste, el profesor Ryti ilustraba a Vera Feodorova y George acerca de su máquina. Les explicó cómo funcionaba en lo básico y qué se podía esperar de ella; la cantidad de operaciones por hora que era capaz de realizar y el modo en que debían introducirse los datos. Mientras lo hacía, George recordó en un cierto momento la frase de Casca en la obra *Julio César* de Shakespeare, que dio como respuesta a Bruto y a Casio cuando le preguntaron por Cicerón. La frase era así, poco más o menos: «No sé lo que dijo, pues habló en griego. Los que lo entendieron se sonreían. Para mí, hablaba en griego». Un chiste muy famoso, aún vigente, y que venía muy al caso.

Pero no hacía falta, en realidad, que George, Feodorova o el resto de criptoanalistas conocieran en profundidad el funcionamiento de aquella máquina computadora. Bastaba con que tuvieran claro lo que Ryti les había explicado, haciendo gala de una aguda inteligencia que le permitió adelantarse a muchas de las preguntas de sus interlocutores. Se comportaba como si estuviera dando una clase a sus alumnos de la universidad.

Empezaba para George la recta final de su investigación. Era el todo o nada, la baza decisiva de aquella partida de naipes, el movimiento definitivo de la partida de ajedrez. Lo llamara como lo llamara, sabía que no le quedaba mucho tiempo. Era un hombre solo contra una legión de expertos, tan competentes como él, y contra el cerebro de una fría máquina sin sentimientos ni corazón.

*Carretera de Wonston a Oakley, sur de Inglaterra*

El pequeño utilitario de la marca Morris avanzaba lentamente. Los agentes nacionales lo habían robado en la localidad de Northington, cercana a Owslebury. Antes de ir allí habían pasado la noche en un húmedo bosque no demasiado frondoso. A la mañana siguiente uno de ellos bajó hasta el pueblo y se hizo con el automóvil. Abandonaron la *serré*, que tenían en la casa de campo y que habían utilizado para huir, y tomaron una vía secundaria que conectaba Northington con la carretera de Winchester a Basingstoke, a la altura de otro pequeño pueblo de la comarca llamado Wonston. En realidad, no sabían muy bien hacia dónde dirigirse y simplemente trataban de alejarse de Owslebury.

En las órdenes de Varela se les pedía que fueran por carreteras poco importantes, en dirección norte, y que trataran de llegar a una localidad de nombre Monk Sherborne. El jefe de la inteligencia nacional había dado instrucciones a un agente de Londres para que se encontrara con ellos allí y les prestara su ayuda. En caso necesario, deberían anular al profesor Abelyan. Pero solo si era verdaderamente imprescindible.

Ambos estaban seguros de que el sargento Ebenezer Rode habría sido ya encontrado. Lo único bueno para ellos de todo el asunto era que el policía no había tenido tiempo de enterarse prácticamente de nada antes de desvanecerse y caer como un saco de patatas en el suelo de la habitación donde estaba cautivo el profesor Abelyan. Con toda seguridad, Scotland Yard sería alertado y les buscarían por toda la región, pero sin saber nada acerca de quiénes eran o qué hacían allí con un hombre atado en una cama.

El agente nacional que conducía, y que había robado el vehículo, pidió al otro que le diera un cigarrillo. Acababa de iniciar la marcha cuando se puso a llover a cántaros.

—¡Cochino clima! —masculló entre dientes.

Nelson Abelyan estaba embutido en el maletero, maniatado, amordazado y con una manta cubriéndole.

—Esto se pone feo —dijo el otro, y añadió—: Me refiero a la misión.

Su compañero no contestó. Se limitó a proferir una especie de gruñido de aprobación. Estaba molesto por no haber podido eliminar al profesor cuando, según

él, debieron hacerlo, en medio del bosque. Podrían haberle enterrado en la blanda tierra y haberse marchado sin dejar rastro. Aunque llegaran a detenerles, la misión en zona republicana y las vidas de sus compañeros no estarían en peligro. Sin embargo, Varela dejó muy claro en su mensaje que no debían deshacerse del profesor a menos que no tuvieran otro remedio. Y el otro agente, más humanitario quizá, le recordó esas órdenes cuando su compañero sugirió dar a Abelyan un tiro en la nuca.

—¿Ves eso? —preguntó el agente que conducía, quitándose el cigarrillo de la boca. Su voz era de alarma.

—¿El qué? —replicó el otro, asustado por el tono de su compañero.

No hubo más palabras. Delante de ellos había una barrera con un furgón de la policía cortando el paso. El hombre al volante trató de esquivarlo sin reducir la velocidad, aprovechando el espacio que quedaba en el arcén. El coche reculó al pisar la hierba mojada y no pudo evitar perder el control del mismo, que dio una vuelta de campana y fue a detenerse, tras colisionar de lado contra un árbol, junto a unos matorrales.

A pesar de la lluvia, el automóvil empezó a arder. El profesor Abelyan, como un fardo, salió despedido del portaequipajes en el momento del vuelco. Los policías corrieron para socorrerles y encontraron al hombre con las ataduras y la mordaza. A los agentes nacionales les sacaron del coche, que estaba boca abajo. Uno de ellos tenía el cráneo abierto y falleció a los pocos instantes. Era el que no había querido matar a Abelyan. El otro, casi ileso, salvo una fuerte contusión en un brazo y probablemente alguna costilla rota, fue capaz de levantarse, sin dejarse vencer por el dolor, sacó su arma de debajo de la chaqueta y se lanzó hacia donde tenían tendido al profesor.

Pero no pudo disparar un solo tiro. Antes de que lo hiciera, un policía le había volado la cabeza.

Horas después del incidente, el profesor Nelson Abelyan se despertaba en la cama de un hospital. Poco a poco empezó a percibir cada hueso y cada músculo de su cuerpo. Se sentía como si le hubieran dado una paliza y además tuviera resaca. Todo le daba vueltas. En un hilo de voz, consiguió llamar la atención de una enfermera, que después de decirle que se tranquilizara fue en busca del doctor.

—Debe descansar y no pensar en nada —le recomendó dulcemente el médico—. Ha sufrido un accidente, pero se pondrá bien. Ahora intente dormir.

La enfermera le administró una pequeña dosis de morfina, para calmar sus dolores y favorecer la aparición del sopor. En menos de un minuto, el profesor se había sumido en un profundo sueño.

## Tercera parte

# 1937

*Los nacionales entran en Guernica y contemplan la desolación. Después de sufrir varios ataques, se hunde por fin el acorazado España en la costa de Santander. La conmemoración de la festividad del trabajo incluye desfiles de delegaciones pertenecientes a múltiples países.*

*Valencia, 1 de mayo, sábado*

El día había amanecido gris, pero empezaba a despejarse según entraba la mañana. El día anterior, el viernes, había sido el primero en que la máquina de Ryti se había puesto en funcionamiento en pruebas. El ensayo consistió en programarla para calcular el número pi con una mantisa de veinte decimales. Para ese proceso, la máquina requirió diez minutos. Solo diez minutos. George estaba asombrado. Si podía realizar tal cantidad de operaciones —la labor de cien personas trabajando al unísono—, había que tener incluso miedo de ella.

¿Qué depararía el futuro cuando esos artilugios sustituyeran a las tablas de logaritmos...? George se iba preguntando esto mientras caminaba en dirección al hotel de Pilar. Como no tenía ningún interés en acudir a la fiesta popular que se había preparado en Valencia, optó por aprovechar el tiempo libre para pasarlo con ella. Hasta el momento no había querido que dejara el hotel y se fuera a vivir con él a su apartamento. Aún no se lo había dicho, pero había tomado la decisión de que era el momento de hacerlo.

—Podemos ir a algún lugar apartado —propuso George.

—O quedarnos en mi habitación —dijo ella con su sonrisa pícara, mirándole fijamente a los ojos porque sabía que le avergonzaba y, con toda dulzura, eso le gustaba mucho en él.

—Bueno, en tu habitación o en mi apartamento.

Aquella respuesta no parecía usual en George. Qué lanzado estaba siendo, pensó Pilar, que le dirigió un gesto inquisitivo como queriéndole decir que se explicara. Hasta el momento, ella nunca había estado en el apartamento de George.

—Creo que puedes venirte a vivir conmigo. No hay razón para que sigamos así, y...

Pilar notó con claridad que George quería decir algo más de lo que había expresado, algo que no se atrevía y que debía de ser importante para él.

—¿Y?

—Yo quería proponerte...

—¿Sí?

—Quería proponerte que nos casemos en secreto. Quiero que seas mi mujer.

Pilar abrió los ojos y la boca y en su rostro apareció reflejada la viva expresión del asombro como en las alegorías pictóricas. A George le había costado mucho decirle aquello. Una proposición de matrimonio es algo que no se hace a la ligera.

—Pilar, lo siento. No sé lo que estoy diciendo. Perdóname.

—No, George, no tengo nada que perdonarte —dijo ella, recobrada de la impresión—. No sé si me creerás, pero eres el único hombre con el que he estado íntimamente. Eso para mí significa algo. Pero no me gustaría esconderme, tener que buscar a un sacerdote y pedirle que nos case en secreto. Cuando lo hagamos, quiero que sea con una ceremonia tradicional y vestida de novia. Y tú con un traje deslumbrante. Te amo mucho, George. Espero que no te ofenda esta respuesta.

¿Cómo podía ofenderle aquello? Jamás nadie le había hablado con tanta ternura, con palabras que emergían del centro del corazón, de su lugar más profundo y sagrado.

—Yo también te amo, Pilar. Tienes razón. Es mejor esperar y hacer las cosas bien. Tú continuarás en el hotel y yo en mi apartamento. Algún día, espero que cercano, podremos vivir juntos para siempre.

—Nada de quedarme en el hotel. Quiero estar contigo y dormir contigo todas las noches.

Otra vez ponía ella ese gesto de picardía que aumentaba su belleza. Pilar era luminosa para George, como un ángel del cielo.

*Andover, Inglaterra*

Una guapa enfermera llamó con los nudillos a la puerta del despacho del director del hospital. Desde dentro se escuchó un melifluo «adelante», y la joven abrió la puerta y pasó al interior.

—Señor, el paciente que trajo la policía ha despertado.

—Ah, eso está bien.

—Pero, doctor... Tiene usted que venir.

La enfermera mostraba cierto azoramiento.

—¿Qué sucede, Beth?

—Será mejor que lo vea usted mismo, señor.

El director, un hombre de edad avanzada y aspecto respetable, se levantó de su asiento y dejó los papeles que estaba examinando sobre la mesa. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo del pecho de su bata. Le extrañaba la inusual actitud de la enfermera. Creyó oportuno hacerle caso, a pesar de que, en sus labores al frente del hospital, tenía la máxima de obrar siempre con medida y tranquilidad. El apresuramiento salva pocas vidas; la calma, sin embargo, salva muchas más.

Cuando ambos llegaron a la cama ocupada por el profesor Abelyan, la enfermera hizo un gesto con la mano, indicándole al doctor que iba a mostrarle algo.

—Señor, señor... —llamó al paciente.

—Dígame. ¿Qué desea?

—¿Recuerda su nombre?

—Ya le he dicho antes que no, señorita. No recuerdo ni mi nombre ni qué hago aquí. No sé qué ha pasado. Estoy entre tinieblas.

Su inglés era excelente, aunque con desagradable acento americano, se dijo el director. Y eso le extrañaba, porque se suponía que aquel hombre era español. O al menos eso habían dicho los agentes de Scotland Yard que lo llevaron allí. Las órdenes de la policía eran atenderlo, obviamente, y comunicar cualquier variación en su estado de salud. Debía ser sometido a interrogatorio en cuanto fuera posible para dilucidar con su testimonio lo que había ocurrido. Todo era sumamente confuso. Ni siquiera llevaba documentación o algún objeto personal.

Para investigarlo y aclararlo se le había asignado el caso al detective Goliath Hart. Este llegó al hospital un poco después de la hora del almuerzo. El director le había comunicado que el paciente había recobrado la consciencia total. Luego, ya en su despacho, le informó de su estado de amnesia severa. Ese era un contratiempo con el que nadie en Scotland Yard contaba.

—¿Qué puede hacerse, doctor? Si es que puede hacerse algo —preguntó el detective.

—Sí, es posible hacer algo. Pero es una técnica poco experimentada. Tengo entre mi personal un joven médico psiquiatra. Él piensa que lo mejor en estos casos es estimular la memoria en un entorno de absoluta calma y tranquilidad. Ya he estado hablando con él, y a ese efecto me ha ofrecido trasladar al paciente a una casa de campo que posee no lejos de aquí.

Hart no se rio porque no tenía ganas. Pero en otra situación lo hubiera hecho. Él pensaba que todas esas nuevas terapias mentales no eran más que patrañas y basura. A sus cuarenta y cinco años, creía que la única psicología válida era la persuasión basada en el miedo. Pero esta idea estaba enfocada exclusivamente a criminales y no a personas como aquel hombre amnésico, que era la víctima de un secuestro. O al menos eso era lo que se suponía. Goliath Hart había decidido averiguarlo. Y ahora ese muro de la pérdida de la memoria se lo iba a impedir. Si es que era cierto que la había perdido.

—No tengo inconveniente en que lo trate ese doctor —mintió Hart, aunque solo en parte. La posibilidad de sacar al *sospechoso* del hospital le parecía una buena oportunidad para poner en marcha sus planes de acoso y derribo—. Siempre que yo pueda ir también a esa casa de campo. Es mi deber.

—Suponía que usted pondría esta condición. Estoy de acuerdo. Vaya con ellos y trate de no presionar al paciente. Los procesos de la psique humana nos son casi por completo desconocidos. Espero, sin embargo, que el éxito corone su recuperación.

El agente nacional que Ignacio Varela había enviado a Monk Sherborne, en espera de sus compañeros, recibió nuevas instrucciones. Al parecer —según fuentes próximas a la policía británica— los dos agentes que custodiaban al profesor Abelyan

habían muerto en un accidente de automóvil cuando pretendían saltarse una barrera policial. El hombre al que llevaban secuestrado, el profesor Abelyan, estaba vivo aunque herido, y había sido internado en el hospital de una localidad llamada Andover. Hasta ella debía ir el agente y, si todavía no había recuperado la consciencia, acabar con su vida antes de que pudiera hablar. En caso contrario, la misión en zona republicana habría acabado y Pilar Varela y George Rojo tendrían que ser sacados de Valencia cuanto antes.

Los algo más de treinta kilómetros que separaban ambas poblaciones fueron recorridos por el agente nacional en un coche de su propiedad. Su tapadera en Londres era un trabajo como viajante, así que nadie se extrañaba de sus numerosos desplazamientos. Ni tan siquiera su casera, una mujer viuda y entrometida que regentaba una casa de huéspedes en el West End londinense.

Nada más llegar a Andover, el agente preguntó a un paisano por el hospital. Se sintió un poco estúpido cuando el hombre le indicó que lo tenía enfrente. Un golpe bajo para un espía. También le preguntó por un lugar donde alojarse y le explicó, con desinterés, que era representante de una compañía de prendas textiles. El viejo le dio las señas de la hospedería más cercana a la institución y siguió su lento caminar hacia ninguna parte.

*Penton Mewsey, Inglaterra*

El doctor Andrew van Dijken había estudiado en Oxford y Ámsterdam. Fue un niño precoz, interesado por las ciencias y la técnica aunque demasiado escrupuloso como para que alguien de su familia hubiera podido imaginar que, en su edad adulta, sería doctor en medicina. En esa decisión influyó mucho la prematura muerte de su madre cuando él contaba tan solo quince años de edad. Al ser hijo de un holandés afincado en Gran Bretaña, primero cursó sus estudios en este país y luego se trasladó a los Países Bajos para completar su doctorado.

Fue en el continente donde trabó contacto con un discípulo de Carl Jung, profesor suyo en la universidad, y quedó fascinado por la incipiente disciplina de la psiquiatría. Aunque su especialidad era la fisiología, leyó mucho sobre esa otra materia tan excitante y, con el tiempo, llegó a convertirse, si bien no en una autoridad, sí en alguien bastante versado en los procedimientos psiquiátricos. Cuando regresó a Inglaterra, un par de años atrás, encontró un puesto en el hospital de Andover, donde trabajaba en la actualidad como excelente médico, apreciado por todos sus colegas y el resto de personal de la institución.

Su labor allí era más bien prosaica. Andrew soñaba con penetrar los entresijos de la mente y conseguir algún descubrimiento de valor científico. En esos dos años, aumentó aún más sus conocimientos y ahora se le presentaba la oportunidad de

afrontar un problema real, un caso de amnesia profunda para el que él creía tener la solución: el empleo de técnicas de relajación orientales adicionada a sesiones de hipnosis. Y estaba a punto de comprobar el resultado de esa terapia.

El doctor Van Dijken, el detective Hart y el hombre sin memoria llegaron a la casa de campo del primero a eso de las ocho de la tarde. El disco solar estaba muy bajo en el horizonte, próximo al ocaso, y las luces del atardecer conferían a la construcción, de dos pisos y buhardilla, con muros de ladrillo rojo y un par de altas chimeneas en el tejado, el aspecto de una pequeña mansión de cuento de brujas. Solo su tamaño, demasiado exiguo, rompía esa impresión al acercarse lo bastante como para percibirlo en su auténtica magnitud.

*Andover*

El hombre que pidió ver al director del hospital aguardaba tranquilamente en la antesala de su despacho, de pie, fumando un cigarrillo y con un ejemplar de *The Times* debajo del brazo. No lo había leído ni ojeado siquiera, pero le daba un aire de respetabilidad que le vendría bien; al igual que su impecable traje gris y su bombín, que ahora tenía en la mano. La secretaria del director, sentada a una mesa, le echaba una mirada de cuando en cuando en la que podía percibirse el deseo. Aquel hombre, de piel morena, era atractivo más que guapo.

Un timbre en el interfono hizo que la muchacha se levantara. Llamó a la puerta del despacho y metió dentro la mitad de su esbelto cuerpo. Luego volvió a salir, se giró hacia el agente y anunció:

—Puede usted pasar.

El hombre hizo lo que le decía, no sin antes dedicar una sonrisa a la joven. Ella cerró un momento los ojos y, cuando él ya no podía verla, se puso una mano en el pecho y suspiró.

—Siento haberle hecho esperar —dijo el director del hospital a modo de saludo—. Mi secretaria me ha informado someramente del motivo de su visita. Usted dirá, caballero.

—Supongo que le habrá comunicado que soy inspector de la policía del Gobierno español legítimo.

—Desde luego.

—Aquí tiene mi acreditación y mis documentos de identidad.

El doctor miró con desinterés lo que el agente le mostraba. No había motivo aparente para dudar de la palabra de aquel policía de la República española.

—Está bien. ¿En qué puedo serle útil?

—Hace unos días fue ingresado en este hospital un hombre que trajeron mis colegas de Scotland Yard.

—En efecto.

El médico jugueteaba con una estilográfica entre sus dedos. Tras él, un retrato del rey Jorge VI presidía la estancia, decorada con gusto y sin excesos.

—Pues bien, al parecer dos ciudadanos de mi país le habían secuestrado y se me encarga que abra una investigación conjunta a la británica. No recuerdo ahora mismo el nombre del agente inglés que lleva el caso...

—¿Se refiere al detective Goliath Hart?

—Eso es, el detective Hart. No sé dónde tengo la cabeza... El caso es que debo interrogar a su paciente con el fin de hacer mis averiguaciones, si es que no está demasiado grave para hablar.

El director hizo un gesto de extrañeza.

—El paciente ya no está aquí. Uno de nuestros médicos lo ha llevado a una casa de campo para tratarle en un entorno más tranquilo y acogedor. Es extraño. ¿No se lo ha comunicado Scotland Yard?

—¡Oh, era eso...! Ya le digo que un día perderé mi cabeza. Esta mañana me dijeron que tenía una llamada telefónica del detective Hart, pero me olvidé de devolverla. Debía de ser para comunicármelo.

El agente nacional se maldijo, aunque no tenía la culpa de su metedura de pata. Al menos acababa de conseguir una buena información. Si el director del hospital llegaba a sospechar de él, no creía que lo hiciera antes de que pudiera eliminar a Abelyan.

—Si no necesita nada más de mí, debo volver a mi trabajo.

—Por supuesto. Ya he terminado. Gracias y disculpe mi intromisión. Si no fuera tan despistado...

El agente se marchó después de dar un apretón de manos al director. Los ingleses no eran muy aficionados a esa práctica de saludo o despedida, pero, educadamente, el médico no se negó a estrecharle la mano al español cuando este se la tendió. Y después, ya de nuevo solo en el despacho, ante un buen número de informes clínicos, pensó en que la policía de España no debía de ser tan profesional y eficiente como la británica si estaba formada por agentes despistados que no sabían dónde tenían la cabeza.

*El Gobierno republicano establece en Valencia la creación del arma de aviación. Se ocupa el santuario de Santa María de la Cabeza, cerca de Andújar, tras un asedio de más de ocho meses. En Madrid, el frente alcanza la zona de la carretera de La Coruña.*

*Valencia, 2 de mayo, domingo*

George había pasado su primera noche con Pilar en su apartamento de la calle Barcas. Cenaron juntos allí mismo. Ella cocinó un guiso muy sabroso y George le prestó su ayuda en todo cuanto pudo. La verdad es que era un desastre en la cocina, aunque en muchas ocasiones había intentado elaborar algo que pudiera calificarse de comestible.

Después de la cena, charlaron un buen rato y, finalmente, se acostaron e hicieron el amor.

A la mañana siguiente, Pilar se despertó antes que George, que aún dormía plácidamente con una sonrisa de felicidad. Sin levantarse de la cama, estuvo contemplándole varios minutos, disfrutando de su amor hacia aquel hombre y pensando una vez más en el engaño al que le tenía sometido. Lo importante, se dijo, era que su corazón no mentía.

George se despertó al fin, abriendo los ojos lentamente, con la serenidad de quien es feliz. Feliz a pesar de los peligros y los riesgos que había asumido. Se incorporó en el lecho y dio un beso a Pilar en los labios. Su mano se deslizó en una caricia que recorrió la espalda de ella.

—¿Hace mucho que me observas? —preguntó George, que se había dado cuenta de ello.

—Unos minutos.

—¿Por qué?

—Porque te quiero, tonto —dijo Pilar, y se metió por debajo de las sábanas para practicar juegos prohibidos.

Una hora después, ambos desayunaban con la radio puesta, escuchando música de *big band* americana. Fue entonces cuando, sin motivo aparente, en medio de una situación por completo rutinaria, George tuvo ese destello de genialidad que había estado esperando. Un repentino rayo de luz, fugaz y chispeante, cruzó su mente. Quizá era algo descabellado, pero al menos ya no estaría en dique seco. El panecillo que estaba comiendo se le cayó de la mano y se sumergió como un saltador de trampolín barrigudo en la taza de leche, salpicándolo todo. Pilar hizo un aspaviento y le preguntó si le ocurría algo, pero George ni siquiera la oyó, ni mucho menos contestó. Antes de que ella pudiera decir algo más, ya se había levantado y revolvía sus papeles con las anotaciones de la investigación secreta.

—No, no es posible. No es posible... —repetía George una y otra vez.

—Ya sé que mi voz no es tan atronadora como la de tu amiguito, el tuerto, pero, ¿podrías decirme qué pasa?

—¿Cómo...? ¿Decías algo?

Pilar prefirió no insistir. Estaba claro que George había tenido alguna clase de idea al respecto del código y no convenía interrumpir al *sabio* en su trabajo. Sacudió la cabeza, hizo un mohín y volvió a la mesa para terminar su desayuno.

*Penton Mewsey*

Antes de someter a su paciente a la primera sesión de hipnosis, el doctor Van Dijken tuvo una agria discusión con el detective Goliath Hart acerca de la conveniencia de

que estuviese presente o no durante el proceso. Hart sospechaba que aquel hombre no sufría realmente de amnesia y solo pretendía evitar a toda costa que la policía averiguara la verdad de los hechos. Para el médico, por el contrario, y fundamentándose en diversas pruebas previas a las que había sometido al paciente, su dolencia era auténtica.

La hipnosis fue la segunda etapa de una terapia más amplia, que Van Dijken tenía pensado aplicar al hombre sin memoria. Desde su llegada a Penton el día anterior, el médico estuvo con él practicando ejercicios de relajación. En su gramófono, a un volumen muy bajo, puso un disco de Palestrina. Las voces de un coro angelical llenaban el espacio con su sonido tranquilizador. Los dos hombres, médico y paciente, se sentaron en el suelo del salón, sobre una alfombra de lana bellamente tejida, y adoptaron la postura llamada «del loto». Con los brazos apoyados en las rodillas y las palmas de las manos extendidas, cerraron los ojos y se sumieron en una especie de meditación cuyo objetivo era dejar la mente en blanco, apartando de ella todo pensamiento que pudiera perturbar la relajación.

Mientras, desde una esquina del salón, el detective los observaba sin hacer el más leve ruido. No sabía si reírse o llorar. Todo aquello resultaba ridículo. De todos modos, les imitó, bajando los párpados. Pero no puso su mente en blanco. Al contrario, la llenó de ideas respecto a cómo arrancar una confesión a aquel hombre de mediana edad, casi pelirrojo, más bien rechoncho y con cara de bobalicón.

Sumido en esos pensamientos, afloró de nuevo al rostro de Hart la especie de mueca de desprecio que casi siempre exhibía. Su aspecto era el de un tipo duro, alto y fuerte, con el pelo oscuro y repeinado, nariz prominente y platirrina, y una ancha quijada. Sus facciones angulosas y sus ojos saltones le hacían parecer uno de esos personajes de los cómics americanos.

Cuando el doctor Van Dijken le prohibió la entrada a su despacho para asistir a la sesión de hipnosis, el detective había salido de la casa a regañadientes, ahora paseaba por el descuidado jardín fumando un cigarrillo y maldiciendo por lo bajo. Dentro, el médico empezaba a sumir al paciente en el estado sofrónico. Era la primera vez que practicaba esa técnica con fines terapéuticos desde hacía más de dos años, pero el hombre respondía bien y quedó hipnotizado en pocos minutos. Lo que dijo en ese estado de semiconsciencia, próximo al sueño, fue anotado por Van Dijken en un diario clínico. Por orgullo y celo profesional, no compartió nada con Goliath Hart. Pero debería haberlo hecho.

*Valencia*

Desde un sillón del saloncito, Pilar miraba hacia George sin decir nada. Él ocupaba una silla y tenía toda la mesa cubierta de papeles. Su lápiz, que afilaba regularmente

con una pequeña cuchilla, surcaba las blancas hojas y las iba cubriendo de trazos de grafito. Ella no tenía ni idea de lo que hacía, pero hubo un momento en que aprovechó una pausa en su incansable labor y se dirigió a él. Antes no había querido interrumpirle.

—¿Has dado con algo?

—Creo que sí. Mira, ven aquí. El otro día, la rusa que dirige el equipo de investigación me habló de un artículo «mío» en el que se explicaba el método de Polibio. Recuerdo que yo también le conté ese método al actor que estaba en el Lluch, una tarde en que merendamos con el general Boada. Y ahora me ha venido una idea que tiene que ver con ello. En el método de Polibio se traza una matriz numerada de filas y columnas. En las casillas se ponen las letras del alfabeto, de manera que a cada pareja de números le corresponda una de las letras. ¿Me sigues?

—La verdad es que no.

—Te lo dibujaré. Fíjate bien.

	1	2	3	4	5	6
1	A	B	C	D	E	F
2	G	H	I	J	K	L
3	M	N	O	P	Q	R
4	S	T	U	V	W	X
5	Y	Z				

—Falta la eñe —observó Pilar con retintín.

George obvió el comentario jocosos. Cuando estaba concentrado no apreciaba el humor de los chistes.

—Ahora mira. Si quiero escribir una palabra cualquiera, por ejemplo PILAR...

—¡Eh, cómo que una palabra cualquiera!

—Era un decir, mujer...

—Bueno, sigue.

—Si quiero escribir PILAR codificado con esta tabla, no tengo más que anotar los números de fila y columna de cada letra. Así, tu nombre quedaría: 43-32-62-11-63.

—No es muy bonito —dijo ella sin abandonar el tono jocosos.

—Quizá no, pero sí efectivo. Al menos lo fue hasta bien entrada la Edad Media. Date cuenta de que el código podría haber sido distinto con el mismo método. Yo he puesto primero el número de columna y luego el de fila. Al revés, habríamos obtenido: 34-23-26-11-36. Y se puede complicar este sistema hasta límites increíbles si se hace una tabla más grande y se repiten letras, o si se colocan aleatoriamente. Además, la frecuencia de las letras, es decir, la cantidad de veces que aparece cada una, no tiene por qué ser la misma en todos los casos. E incluso la forma de la tabla puede cambiarse. ¿Lo entiendes?

—Más o menos... O sea, no.  
—Te pondré otro ejemplo más complejo.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9
1	D	U	E	V	A	C	X	L	Z
2	A	D	I	Q	U	W	F	K	Y
3	S	B	C	A	I	F	A	E	Y
4	I	A	B	V	J	M	S	G	O
5	C	R	O	H	R	A	G	Q	L
6	H	K	D	J	D	E	W	A	X
7	T	G	A	Z	N	T	Q	F	M

—Ahora es la letra A la que más veces se repite, y no hay un solo alfabeto, sino que está escrito varias veces. Las distintas letras no ocupan un orden correlativo, ya que las he puesto como me ha venido en gana. Si codifico un mensaje con esta tabla, lo envío y el receptor tiene una tabla igual que la mía, únicamente él podrá descifrar el texto. Para cualquier persona que lo interceptase le sería imposible saber qué dice. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, pero...

—¿Pero qué tiene esto que ver con el código? —George se adelantó a la pregunta de Pilar.

—Sí, ¿qué relación tiene?

—¿Conoces los números romanos?

—Claro. Se escriben con X, V, I, M, D...

—Exacto. Pues, en griego, las letras también son números. Todas ellas corresponden a una cifra, que varía en magnitud en función de unas comitas que se sitúan por encima o por debajo del carácter, y a la derecha o la izquierda respectivamente. La alfa puede representar 1 o 1.000; la beta, 2 o 2.000; la gamma, 3 o 3.000, y así hasta la omega, que vale 800 u 800.000. La iota tiene como valor 10 o 10.000, y partir de ahí las cifras no son continuas, sino que saltan de diez en diez. La kappa vale 20 o 20.000, la lambda, 30 o 30.000, etcétera. Con la ro se llega a la centena. En adelante, los valores saltan de cien en cien hasta la omega. Cuando descubrí la primera cifra del código, la de los símbolos desconocidos, me di cuenta de que cada uno de ellos era la unión de dos letras del alfabeto. Dos letras que pueden muy bien ser dos números de una tabla como la de Polibio. Mira esto.

George tardó un par de minutos en dibujar una nueva matriz, mucho mayor que las anteriores. En lugar de números árabes, escribió la sucesión de letras griegas en las cabeceras de filas y columnas.

—Pero está vacía... —comentó Pilar al ver la tabla.

—Así es. Aunque solo por el momento. Tengo que probar a rellenarla con el alfabeto. Tal y como la he dibujado, cabría veinticuatro veces completo. Ignoro el orden de las letras, o si este es el camino acertado. Pero la unión de dúos de letras en los símbolos del código me hace pensar que estoy en lo cierto.

—Sí, aunque... Tú no tienes la tabla que utilizó el que la creó.

—Lo sé. Esto es lo único que me falta.

—¿Y si no la encuentras?

—No creo que tenga que encontrarla —dijo George, levantando su mirada y tocándose el labio inferior con un dedo—. El que cifró el texto tiene que haber incluido en el libro, de algún modo, la clave para completarla.

*Penton Mewsey*

A la hora del almuerzo, el doctor Van Dijken, el detective Hart y el desconocido personaje —incluso para sí mismo—, comían juntos en la amplia mesa de roble del salón. Se trataba de un mueble rectangular y hábil para doce comensales. Los tres hombres se habían situado de una manera algo peculiar: el médico en una de las cabeceras, con su paciente a un lado, cerca de él, y el detective en la otra cabecera. Hart se mostraba receloso, lo cual ya no era una novedad. Aquel policía se consideraba a sí mismo una especie de genio investigador, un moderno Sherlock Holmes de carne y hueso.

El doctor le devolvía sus miradas aviesas con gesto neutro. Aunque por dentro era una persona apasionada, rara vez dejaba entrever ese rasgo de su carácter, y su comportamiento social se cimentaba en la sobriedad que le inculcaran sus padres. El profesor, en cambio, miraba a las musarañas o a su plato, y bajaba la vista cada vez que se sentía observado por Hart. Antes de tomar los postres, el detective ya no pudo contenerse más y le espetó:

—Usted dice que no se acuerda de nada, ¿verdad?

—Así es —contestó esquivo el profesor.

Van Dijken apretó los labios y frunció el ceño. Estaba empezando a hartarse de la intromisión del policía. Este no le hizo el menor caso a su gesto de reprobación y empezó una especie de interrogatorio bastante desagradable.

—¿Cómo es posible eso? No se acuerda de nada, pero sabe usar los cubiertos, o hablar. ¿Le parece esto normal?

—¿Qué quiere que yo le diga, agente? Recuerdo cosas pero no cuándo o cómo las aprendí. No sé cómo me llamo y, sin embargo, sé el nombre del país en que nací.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde es usted?

—De los Estados Unidos.

La mención de ese país pareció turbar el ánimo del detective. Si aquel hombre,

ladino y falsario, decidía ponerse en contacto con el consulado de los Estados Unidos, él tendría problemas para seguir investigando. La antigua colonia estaba empezando a amenazar la supremacía mundial del imperio británico, y las razones de Estado obligaban a tratar bien a los *amigos* estadounidenses. Sin achantarse, no obstante, el detective continuó:

—¿Y a qué se dedica allí?

El hombre se concedió unos momentos de reflexión.

—La verdad es que no lo sé. Pero estoy seguro de que tiene que ver con los números. No hago más que soñar con cifras, ecuaciones, polinomios, logaritmos...

—¿No puede ser más explícito?

—Yo... Lo siento...

—Vamos, inténtelo.

—Creo que ya es suficiente —dijo por fin el doctor Van Dijken, tajante.

Hart ni siquiera le dirigió una de sus miradas llenas de arrogancia. Lo que hizo fue insistir en su pregunta.

—Inténtelo. ¿Seguro que no recuerda algo más?

—Ahora que lo dice, sí. Me viene a la memoria algo difuso. No estoy demasiado seguro, pero creo que trabajo en algo relacionado con claves y mensajes codificados.

—Debo insistir —intervino de nuevo Van Dijken—. Mi paciente necesita reposo absoluto. Tiene que serenar su ánimo y...

—Enseguida, doctor —dijo Hart con los dientes apretados. Y luego volvió a dirigirse al otro hombre—: ¿Qué es eso de claves y mensajes codificados?

—Es el arte de ocultar información para que no pueda ser comprendida por el enemigo. O los competidores económicos. Los Gobiernos o las grandes corporaciones se valen de esos métodos para que sus comunicaciones sean privadas y secretas. Yo... Sí, soy criptólogo. ¡Estoy seguro!

El detective Goliath Hart no presionó más al paciente de Van Dijken durante el resto de la comida y del día. Pero lo último que dijo le pareció revelador. Ocultar información era justo lo que, creía Hart, aquel hombre estaba haciendo con él.

*El Gobierno de la Generalitat ordena la inspección de la oficina de censura de la compañía telefónica en Barcelona, reducto de la CNT. Existen sospechas de que la central anarcosindicalista intercepta las comunicaciones. Se producen disparos entre la fuerza pública y los empleados de la Telefónica.*

*Valencia, 3 de mayo, lunes*

Toda la tarde del domingo, la noche y parte de la madrugada, George estuvo probando configuraciones de la tabla de Polibio que había creado con las letras griegas. Antes de buscar soluciones más complicadas, hizo ensayos consecutivos con alfabetos completos colocados en formas geométricas. Colocó las letras en sentido inverso, vertical, en una diagonal y en forma de pirámide... Pero no sirvió de mucho. Al menos tenía que descartar esas posibilidades.

Si él mismo hubiera cifrado el texto, con toda seguridad habría empleado una disposición compleja. No obstante, el autor —Platón o quien fuera— deseaba que alguien llegara a descifrarlo. Y si había colocado las letras al azar, esta labor podía llevar años enteros, lo cual no concordaba con su promesa de ser descubierto por *el más sabio de los hombres*. George evocó una vez más aquellas palabras que martilleaban en su mente. El más sabio de los hombres no podía ser meramente el que hiciera más pruebas. No, la verdad tenía que estar ahí. Ante sus ojos. Tan cerca que, quizá, justo eso le impidiera verla.

Por la mañana del lunes se incorporó de nuevo al trabajo en el edificio del Gobierno, y se presentó en el despacho que compartía con la profesora Feodorova a las nueve en punto de la mañana. Nada más llegar, esta le dijo en tono triunfal, pues estaba en el despacho desde hacía casi una hora:

—Estimado colega y camarada, la *máquina* está a punto. El profesor Ryti ha estado programándola durante todo el fin de semana para que empiece a ejecutar las pruebas desde hoy mismo. Como sabe, las primeras consistirán en sustituir todos los símbolos por letras griegas al azar, aunque siempre forzando a que a un signo igual le corresponda la misma letra. Y como aquellos aparecen en un número superior a estas, las letras podrán repetirse. Hay que definir así el proceso. Si falla, tendremos que buscar otras vías de investigación. Pero esto no es más que repetirle lo que ya hemos discutido en los últimos días, profesor. Espero no haberle aburrido.

George hizo un ademán cortés y pensó en que, si Platón no mentía con aquello del más sabio de los hombres, los rusos iban a chocar contra un muro. Su táctica era justo lo contrario de lo que se decía en el código. Y ojalá fuera así, porque el antiguo criptólogo no pudo ni tan siquiera soñar con artefactos como el construido por el profesor Wäinö Ryti. ¿O quizá sí...? La mujer misteriosa de la que se hablaba en el código parecía tener a su alcance conocimientos igual de insospechados. ¿Quién pudo ser? ¿De dónde vino? ¿Cómo podía saber lo que sabía?

En todo caso, no era el momento de perderse en esa clase de disquisiciones. George empezó a fraguar una idea que culminaría con una decisión arriesgada: el sabotaje. Resolvió que, en cuanto se le presentara la menor oportunidad, dañaría algún elemento de aquella máquina de Ryti. No sabía cómo ni cuándo, pero lo haría.

—Acompáñeme, colega —le pidió Vera Feodorova, cogiéndole del brazo y tirando de él con suavidad—. Quiero que conozca al personal no investigador.

Entraron juntos en la sala vecina a la de los criptoanalistas. Un enjambre de hombres y mujeres, de todas las edades, ocupaban en parejas todas las mesas disponibles, que estaban repletas de papeles amontonados.

—¿Por qué tienen tantas hojas? —preguntó George—. Creía que la máquina aún no había empezado su trabajo.

—Y así es. Pero consideré útil empezar a entrenarles con documentos de prueba.

Así veremos, por así decirlo, quién se porta bien y quién se porta mal. Por cierto, profesor, no me gusta nada ese tipejo del parche que le sigue a usted a todas partes. El capitán, el capitán... ¿Cómo se llama?

—Ramón Ybarra.

—Eso es, Ramón Ybarra. Le comunico que pedí el sábado al general Salinyan que se encargara de hacerle regresar a Barcelona. Ya ha salido de Valencia. Ayer mismo, de madrugada. Espero que lo apruebe. Parecía escrutarle a usted como si fuera un enemigo, sin ninguna consideración por su parte.

La profesora Feodorova, sin saberlo, había dado en el clavo. Él era un enemigo. Un enemigo de cualquier sistema político cuyo objetivo no fuera dar y consolidar la paz, la libertad y la dignidad a toda persona que viviera bajo su régimen.

—Oh, se lo agradezco de veras. Tiene usted razón. Se trabaja mejor cuando no se le presiona a uno constantemente.

—Yo pienso hacerlo, amigo mío —dijo Feodorova en tono simpático. Se notaba que aquella mujer sabía dirigir a sus subordinados.

—Y yo espero estar a la altura —respondió George con la misma gentileza.

*Burgos*

El «ojo derecho» de Franco, su ayudante personal, Eduardo Sáenz de Buruaga, había ido en busca de Ignacio Varela para que acudiera al despacho del Generalísimo. Este deseaba mantener una conversación con él sobre la misión que se estaba desarrollando en Valencia, y que empezaba a ponerse realmente peligrosa. Franco no estaba preocupado por quienes la llevaban a cabo, sino por la repercusión que podría tener en la prensa extranjera si salía mal. El riesgo es consustancial a los espías y agentes infiltrados en zona enemiga, pero el profesor George Rojo no pertenecía a la inteligencia nacional y, por añadidura, a pesar de su mitad española, gozaba de pasaporte norteamericano.

—Varela, si algo le sucediera al profesor Rojo, el enemigo haría mucha propaganda en contra nuestra en cuanto tuviera conocimiento de quién es en realidad —dijo el Caudillo en su tono siempre pausado, con voz queda y blanda. Parecía increíble que ese hombre, aparentemente sin energías, tuviera una voluntad de hierro y una resuelta capacidad de decisión—. Haría propaganda en muchos sitios, máxime teniendo en cuenta que el otro profesor judío está libre. No nos interesa ahora despertar nuevas simpatías en el extranjero y menos desde lo de Guernica. Ya tenemos bastante con la pifia que nos han jugado ahí los alemanes.

—Tiene usted toda la razón, excelencia.

El despacho de Franco no era demasiado grande ni acogedor. Una enorme bandera española ocupaba la pared del fondo, por detrás del sillón en que se sentaba

el jefe supremo de los Ejércitos sublevados. La mesa era de pino, bien labrada pero sin especial valor. También había un par de cuadros colgados, con paisajes de Galicia.

—Tengo entendido que la propia hija de usted está también en Valencia.

—Así es, señor. Tenía que utilizar a mi mejor agente, y creí que mi hija Pilar era la persona adecuada.

—Un gesto muy patriótico por su parte, Varela. Y audaz.

Ignacio Varela miró hacia el suelo. Estaba preocupado. Demasiado preocupado para reflexionar con la necesaria claridad de ideas. No sabía qué hacer. Franco se encargó de tomar una decisión por él.

—Si el hombre que ha enviado no es capaz de eliminar al judío, tendremos que suspender la misión. Y, si lo logra, no deberá prolongarse más de dos semanas. Usted conocía mis reservas antes de comenzar todo esto. No debo permitir que se descubra la verdad. Ya sabe lo que tiene que hacer. Buenas tardes. ¡Arriba España!

—¡Siempre arriba!

Cuando Varela se hubo marchado, Franco se mantuvo unos instantes en completo y reflexivo silencio. Al final añadió, dirigiéndose a Sáenz de Buruaga:

—Mal asunto, Rubio. Mal asunto.

*Valencia*

El acto de poner en marcha la máquina computadora fue solemne. Estuvieron presentes la profesora Vera Feodorova, el profesor Wäinö Ryti, padre de la criatura, el general Stefan Sergevich Salinyan, el comandante en jefe de la región militar, George, un par de técnicos especialistas rusos y, por último, dos prominentes políticos. Los dos políticos eran nada menos que Manuel Azaña y Francisco Largo Caballero, presidentes de la República y del Gobierno respectivamente.

George se fijó mucho en esos hombres poderosos, huidos de Madrid ante los ataques nacionales y que habían trasladado la sede del Gobierno a la capital del Turia. No le agradó Azaña, pero sí Largo Caballero. El primero tenía el aspecto de un hombre soberbio. Miguel de Unamuno había dicho de él que era un «escritor sin lectores», y previno del peligro que suponía su excesiva ambición. En cualquier caso, sus intentos por convertir a España en una nación europea moderna eran dignos de encomio, por mucho que hubieran enfurecido a las esferas más tradicionalistas. Su afirmación de que España ya no era católica se tomó como una afrenta hacia la religión, cuando no era más que la expresión sencilla de una necesidad social en todo Estado libre. En cuanto a Largo Caballero, George pensó que su rostro inspiraba confianza. No sonreía en exceso, ni sus modales pretendían adular a los demás. Tenía todo el aire clásico de los castellanos, orgulloso y franco, al menos en apariencia.

El primer resultado que salió de la máquina tardó solo unos segundos en aparecer.

Era una serie de tarjetas de cartón con perforaciones, similares a las que el profesor Ryti había introducido con los datos del cálculo. Aquello no parecía significar nada, aunque por supuesto era todo lo contrario. Ryti tomó las tarjetas y las fue metiendo en una especie de máquina de escribir. Cuando terminó de oprimir teclas, mostró a los presentes unas hojas de papel llenas de letras griegas impresas.

—Todavía no tengo acabado el modelo de impresor eléctrico que utilizará directamente las tarjetas y transformará su código en algo como esto. Por eso he tenido que transcribirlo a mano. Espero que este nuevo aparato esté listo para mañana mismo, o pasado mañana a más tardar.

Los políticos y militares fingieron admiración, pues no entendían casi nada de que lo que allí se estaba llevando a cabo. Aquel conjunto de engranajes, alimentado por un ruidoso motor de aviación, suponía un hito en la historia de la humanidad. Nadie sabría decir hasta dónde podría llegar su utilización y desarrollo futuro, pero estaba claro que iba a cambiar el mundo. Tareas antes inabordables o muy onerosas podrían efectuarse ahora con relativa sencillez. George se dio cuenta, ahora más que nunca, de que aquella máquina del profesor finlandés era su auténtico enemigo en la carrera por descubrir el código secreto del código.

Antes de disolver la reunión y dar por terminada la prueba, la profesora Feodorova explicó a los invitados el modo en que se analizaría el texto resultado del proceso, comprobando el inicio, la parte central y las últimas líneas. Como no era de extrañar, justo antes de marcharse, Azaña hizo una de esas preguntas de profano que tanto molestan a los científicos:

—¿Cuánto se tardará en conseguir el éxito?

—Eso no es posible augurarlo con exactitud —le contestó la profesora Feodorova. Y agregó una frase que recordaba a la famosa respuesta que daba Miguel Ángel al papa Julio II, cada vez que le preguntaba cuándo terminaría de pintar los frescos de la Capilla Sixtina—: En cuanto sea posible, señor presidente.

*Penton Mewsey*

Ninguno de los tres hombres que habitaban la casa de campo fue consciente de la nueva presencia hasta que los acontecimientos se desencadenaron. Era ya de noche y, después de la cena, el doctor Van Dijken compartía con su paciente una de sus sesiones de relajación oriental con música de Palestrina incluida. Mientras, el detective Hart, ajeno a ello, escuchaba la radio en la cocina, en espera de una ocasión propicia para desenmascarar al hombre que, seguía estando convencido, fingía su amnesia.

Ninguno de ellos oyó el ruido que provenía de la puerta de la carbonera. El agente nacional no pudo evitar el agudo chirrido que produjeron las bisagras cuando levantó

una de las hojas de madera. Con el mayor sigilo posible se deslizó hacia el interior y llegó al sótano. Ya estaba dentro de la casa. Ahora solo tenía que esperar unas horas. Cuando todos durmieran, saldría de su escondrijo y acabaría el trabajo.

Había llegado a Penton a la hora de comer, poco más o menos. Allí preguntó en una taberna por la ubicación de la casa del médico, haciéndose pasar una vez más por policía español. El hombre que le sirvió una pinta de cerveza le miró receloso. No se veían muchos extranjeros por el pueblo, y la *leyenda negra* de los españoles todavía calaba en las mentes de los ingleses menos instruidos. El camarero y dueño de la taberna creía tener ante sí a un *papista*, a un *inquisidor*. Y en cierto modo no se equivocaba, por lo menos en lo que tocaba a lo segundo.

Después de apurar su cerveza negra, el agente abandonó el establecimiento y se dirigió al lugar que le había indicado el desagradable hombre. Reconoció la zona y observó la parcela y la casa desde donde no podía ser visto. Trazó un pequeño croquis a mano alzada, en el que situó los detalles principales. Luego se marchó de allí y volvió a su automóvil. Lo puso en marcha y fue hasta el pueblo de al lado. En él buscó otra taberna y pidió algo de comer. Prefería alejarse de Penton hasta el momento en que regresara para ejecutar su plan.

Pasó la tarde analizando el modo en que debía actuar. Una posibilidad era llamar a la puerta principal e ir disparando a los hombres que estaban en la casa uno por uno. Pero ese plan resultaba demasiado cruel y poco fiable. No garantizaba que el profesor Abelyan no consiguiese escapar si se daba cuenta a tiempo de lo que ocurría. Hacerse pasar por agente de policía español no serviría en esa ocasión. En la casa había un policía de verdad, de Scotland Yard, y a él no sería tan fácil engañarle como al director del hospital o al camarero. No, lo mejor era introducirse en el edificio subrepticamente y esperar el momento de asestar el golpe. Si todo iba bien, llevaría a término sus órdenes con prontitud y precisión, sin que los otros dos hombres, el agente y el médico, se enteraran de lo que había sucedido.

Antes de cenar volvió a montar en el coche y se dirigió a otro pueblo cercano. Prefería no estar demasiado tiempo en el mismo lugar. Cenó algo ligero y bebió solamente agua. Necesitaba tener la cabeza despejada. Ya de noche regresó a Penton, aunque dejó el vehículo oculto detrás de unos arbustos a un kilómetro de la localidad. Caminó por el arcén de la carretera hasta la casa del médico. No había casi nadie en las calles, y los escasos hombres que deambulaban por ellas eran impenitentes borrachines, haciendo eses, hipando y cantando canciones ininteligibles. En cuanto la ocasión se presentó, el agente nacional saltó la cerca, atravesó el jardín agachado y raudo, y se detuvo solamente al alcanzar una de las paredes de la construcción. Apoyó su espalda en el muro y sacó su arma de un bolsillo interior de su chaqueta.

La puerta casi horizontal de la carbonera quedaba en ese mismo lado de la casa. Había una ventana con luz entre el lugar donde él estaba y el acceso al sótano. Era

una ventana baja, muy grande. El agente pasó gateando por debajo de ella y se movió con sigilo hasta alcanzar la puerta. Un candado y una cadena cerraban la entrada, pero no eran demasiado sólidos. El agente sacó una horquilla de su cartera y la introdujo por un extremo en la cerradura del candado. Le costó poco hacer saltar el mecanismo. Sin hacer ruido, retiró el candado y deslizó la cadena por las asas que había en ambas hojas de la puerta. La apartó a un lado, dejándola oculta detrás de una planta, y levantó una de las tapas. Ese fue el momento de máxima tensión, causado por el chirrido que emitieron las bisagras. El agente se quedó inmóvil durante unos segundos que le parecieron eternos, con la pistola firmemente sujeta en su mano.

Ningún sonido procedente del interior le indicaba que alguien lo hubiera oído. Se introdujo por el acceso y fue descendiendo con lentitud por las mugrientas escaleras, cubiertas por una capa de tizne de carbón. A medida que bajaba cerró la puerta muy despacio. Esta vez el chirrido que emitió fue mucho menor. Ya estaba dentro. Había conseguido cumplir la primera parte de su plan. No tuvo ningún problema en pasar de la carbonera a la bodega, ya que el portón que las comunicaba carecía de cerradura. Solo tuvo que accionar la manivela y alcanzó con facilidad la otra parte de los sótanos. Un par de estantes exhibían decenas de botellas de vino cubiertas por un dedo de polvo. Había telarañas cruzando las esquinas de los estantes.

El agente comprobó la puerta que, al final de una empinada escalera, daba acceso a la zona superior. Tampoco tenía cerrojo. Luego examinó bien la zona de la bodega y encontró en ella un hueco perfecto para esconderse, detrás de una vieja barrica de madera. Incluso si el doctor bajaba allí por algún motivo, no era probable que le encontrara. Y eso sería, además, una suerte para él.

*La CNT declara la huelga general en Barcelona. Se instalan barricadas en las calles. El Gobierno de la Generalitat ordena la vuelta al trabajo. En el extranjero se pide a ambos bandos que suspendan sus bombardeos a poblaciones civiles.*

*Penton Mewsey, 4 de mayo, martes*

El reloj de la torre del ayuntamiento sonó, indicando la una de la madrugada. Era el *principio del fin* de la misión; y el *principio del fin* de Nelson Abelyan. El agente nacional se marcó esa hora como momento idóneo para salir de su escondite y ascender a los pisos superiores de la casa. Durante el tiempo que pasó agazapado en la bodega, oyó ruidos de pasos y las voces de lo que parecía una discusión, pero no logró entender nada. Antes de la medianoche, los ruidos cesaron y, desde entonces, no había escuchado nada más.

El agente guardó su pistola en el cinto. Ahora llevaba un afilado cuchillo en la mano. Fue escalando los peldaños de la escalera que llevaba a los pisos superiores arrimado a uno de los lados, porque así era más probable que las tablas no crujieran. A pesar de esa precaución, las vetustas maderas emitieron a cada paso unos leves chasquidos, por fortuna para él inaudibles en la casa, por mucho que reinara el

silencio más absoluto. Ya arriba, el agente asió la manija de la puerta, la giró despacio y la abrió con la misma lentitud. Como sufría de una leve sinusitis, prefirió abrir la boca y respirar por ella para evitar el sonido de su respiración nasal.

Sin cerrar la puerta tras de sí, pero comprobando que no estuviera descompensada, lo cual podría provocar un inesperado portazo, el agente caminó con paso de ladrón por el parqué del piso inferior. Con sumo cuidado recorrió toda la planta y comprobó que no había nadie. Enfrente del salón, junto a la pared izquierda, se hallaba la estrecha escalinata que comunicaba ambos pisos. Subió por ella de la misma forma que empleara antes, en la del sótano, y llegó arriba sin contratiempos.

Aunque la había memorizado perfectamente antes de iniciar la misión que ahora cumplía, el agente evocó la descripción que le habían dado desde Burgos del hombre que debía eliminar: un metro sesenta de altura, algo grueso, de pelo entre rubio oscuro y rojo, unos cuarenta y cinco años, rostro ancho y redondo, cejas pobladas y nariz aquilina. Caminó por el pasillo hasta alcanzar la primera de las cuatro puertas de los que debían ser los dormitorios. Lo hizo así porque, si entraba en la habitación equivocada y el médico o el policía se despertaban, podría degollar a quien fuera necesario sin dejar al profesor la vía de escape más próxima a la escalera.

Ante la puerta, giró la manilla y empujó la hoja. A pesar de la oscuridad, la escasa iluminación que penetraba por la ventana, a través de su visillo, le permitió distinguir la cama y un bulto en ella arrebujado entre las sábanas. El agente penetró en la estancia solo dos pasos. Escrutó el interior y se dio cuenta enseguida de que aquella habitación no podía ser la del profesor. El cinto de una pistola yacía colgando del respaldo de una silla. Debía de pertenecer al policía, aunque el arma no estaba en su funda, ya que probablemente aquel hombre dormía con ella bajo la almohada o en otro lugar en que la tuviera a mano. Él mismo hacía eso también.

Caminando de espaldas, volvió a salir al pasillo y cerró la puerta de nuevo para evitar que se oyera desde dentro algún sonido. Casi enfrente, un poco más adelantada, quedaba la segunda puerta. Sería la siguiente en probar. Repitió la operación anterior y, al no distinguir nada que pudiera indicarle si pertenecía al médico o al profesor, se acercó hasta la cama y vio el rostro del hombre que dormía plácidamente. No era Abelyan, pues no se parecía en nada a su descripción. Debía de tratarse, por tanto, del médico.

Ya solo quedaban dos puertas más, al fondo del pasillo. Por simple deducción, el agente consideró que era más probable que el médico le hubiera asignado a su paciente la que quedaba junto a la suya. No había un motivo del todo lógico para ello, ni se trataba de una idea completamente racional, pero el agente tenía que elegir una y esta vez acertó. El hombre que ocupaba la cama, y que emitía ligeros ronquidos, era Nelson Abelyan. La prominencia de su barriga sobresalía con claridad de la llanura del colchón. El agente endureció la mano en que portaba su cuchillo y se aproximó al

profesor como un felino acechando a su presa. Le rebanaría el pescuezo sin hacer ruido, impidiendo que la víctima emitiera la más mínima queja tapándole la boca con su propia almohada. Antes de que pudiera darse cuenta de que estaba herido de muerte, sus ojos se cerrarían para siempre.

En el momento en que estaba inclinándose sobre la cama para asesinarle, un quejido de la madera que parecía provenir del pasillo le alertó. Aguzó el oído, completamente inmóvil, y se mantuvo en esa posición durante casi un minuto. Nada. Había sido una falsa alarma.

Ya tenía la mano a punto de agarrar la almohada y ponérsela en la cara al profesor cuando una detonación retumbó en el silencio de la noche. Abelyan abrió los ojos y pegó un brinco en la cama. El agente nacional se giró con rapidez hacia la entrada de la alcoba. En el umbral se dibujó la figura casi imperceptible de un hombre. El fogonazo de un nuevo disparo iluminó brevemente su rostro. Era el detective Goliath Hart.

Sin tiempo de hacer nada, el agente nacional cayó al suelo, sin vida, entre los gritos de terror del profesor Abelyan.

*Valencia*

George no había podido dormir apenas en toda la noche. Las primeras luces del alba hicieron que se levantara de la cama. Al dejar el lecho, Pilar se despertó y, con somnolencia, le preguntó si le pasaba algo. Tenía dos motivos para estar intranquilo. El primero, su lucha contra la máquina. Y el segundo, cómo sabotearla sin ser descubierto.

Pensó propinarle un buen golpe con algún objeto contundente o cortar uno de los gruesos manojos de cables que unían sus distintas partes. Pero si hacía algo como eso, el sabotaje quedaría en evidencia. Y además, no haría más que retrasar unas horas a lo sumo su incansable labor automática. Lo mejor, lo óptimo sin duda, sería desajustarla para que los resultados fueran equivocados pero nadie pudiera darse cuenta. Como no sabía nada de esos nuevos artefactos, tuvo que descartar esa idea por el momento. Quizá pudiera hacerlo en el futuro, aunque entonces quizá ya no sirviera de nada.

Estaba turbado por todos esos pensamientos. Una vez más le sobrecogían las dudas, y toda su seguridad estaba a punto de resquebrajarse bajo la enorme tensión a la que se veía sometido. Tendría que sobreponerse, como siempre, buscando el lado positivo de sí mismo y sus puntos fuertes. Iba por delante de los rusos en la investigación —muy por delante—, y estaba convencido de que solo le faltaba un paso para culminarla. Aunque a veces el paso más corto es el más difícil de dar, como decía su admirado filósofo Friedrich Nietzsche.

El códice se guardaba ahora en el despacho de la profesora Feodorova, bajo llave en un cajón de su mesa. Todo él había sido transcrito y se trabajaba con el escaso número de copias que se habían realizado, y que sumaban veinte en total. Cada criptoanalista tenía una, pero no estaba permitido que la sacara del edificio gubernamental. Por ahora, la mitad de los expertos se empleaba en proponer nuevos métodos de análisis para la máquina de Ryti, mientras que el resto leía y releía el libro en busca de alguna clave para descifrar el contenido de sus páginas finales.

Antes de ir a trabajar, George tomó una ducha caliente y salió del apartamento sin despertar a Pilar, que dormía otra vez profundamente. Era más pronto de lo habitual y George llegó al despacho unos minutos después de las ocho de la mañana. La profesora Feodorova aún no estaba allí. Era la primera vez que esto le sucedía. Los días anteriores la había encontrado detrás de su mesa cuando él aparecía por el despacho. Se sentó en su silla y tomó una copia del códice de un cajón. La verdad debía, *tenía* que estar encerrada entre sus páginas. Siempre había tenido esa certeza y por el momento no se había equivocado.

Tan enfrascado se hallaba en las páginas del libro que no se apercibió de la llegada de la profesora hasta que oyó su voz.

—Buenos días, camarada —le saludó, despojándose de su chaqueta de fina lana—. Ha madrugado usted hoy, ¿eh?

—Buenos días. Sí, no podía conciliar el sueño...

¿Por qué había dicho eso?, se preguntó George. Ahora tendría que explicar el motivo de su insomnio. Prefirió adelantarse a la pregunta de la mujer y se inventó una historia sobre la marcha.

—He estado pensando en que la clave podría haberse perdido con el tiempo. Este libro es una copia. No este que tengo en la mesa, que por supuesto es una copia, sino incluso el códice medieval.

—Eso ya lo hemos discutido —adujo ella—. Es posible, naturalmente. Pero si es así, la *máquina* resolverá esa deficiencia. ¿Es eso únicamente lo que le ha impedido dormir?

—Es que empiezo a creer que nunca lo conseguiremos.

—Ánimo, camarada, siempre ánimo. Si caemos en el derrotismo, no ganaremos. Esto es igual que las guerras. Las gana el espíritu, no las armas.

—Eso espero —dijo George con toda franqueza, aunque la profesora Feodorova no pudo entender el verdadero sentido de sus palabras.

Londres

Una fina lluvia caía en Londres, a pesar de que no hacía frío y, a ratos, el sol trataba de abrirse paso entre las nubes. Un enorme Rolls-Royce negro, que ocupaba el centro

de una comitiva compuesta por otros dos coches y varias motocicletas, atravesó la verja del palacio de Westminster y se dirigió al pórtico que daba acceso al edificio sede del Gobierno británico. Como si anunciase la llegada de la comitiva, el imponente Big Ben emitió las sonoras campanadas que correspondían a las diez de la mañana.

En el vehículo principal viajaba el primer ministro, lord Chamberlain, proveniente del número diez de Downing Street. Esa mañana había salido más tarde a causa de una conversación con el ministro del Tesoro, que ocupaba otra de las casas de la misma calle que la del jefe del Gobierno. La charla versó sobre la necesidad expuesta por el primer lord del Almirantazgo de dotar con más medios económicos a la Armada. Según este, hacían falta nuevos barcos, efectivos y material. El bien conocido olor a guerra se percibía ya en el ambiente. La brisa lo traía desde el continente.

Ahora, Chamberlain iba a encontrarse con otro asunto muy diferente y de menor importancia, sin duda, aunque mucho más intrigante. El jefe supremo de Scotland Yard iba a informarle de unos hechos acaecidos en los últimos días, y que tenían que ver con un secuestro y varios súbditos españoles en las islas. Algo extraño estaba ocurriendo en suelo inglés, relacionado probablemente con la Guerra Civil de España. Si el director de la policía solicitaba una entrevista personal con el primer ministro, es que la cuestión era grave.

De madrugada, el detective Hart había llegado a la central de Scotland Yard acompañado por el hombre sin memoria. Allí, Hart explicó a sus superiores la relación completa de los hechos después de la liberación del hombre de sus captores y el ingreso en el hospital de Andover, es decir, el frustrado intento de asesinarlo, esa misma noche, y su labor como criptógrafo en los Estados Unidos. Todo ello era muy raro. Detrás debía de haber algo importante.

La ciencia de la criptología estaba en alza desde la Gran Guerra. La confidencialidad de las comunicaciones es crucial para que un bando no pierda el factor sorpresa en sus acciones bélicas o el enemigo ignore detalles fundamentales y relativos a la ubicación de los mandos o los polvorines, el estado de las divisiones y su grado de operatividad, las fechas de llegada de suministros, etcétera. Cuando un experto de la joven policía científica fue informado de la historia referida por Goliath Hart, lo primero que pensó es que aquel hombre debía de haber descubierto algo importante y relacionado con su trabajo, y por eso habían intentado matarle. Un descubrimiento hecho en España o encargado por uno de los dos bandos en conflicto en ese país.

Aunque, si aquel hombre estaba amnésico, poco se podría descubrir. Ninguno de los españoles muertos tenía documentos de identidad. La única pista la constituía la fotografía de una mujer, dedicada por el reverso, que uno de los secuestradores

llevaba en sus pantalones. Nada más.

Como el caso parecía relevante, el jefe del cuerpo decidió solicitar al primer ministro que pusiera a trabajar a los agentes del servicio de espionaje británico en España. Si ellos no conseguían averiguar algo, no habría mucho más que hacer. Salvo que el amnésico recobrarla la memoria...

*Burgos*

El silencio radiofónico del agente nacional que Varela envió a eliminar a Nelson Abelyan solo podía indicar dos cosas: o bien no había conseguido cumplir su misión, o bien había tenido éxito, aunque podía haber sido abatido por quienes custodiaban al profesor. Cualquier otra posibilidad no debía ser tenida en cuenta. Incluso si ninguna de las dos opciones anteriores era cierta, había que asumir el peor de los casos: que Abelyan aún siguiera con vida.

Después del mediodía, pasadas con creces las doce horas preceptivas para el envío de algún mensaje por parte del agente, Varela acudió al despacho de Sáenz de Buruaga para informarle.

—Habrá que decirle al Generalísimo que el plan ha fallado.

—¿Está usted seguro, Ignacio?

—No puedo estarlo. Pero los indicios son suficientes como para abortar la misión del profesor Rojo.

—¿Ni siquiera queda una duda *razonable*?

Varela negó con la cabeza, con la mirada puesta en el suelo.

—Entonces —dijo el ayudante personal de Franco— habrá que hacer lo que usted dice. Espere la confirmación del Generalísimo, que yo mismo le daré, y alerte a sus hombres en Valencia. Pero no haga nada hasta que pueda confirmárselo.

—Descuide. Actuaré según las jerarquías.

En aquel momento, el corazón de Ignacio Varela palpitó con más fuerza, desbocado. Quizá había enviado al profesor Rojo y a su propia hija a la muerte. A la muerte en pos de una quimera.

*Se produce una refriega entre miembros del POUM, la CNT y la FAI con las fuerzas gubernamentales. Los comunistas provocan una nueva crisis política en el Gobierno de la Generalitat.*

*Valencia, 5 de mayo, miércoles*

Los primeros resultados del computador de Ryti fueron transcritos manualmente por la mitad del cuerpo de criptólogos. Usaron máquinas de escribir especiales, cuyas varillas encajaban en los orificios de las tarjetas e imprimían el tipo correcto, es decir, la letra griega que debía escribirse en el papel. El conjunto de hojas se pasaba después a la otra habitación y los lectores comenzaban a analizarlas. Un somero cálculo de las combinaciones posibles, incluso con las premisas establecidas por la

profesora Feodorova, arrojaba una cifra astronómica, superior al millón.

Cada lector era capaz de comprobar unos cinco mil informes al día, pero estos debían ser revisados dos veces, lo que limitaba el rendimiento efectivo de los lectores a dos mil quinientos informes por jornada de trabajo. Esto suponía una capacidad total de análisis del equipo estimada en algo más de cincuenta mil. En una semana, sin contar el domingo, podían ser comprobadas al menos trescientas mil combinaciones realizadas por la máquina. Al haberse desviado algunos criptólogos como contingente extra, esta cifra quedaba elevada hasta aproximadamente los cuatrocientos mil. Como mínimo, aquella labor se prolongaría cerca de un mes antes de obtener el mensaje en claro. Y eso si Feodorova había acertado en la definición del método de pruebas.

George dividió la cifra a la mitad, para establecer un margen de seguridad amplio, y se dio cuenta de que tenía un máximo de dos semanas, tres a lo sumo, antes de que ya no hubiera nada que hacer. Si en ese tiempo no conseguía resolver por su cuenta el problema, los rusos y su máquina computadora le habrían vencido. Y, además, tenía que pasarse diez horas de cada día trabajando para ellos.

Su mente estaba tan tensa como un arco a punto de quebrarse. Era lo óptimo para atacar el asunto, pero una tensión así no podía mantenerse durante mucho tiempo. Como el atleta que corre la maratón, a George la fatiga acumulada le impediría prolongar mucho más ese ritmo intelectual y, entonces, ya no habría tiempo material para recuperarse.

Todo parecía estar en su contra. Salvo una cosa, quizá más importante que lo demás: él había *comprendido* el mensaje del código. En cualquier pausa en el trabajo, o cuando volvía a su apartamento y hasta altas horas de la madrugada, despierto a base de café muy cargado, leía y releía el texto del libro. Sin que nadie le viera, consiguió llevarse una copia del mismo escondida en el pecho, por debajo de la camisa y la chaqueta. Si le hubieran descubierto... No quería pensar en lo que le hubiera ocurrido. Pero no tenía otra opción que hacerse con la copia y poder analizarla y estudiarla en privado durante sus horas libres.

Se sentía angustiado por la cercanía del éxito. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Platón debió de utilizar el método de Polibio en una de sus variantes complejas. La unión de las parejas de letras-números era una pista casi evidente. Si la matriz tenía, siguiendo el razonamiento, veinticuatro por veinticuatro casillas, es decir, quinientas setenta y seis en total, y el filósofo quería que el más sabio de los hombres pudiera descifrar su texto, el modo de rellenarlas debía de ser, en el fondo, elementalmente simple. Aunque solo para el que lograra resolver el último misterio. ¿Dónde estaría la clave del conjunto de letras que debían cumplimentar las distintas casillas? Seguro que a la vista de quien *supiera* verlo.

El número de combinaciones resultaba inabordable. Y por ese motivo tenía que

ser algo más sencillo, aunque, a la vez, inaccesible para quien no hubiera entendido el mensaje del código. George estaba seguro de ello. El sabio es capaz de ver lo evidente, lo que otros no ven porque están demasiado cerca. Es el árbol que impide ver el bosque.

*Oxford*

El jefe de Scotland Yard había decidido enviar al hombre desconocido, acompañado por el detective Hart, a la facultad de ciencias exactas de la Universidad de Oxford. Su idea era estimularle la memoria situándole en un entorno familiar, entre números y guarismos, y por ello solicitó ayuda a uno de los catedráticos más prominentes de la institución que, por añadidura, había sido compañero suyo en los lejanos días de colegio.

En cuanto a la otra petición, la formulada al primer ministro sobre las indagaciones en España de los agentes de la inteligencia británica, la respuesta fue positiva, pero no parecía que hubiera muchas posibilidades de averiguar algo acerca del asunto. Era evidente que la operación se mantendría en secreto por parte española, ya tuviera su origen en Burgos o en Valencia, ya fuera nacional o republicana.

Los dos hombres llegaron a Oxford en un coche de policía sin distintivos externos. El conductor les dejó ante la puerta del edificio de la facultad y estacionó un poco más adelante. Hart y Abelyan entraron, atravesando el pórtico de estilo neogótico, y se dirigieron al despacho del catedrático, que estaba en la primera planta. Como el detective tenía la descripción del edificio y la ubicación concreta del despacho, no tuvieron problemas en encontrarlo.

Muchos estudiantes caminaban por los pasillos con aire formal, charlando sin levantar la voz. De pronto, Abelyan se quedó parado, observándolos con la mirada perdida. Una chica, que llevaba un montón de gruesos libros agarrados con ambas manos, le devolvió la mirada con cara de extrañeza. El profesor dijo a Hart que le venía a la mente una imagen parecida a aquella, pero en los Estados Unidos, y añadió que le sorprendía su recuerdo, porque en él los pasillos estaban repletos de jóvenes bulliciosos, y no tan callados como aquellos. Era una buena señal que el amnésico fuera recuperando parte de su memoria perdida, aunque se tratara solo de imágenes inconexas o pequeñas escenas sin contexto.

Continuaron andando y, llegados a su destino, Hart llamó a la puerta de entrada a las dependencias de la cátedra. No esperó respuesta y abrió la ancha hoja de gruesa madera en el mismo momento en que una voz, de copetuda pronunciación, decía «pase». Se trataba de uno de los profesores adjuntos del departamento, un tipo altivo y algo amanerado que, amablemente, hizo de introductor ante el hombre al que iban a ver.

—¿Agente Hart? —dijo el catedrático, a modo de saludo, cuando salió a recibir a sus visitantes.

—Sí, soy el *detective* Goliath Hart —respondió este, exagerando la palabra «detective» para corregirle. No había pasado tantos años de servicio para permitir que le rebajaran de grado sin chistar—. Le presento a usted al hombre del que, sin duda, le habrán hablado mis superiores.

—Encantado, señor. Espero poder ayudarle. Es una tragedia perder la memoria, ignorar la propia identidad y todo el conjunto de experiencias de una vida.

Aquel hombre parecía estar declamando a Shakespeare, pensó Hart con fastidio. Le molestaban esos tipos con carreras universitarias que van por ahí mirando a los demás por encima del hombro con su arrogancia.

—Se lo agradezco de veras —dijo Abelyan—. Es cierto lo que dice. Tengo la sensación de haber nacido hace unos pocos días.

El catedrático apretó los labios y ladeó la cabeza antes de hacer un gesto afirmativo lleno de compasión.

—Pero pasen, pasen, por favor. He hecho subir de la biblioteca varios volúmenes de criptografía y criptoanálisis. Ojalá sirvan para estimular sus recuerdos.

Mientras los tres hombres se encerraban en el despacho y dos de ellos se sumergían en las páginas de los complicados libros, observados por el otro con aburrimiento mal disimulado, una joven cargada con libros de comprensión no menos complicada se sentó un momento en un banco de los jardines que circundaban el edificio. Se llamaba Christine O'Higgins, y era una licenciada irlandesa de familia procedente de Norteamérica. Estaba terminando su tesis doctoral en Oxford porque a su padre, ingeniero de Bausch & Lomb, le habían destinado a la delegación que la compañía de instrumentos ópticos tenía en Inglaterra.

La joven se acarició el pelo, revuelto por la ligera brisa, y trató de situar al hombre que, hacía unos minutos, había visto en un pasillo de la primera planta de la facultad. Estaba segura de conocerle, pero no conseguía recordar dónde lo había visto antes ni quién era. Enseguida se olvidó de él, cuando sacó de su bolso una pequeña manzana de piel verde y abrió uno de los libros para empezar a leerlo.

*Valencia*

El profesor Wäinö Ryti apareció en el despacho de Vera Feodorova y George cuando estaban a punto de irse a comer. Llevaba unos documentos en la mano y los agitaba visiblemente excitado, aunque sin perder la compostura de la que siempre hacía gala. George pensó en lo peor: habían conseguido romper el cifrado. Pero, ¿tan pronto? ¿Había jugado la suerte a favor de los rusos? Un escalofrío le recorrió el cuerpo desde los pies a la cabeza, erizándole el pelo.

—Camaradas, he terminado la máquina de escribir automática —anunció el finlandés.

Al escuchar esto, George pronunció un largo e inaudible «¡uf!» en el interior de su mente. Notaba las palpitaciones de su corazón golpeándole fuertemente en el pecho. Respiró hondo, dibujó una sonrisa en su rostro y, aún tembloroso, se levantó de la silla y felicitó a Ryti. La profesora le imitó y, juntos, salieron del despacho para que el finlandés les mostrara su nueva creación.

—Aún no está ensamblada al computador, pero tardará poco en ser plenamente operativa.

Dos técnicos especialistas se afanaban en conectar una manguera de cables marrones y asegurarlos mediante tornillos y tuercas a unas regletas de metal alargadas. Uno de ellos debió de equivocarse un contacto, porque al accionar el interruptor que hacía pasar la corriente de una máquina a otra, un fuerte chisporroteo y una columna de denso humo negro emergieron del cableado.

«Aquí está mi sabotaje, y sin mover un dedo», se dijo George casi sin dar crédito a su buena suerte. Un poco antes casi se había desanimado, y ahora el destino le recompensaba por el sobresalto de su cruel embate.

Cuando cortaron la electricidad, entre las voces de Ryti, todo el circuito se había ya quemado. Con las manos en la cabeza, el científico, totalmente erguido y con ojos de pánico, ordenó que se retirasen los cables y se pusiera en marcha de nuevo el computador. Como temía, este no funcionó, limitándose a emitir una especie de lamento.

—¡Oh, no! —exclamó Ryti, desesperado.

—¿Qué ha sucedido? —le interrogó la profesora Feodorova.

—¿No lo ve? Se ha fundido el circuito interno de la máquina. Se vale de un grupo de transformadores muy voluminosos para distribuir la energía eléctrica entre las diversas partes de la máquina y a las intensidades adecuadas. Mucho me temo que haya que desmontarla por completo y reemplazar todos esos componentes.

—Pero, ¿tenemos repuestos?

—De casi todo, sí.

—¿De casi todo?

—Hay algunos elementos que no están duplicados. Si han quedado dañados, habrá que pedirlos a Moscú.

Feodorova miraba a aquel hombre con odio. Era la primera vez que George veía en su rostro una expresión semejante.

—Tenía usted que haber supervisado personalmente la conexión —le espetó al finlandés con los brazos en jarras.

—Sí, sí... —repetía el profesor, ahora cabizbajo.

—En fin. Pasemos página. Cursaré de inmediato la petición de los componentes

que precise para reparar su máquina. Dé las instrucciones adecuadas a sus hombres para que empiecen a desmontarla y venga conmigo. No hay tiempo que perder.

*Londres*

El chófer del autobús no pudo evitar embestir a aquel peatón que cruzó la calle sin mirar a su derecha. El impacto fue tremendo. El hombre acabó a varios metros, tendido boca abajo y entre un charco de sangre. De entre la gente, que se congregó al instante en torno al accidente, surgió un médico. Pero sus atenciones fueron inútiles, porque aquel hombre bajo y rechoncho tenía el cráneo destrozado. Había muerto en el acto.

Era el profesor Nelson Abelyan, que regresaba a Londres desde Oxford, acompañado por el detective Hart. Iban a tomar un té a un local del Covent Garden cuando sucedió la desgracia. Hart se había detenido en la acera y un grito proveniente de su lado izquierdo le llamó la atención. Era una chica que saludaba de ese modo tan impetuoso al que debía de ser su novio. El detective giró la cabeza un instante y, cuando volvió la mirada al frente, ya no tuvo tiempo de detener al profesor. El autobús se lo llevó por delante y le lanzó por los aires.

Aquel hombre se había llevado su secreto a la tumba.

*Burgos*

Por suerte para la misión, Sáenz de Buruaga aún no había recibido la confirmación, por parte de Franco, de que esta debía ser abortada. El Generalísimo prefirió conceder un día más al agente de Inglaterra para que informara. En su experiencia, no siempre lo esperable es lo verdadero. Si no se dejase actuar a la Providencia, la Providencia nunca actuaría. Para que a uno le toque la lotería hay que comprar una participación. Claro que, si uno lleva un billete en lugar de un décimo, tiene más posibilidades de ganar el premio.

Si el mismo Franco no hubiera apuntado con su fusil al médico que pretendía abandonarlo en Marruecos, herido de un disparo en el vientre; si no le hubiera obligado a llevarle al hospital de campaña, en contra de su opinión facultativa, él ahora no estaría dirigiendo los destinos del Alzamiento. Para él era evidente que la Providencia obraba a su favor. Aunque no todos los españoles pensarán igual.

Ese sexto sentido del que siempre había hecho gala daba ahora la razón al Generalísimo. Varela estaba en lo cierto cuando afirmaba que la falta de mensajes en doce horas debía indicar que la misión había sido un fracaso. Y, sin embargo, la muerte accidental de Abelyan, atropellado en una calle de Londres, rehacía el nudo que ataba a George Rojo a Valencia. Los informadores nacionales en Inglaterra

confirmaron también que el profesor sufría de amnesia, por lo que no pudo revelar nada a las autoridades de ese país.

Hubo un momento en que Francisco Franco cayó en la cuenta de que lo ocurrido al profesor Abelyan, y que tan bien le venía a su bando, era algo muy triste. Aquel hombre no había cometido ningún delito, ni sus intenciones habían sido nunca ilícitas o viles. Él únicamente había querido ayudar a quienes compartían su ideología. El jefe del Gobierno nacional evocó la célebre frase de Napoleón, dicha durante la campaña de Rusia, tras un sanguinario combate ganado por los franceses: «Después de la batalla no hay amigos y enemigos, sino solamente hombres».

Pero la victoria tenía un precio. Y la guerra era, sin duda, el más caro imaginable.

*Se produce un intenso bombardeo aéreo sobre Zaragoza. La catedral resulta dañada por las bombas. Ante los graves acontecimientos y el desorden civil en Barcelona, el Gobierno de la República asume el mando de las fuerzas de orden público.*

*Valencia, 6 de mayo, jueves*

Faltaban aún un par de horas para que amaneciera y George seguía quemándose las pestañas en la lectura de la reproducción del código. En esta, al tratarse de una copia a mano, todo el texto quedaba reflejado. No había «zonas muertas». En la mesa del saloncito, una cafetera aún humeaba. Pilar había decidido hacerle compañía durante toda la noche, sin molestarle, y aunque el sueño la vencía de cuando en cuando, al menos estaba dispuesta a que George no tomara el café frío.

La oscuridad nocturna y el tiempo, en su lento discurrir, se congelaron por un instante cuando George encontró algo que podía suponer una nueva pista. Leyó en voz alta un breve fragmento, con tono de creciente excitación. Pilar se recobró de su adormecimiento y se incorporó en el sillón, mirándole en silencio.

*La fuerza del lenguaje que siempre miente es el poema. El poema se aleja de la verdad. Es la fuerza de la imitación, el artificio y el simulacro. En él está, no la verdad, sino la ilusión de ella. El poema utiliza signos que representan al mundo; pero el mundo no se encierra más que en sí mismo. El poema es al mundo como la apariencia a la realidad. Podemos figurarnos el uno conociendo el otro, si es que sus símbolos están bien compuestos.*

«Figurarnos el uno conociendo el otro, si es que los símbolos están bien compuestos»... En algún otro sitio del código había un texto titulado «El poema del mundo». George lo buscó y, sumamente nervioso, contó las letras que lo componían: quinientas setenta y seis. Volvió a contarlas. ¡Quinientas setenta y seis exactamente! ¡Lo tenía! ¿Era realmente posible? Sacó la hoja en que había dibujado la matriz el día en que le explicó su idea a Pilar. Ella estaba de pie, observándole con una sonrisa que parecía incluso borrar sus ojeras.

—¡Ven, ayúdame! —le pidió George, dándose cuenta solo ahora de que estaba despierta.

Mientras él iba rellenando las casillas, Pilar le cantaba las letras griegas una por

una. No las conocía todas, y algunas veces tuvo que preguntar a George por el nombre de alguna de ellas. Cuando hubieron terminado de hacer esto, él comprobó rápidamente que no había fallos y que todas las letras estaban en su sitio. Entonces empezó a descodificar el mensaje oculto usando la tabla que había confeccionado al descubrir la primera codificación, con la conversión inicial de símbolos en letras-números.

Quería traducir la primera frase, y eso solo le llevó algunos minutos. Ante su estupefacción, la frase no tenía ningún sentido. Trató de analizarla de un modo más amplio, leyéndola al revés o por sílabas, e incluso imaginando que perteneciera a otra lengua que no fuera la griega. Pero nada de eso sirvió. No había forma de leerla siquiera por la acumulación de consonantes. Era algo impronunciable y que carecía de significado.

Del éxtasis pasó al hundimiento. La más aguda desesperación se apoderó en un instante de su espíritu. Pilar lo notó por la expresión de su rostro. George estaba totalmente deshecho. Más que nunca. Más que cuando no sabía nada.

Pero, de pronto, su ánimo se transformó. El poema tenía justamente quinientas setenta y seis letras. Ni una más ni una menos. En algo se estaba equivocando, era obvio, pero la solución estaba ahí. Ya no lo sospechaba. Ahora lo *sabía*.

Las primeras luces del alba indicaron a George que debía prepararse para acudir al trabajo. No podía faltar, aunque llegó a plantearse la posibilidad de fingir una repentina dolencia para no ir ese día. Pero no, eso no era aconsejable. Seguiría con sus actividades normales y, cuando volviera por la tarde, acabaría la labor. Solo una jornada, una última jornada, le separaba del éxito final. Debía tener paciencia. ¿Qué era un solo día después de tanta espera?

*Oxford*

Christine O'Higgins se despertó al oír los desagradables timbrazos del despertador. Este era un modelo de esfera redonda con dos campanillas a los lados, a las que golpeaba alternativamente un martillete produciendo un ruido ensordecedor. Estaba segura de que ese reloj no solo la despertaba a ella en el edificio de la residencia de estudiantes donde vivía, en la misma ciudad de Oxford. Y, desde luego, esa mañana no se equivocaba. El chico que había a su lado también recuperó la consciencia con un sobresalto poco viril. Aunque su virilidad ya la había demostrado suficientemente esa noche hasta las primeras horas de la madrugada.

La joven y su compañera de habitación estaban liadas con dos muchachos del campus, también residentes en un colegio mayor, y algunas noches se cambiaban de habitación con ellos para formar dúos mixtos, mucho más divertidos. En una ocasión intentaron estar los cuatro juntos, en las dos camas de una de las habitaciones, pero

no funcionó. Uno de los chicos adujo al día siguiente que los ruidos de los vecinos de lecho le *desconcentraban*.

—Vamos, John, levántate —dijo Christine a su compañero incidental.

A pesar de que la irlandesa familia de la joven estaba afincada en Inglaterra, concretamente en la cercana capital, su padre había querido que terminara su doctorado en matemáticas sin la presión de tener que desplazarse cada día hasta el campus y por eso estaba en una residencia de señoritas. Lo que aquel hombre ignoraba era que su hija no era precisamente una señorita a la vieja usanza, sino una mujer liberada que disfrutaba de su cuerpo a la vez que destacaba con una mente brillantísima.

No era muy habitual que las féminas cursaran estudios universitarios, y menos aún en la rama de las ciencias. Pero Christine, como en otras cosas, suponía una honrosa excepción. Su tesis doctoral versaba acerca de los métodos criptográficos modernos, e incluso había desarrollado una plausible teoría consistente en la aplicación de sistemas electromecánicos para la resolución, por la fuerza, de claves complejas.

Los dos jóvenes se vistieron a toda prisa. Él abrió la ventana, que daba al jardín trasero de la residencia femenina, y escrutó la zona. Cuando comprobó que no había nadie que pudiera verle, dio un fugaz beso a Christine y saltó a la hierba. Luego corrió hacia unos matorrales como alma que lleva el diablo. Ella, por su parte, se acicaló un poco y también dejó la habitación, pero por la puerta, como es debido. Fue a desayunar a la cafetería de la propia residencia y, al ir luego hacia la salida para dirigirse a la facultad, vio algo que la dejó de piedra.

Un celador, sentado en un banco por debajo de la amplia arcada de acceso al edificio, estaba leyendo tranquilamente *The Daily Telegraph*. Christine no pudo evitar fijarse en la primera plana. En ella aparecía la foto de un hombre al que había visto hacía muy poco, justo el día anterior. Sin mediar palabra, la chica le arrancó de las manos el diario a su dueño y leyó la noticia con creciente ansiedad.

—¡Eh! ¿Qué es lo que haces? —protestó el hombre, pero se mantuvo sentado y no hizo nada más. Estaba demasiado acostumbrado a las travesuras de aquellas niñas.

Valencia

George no dejaba de dar vueltas al modo de colocar los caracteres que formaban el bello poema de quinientas setenta y seis letras. Por un lado, después de tanto ocultismo, el autor del cifrado debería de haber puesto el poema en su orden natural. No parecía tener sentido complicarlo aún más de lo que ya era. Por lo tanto, y siguiendo el tipo de razonamiento que a George le había dado hasta ahora tan buen

resultado, lo más probable era que la propia forma de colocar cada letra griega también fuera elemental.

En cuanto a la avería en la máquina de Ryti, esta no había resultado ser tan grave como George hubiera deseado o como el propio creador de la misma había supuesto. Hubo que desmontarla solo parcialmente y no había ningún componente esencial dañado, por lo que bastó con reemplazar un par de elementos y volver a ensamblarla. Aquella mañana, cuando George llegó hacia las nueve, estaba de nuevo en funcionamiento y plenamente operativa.

*Londres*

El detective Goliath Hart había recibido a primera hora una llamada telefónica que le fue transferida desde la centralita de Scotland Yard. Se trataba del director de *The Daily Telegraph*, que quería ponerle en contacto con una joven que decía conocer al hombre muerto en el atropello del autobús, y cuya identidad, como se narraba en la noticia de su fallecimiento en el periódico, nadie parecía saber. Después de darle muchas vueltas, la joven había conseguido al fin recordar su nombre: Nelson Abelyan.

Esta muchacha estaba ahora en el despacho de Hart, declarando ante él lo que sabía. El detective no dejaba de mirarle las piernas mientras la escuchaba.

—Era un matemático y criptólogo americano de los más importantes. Una vez estuve en una conferencia suya en Nueva York.

Esta información confirmó lo que el propio Abelyan le había dicho a Hart acerca de su trabajo. De hecho, era profesor en la Universidad de Chicago.

—¿Sabe usted qué podía estar haciendo en las islas?

—Lo ignoro completamente. Le he dicho todo lo que sé. Fue una casualidad que nos cruzáramos el otro día en la facultad de matemáticas. Me resultó conocido, pero hasta esta mañana no he podido recordar quién era.

*Barcelona*

Un mensaje radiofónico cifrado, de alto secreto, llegó al Lluch procedente de Londres hacia las cuatro y media de la tarde. Lo enviaba el agente republicano en Inglaterra que había estado siguiendo al supuesto profesor Abelyan cuando este viajó de Dover a Calais. La información que llegó a sus oídos, por medio de un reportero de *The Daily Telegraph*, interesaría con toda seguridad a su jefe, el general Boada.

Con carácter de urgencia, nada más recibir la noticia, el general hizo llamar a Ramón Ybarra para que fuera a su despacho de inmediato. Allí le explicó lo que acababa de conocer.

—¡Ese maldito hijo de puta! —gritó Ybarra—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que escondía algo...!

—Vamos, vamos, modérese, capitán. No hace falta que grite. Quería consultarle acerca de lo que es mejor hacer ahora. Si se huele algo, seguramente huirá. No me fío de la serenidad de nuestros hombres. Sus ímpetus pueden fastidiar su captura. Voy a enviar un mensaje a Valencia haciendo hincapié en que sean extremadamente cautelosos.

Ybarra parecía no estar escuchando al general. De improviso, exclamó con furia:

—¡Ahora comprendo lo de la doncella! Era también una agente nacional infiltrada.

—No importa en este momento quién es quién. Lo único importante es detener a ese tipo y, si está con la mujer, a ella igualmente. Ya habrá tiempo de interrogarles. Tome, Ybarra, aquí tiene el texto del mensaje que hay que enviar. Vaya usted mismo a la sala de radio y encárguese de ello.

—No, general —dijo Ybarra con un brillo helado en su único ojo—. No.

Boada se quedó estupefacto. Aquello parecía una insubordinación de su hombre más leal.

—Explíquese —le ordenó.

—Tengo una idea mejor, general. Permítame a mí ir a Valencia. Si pone un aeroplano a mi disposición, estaré allí en dos horas.

—No puedo hacer eso. Y aunque pudiera, los aeroplanos no se consiguen así como así, en un minuto. Entiéndalo. Hemos de seguir el procedimiento establecido.

Ybarra gruñó. No estaba dispuesto a que aquel asunto se le escapara de las manos. El placer que ya experimentaba imaginando al falso profesor Abelyan en su poder era intensísimo. Interrogarle con violencia le colmaría de gozo. Torturar a quien le había arrebatado a una mujer que le gustaba, que le gustaba de veras...

—Entonces iré en coche. No tardaré más de cinco horas en llegar. Si lo que quiere es discreción y eficacia, sabe perfectamente que yo soy su hombre. Mientras ese bastardo no sospeche que sabemos quién *no* es, no tratará de escapar. Déjeme ir, se lo suplico, general. Hay que atraparle y evitar que robe nuestros secretos.

*Valencia*

Ajeno al peligro en ciernes, George siguió aquella tarde pensando en el problema de la colocación de las letras del poema, aunque sin desatender su trabajo. Estuvo más de una hora conversando con Vera Feodorova sobre las distintas posibilidades de análisis por si las premisas de las primeras pruebas fallaban. George se dio perfecta cuenta de que, por su nulo interés en hacer avanzar la investigación, causó una cierta decepción a la profesora rusa, que le creía más capaz de proponer ideas útiles y

originales.

Y no es que George no pudiera hacerlo, obviamente, sino que no quería. No hizo más que servir a Feodorova como un «interlocutor necio», al estilo de aquellos de los que se valía Platón en los *diálogos* de sus obras. A todo lo que ella decía, él preguntaba el porqué como si no lo entendiera, y así la profesora se veía obligada a explicárselo todo con la consiguiente pérdida de tiempo.

La labor de la máquina y de los analistas continuó a pleno ritmo, sin ningún avance reseñable. A la caída de la tarde, hacia las ocho y media, George acabó su jornada y voló hasta su apartamento. Allí le esperaba Pilar, que había estado haciendo lo que él le pidió: tener dispuesta una buena cantidad de lápices afilados y un taco de papeles con la copia de la tabla de Polibio en blanco.

Ya había anochecido totalmente cuando George se sumergió en las tablas y, a pesar de la oscuridad reinante afuera, recibió por fin la iluminación...

*Carretera de Tarragona a Castellón*

El coche empezó a emitir malsanos vapores por el radiador. En su frenesí y su deseo de llegar cuanto antes a Valencia, Ramón Ybarra había forzado demasiado aquel Mercedes. Era el mejor automóvil que había podido conseguir en el Lluch. Al comienzo de la guerra había sido requisado a un alto cargo de la industria textil catalana, y solía utilizarlo el general Boada como vehículo oficial. Pero ni tan siquiera un Mercedes podía aguantar el ritmo al que Ybarra lo había sometido.

Entre imprecaciones y juramentos, el capitán tuvo que detenerse para que el motor se recuperara del calentón. Se bajó del coche muy enfadado y lo primero que hizo fue darle una fuerte patada a una rueda, que le dolió más a él en el pie que al inocente coche. Después buscó una lata con agua en el maletero, abrió con cuidado el tapón del radiador y añadió el contenido al circuito de refrigeración. Sin ninguna paciencia, esperó algunos minutos sentado en una de las grandes aletas delanteras, bufando, con los brazos cruzados y gesto de fiera salvaje.

*Valencia*

¿Realmente había sido tan tonto? ¿Podía haber cometido una estupidez semejante? El corazón de George le decía a gritos que ahora sí estaba en lo cierto. Y claro que era obvio. Tan evidente que, simplemente, no había caído en ello al transcribir la primera frase del texto codificado con la tabla de Polibio. A veces la razón juega malas pasadas a quienes son más racionales. Es como si, juguetona, quisiera reírse un rato de sus mejores amigos. Pero luego siempre retorna a su seriedad habitual.

Nada más llegar al apartamento, George se había lanzado a transcribir de nuevo la

misma frase que no había logrado descifrar. Lo hizo con la misma matriz que solo unas horas antes, en la madrugada de ese mismo día, había rellenado con las quinientas setenta y seis letras de «El poema del mundo». Tenía que reconocer que cuando hizo la primera transcripción estaba muy cansado. Decía Nietzsche que el café ofusca; y debía de tener razón, porque a pesar de toda su agudeza intelectual, a pesar de todo lo que había descubierto hasta entonces, cayó en el error más elemental. Algo de lo que hasta un niño pequeño se habría dado cuenta.

De madrugada, había buscado cada letra correspondiente a la casilla que quedaba definida por el número de columna y luego el de fila. Pero no probó la opción inversa: primero la fila y luego la columna. Recordó cómo había explicado esa gran diferencia a Pilar, al hablarle del método de Polibio unos días atrás. Y él mismo no había caído en la cuenta de que ambas posibilidades son válidas.

Como supuso, a los pocos minutos tenía la frase completa y perfectamente descifrada en la bella lengua griega clásica. Nunca antes a George le había parecido un idioma tan hermoso:

*Tú que has buscado mi secreto, por fin lo has encontrado.*

George explotó en gritos de júbilo, se levantó de la silla y agarró a Pilar por la cintura. Le dio un beso con tal emoción e ímpetu que a punto estuvo de golpearla en la frente con su cabeza. Ella también estaba muy contenta. Al fin se resolvería el enigma que tantos peligros y sinsabores estaba acarreándoles, a su amado profesor y a ella misma. Lo había conseguido. Era un *genio*. Quizá, en ese momento, *el más sabio de los hombres*. O si no el más sabio, sí el más feliz.

Después de varios achuchones y frases de alegría incontrolable, George volvió a ponerse manos a la obra. Todavía le faltaba transcribir el texto completo y enterarse finalmente de qué demonios decía. ¿Sería tan importante como las páginas previas del códice hacían suponer? Esta pregunta llevaba George sin formulársela mucho tiempo. Pero había vencido a quien cifró el mensaje, Platón o un imitador. Eso daba ya igual. Ahora lo único que restaba era comprobar si lo prometido era cierto.

Después de casi tres horas de trabajo continuado, en el que Pilar le ayudó con la tabla de Polibio, George consiguió por fin tener ante sus ojos, y en claro, el texto completo. Mientras lo hacía, evitó cualquier intento de leerlo parcialmente. Como estaba en griego, eso no le resultó una tarea demasiado difícil. La lectura debía ser algo solemne. Así es que, con el texto completo, empezó a leer para sí, únicamente cuando hubo terminado la transcripción. Y lo hizo con gesto de creciente sorpresa.

Antes de que comenzara, Pilar pensó en decirle que lo leyera en voz alta, pero optó finalmente por no hacerlo. George se merecía ser el primero en saber qué contenía aquel conjunto de símbolos desconocidos que él, y solo él, había logrado descifrar. Para dejarle disfrutar de su victoria, del triunfo de un hombre moderno

sobre otro antiguo y celeberrimo, Pilar se marchó un momento del piso con la excusa de ir abajo, hasta un restaurante próximo, a comprar algo de comida hecha. Ninguno de los dos había cenado.

—No puedo creerlo... —dijo George, lánguidamente, al finalizar la lectura.

Las hojas se le cayeron de las manos. Su mirada estaba turbada en extremo. Convertir el plomo en oro no era sino una ínfima parte, casi irrelevante, del saber que contenía el manuscrito. La formulación matemática de los procesos físicos que aparecían, y que George logró comprender, superaba con creces el conocimiento actual. Se hablaba de algunos hechos relacionados con la estructura de la materia recién descubiertos, de la radiación electromagnética, de los átomos y las partículas elementales... Todo eso era imposible... ¡Pero estaba ahí!

Cuando Ramón Ybarra dio una patada en la puerta del apartamento e hizo saltar la cerradura, tuvo el tiempo justo de recoger los papeles de la mesa y correr al cuarto de baño. Mientras el capitán, encolerizado y vociferando como un loco, destrozaba también la otra puerta, George ya había roto en pequeños fragmentos la transcripción y la tabla de Polibio, al igual que el resto de anotaciones relevantes, y vaciado el sanitario.

Desde la calle, Pilar había visto entrar a Ybarra en el portal del edificio. Ella doblaba en ese momento la esquina, pues el restaurante se encontraba en una calle perpendicular a la suya, y al verlo se pegó contra la pared de un salto. Tiró al suelo el paquete, con un par de bocadillos y dos botellines de limonada, y observó la llegada del tuerto capitán sabiendo que sola no podía hacer nada contra él. Ybarra llevaba la mano diestra en el bolsillo de su chaqueta de cuero, y en ella se notaba la prominencia que formaba el cañón de su arma.

La joven tuvo ganas de gritar y de llorar, pero su instinto de espía afloró como el de un felino. Sabía lo que tenía que hacer. Lo *único* que *podía* hacer. Pero estaba involucrada sentimentalmente y no sería fácil tomar decisiones que pusieran a George en peligro. Ignoraba cómo, pero su amado había sido descubierto y, en lugar de derrumbarse, tenía que ponerse en contacto de inmediato con los agentes nacionales en Valencia. Conocía la dirección de uno de sus pisos francos en la ciudad, así que podía llegar hasta ellos. Después... Solo la Providencia o el destino tendrían en sus manos el futuro de George, de su amado George.

*Los últimos enfrentamientos populares en Barcelona arrojan un resultado de cuatrocientos muertos y más de mil heridos. Se intensifican los ataques a núcleos de resistencia anarquista, antes de la llegada de cinco mil guardias de asalto, seguridad y carabineros, procedentes de Valencia.*

*Valencia, 7 de mayo, viernes*

La noche prometía ser muy larga. Demasiado larga. Ramón Ybarra se había quedado con George en el apartamento. No quería llevarlo al cuartel en que había estado alojado durante el tiempo que pasó en Valencia, antes de que aquella traidora rusa de

Feodorova hiciera que lo devolvieran a Barcelona. Ybarra nunca hubiera creído que los camaradas soviéticos, y menos un general del Ejército Rojo, pudieran jugarle esa mala pasada. A él, que los idolatraba y hubiera muerto por su causa sin hacer ninguna pregunta. Pero la vida está llena de desengaños. Tampoco le pareció oportuno conducir a George ante la policía republicana. Prefería que fuera suyo, solo suyo.

Ahora aquel falso profesor Abelyan estaba en su poder e iba a pagar por todo, a saldar todas las deudas pendientes. El capitán le miraba con una horrible mueca que parecía la sonrisa del diablo. Estaban en el saloncito. George ocupaba una silla, mientras que su captor estaba de pie, en una esquina, apuntándole permanentemente con su revólver y cortándole el paso hacia la salida.

—Enseguida llegará un amigo mío. Es un gran tipo, y maneja ciertos instrumentos con la maestría de un escultor. Pero él no esculpe, sino que destruye. Era cirujano antes de que le pillaran borracho como una cuba, ¿sabe, profesor? ¿O debo llamarle de otro modo?

George no contestó. Ybarra aún le hablaba en inglés, aunque empezaba a sospechar que quizá supiera también español. Se lo preguntó en esta lengua y, por primera vez, le tuteó con el desprecio de quien tiene el control absoluto de la situación.

—No es momento para juegos. ¿Conoces mi lengua, cabrón? La verdad es que nos engañaste bien en Barcelona. Pero eso se acabó. Hiciste una buena actuación. Hoy vamos a hacer una mejor y mucho más real.

—Sí —respondió George, que hasta entonces no había pronunciado una sola palabra—. Sé hablar español. Pero no podré decirte nada, ni en español ni en inglés ni en griego, porque no sé nada.

—¿Estás seguro? ¿Crees que soy estúpido? ¿Crees que no he visto cómo cogías todos tus papeles y salías zumbando al retrete? Tú sabes algo y yo voy a hacerte hablar.

—¡No sé nada! —gritó George.

—Eh, silencio, no subas la voz o te... —Ybarra le hizo un gesto con la mano del revólver—. Bueno, si no sabes nada, como dices, también lo averiguaré. Pero por tu bien espero que mientas en eso. Todo será mucho más rápido y menos doloroso si cantas. Es más fácil comprobar lo que uno sabe que lo que no sabe. Cuando es así, cuesta mucho convencerse de que no miente. Y es muy desagradable, créeme.

Dos golpes en la puerta, intensos y separados por un largo intervalo, anunciaban la llegada del *amigo* del capitán. Al abrir, apareció en el umbral un hombre alto y extremadamente enjuto, con un grueso maletín negro en la mano. Ya dentro del piso, sin decir nada, se acercó a donde estaba George y le dedicó una maligna sonrisa en la que exhibió unos dientes amarillos y podridos. Sus ojos estaban en el fondo de dos hoyos y eran pequeños pero agudos. En su delgadez, los huesos de su cara se

marcaban en la piel, especialmente los pómulos y el mentón. Era la viva imagen de un asesino de novela.

—Profesorcito, te presento a Ángel. El apellido no importa, pero te diré que todos le llaman el Doctor. Te va a encantar cómo trabaja, ya verás.

George estaba empezando a sentir auténtico miedo. Cuando el Doctor sacó sus herramientas del maletín, el pánico sustituyó a cualquier otra sensación.

—¿Empezamos, Ramón? —preguntó el individuo con una voz susurrante y quebrada, en tono muy bajo.

—Cuando quieras —afirmó Ybarra—. Átale primero a la silla y ponle una mordaza. Cuando tenga ganas de hablar, él mismo nos lo indicará.

Los ojos del Doctor se iluminaron con el brillo de la demencia. Hizo lo que el capitán le había pedido con la pericia de quien ha ejecutado esa operación muchas veces. En el momento en que le estaba ajustando la mordaza, George emitió un sonido gutural. A pesar del miedo, había ideado un plan. No sabía si daría resultado, pero tenía que intentarlo. No podía revelar la verdad a nadie, aunque eso le costara la vida. Lo que había en el texto cifrado era demasiado importante. Mucho más de lo que nadie hubiera podido imaginar.

*Burgos*

Una vez más, Ignacio Varela se veía obligado a abandonar la cama pasadas las doce de la noche. Su sueño no era plácido, ni mucho menos, así es que no le costó demasiado coger el teléfono. Le informaron de un mensaje radiado por su hija desde Valencia, a través de los agentes destacados en esa ciudad. Si Pilar había podido enviar el mensaje, la situación para ella no debía de ser excesivamente comprometida. Pero, como supo al escuchar el texto completo por teléfono, la de George Rojo sí era crítica en esos momentos.

Varela pidió que avisaran de inmediato a Eduardo Sáenz de Buruaga. Se encontró con él en el Ministerio de la Gobernación pocos minutos después. Ambos decidieron que no debían despertar al Generalísimo. Tomarían ellos mismos las urgentes decisiones. Valencia esperaba un mensaje de respuesta y la confirmación de las acciones propuestas en el suyo. Eran cabales, y quizá las únicas que se podían llevar a cabo. Varela no tuvo más remedio que dar su consentimiento con la aprobación de Sáenz de Buruaga.

Pilar informó de que George había resuelto el enigma, pero que ella no había podido tener acceso a su contenido. No mencionó la relación que mantenía con el profesor, y que su padre ignoraba, y se limitó a explicar sucintamente lo que había ocurrido esa noche cuando bajó a la calle a comprar algo de comida y vio al capitán Ybarra entrar en el edificio. Si no lo hubiera hecho, si no se le hubiera ocurrido salir,

este ahora les tendría a los dos y la inteligencia nacional no sabría nada.

—Su hija ha pensado bien y con frialdad. Lo que hay que hacer es asaltar el apartamento y matar a ese canalla —dijo Sáenz de Buruaga mientras se acariciaba la frente sudorosa—. Aunque también muera el profesor. En la posición actual, eso es secundario. Si ha descubierto algo importante, que sea nuestro o de nadie.

Lo que ninguno de los dos hombres sabía era que Pilar no pensaba hacer exactamente lo que decía. Asaltar de frente el piso era demasiado arriesgado para George, y ella quería protegerle sobre cualquier otra consideración. Lo que hubiera descubierto no le importaba lo más mínimo. Así es que, con la ayuda de otro agente nacional, haría saber a Ybarra que estaba dispuesta a entregarle unos ficticios documentos con el texto descifrado. Ojalá George comprendiera la treta y no diera a entender al capitán, con su sorpresa, que aquellos documentos no existían. Si todo iba bien, cuando Ybarra estuviera dispuesto a pactar —y solo entonces—, los demás agentes aprovecharían la oportunidad para asestarle el golpe definitivo, eliminarle y liberar a George.

Un plan difícil, pero su única esperanza de rescatarle con vida.

*Valencia*

—¡Está bien! ¡Lo confesaré todo! —dijo George cuando pudo hablar, al haberle retirado el Doctor la mordaza por indicación de Ybarra.

—El profesorcito empieza a cagarse en los pantalones, ¿eh? Bien, ¿estás dispuesto a cantar de plano? Si esto es un truco, te aseguro que la próxima vez no te dejaremos decir nada hasta que el dolor no te permita ni siquiera pensar.

—No es ningún truco. Haga que este me desate para que pueda escribir.

El capitán miró receloso a George. Luego cruzó otra mirada con el Doctor. Este parecía ansioso porque Ybarra se negara a acceder a la petición; y su gesto se volvió aún más triste de lo normal, si es que eso era posible, cuando el capitán consintió en parte.

—Te dejaré libre el brazo derecho. Con poner tu silla junto a la mesa, podrás escribir todo lo que quieras. ¿Crees que soy un necio?

El Doctor obedeció a Ybarra a regañadientes. Liberó de sus ataduras la diestra de George y arrastró la silla, empujándola con ayuda del mismo capitán, hasta la mesa del salón. Ybarra le acercó unos lápices y el taco de papel en blanco que aún estaba donde George lo había dejado.

—También necesito la copia del código. Está ahí.

El capitán le entregó la reproducción y se sentó a su lado, en silencio, con el respaldo de su silla hacia delante y las piernas arqueadas. Era una perfecta alegoría de la severidad.

—No podré pasar bien las páginas con una sola mano.

—Yo te ayudaré.

George escribió a toda prisa un texto en letras griegas. Cada vez estaba más angustiado ante la posibilidad de que Pilar regresara y cayera, como él, en manos de aquellos miserables; aunque también extrañado de que aún no lo hubiera hecho. Cuando acabó de escribir, se lo hizo saber a Ybarra.

—¿Solo es esto? —dijo el capitán al comprobar la brevedad del texto.

—Lo que importa no es lo largo que sea, sino lo que dice.

Ybarra asintió sin estar aún muy convencido. Luego dijo:

—Yo no sé griego, mentecato. Tradúcemelo.

—¿Delante de ese? —preguntó George, señalando con la cabeza al Doctor.

—Ángel, por favor, espera en la cocina.

—Como desees —aceptó el aludido sin el menor rastro de emoción. Lo único que le importaba era su *trabajo* con George. Confiaba en que, después, el capitán le permitiera disfrutar con él.

Los dos hombres que quedaron en la estancia se mantuvieron un instante en el más absoluto silencio. Afuera no se escuchaba ningún ruido. Todo estaba en calma. Pero si alguien hubiera podido oír el lenguaje de cualquiera de sus dos corazones, habría tenido que apartarse con dolor.

—Empieza —ordenó por fin el capitán.

—Voy a leerle, en español, lo que he escrito en griego en estas hojas. Es el texto descifrado por mí. Espero que sea capaz de comprender el mensaje.

*Tú, que has buscado mi secreto, por fin lo has encontrado. Tú, que iniciaste un largo viaje, por fin lo has concluido. Has vuelto al lugar de tu partida, has arribado al centro de tu mundo, pero siendo más sabio que cuando te fuiste. Buscaste el oro sin saber que el oro está en tu corazón. Ahora lo comprendes. Buscaste el poder sobre los otros, pero el poder verdadero reside en el espíritu. Ahora lo comprendes. La libertad te doy con estas palabras; te entrego la mayor de las verdades. Tú mismo eres el dorado elemento, la fuente de la energía, el que buscaba y halló.*

—¿Qué? —gritó Ybarra—. ¿Pretendes que me crea esa sarta de memeces? ¿Es eso todo lo que dice el maldito libro? ¿Para esta mierda hemos hecho todo lo que hemos hecho? —El capitán estaba realmente encolerizado. Se levantó y soltó el brazo contra el rostro de George—. ¿Qué más hay, hijo de perra? No soy idiota. El texto es mucho más largo. Dímelo o atente a las consecuencias.

—Lo esencial es lo que he traducido. El resto son enseñanzas para el hombre sabio. No hay más: ni piedras filosofales ni elixires de la vida, ni nada por el estilo —respondió George con fingido aplomo.

—¿Por qué será que no te creo...? En fin, tú lo has querido. ¡Ángel!

Al punto, la puerta de la cocina se abrió y la cabeza del Doctor asomó como si estuviera indeciso, como si no estuviera seguro de si debía o no volver al salón.

Ybarra disipó sus dudas.

—Puedes empezar.

—¡No, no, lo confieso, he mentido! —gimoteó George antes de que el médico loco, que se movía con suma calma, llegara hasta él.

—Ya no voy a creerte, bastardo. Tendrás que apechugar.

—No, no, por favor. Diré la verdad.

—Es tarde.

—Es el oro, el oro...

—¿El oro? ¿Qué oro? —Ybarra detuvo al Doctor con un gesto de la mano cuando este empezaba a sacar unas enormes tenazas de su maletín. Otra vez se dibujó en su rostro una mueca de desagrado que dio paso a la resignación de un ascético monje de pintura manierista.

—Es el método para hacer oro.

—¿Ves? Ya nos vamos entendiendo. Pero quiero asegurarme de que no vas a volverte atrás. Ángel, dale un «pellizco».

El aludido mostró los dientes y se puso manos a la obra. No quería dar tiempo a Ybarra para que se arrepintiera. Recuperó las tenazas que había sacado de su maletín y las acciono en el aire para amedrentar a George. Este intentó evitar lo que iba a hacerle con nuevas protestas, pero Ybarra se mantuvo impassible. El Doctor fue hasta él, se inclinó y le rasgó la tela del brazo que seguía atado a la silla. George quiso lanzar su brazo libre contra aquel bastardo. Antes de que pudiera hacerlo, Ybarra se lo aferró y le obligó a bajarlo de nuevo. Se quedó agarrándolo mientras el Doctor le amordazaba para que sus gritos no alertaran a los vecinos.

—No me gusta que me mientan —dijo Ybarra con voz gélida—. Ni tener que preguntar las cosas dos veces.

La pinza de las tenazas era como la boca de un cangrejo gigante. El Doctor enganchó un pedazo de carne y lo oprimió con fuerza. George se agitó y gritó por detrás de la mordaza. Pero eso no era nada. El enloquecido médico fue girando las tenazas hasta que la piel se deshizo bajo la presión y la sangre empezó a brotar. El dolor resultaba insoportable. George creyó que iba a desmayarse, pero aquel tipo sabía bien lo que hacía. Aflojó la presión justo en el momento adecuado.

Al otro lado de la silla, Ybarra chasqueó la lengua. Por un momento pensó que no le gustaría tener que verse nunca bajo los *cuidados* de su amigo Ángel. Contempló a George, esperando a que su respiración se calmara y dejara de gemir. Solo entonces le quitó la mordaza.

—Ahora sigue contándome lo que estabas diciendo.

—¡Pero no lo entendería usted! —dijo sin alzar la voz, pero con vehemencia. Su brazo le dolía como si le quemara—. Es una cosa científica. Se necesita un laboratorio, aunque sea pequeño. Hay que reunir ingredientes y aparatos. ¡No es tan

sencillo!

Ybarra se acarició el mentón. Había sido traicionado por los suyos, que no habían confiado en su lealtad y prescindieron de él. La República necesitaba dinero, y también los rusos en su afán de extender el comunismo al mundo. Pero, en ese momento, el capitán solo pensó en sí mismo.

—Hagamos un trato —ofreció a George—. Yo te consigo todo lo que sea preciso, tú haces el oro y luego nos lo dividimos entre los tres. Yo me llevo una mitad y la otra os la repartís entre Ángel y tú. ¿Conforme?

George hizo como que se tomaba en serio la oferta.

—De acuerdo.

—¿Ángel? —dijo Ybarra.

—Por mí, bien.

Menos mal que a aquel hombre desequilibrado le interesaba alguna otra cosa aparte de infligir dolor a los demás por puro deleite, pensó George. El capitán habló de nuevo:

—¿Qué cantidad se puede hacer aquí mismo y qué hay que traer?

—Se pueden transmutar en oro unos veinte o treinta kilos de plomo. En cuanto a lo necesario, en primer lugar un atanor. Aunque bastaría con un alambique pequeño para destilar alcohol. También necesitaré algún combustible líquido para calentarlo, así como el plomo, diez centímetros cúbicos de mercurio, un paquete de sal, un litro de glicerina, otro de ácido nítrico, uno más de ácido sulfúrico y unos gramos de azufre.

—¿Dónde se puede conseguir todo eso? Me refiero a lo último —dijo Ybarra.

—En un laboratorio químico. ¿Dónde si no?

—Yo puedo encargarme —terció el Doctor con un inesperado punto de emoción en su voz atonal.

—¿Cuándo? —le preguntó el capitán.

—Mañana por la mañana. Dentro de unas horas. Déjalo en mis manos, Ramón.

Ybarra aceptó el ofrecimiento con una sonrisa y se frotó las manos. En su interior no pensaba compartir el oro con nadie. Sería solo para él. Cuando supiera cómo hacerlo, George y el Doctor acabarían con un tiro en la cabeza.

—Yo iré por el alambique y el combustible cuando tú hayas vuelto, Ángel. Y tú, profesor, como te llames, describe todo el proceso en las hojas.

—Como quiera. Por cierto, si vamos a ser socios debería decirle mi verdadero nombre, ¿no cree, capitán?

Ybarra asintió con la cabeza, aunque no le importaba lo más mínimo cómo se llamaba ese cadáver viviente.

—Soy el profesor Otto von Edelmann, de la Universidad de Hamburgo —mintió George.

Le pareció que la nacionalidad alemana era la que más casaba con el bando franquista.

—De modo que eres un nazi, ¿eh?

—Soy alemán, pero he vivido muchos años en los Estados Unidos. No crea que soy nazi o fascista. Yo también quería el oro y me uní al Gobierno nacional para que me ayudara a conseguirlo. Ahora usted me ha descubierto, pero todos saldremos ganando.

—Tú lo has dicho. Todos, todos ganaremos...

Frisaban las seis de la madrugada cuando Pilar regresó a la calle Barcas acompañada por uno de los agentes nacionales destacados en Valencia. No le costó mucho acreditarse ante ellos, pues existía un santo y seña general que todos eran capaces de reconocer, estuvieran donde estuviesen. Además —luego se enteró—, en Valencia servía un antiguo amigo suyo, un joven teniente al que había conocido antes de la guerra, cuando vivía en Madrid. Este era quien la acompañaba ahora en la vigilancia, esperando el momento propicio para actuar.

Por supuesto, Pilar ignoraba dónde estaría a esas horas George. Lo más natural sería suponer que Ybarra le habría llevado a las dependencias de la policía o al Gobierno Militar. Pero algo le decía que aquel hombre, herido en su orgullo por los mandos republicanos y rusos, aquel hombre de lealtad fanática, se habría pensado dos veces ante la traición de los suyos qué hacer con George. Una luz en la noche, proveniente de la ventana del saloncito, confirmó la sospecha de Pilar. Estaban aún en el apartamento.

El plan de la nuevamente activa agente nacional debía iniciarse de inmediato, pero tendría su término ya de día, con luz y las calles repletas de transeúntes. Su compañero estaba preparado para subir al apartamento y llamar directamente a la puerta. Tendría que insistir hasta que Ybarra abriera, eso seguro, pues no era probable que este lo hiciera sin más. Para animarle a ello, el agente debía pronunciar el nombre completo del capitán republicano: Ramón Ybarra. Así sabría que quien pretendía entrar le conocía.

—Vamos allá —dijo el agente, dándose ánimos. Había que tener arrestos para lo que ese joven iba a hacer.

—¿Recuerdas todo lo que te he dicho? —le preguntó una vez más Pilar.

—Sí, no te preocupes por eso. Mejor será que te preocupes por mí y por ese profesor tuyo. No me extrañaría que nos sacaran del piso con los pies por delante.

Aquel muchacho mantenía un cierto buen humor, aunque bastante negro. Su rostro exhibía un gesto de resignación y una sonrisa temblorosa. Sin más preámbulos, se despidió de Pilar y entró en acción. La mejor medicina para disolver los nervios es ponerse manos a la obra. En cuanto cruzara la calle y entrara en aquel edificio, ya no habría vuelta atrás.

—¿No hay aún noticias de Valencia, Ignacio?

Esta fue la pregunta que hizo a Ignacio Varela el ayudante del Generalísimo, Sáenz de Buruaga. Había subido a su despacho con un par de tazas de ardiente y pésimo café.

—Nada. Silencio absoluto.

—¿Cree usted que el intento saldrá bien?

Varela le miró a los ojos, con una fijeza que casi daba miedo. Su gesto quedó impasible cuando pronunció un seco:

—No.

Los golpes en la puerta hicieron que Ybarra se pusiera alerta. George creyó que se trataba de Pilar, con el consiguiente sobresalto y vuelco de corazón. Aunque enseguida recapacitó y se dio cuenta de que ella no necesitaba llamar porque tenía un juego de llaves. Además, había pasado el tiempo suficiente como para pensar que ya no iba a volver. No sabía cómo, pero debía de haber tenido la fortuna de ver algo o de escuchar algún ruido que la advirtió del peligro. George solo deseaba que no hiciera una locura. Pero ¿y si estaba punto de hacerla? ¿Y si, a pesar de todo, era ella la que llamaba a la puerta?

—Silencio, Gunter —susurró Ybarra a George, acompañando sus palabras con un expresivo gesto de la mano. Lo de llamarle Gunter era lo mismo que referirse a un catalán como Jordi o a un gallego como Pepiño.

Los golpes se hicieron más enérgicos. El capitán apretó la culata de su revólver. Al poco, una voz masculina proveniente de detrás de la puerta pronunció con claridad: «Ramón Ybarra. —Y luego añadió—: Tengo una propuesta para usted».

En un primer momento, el aludido pensó que debía de tratarse de alguien del Gobierno o el Ejército republicanos. Pero la referencia a una «propuesta» le hizo comprender que no podía ser así. ¿Qué clase de proposición iría a ofrecerle uno de los suyos?

—¿No vas a abrir? —preguntó el Doctor en su tono siempre bajo y áspero.

—Sí. Pero estate atento. Me huelo una trampa.

Ybarra caminó hasta la entrada con el revólver bien firme en su mano y abrió al fin la puerta. Ante él apareció un muchacho de poco más de veinte años, con cara aún infantil y lampiña. No parecía muy fuerte y, al menos que se viera, iba desarmado. El capitán le hizo pasar y cerró de nuevo tras él, sin dejar de apuntarle en ningún momento con su arma.

—¿Quién eres tú, que sabes mi nombre?

—Un amigo del profesor —mintió el joven—. Traigo un mensaje para usted.

El muchacho no tuvo problemas para reconocer a Ybarra por su parche en el ojo.

—¿Un mensaje para mí? ¿De quién?

—De Pilar, la novia del profesor. Quiere ofrecerle un trato. Ella conoce el descubrimiento y está dispuesta a entregárselo a cambio del profesor.

La misma súbita perplejidad llenó las mentes de Ybarra y de George. El Doctor estaba a su aire, como en otro planeta. Ninguno de los otros dos entendía muy bien lo que estaba pasando, quién era ese joven o qué relación podía tener con Pilar. Mientras George seguía tratando de entenderlo, el capitán empezó a reírse con ganas. Cuando hubo acabado, sacudió la cabeza y, tornando de pronto su gesto en glacial, dijo:

—Vaya, vaya. La furcia piensa que este es un héroe, pero ya ha cantado como un canario. Tenemos un pacto, mozalbeta, y no necesito que nadie me cambie nada por algo que ya poseo. Pero tú vas a decirle que acepto. Volved aquí juntos en menos de diez minutos o, de lo contrario, le doy dos tiros al *profesor*. ¿Lo has entendido bien? Pues hala, ve a buscarla.

—¡Ybarra, si hace que ella venga no le diré nada! —intervino George en tono amenazador.

—¿Qué? ¿Quieres que me ría otra vez? Con ella aquí ya no podrás negarte a hacer lo tuyo. Nuestra asociación cambia de cláusulas. Ahora nos lo repartiremos todo entre Ángel y yo. Y da gracias si os dejas de rositas cuando todo acabe.

—¡Le digo que no hablaré! ¡Chico, no vayas por Pilar!

—¡Silencio! —Ybarra apuntó ahora a George y apretó los labios. Parecía realmente dispuesto a disparar contra él. El joven contemplaba la escena en silencio, parado en medio del salón—. Tú te vas ahora y haces lo que te he dicho. ¿O voy a tener que romperte la crisma?

Ante la amenaza del capitán, el joven salió del apartamento como alma que lleva el diablo.

—Así que yo tenía razón y la putilla esa era también una espía fascista... —dijo Ybarra como para sí, pero en voz alta.

George no era capaz de encajar las piezas del rompecabezas, pero optó por simular que estaba al tanto de todo.

—Sí, es una agente nacional, como yo. A estas horas todos nuestros hombres en Valencia estarán informados. Y le aseguro que son más de los que puede imaginar. No permitirán que yo le revele el secreto, así que estamos listos. No viviremos mucho.

—Eso dependerá de tu *novia*. Yo tengo olfato para esas cosas. La chica te tiene cariño, auténtico cariño. Hará lo que yo le diga con tal de salvarte. Ya lo verás.

Si Pilar se entregaba a Ybarra, todo estaría perdido. Cuando su compañero le

contó lo sucedido en el apartamento, su corazón le pidió a gritos ir al encuentro de George, pero su frío razonamiento de espía frenó ese impulso. Solo había un camino a seguir, muy diferente, el único que restaba al haber fracasado su intento. Estaba inmersa en las dudas que la atormentaban. ¿Cómo podía George haber accedido a revelar al capitán su descubrimiento? Se negaba a pensar que fuera el acto de un cobarde. Lo hacía por ella. Sí, solo por ella. Tenía que ser eso.

El tiempo pasó sin que Pilar se diera cuenta, sumida en sus más íntimos pensamientos. Al cabo de media hora, cuatro hombres armados aparecieron en escena. Eran los más aguerridos agentes nacionales en la zona. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de que lograsen su objetivo de liberar a George con vida. Uno de los hombres dijo a Pilar que habían comunicado la situación al Alto Mando y que estaban preparados para entrar en acción de inmediato.

¿Era eso aceptable para ella? No, no lo era. Escuchó finalmente a su corazón y, aunque la mente le adujera miles de motivos para no hacerlo, salió corriendo en dirección al portal del edificio. Antes de desaparecer en el interior, gritó hacia sus compañeros:

—No dejéis que nadie salga por aquí.

Ya arriba, llamó a la puerta del piso y esperó. Enseguida le abrió un hombre horrible al que nunca había visto antes. Era el Doctor. Desde la entrada se podía ver a Ybarra de pie, en el centro del saloncito, pero no a George, que quedaba fuera del campo visual.

—¿Has venido sola? —inquirió el maldito tuerto. Si una vez había habido un rescoldo de humanidad en su negra alma, este se había apagado para siempre.

—Sí. Estoy sola.

Pilar miró a George. Sus ojos dijeron todo lo que tenían que decirse.

—¿No dije que también regresara el muchacho? —voceó el capitán en un tono más vehemente que elevado.

—Sí, pero a él no le necesitas para nada.

—Es cierto, qué demonios. Tú eres la importante.

—Antes de empezar esta bonita reunión, Ybarra, déjame decirte una cosa. Abajo hay cinco hombres armados que no van a dejar que nadie salga de aquí. Al menos con vida. Moriremos todos. O podemos hacer un trato. George te revelará todo lo que sabe y, luego, cada uno por su lado. ¿De acuerdo?

—¿George? ¿Cómo...? Un momento, amiguito. Tú has mentido aquí a alguien. O no te llamas George o no te llamas Otto.

Pilar se dio cuenta al instante de su metedura de pata. No había siquiera imaginado que George le hubiera dicho un nombre falso a Ybarra. ¿Con qué intención podía haberlo hecho? Era absurdo... O quizá no. Él podía haber intentado hacer creer a Ybarra que era un agente al servicio del bando nacional. Un agente

ayudado por otros agentes, y estos podían tener armas. Y todo eso era en cierto modo verdad, aunque la auténtica agente era Pilar y no él.

—George es su nombre en clave, estúpido patán —espetó Pilar al capitán intentando desviar su atención.

—Buen intento —dijo este—. Pero te equivocas. No soy un estúpido patán, como tú me has llamado. Tus insultos no valen de nada conmigo. Ahora te hablo a ti ,George: dime toda la verdad o le vuelo la tapa de los sesos a tu novia.

No hizo falta que Ybarra lo repitiera dos veces. George Rojo contó al capitán toda la historia y no mintió en nada. O «casi» en nada. Ya no tenía sentido ocultar su identidad ni los detalles de la misión. Incluso el nombre de Ignacio Varela era conocido perfectamente por Ybarra, con lo que la historia de George ganó verosimilitud. Y eso le permitió ocultar ciertos detalles que no podía revelar. Parte de sus mentiras, por necesidad, estaban referidas a Pilar. Él mismo ignoraba quién era ella realmente, aunque empezaba a sospecharlo.

Mientras hablaba, George iba notando cómo un sentimiento de honda decepción se apoderaba de su espíritu. Si Pilar era en realidad una espía nacional, entonces todo lo que sentía por él debía de ser falso. Todo era parte de una simulación, un sencillo modo de tenerle vigilado y controlado. Aunque había sido tan hermoso... La tristeza dio paso a la rabia. La desolación reemplazó al miedo. Ya nada podía importarle lo que a él le ocurriera. Aunque Pilar le hubiera engañado, su único deseo era que ella se salvara. Había sido manejado como un títere, como la marioneta de un teatro de guiñol. El que ya creía el amor de su vida era una falsedad, la ilusión de un idiota. ¿Qué podía atarle al mundo sin la persona a la que creía amar?

Estaba amaneciendo cuando George terminó su narración. Ybarra le había escuchado muy atentamente, asintiendo a menudo como quien comprende por fin algo que estaba antes oscuro en su mente.

—Así que eres medio español. Qué curioso. ¿Y no te da vergüenza haberte unido a los fascistas? Por mucho que digas, has estado sirviendo a sus fines. Pero ya te enderezaremos... Ahora hay que trabajar. Tú y yo nos quedaremos aquí. La furcia acompañará a Ángel a buscar todo lo que necesitamos. Si alguno de tus amigos intenta hacer algo, zorra, evítalo como puedas o ya sabes lo que le espera a tu querido profesor. A las ocho en punto iréis por las cosas. Solo faltan unos minutos.

Ybarra entregó al Doctor la lista que George le había dado por la noche, y a la hora indicada, el enjuto cirujano y Pilar abandonaron el apartamento. En cuanto salieron del portal, ella distinguió a sus compañeros mezclados entre la gente. Todos ellos, cada uno desde el lugar en que se hallaba, parecían a punto de lanzarse para liberarla de aquel extraño personaje que la acompañaba. Pero Pilar hizo un gesto de negación con la mano, sin que él pudiera verlo, y detuvo su inicial arrebato. Debían aguardar a una mejor oportunidad. Ese no era el momento.

En el piso, mientras esperaban los elementos necesarios para la transmutación, Ybarra y George se quedaron solos. El primero empezó a hablar.

—¿Así que es tu novia, novia, eh? ¿Qué tal es en la cama? Supongo que buena.

—Deje a Pilar al margen de esto, por favor. Al menos no sea grosero.

—¿Grosero? ¿Yo? Ah, comprendo. Crees que ha llegado la hora de comportarte como un hombrecito. No tengas cuidado. Yo tengo un arma y tú no. Los héroes no existen.

Quizá era cierto que los héroes no existían, pero George iba a demostrarle al capitán que podían existir. Al menos, ciertos hombres habían intentado serlo. Y eso es ya una forma de heroicidad. Él no era un cobarde. Nunca creyó que, enfrentado a una situación de verdadero peligro como aquella, respondería con valor y arrojo. Pero son las ocasiones de mayor riesgo las que hacen a cada persona dar su auténtica medida. Y George estaba a punto de dar la suya. Sin embargo, y por el momento, que Ybarra creyera que él era un cobarde resultaba conveniente. Por otra parte, aquel hombre era inteligente; despiadado, sí, pero inteligente. Y no convenía tratar de adularle para simular un acercamiento a él. Cuanto más tiempo mantuviera su especie de enfurruñamiento, mejor para George.

Hasta que casi una hora después Pilar y el Doctor regresaron con la peculiar «lista de la compra», Ybarra se mofó de George a satisfacción, sin sospechar que él seguía fingiendo. Su adulación era, justamente, no adularle. Así el capitán se creía superior, y eso constituía una debilidad. Estaba convencido de que controlaba la situación a placer.

—¿Lo habéis conseguido todo? —preguntó Ybarra a la extraña pareja cuando entró por la puerta.

—No falta nada.

Quien respondió fue el Doctor, dejando un par de abultados sacos encima de la mesa del salón. Pilar también apoyó en el suelo, junto a la mesa, otras dos bolsas más pequeñas. Un improvisado laboratorio de alquimia iba a ser instalado en aquel pequeño apartamento de Valencia. Pero un laboratorio con un cometido muy diferente al que Ybarra esperaba.

—Empecemos —ordenó el capitán, con su único ojo brillando de codicia—. Quiero ver todo lo que se hace.

George asintió y levantó su brazo libre. Se señaló el otro, herido y atado aún a la silla.

—Libérale, Ángel —dijo Ybarra al Doctor—. Y ponle una venda o algo.

El aludido obedeció al punto. Mientras, Pilar comenzó a desempaquetar los productos químicos. Por indicación de George, colocó el pequeño alambique en el centro de la mesa. Luego, una vez con el brazo vendado, él mismo se puso a manipular los ingredientes de la supuesta piedra filosofal. Ybarra lo observaba todo

con ojo avizor. Pero carecía de los conocimientos necesarios para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo realmente. Solo lo comprendió cuando ya era demasiado tarde.

La explosión fue terrible. Un fogonazo, un ruido atronador y los cristales de todas las ventanas del apartamento se precipitaron, hechos añicos, sobre la calle. Los agentes nacionales, abajo, camuflados entre las gentes que pululaban a esas prontas horas de la mañana, se quedaron boquiabiertos. Los coches que circulaban y los transeúntes se detuvieron para contemplar la escena. Los agentes nunca hubieran esperado algo semejante. ¿Qué demonios había sucedido? ¿Alguien había hecho estallar una bomba? No podía tratarse de un accidente.

Antes de que ninguno de ellos reaccionara ante lo inesperado del desenlace, varias personas empezaron a salir del edificio. Muchos vecinos de los pisos colindantes o cercanos miraban desde sus ventanas y balcones. Entre los que huían del edificio había dos personas, un hombre y una mujer, que tenían los rostros tiznados y las ropas chamuscadas. La mujer ayudaba al hombre a caminar. Este se apoyaba en su espalda, rodeándola con uno de sus brazos. Por encima de sus cabezas, las ventanas del apartamento vomitaban llamas como bocas de dragón.

*Se empiezan a dismantelar las barricadas en Barcelona. La ciudad retorna a la normalidad después de los graves enfrentamientos de los últimos días. Franco lanza una proclama dirigida a los vascos, instándoles a la rendición.*

*Burgos, 8 de mayo, sábado*

Después de escapar de Valencia casi milagrosamente, Pilar y George volaron a Burgos en un avión DeHavilland de cuatro plazas que aterrizó en medio de la noche en una llanura próxima a la ciudad. Para recogerles, el piloto hubo de tomar tierra con ayuda de unas antorchas que se encendieron solo un momento, indicándole la franja destinada a pista de aterrizaje.

Ignacio Varela fue a recibirles al aeródromo donde arribaron, ya a salvo. Abrazó y besó a su hija en ambas mejillas y la estrujó contra su pecho. Él había sido su padre y su madre desde que esta muriera, hacía ya casi diez años, de una enfermedad desconocida por los médicos —cólico miserere, dijeron—. La sola idea de perderla le turbaba el ánimo; y, sin embargo, había consentido en que Pilar se uniera a uno de los servicios más peligrosos de la guerra. Había sido por patriotismo. Aunque cada día se preguntaba más seriamente qué significaba eso, si los hermanos luchaban contra los hermanos, los vecinos se mataban entre ellos sin ninguna compasión o los hombres y mujeres estimulaban sus odios en lugar del amor fraternal. Un bando habría de ganar la guerra. Él era un patriota de la media España que le había tocado, aunque con la intención de construir una España entera con espacio para todos aquellos que pusieran los altos ideales por encima de sus egoísmos. Algo que ya sabía imposible.

Después de abrazar durante varios minutos a Pilar, Varela también saludó efusivamente a George. Cuando se enteró por sorpresa de que su hija y él eran

novios, y deseaban formalizar su relación por medio del matrimonio, no tuvo otra reacción que la sincera alegría. Pilar y George formaban una buena pareja.

Ya en las dependencias del ministerio le contaron todo lo que había sucedido y cómo habían escapado de sus captores. George había engañado a Ybarra haciendo que le procurara los materiales necesarios para producir nitroglicerina. Consiguió que le desatara con el supuesto fin de realizar su labor de un modo más operativo y le pusieran una improvisada venda en el brazo herido. Calentó el atanor y mezcló en él unos fragmentos de plomo con mercurio, azufre y sal. Esto solo fue una maniobra de distracción, cuyo único objetivo era el de ganar tiempo. Aparte, George nitrogenó la glicerina con los ácidos y, en cuanto tuvo en su mano un frasquito con el potente explosivo, aprovechó la primera ocasión en que Ybarra y el Doctor mostraron un descuido para echar a un lado a Pilar y lanzarlo sobre ellos.

La explosión les hizo volar a los dos por los aires. Un error de cálculo estuvo a punto de matarles a todos, aunque por fortuna no fue así, y George y Pilar sufrieron únicamente quemaduras leves. Él también se cortó en una pierna con un fragmento de cristal que impactó en ella, pero la herida no resultó demasiado grave. Aprovechando el desconcierto, los dos salieron a la calle y se confundieron entre la gente que contemplaba el suceso. Para cuando la policía republicana llegó al lugar, estaban ya muy lejos de allí y ocultos en un piso franco de los agentes nacionales en Valencia.

Varela también quiso saber, durante los siguientes días, cuál había sido el resultado de las investigaciones de su futuro yerno. Este le refirió el mismo texto poético que a Ramón Ybarra. Sin creerse una palabra, el jefe del servicio de inteligencia nacional pareció quedar satisfecho. Prefirió que todo quedara así. Al fin y al cabo, quizá los hombres no debieran conocer lo que George Rojo había averiguado.

Y también pensó que, si alguien llegara, algún día lejano, a tener noticia de aquella aventura, seguramente escribiría con ella una novela.

# Epílogo

# 1939

*Nueva York, 22 de mayo, lunes*

George llegó a casa a la caída de la tarde. Era su primer año como profesor de historia medieval en la Universidad de Nueva York. Estaba agotado, así que cenó algo con Pilar y se acostó temprano. Esa misma tarde, ella había cerrado la librería que regentaba en Manhattan algo más pronto de lo habitual y se encontraba ya en casa cuando George regresó. Desde que supo de su embarazo, trataba de reducir los esfuerzos y las preocupaciones. Aunque estas eran difíciles de olvidar. No hacía ni dos meses que había finalizado la guerra en España y los vientos de una nueva contienda, de escala mucho mayor, turbaban el ánimo de los esposos, así como el de todos los hombres y mujeres de bien en el mundo.

Fue a la mañana siguiente, durante el desayuno, cuando ambos se enteraron de la noticia por medio del periódico. Tras sus inacabables amenazas y reclamaciones territoriales, Alemania acababa de firmar un pacto militar con Italia que solo podía significar una cosa: la guerra estaba en ciernes. No ya como una amenaza incierta para el futuro, sino como una realidad tangible, como un águila hambrienta que se dispone a lanzarse en pos de su presa. Una realidad pavorosa que acarrearía sufrimiento y padecimientos inconmensurables a millones de seres inocentes.

George le dio un beso a Pilar, le acarició el vientre, abultado por los seis meses de embarazo, y salió de casa con su traje a rayas, sombrero de fieltro y un portafolios. Afuera tenía estacionado su automóvil. Montó en él y tomó la carretera que conducía a la universidad. Nada más llegar a su despacho, después de atravesar los populosos pasillos, se sentó y cogió el auricular del teléfono. Antes de marcar el número reflexionó durante algunos segundos. Por fin hizo girar la rueda hasta que escuchó en su oído los tonos de cadencia regular.

—¿Sí? —se escuchó la suave voz femenina que provenía del otro lado de la línea.

—Buenos días, soy el profesor George Rojo. Querría hablar con el profesor Enrico Fermi.

En cuanto este se puso al teléfono, George le preguntó si se había enterado de la noticia y le pidió que se vieran de inmediato con Leo Szilard. Ambos físicos, junto con Edward Teller y Eugene Wigner, llevaban varios meses trabajando con George en la posibilidad de emplear y dominar la desintegración del átomo con fines pacíficos. Por desgracia, ese mismo poder que era capaz de dar al ser humano una fuente de energía inimaginable, podía significar también la mayor de las amenazas.

Ese era el contenido esencial de las últimas páginas del código de Platón. Sin saber de dónde procedía la mujer que se lo reveló, ni cómo podía haber accedido a semejante conocimiento, el filósofo se limitó a consignar lo que para él eran una serie

de frases y fórmulas incomprensibles. También lo eran para George, aunque sí alcanzó a entender que se trataba de un conocimiento científico a *años luz* de la época en que vivió Platón. ¿Quién pudo ser ella? Por mucho que especularan, nunca podrían saberlo: ¿una viajera del tiempo? ¿Una alienígena? ¿Un ser interdimensional? ¿Una mujer dotada del don de la profecía? ¿Una emisaria de la divinidad?... Lo único cierto era que describía con exactitud la estructura del átomo y cómo alterarla. Fabricar oro no era más que una de las posibilidades. La más grave, no obstante, tenía que ver con la inconmensurable energía contenida en esas porciones diminutas e invisibles que conforman la materia.

Al principio, George creyó que aquel conocimiento debía guardarse en el más absoluto de los secretos, como si nunca hubiera existido. Pero desde que, en 1938, Otto Hahn, Lise Meitner y Fritz Strassmann consiguieran la llamada «reacción en cadena», que permitía fisiónar átomos de uranio en otros elementos menos pesados con la consiguiente liberación de energía, supo que había que pasar a la acción. Con Hitler en el poder no era posible dejarlo estar y esperar a que los nazis desarrollaran una bomba basada en la desintegración atómica. Por eso se había puesto en contacto con el eminente físico Enrico Fermi, que trabajaba también, como él, en la Universidad de Nueva York.

Este, junto con los otros tres científicos que formaban el grupo de investigación secreto, estableció contacto con Albert Einstein para hacerle partícipe del descubrimiento. Pero Einstein se negó a colaborar aduciendo que era un convencido pacifista, y que todo aquello no podía sino desembocar en algo demasiado terrible incluso para imaginarlo. Ideas románticas que cada vez se demostraban más alejadas de la realidad.

Los acontecimientos en Europa estaban dando cada día la razón a quienes creían que el camino de Hitler debía ser frenado cuanto antes, y con toda la fuerza necesaria. Por eso, tras una reunión de urgencia en Nueva York del equipo de investigación al completo, incluido George, Fermi propuso a sus colegas volver a hablar con Einstein. Gracias a su enorme prestigio científico, solo él podría convencer al presidente Roosevelt para que el Gobierno de los Estados Unidos diera los pasos necesarios que culminaran con la creación —terrible, pero imperiosa— de la bomba atómica.

Fermi acudió personalmente a la casa de Einstein en Long Island. Allí, el sabio le recibió en su jardín, donde solía dejar a su mente volar libre en busca de la inspiración. Sentados ambos a una pequeña mesa de metal pintado, iniciaron una conversación que cambiaría el destino del mundo.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Einstein cuando Fermi terminó de exponerle la cuestión con toda crudeza—. El poder del átomo es inmenso, casi ilimitado. Sé que usted trabaja en la posibilidad de controlarlo en una pila atómica, un objetivo pacífico, cuyo fin es generar energía. Será, si lo logra, un enorme beneficio

para la humanidad. Pero es también obvio que una fuerza tan poderosa entraña también el mayor de los peligros.

—Es cierto, profesor. No lo niego. Pero la ciencia, usted lo sabe muy bien, no puede frenarse. Tarde o temprano se creará un ingenio atómico. Los nazis querrán poseer la bomba y se lanzarán a su desarrollo. La cuestión aquí es el tiempo, no el hecho. Ellos o nosotros.

Einstein dejó sus ojos fijos en ninguna parte. Tomó un sorbo de su taza de té y, por fin, asintió.

—Lo sé, amigo mío. Querría que usted no tuviera razón, eso es todo.

—Entonces, ¿nos apoyará?

La enorme expectación de Fermi casi se materializó en el límpido aire del jardín. La decisión era crítica. Durante unos momentos Einstein pareció debatirse interiormente en las más hondas dudas. Pero, esta vez, el sabio de pelo revuelto y una de las mentes más brillantes de la historia, aceptó participar en la iniciativa. Aunque solo desde la sombra. Si era necesario cercenar las ramas podridas del árbol humano, prefería quedar al margen de su ejecución práctica.

La conversación entre ambos físicos duró apenas unos minutos. La situación estaba meridianamente clara, como Fermi había dicho. Cuando este se marchó de regreso a la ciudad para dar su informe al resto de integrantes del grupo de investigación, Einstein se mantuvo con la vista fija en el horizonte, hacia la lengua de mar que rodeaba la bella Long Island. Reflexionó prolongadamente y, al fin, tomó papel y pluma:

Albert Einstein  
Old Grove Rd.  
Peconic, Long Island  
2 de agosto de 1939

F.D. Roosevelt  
Presidente de los Estados Unidos  
Casa Blanca  
Washington D.C.

Señor:

*Algunos recientes trabajos de E. Fermi y L. Szilard, los cuales me han sido comunicados mediante manuscritos, me llevan a esperar que, en el futuro inmediato, el uranio pueda ser convertido en una nueva e importante fuente de energía. Algunos aspectos de la situación que se han producido parecen requerir mucha atención y, si fuera necesario, inmediata acción por parte de la Administración. Por ello creo que es mi deber llevar a su atención los siguientes hechos y recomendaciones.*

*En el curso de los últimos cuatro meses se ha hecho probable —a través del trabajo de Joliot en Francia, así como también de Fermi y Szilard en los Estados Unidos— que podría lograrse iniciar una reacción nuclear en cadena en una gran masa de uranio, por medio de la cual se generarían enormes cantidades de energía y grandes cantidades de nuevos elementos parecidos al uranio. Ahora parece casi*

*seguro que esto podría conseguirse en el futuro inmediato.*

*Este nuevo fenómeno podría ser utilizado para la construcción de bombas, y es concebible —pienso que inevitable— que puedan ser construidas bombas de un nuevo tipo extremadamente poderosas. Una sola bomba de ese tipo, llevada por un barco y explotada en un puerto, sería muy bien capaz de destruir el puerto por completo, conjuntamente con el territorio que lo rodea. Sin embargo, tales bombas podrían ser demasiado pesadas para ser transportadas por aire.*

*Estados Unidos tiene muy pocas minas de uranio, con vetas de poco valor y en cantidades moderadas. Hay muy buenas vetas en Canadá y en la antigua Checoslovaquia, mientras que la fuente más importante de uranio está en el Congo Belga.*

*En vista de esta situación, usted podría considerar que es deseable tener algún tipo de contacto permanente entre la Administración y el grupo de físicos que están trabajando en reacciones en cadena en los Estados Unidos. Una forma de lograrlo puede ser comprometer en esta función a una persona de su entera confianza que podría, tal vez, servir de manera extraoficial. Sus funciones serían las siguientes:*

- a. Estar en contacto con el Departamento del Gobierno, manteniéndolo informado de los próximos desarrollos, y hacer recomendaciones para las acciones del Gobierno, poniendo particular atención en el problema de asegurar el suministro de mineral de uranio para los Estados Unidos.*
- b. Acelerar el trabajo experimental, que en estos momentos se efectúa con los presupuestos limitados de los laboratorios de las universidades, mediante provisión de fondos, si fuera necesario, a través de sus contactos con personas privadas que estuvieran dispuestas a hacer contribuciones para esta causa, y tal vez obteniendo la cooperación de laboratorios industriales que dispusieran del equipo necesario*

*Tengo entendido que Alemania actualmente ha detenido la venta de uranio procedente de las minas de Checoslovaquia, de las que se han apoderado. Puede pensarse que Alemania ha realizado tan claras acciones porque el hijo del subsecretario de Estado alemán, Von Weizsäcker, está asignado al Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, donde algunos de los trabajos americanos están siendo reproducidos.*

Sinceramente suyo,



Albert Einstein

Esta carta, escrita por Einstein al presidente Roosevelt alertándole del peligro de que la Alemania nazi desarrollara un ingenio atómico y recomendándole la creación de un programa de investigación en los Estados Unidos para adelantarse a esa eventualidad, es absolutamente auténtica y fue firmada de su puño por el gran sabio. El fruto de la misma, secundada entre otros por los científicos citados, todos ellos de primer nivel, desembocó en la puesta en marcha del ultrasecreto Proyecto Manhattan, en Los Álamos, estado de Nuevo México. El equipo de investigación científico estuvo liderado por el físico norteamericano de origen judío Robert Oppenheimer, bajo la dirección militar del general Leslie Richard Groves, y compuesto por mentes tan brillantes como Enrico Fermi, Leo Szilard, Edward Teller, Eugene Wigner, Harold Urey, Niels Böhr, Hans Bethe, Richard Feynman, John von Neumann o Ernest Lawrence.

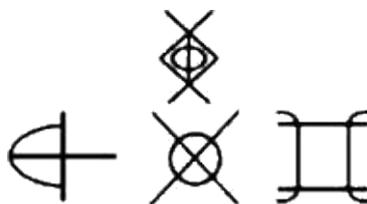
Por su parte, Enrico Fermi desarrolló el primer reactor nuclear de fisión —la primera «pila atómica», como se la denominaba entonces— en la Universidad de Chicago. Durante más de medio siglo, la energía nuclear ha dado a la humanidad energía barata, que ha favorecido su desarrollo en áreas como el transporte, la medicina o el bienestar general. Sin embargo, las centrales nucleares y sus elementos radiactivos también suponen un grave riesgo, como ha quedado demostrado en los accidentes de Chernóbil, en Ucrania, o Fukushima, en Japón. El futuro del dominio pacífico del átomo pasa por el desarrollo de los reactores de fusión nuclear, en los que el hidrógeno se «une» para formar elementos más pesados, como el helio, y no radiactivos. Dado que el hidrógeno representa el 99 por ciento de la materia del universo, esta tecnología, de lograrse, significará el fin de todos nuestros problemas de escasez energética.

En 1945, cuando la primera bomba atómica se probó con éxito en Alamogordo, desierto de Nuevo México, Robert Oppenheimer, sobrecogido por la potencia de la explosión, que superó las expectativas, citó el texto sagrado hindú Bhagavad-Gita: «Me he convertido en Muerte, el destructor de mundos».

El resto es historia...

*Cada lágrima enseña a los mortales una verdad.*

PLATÓN



Albert Einstein  
Old Grove Rd.  
Nassau Point  
Peconic, Long Island

2 de agosto de 1939

F.D. Roosevelt  
Presidente de los Estados Unidos  
Casa Blanca  
Washington D.C.

Señor:

Algunos recientes trabajos de E. Fermi y L. Szilard, los cuales me han sido comunicados mediante manuscritos, me llevan a esperar que, en el futuro inmediato, el uranio pueda ser convertido en una nueva e importante fuente de energía. Algunos aspectos de la situación que se han producido parecen requerir mucha atención y, si fuera necesario, inmediata acción por parte de la Administración. Por ello creo que es mi deber llevar a su atención los siguientes hechos y recomendaciones.

En el curso de los últimos cuatro meses se ha hecho probable -a través del trabajo de Joliot en Francia, así como también de Fermi y Szilard en los Estados Unidos- que podría lograrse iniciar una reacción nuclear en cadena en una gran masa de uranio, por medio de la cual se generarían enormes cantidades de energía y grandes cantidades de nuevos elementos parecidos al uranio. Ahora parece casi seguro que esto podría conseguirse en el futuro inmediato.

Este nuevo fenómeno podría ser utilizado para la construcción de bombas, y es concebible -pienso que inevitable- que puedan ser construidas bombas de un nuevo tipo extremadamente poderosas. Una sola bomba de ese tipo, llevada por un barco y explotada en un puerto, sería muy bien capaz de destruir el puerto por completo, conjuntamente con el territorio que lo rodea. Sin embargo, tales bombas podrían ser demasiado pesadas para ser transportadas por aire. Estados Unidos tiene muy pocas minas de uranio, con vetas de poco valor y en cantidades moderadas.

-II-

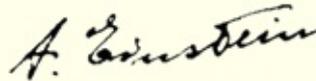
Hay muy buenas vetas en Canadá y en la antigua Checoslovaquia, mientras que la fuente más importante de uranio está en el Congo Belga.

En vista de esta situación, usted podría considerar que es deseable tener algún tipo de contacto permanente entre la Administración y el grupo de físicos que están trabajando en reacciones en cadena en los Estados Unidos. Una forma de lograrlo puede ser comprometer en esta función a una persona de su entera confianza que podría, tal vez, servir de manera extraoficial. Sus funciones serían las siguientes:

a) Estar en contacto con el Departamento del Gobierno, manteniéndolo informado de los próximos desarrollos, y hacer recomendaciones para las acciones del Gobierno, poniendo particular atención en el problema de asegurar el suministro de mineral de uranio para los Estados Unidos.

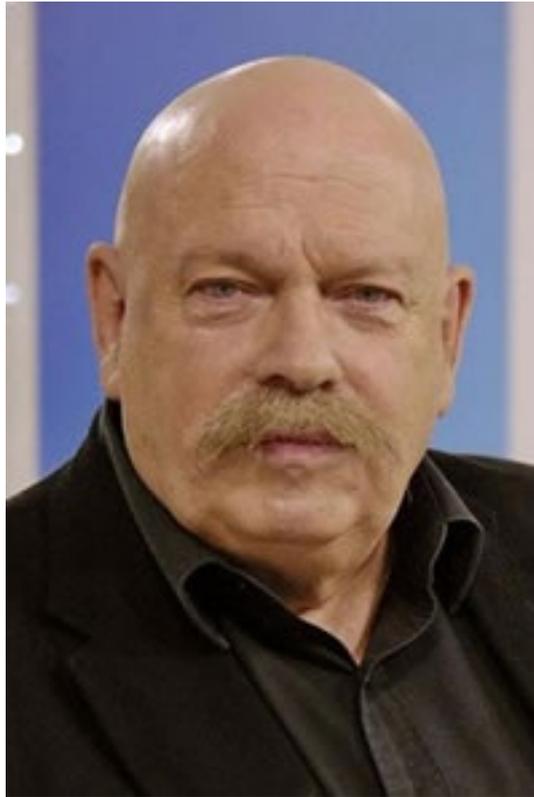
b) Acelerar el trabajo experimental, que en estos momentos se efectúa con los presupuestos limitados de los laboratorios de las universidades, mediante provisión de fondos, si fuera necesario, a través de sus contactos con personas privadas que estuvieran dispuestas a hacer contribuciones para esta causa, y tal vez obteniendo la cooperación de laboratorios industriales que dispusieran del equipo necesario. Tengo entendido que Alemania actualmente ha detenido la venta de uranio procedente de las minas de Checoslovaquia, de las que se han apoderado. Puede pensarse que Alemania ha realizado tan claras acciones porque el hijo del subsecretario de Estado alemán, Von Weizsäcker, está asignado al Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, donde algunos de los trabajos americanos están siendo reproducidos.

Sinceramente suyo,



Albert Einstein

Reproducción de la carta escrita por Albert Einstein a Roosevelt el 2 de agosto de 1939.



JOSÉ MARÍA ÍÑIGO (Bilbao, España, 1942) es un periodista, locutor, actor y presentador de televisión español. Se inició a los quince años en el periodismo, trabajando para Radio Bilbao, Radio Popular y La Gaceta del Norte. A los dieciocho años, trabajaba para la Agencia EFE en el servicio de reportajes especiales. Marchó a Londres y desde allí colaboró en diversos programas musicales. A su regreso a Madrid, continuó con los musicales, siendo el creador de Los 40 Principales, y colaborando en prensa en Actualidad Española y Mundo Joven.

A partir de 1968 comenzó a trabajar en TVE en programas musicales, alcanzando un alto nivel de fama en 1972 con el programa Estudio Abierto, que se emitió en dos etapas. Desde entonces, presentó programas en numerosas cadenas de televisión y en radio. Desde el año 2000 realiza un programa para RNE. Ha recibido, entre otros muchos, el Premio Nacional de Televisión y el Premio Ondas.

Ha publicado más de veinte libros, entre los que figuran: *¿Quién dijo miedo a volar?* (2008), *65 maneras de conseguir 600 euros extra* (2012), *La tele que fuimos* (2013) y *El código secreto de Platón* (2014).